

# HIPERNOVA

AMAYA FELICES



Lectulandia

¡Una sexy y emocionante novela que combina acción, romance y erotismo, todo ello en un escenario futurista!

Noelia, una joven estudiante de Inteligencia, lo deja todo para marcharse con su madre a una remota zona en guerra de la galaxia para tratar de salvar a su padre. Allí, contratan los servicios de Etzan Maran, un sexy mercenario cuya forma de entender la vida chocará de lleno con la de Noelia y le hará llegar lo más cerca de las estrellas que jamás soñó estar.

**Lectulandia**

Amaya Felices

# **Hipernova**

ePub r1.0  
fenikz 10.09.16

Amaya Felices, 2012

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## **ADVERTENCIA**

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

Para mis padres



## **PROXIMIDADES DE ETA CARINAE, AÑO 2558**

El inmenso espacio no estaba vacío: nubes rojas, cuajadas de estrellas que estaban naciendo, se agrupaban en formaciones granas dentro de la nebulosa. Sus contornos, imprecisos y amenazadores, parecían no poder evitar alejarse, desgarrados por la tormenta que asolaba a la estrella binaria Eta Carinae.

Las dos esferas de fuego azul que monopolizaban el cielo, una más luminosa y grande que su compañera, brillaban millones de veces más que el Sol; giraban en la danza mortífera, y apenas perceptible, que impedía que sus inmensos cuerpos, a menos de diez minutos luz de distancia, se fundieran en uno solo. Cada Wolf-Rayet emitía parte de su masa en forma de fuertes vientos solares que chocaban, interactuaban furiosos, convirtiendo el cielo diurno en uno de los espectáculos más sobrecogedores y aterradores de la galaxia. No era de extrañar que alguien se hubiera tomado las molestias de llevar un pedazo de roca a su órbita y tallar allí algo. Un tributo, un observatorio. Para los humanos que lo encontraron, lo que ese alguien creó fue un templo.

El Templo era un asteroide artificial. Una enorme estructura rocosa que orbitaba a seis años luz de Eta Carinae. En la sombra que creaba, una nave se protegía de los fuertes vientos estelares. Su silueta alargada se perdía entre tinieblas, absorbida la poca claridad que emitía por los gases y partículas que azotaban el área. Era la única estructura construida por el hombre en la agrupación de materia cósmica de cientos de años luz que la rodeaba. De ella había salido la peregrina.

Bajo los soles, en el asteroide artificial, extrañas formaciones de diamante, estrechas y rectilíneas, refulgían en color azul zafiro sobre una inmensa plataforma oscura, llamando a la mujer que andaba entre ellas en una muda invitación ardiente. Pese a la distancia, pese a los gases y partículas que enturbiaban la vista de las dos gigantes Wolf-Rayet, el Templo no era un lugar frío. Y entre las delgadas columnas

estaban las tumbas: cientos de bloques negros macizos de todos los tamaños, tan oscuros que parecían retar a la vista, terroríficos, alienígenas. Unos pocos estaban cerrados; la mayoría, vacíos. Hacia estos se dirigía la figura femenina con lentitud. La fina y transparente membrana de su traje espacial hacía que pareciera que caminaba vestida tan solo con un vestido blanco de luto, una minúscula e indefensa ofrenda a dioses implacables, portando entre sus brazos la ligera y preciosa carga de su amado.

Se acercó con pasos reverentes a uno de los sarcófagos de tamaño humano, haciendo que el polvo estelar depositado en la tenue gravedad se elevara, iridiscente. Su traje, que soportaba las radiaciones y los impactos de las partículas, permitía a la mujer avanzar serena sin que nada empañara su vista. El sepulcro, un rectángulo elevado y oscuro, la asustaba y llenaba de esperanza al mismo tiempo, y al igual que el vacío del espacio tras el Templo, parecía absorber sediento toda traza de luz. Las pequeñas exhalaciones de aire que soltaba su traje, las cuales se dispersaban, cónicas, a su espalda, era lo único que conseguía dar un toque humano a la irreal solemnidad del paisaje.

Dejó a su marido en la abisal oscuridad de la tumba, envuelto en una unidad criogénica portátil que no duraría muchas horas y que aparentaba no ser más que una manta blanca. Antes de que las tinieblas lo engulleran, ella pudo ver cómo una sustancia reptaba sobre él, pegándose a su piel, cerrando el sarcófago en lo que parecía una máscara de cera negra.

La mujer lloró durante interminables minutos, hasta que su traje, incapaz de seguir procesando el llanto, cegó sus lagrimales. Y continuó esperando, minúscula como una mota de polvo más, rindiendo culto en un templo donde hasta las estrellas se consumían, furiosas, en un canto a la muerte. Depositó un beso en los labios de su amor, ya cubiertos, por el que comprobó la dura consistencia de la sustancia. Y siguió esperando, en la cara diurna del asteroide hueco, azotada por los fuertes vientos de Eta Carinae.

Cerca de ella, en la nave, una joven apretaba la mano de otro hombre. Y sus lágrimas se sumaban a las ya derramadas, bajo el polvo rojo de la nebulosa NGC 3372, en una plegaria silenciosa por la vida de su padre.





## **COMPLEJO UNIVERSITARIO DE PEKÍN, SEIS MESES ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

Noelia volvía a la residencia tras una dura y típica jornada. Por la mañana, las clases en la facultad; por la tarde, los entrenamientos para entrar en el Servicio de Inteligencia Gubernamental. Algo secreto que no había buscado, sino que, más bien, le había sido impuesto por su alto coeficiente intelectual y su genética, una de las pocas que aceptaban cierto tipo de implantes tecno-orgánicos, los necesarios para el espionaje, sin protestar demasiado.

La joven estaba deseando comer algo y meterse en la cama. Como siempre, el transportador que conectaba la zona militar con la universidad, una puerta de viaje instantáneo, la había dejado en la zona más alejada del campus. En el nivel 78, que aunque no era la altura de su casa, sí resultaba ser la de los jardines colgantes, la forma más deliciosa de desplazarse andando por la gigantesca ciudad.

Sobre su cabeza, las cimas de los rascacielos se desdibujaban en una atmósfera despejada. En sus bulliciosas terrazas pululaban restaurantes, cafés y las tiendas más chic de todo Pekín. A sus pies se tejía el entramado vegetal reforzado con fibra de vidrio-acero que unía los edificios de la urbe, como los hilos de una enorme tela de araña: tallos verdes que rodeaban y ocultaban los cables de soporte, cuajados de flores exóticas en las barandillas. Estos puentes ajardinados eran de anchuras variables según el tráfico de la zona y de vez en cuando se expandían en los gloriosos vergeles que le daban nombre. Por último, muy por debajo, estaban las calles y campos del área universitaria, donde pequeñas figuritas humanas paseaban, practicaban deportes o, sencillamente, sexo.

Noelia avanzaba a paso ligero, tenía ganas de llegar a su apartamento en la residencia de estudiantes. Cuando ya llevaba recorrido algo más de medio camino, un chico en aeroimpulsor descendió del balcón de un piso superior y aterrizó con suavidad delante de ella.

—Hola, guapa, ¡qué grata sorpresa!

Su voz era juvenil, como si todavía se anclara en la pubertad. Aunque hasta los dieciséis no se entraba en la educación universitaria.

—Hola. ¿Sorpresa? Y yo que pensaba que tras haberte cruzado varias veces conmigo, aquí, a esta hora, me estabas esperando —ironizó la joven, enarcando una ceja.

—Bueno... ¿Te hace una? Son de las nuevas...

El chico, de segundo año de Físicas, abrió su mano mostrando dos pastillas pequeñas y coloradas, con el inicio de una sonrisa expectante en sus labios.

Noelia suspiró. No le apetecía demasiado, no después de la paliza física que les había metido su instructora. Trepar por cuevas resbaladizas mientras intentaba encontrar algún sitio desde el que poder desactivar una supuesta bomba, al tiempo que esquivaba el fuego enemigo... Uf. Ya había tenido suficiente acción por un día. Pero claro, nadie le decía que no a una Supersex. No estaba bien visto. Y, además, quizá hasta se encontrara mejor después de un polvo rápido.

A sus espaldas, se acercaba andando un grupo de profesores. La joven cogió una de las dos pastillas del chico y se la tomó, al tiempo que lo empujaba contra una de las dos barandillas para no bloquear el paso. A continuación, se quitó su camiseta, se subió la falda y bajó las bragas. Su pareja ya se había desabrochado la bragueta y la esperaba, dispuesto. De un salto, se colgó de la cintura del estudiante, empujándolo contra el florido soporte vegetal. Debería dejar de hacer esas acrobacias; quizá por eso, Mao (porque se llamaba Mao, ¿no?) la buscaba tanto. Para cuando los otros caminantes llegaron a su altura y los sobrepasaron, sin dirigirles más que una breve mirada, la pareja ya había tenido tres orgasmos, colocados del todo por la fuerte droga que habían tomado. Al cabo de un par de minutos más, sus pupilas recuperaron el tamaño normal, todo resto de químicos salió de su sangre y se separaron. O, al menos, en el caso de Noelia, la cual, todavía con los nanobots que se había inyectado para el entrenamiento, eliminaba rápido los estimulantes.

La joven se arregló la ropa y se despidió del estudiante sin poder evitar darle un pequeño consejo:

—Sabes que está mal visto repetir, ¿no? Yo que tú no volvía por aquí hasta dentro de un par de meses. Que tengas un buen día.

Mao, si es que ese era su nombre, la miró, vidrioso, todavía perdido en el mundo de placeres instantáneos de la pastilla. Noelia calculó que, debido a su condición de ciudadano normal, aún le quedaban unos cinco minutos más.

Cuando por fin llegó a la terraza ajardinada que conectaba con el rascacielos donde vivía entre semana, cogió uno de los cinturones de vuelo y se lo abrochó a la cintura. El polímero electrónico de su cierre fluyó para unirse, ajustando la correa a su talle. El edificio, rectangular y de paredes acristaladas, era uno de los múltiples bloques de apartamentos de la residencia de estudiantes. Sus accesos, aparte del principal a nivel de ático para acceder a las piscinas y otras zonas comunes, eran las entradas a cada una de las viviendas, situadas en las cuatro fachadas del rascacielos.

Noelia accionó el cinturón y comenzó a elevarse por el cielo hasta la terraza de su apartamento, en el nivel 84. Una vez allí, dejó el aeroimpulsor y permitió que los escáneres de la puerta la reconocieran y la dejaran entrar. Después, se dirigió a su cuarto, donde dejó en el suelo la mochila que llevaba y entró en el baño para darse una ducha rápida. No era que no llevara su kit de limpieza *post* sexo, como todo el mundo, sino más bien que, como iba hacia su casa cuando la abordó el chico (¿Mao?), había preferido esperar para asearse con agua. Donde estuvieran más de veinte chorros de temperatura y presión variables... Tras ese breve relax, se envolvió en una toalla y caminó hasta la nevera de la habitación más pequeña: la cocina, muy útil para comidas rápidas. Cogió los ingredientes básicos de un estofado de ternera y los colocó en el robot programable. Movié con rapidez los dedos sobre su pantalla táctil y fue a cambiarse de ropa mientras el electrodoméstico, cuya primera y arcaica versión fue uno de los mejores inventos de finales del siglo XXI, se lo preparaba. Y justo mientras estaba sacando un pijama del armario, la red del edificio le informó de que tenía una llamada.

—Modo virtual —dijo en voz alta mientras cerraba los ojos.

Y al instante vio cómo ante ella se formaban el salón de su casa y su madre, la cual estaba de pie delante del sofá, mirándola con expresión preocupada.

—Hola, madre, ¿sucede algo?

Una sensación premonitoria la recorrió, como clavándole agujas de miedo por toda la columna vertebral. Todavía faltaban tres días para el fin de semana..., para que fuera a casa a trabajar con ellos. Y María no solía llamarla, decía que no le gustaba la red, que prefería esperar a decirle lo que fuera en persona.

—He pedido permiso para que vengas a casa. Ahora.

—¿Qué ocurre?

La sensación empeoró.

—Es tu padre. Le han diagnosticado la enfermedad de Hai.

Las agujas se transformaron en un jadeo helado que pareció quedar congelado en su garganta. La enfermedad de Hai... Imposible. Era una de las contadas causas de mortalidad de su sociedad, donde casi todos los males estaban erradicados. Pero esa..., la pesadilla que se cebaba de vez en cuando con la gente que abusaba demasiado de los implantes..., no tenía cura. La esperanza de vida de quienes la padecían era de meses.

—¡Maldita sea, madre! Solo es un ingeniero, no un maldito soldado o espía. No debería pasarle esto. Las probabilidades son demasiado bajas.

—Noelia... —la voz de su madre, tan serena como siempre, ocultaba el dolor que sin duda sentía, mucho mayor que el de su hija.

—Perdona —se dio cuenta—. Ahora mismo voy. Yo... Dile... Es igual. Voy ahora mismo.

De repente la ciudad ya no parecía tan luminosa, tan llena de vida y posibilidades. Mientras volvía a vestirse, apresurada, se preguntó qué se sentiría al morir siendo

todavía joven. Y salió hacia su casa, dejando a un robot de cocina emitiendo pitidos intermitentes, avisando de que en su interior el estofado estaba listo.





## **CINTURÓN ORBITAL DE PLUTÓN, SEIS MESES ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

La lancera se acercó al hábitat orbital número ocho y pidió permiso para atracar. Una vez le hubo sido concedido, Etzan Maran, el capitán de la nave, la aproximó a la enorme estructura toroidal que giraba en torno a Plutón y ancló en uno de los puertos. Desde allí, mediante el pasillo flexible que se había conectado a la compuerta de la lancera, el hombre entró a la zona de gravedad cero del hábitat y se dirigió al anillo interior, donde vivía la mayor parte de la población, tras pasar primero un control rutinario. Era la primera vez que pisaba ese tipo de entornos. En su sistema solar natal, Olimpo, no existían; solo los habían construido en los planetas exteriores del Sistema Solar, por lo que no pudo evitar notar la sensación de ir aumentando poco a poco su peso, algo que le resultó bastante desagradable. Entendía el valor de poder fabricar componentes a gravedad cero, o de ofrecer un espacio habitable para que lo visitaran de vez en cuando los ciudadanos más ricos y excéntricos de Pekín, pero eso no significaba que la experiencia fuera placentera. Y menos por el motivo que lo había llevado allí.

Una vez localizado el hotel, se registró como turista. Era caro, pero no tanto como los de otros hábitats más lujosos. La chica de recepción, humana en vez de un robot como los del control en el puerto de embarque, cambió su cara de aburrimiento nada más mirarlo y le pidió su visado con la mejor de las sonrisas. El capitán, por mera cortesía, le contestó con otra. El que las mujeres no parecieran ver más allá de su atractivo físico no era algo que lo ayudara a volver a confiar en ellas. Cordial, le enseñó su visado de dos semanas terráqueas y le contó que había ido para hacer turismo, como casi todo el mundo que visitaba Plutón. En realidad, los deportes de aventura extremos del planeta habían sido una buena coartada. Eso, y el que la policía no tuviera demasiados agentes por allí, hacía que proliferasen otros negocios mucho menos legales: había todo un submundo de contrabando entre los empleados de los entornos orbitales. Sus duras condiciones de vida habían atraído a lo peor de la

sociedad intersolar. En cuanto a él, como poseedor de una lancera que había sido del ejército, ningún otro motivo excepto el turismo le habría permitido acercarse a Plutón, ya que a la Federación no le gustaba que los ciudadanos de las colonias entraran en su espacio, y menos aún con una nave de guerra. Por suerte, su expediente en los últimos años era intachable, o eso creían ellos. Y cuando los suyos, la gente de su planeta natal Ambrosía, le habían pedido ayuda, Etzan no había podido negarse, por más que no le gustara el comercio ilegal.

La recepcionista le asignó una *suite* y Maran se despidió de ella, rechazando con amabilidad su sugerencia de pasarse por esta en cuanto terminara su turno de trabajo. Ni siquiera se molestó en simular que iba a sus habitaciones. Sin soltar la maleta que llevaba, se dirigió a uno de los salones de copas del hotel. De inmediato, una vez que la red local hubo accedido a sus preferencias de ocio, anuncios tridimensionales parpadeantes comenzaron a inundar el espacio a su alrededor, bombardeándole con precios e imágenes de descensos acompañando a la atmósfera congelada del planeta. Los ignoró y entró en el salón, que no estaba demasiado lleno. Y la publicidad se había retirado, obligada por las normas, al espacio abovedado sobre su cabeza. Sin dudar, caminó hacia una mesa donde tres tipos de edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta estaban jugando a las cartas.

—Buenas tardes. —Maran acercó una silla de una mesa próxima y se sentó—. Creo que me estaban esperando.

—Eso depende —le contestó uno de ellos sin separar los ojos de su baza—. ¿Vienes a jugar al Mok?

—Vengo de Ambrosía. Para probar los deportes de Plutón.

El mismo hombre que le había hablado antes le dirigió una mirada rápida y carente de curiosidad.

—Vienen pocos tipos del Sistema Olimpo por aquí —observó mientras tiraba una carta sobre el montón que había encima de la mesa y cogió dos monedas de su izquierda—. Y tú no eres uno de los habituales.

—Los habituales tienen las naves estropeadas por un ataque de los separatistas. Ya lo sabéis. Esta vez vengo yo.

—¿Solo? —preguntó otro de los hombres mientras enarcaba una ceja y cedía su turno en el juego.

Lo cierto era que los tres vestían de modo similar, con una ropa demasiado vulgar para ser visitantes de la Tierra, pero demasiado cara para ser simples empleados del hábitat.

—Hace mucho que trabajo solo.

—Yo te conozco —comentó el tercer tipo, el único que llevaba el pelo rapado, mientras tiraba tres cartas y colocaba una moneda—. Tú eres el traidor, el que salió en todos los noticieros hace años.

—Tienes buena memoria —le contestó Maran, no dejando entrever la amargura que le provocaba ese comentario—. Pero no estoy aquí para hablar de mí.

Colocó su maletín sobre la mesa, encima de las cartas, interrumpiendo el juego.

—Podías haber esperado a que acabáramos. Estaba ganando —le comentó molesto su interlocutor mientras se pasaba la mano por la cabeza, como si estuviera acostumbrado a apartarse mechones de la cara y no recordara que se había cortado el pelo.

—Además —le preguntó a Maran el tipo que había hablado en primer lugar—, ¿por qué lo haces? ¿No pensarás que vas a sacar tajada? Como si tu gobierno hubiera pagado alguna vez a sus otros intermediarios...

—No es de tu incumbencia.

—En eso tienes razón. Tan solo es que un traidor al ejército no da precisamente el perfil de altruista que tienen los que suelen venir a hacer este negocio.

Maran lo miró, inescrutable.

—Traigo diez escudos de nave, tres personales. Pagadme.

—De acuerdo —se encogió de hombros—. Aquí tienes.

Movió con el pie una maleta idéntica a la de Etzan. Este la levantó.

—Caballeros, me temo que aquí no hay diez millones de yuans en oro. Por el peso, yo diría que la mitad.

—Estás solo. Nosotros somos más. Sin contar con el resto de la gente que está ahora mismo en esta habitación.

Maran no se molestó en mirar a su alrededor. Ya había realizado un reconocimiento al entrar y, además de constatar que el salón estaba temporalmente aislado de la red local, para que no quedara registro de su conversación, había notado que todos los demás «turistas» que estaban tomando una copa no eran tales.

—¿Podéis decirle a la IA del orbital que eche un vistazo a mi nave? —les contestó, obsequiándoles con una media sonrisa.

Ellos se quedaron unos segundos en silencio. Después, el de la cabeza rapada habló:

—Esas armas que acabas de dejarnos ver no son las reglamentarias en una lancera.

—Lo sé, pero ya no soy un oficial del ejército.

—Podríamos destruirla. Y dar cualquier excusa a la Federación.

—Ya no es que ellos persigan el contrabando y el comercio ilegal de oro. Y que algo así haría que la policía revisara *a fondo* la zona. Es que vuestro hábitat no saldría ileso. Mi IA no tiene acceso a todas las armas y algunas de ellas están programadas para disparar ante el más mínimo daño a la nave.

Esta vez fue Maran el que, despreocupado, se encogió de hombros. Sus constantes estaban controladas por sus implantes tecnorgánicos (una simbiosis biológica, química y electrónica que ocupaba casi un treinta por ciento del interior de su cuerpo) para no dejar entrever que acababa de mentir en algo. Porque su IA sí que tenía acceso a todas las armas. Aunque eso no hacía que la amenaza fuera menos cierta, ya que era la única inteligencia artificial (que él supiera) capaz de apretar el

gatillo contra un asentamiento humano sin una orden inmediata.

—Y, por supuesto —continuó dejando claras sus cartas—, os quedaríais sin negocio. Ningún planeta del sistema Olimpo volvería a venderos.

Una cosa era que con la exportación de minerales, Ambrosía no tuviera bastante dinero para comprarle a la Tierra medicinas y tecnología médica para sus heridos, y otra que no tuvieran orgullo.

—De acuerdo entonces, ven mañana a por el resto.

—Más bien, lo repetimos todo. A primera hora. No me gustan los malentendidos.

—Si no os compráramos, con lo poco que os paga el ejército de la Federación por vuestros escudos no tendríais ni para cubrir vuestras necesidades, colono —escupió.

—Es lo que tienen los monopolios. Pero a mí me gusta más mirarlo por tu lado. La Federación solo permite que les vendamos a ellos. Así que, sin este pequeño intercambio, ¿cómo vais a poder soportar sus disparos?

El tipo del pelo rapado hizo ademán de levantarse, enfadado, pero su compañero de la derecha lo sujetó.

—De acuerdo. No te queremos más por aquí, mercenario —acabó despectivo.

—Ni yo deseo volver. Esto es solo un favor. Una vez. Trabajo capturando a tipos como vosotros, no hablando con ellos.

—¿Un favor? —sonó irónico—. ¿De veras crees que soy tan ingenuo, mercenario? —volvió a insultarlo, pronunciando cada sílaba como si masticara la palabra, como si sintiera la necesidad de desafiarlo con todo su desprecio.

—No me vuelvas a llamar así —su mirada relució, peligrosa—. Además, los míos ya saben que yo les ayudo de otros modos. Esto solo ha sido para cubrir una emergencia. Pero si volviera, en vuestro lugar yo no me negaría. Seguro que la Federación estaría encantada de pagarme por vuestras cabezas.

—¿Quién te crees que eres? Ahora mismo yo no veo más que a un contrabandista —intervino el tipo que estaba sujeto por su compañero.

—Lo cual no significa que me guste. Nos vemos mañana.

El capitán se dio la vuelta, aparentando tranquilidad. Pero todos sus sentidos estaban con la IA de su nave, que había pirateado el acceso al salón para informarle de todo lo que él no podía ver. Esos tipos tenían suerte. No intentaron atacarle. Debían recordar que, como antiguo teniente del ejército, los aumentos que llevaba eran mucho mejores que los que se podían conseguir en un hospital ilegal de implantes. Al fin y al cabo, la delicada simbiosis tecnorgánica que le daba a un soldado sus principales características (fuerza, velocidad, reflejos, comunicación instantánea con sus armas y pensamiento acelerado) no estaba al alcance de todos. Además de una genética que aceptara los implantes sin necesidad de demasiadas dosis periódicas antirrechazo, se requerían unas instalaciones tan caras que en la práctica solo podía costeárselas el gobierno. Nada que ver con la espira y otros añadidos básicos que necesitaban los ciudadanos para su vida diaria.

De vuelta a sus habitaciones, se planteó si llamar a la recepcionista para olvidar



de algún modo toda esa situación que tan poco le gustaba, la cual iba en contra de sus principios, de aquellos viejos ideales que lo habían hecho enrolarse en el ejército, pero que sabía era necesaria para ayudar a su planeta. Descartó el pensamiento de inmediato. Él no era de los que buscaban tan solo un par de piernas en una mujer. Se dirigió al sintetizador de alimentos y se pidió una copa bien cargada. Aunque era un gesto puramente simbólico, pues los nanobots que llevaba en la sangre eliminarían el alcohol antes de que pudiera hacerle algún efecto.



Las acciones de Clímax, cuyo producto estrella lleva el mismo nombre de la compañía, comienzan a bajar. La pastilla negra está perdiendo clientes frente a su nuevo rival, Supersex.



El presidente de la Federación inaugura el nuevo generador de agua de Marte junto con la actriz revelación Lara Andrews, que aprovecha la visita para promocionar su nuevo sensorial.



Se cancela la emisión de un documental sobre cómo eran las relaciones sexuales antes de que el análisis diario de los tecnomédicos permitiera detectarlas y erradicarlas. El Ministerio de Ocio lo considera de mal gusto.



En las colonias, un ataque de los separatistas acaba con cincuenta mil civiles en la ciudad Hespérides, capital de Néctar. La Iglesia de la Humanidad dará una misa transmitida en directo a todas las redes planetarias, a las 21.00 horas.



Inaugurado un nuevo parque de ocio en la megalópolis subacuática Pacífico Sur. Sus visitantes podrán disfrutar de los paisajes abisales, con sus criaturas autóctonas modificadas para no atacar al hombre.



## MEGALÓPOLIS DE PEHÍN, DOS SEMANAS Y DOS DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE

—Disculpe, instructora Lao, ¿puedo hablar un momento con usted?

Acababan de terminar el entrenamiento. Los alumnos se dirigían hacia la salida del campus de Inteligencia cuando Noelia había decidido que ya no podía retrasar más esa charla con su instructora, Anne Lao. Por más que ella fuera tan estricta que a veces pareciera una cabrona que disfrutaba llevándolos al límite en las simulaciones, lo cierto era que necesitaba su ayuda.

—Claro —la miró Anne con algo de curiosidad—, pasa un momento a mi despacho.

La siguió al edificio cercano, cogiendo primero su mochila y secándose el sudor con una toalla que llevaba siempre dentro. Después, se apresuró para alcanzar a Lao, ya que esta andaba con un paso enérgico que era difícil de igualar. Para ser una mujer de tamaño pequeño, sugería una dureza que iba mucho más allá de la que se esperaba de una mera instructora. Claro que su despacho, una habitación austera y funcional, tampoco parecía encajar muy bien con ella.

Llegaron en seguida, pues estaba en el nivel base. Como comprobó Noelia al entrar, no había cambiado demasiado desde la última vez que estuvo allí, hacía meses. Seguía siendo poco más que un archivador, una mesa y un par de sillas.

—Siéntate —le indicó Anne tras hacer lo propio—. Y dime, ¿qué deseas?

—Bueno —se la veía algo incómoda—, lo cierto es que necesito un permiso. Voy a viajar con mi madre.

—¿Un permiso? ¿A tan solo un curso de acabar tus estudios? Dudo mucho que te lo concedan. Ya viajarás cuando te licencies.

—Verá... —le costó no comenzar a mover los pies, nerviosa—. Esto que le voy a contar me gustaría que quedara entre nosotras.

—¿Extraoficial? —la instructora enarcó una de sus finas cejas—. ¿En qué andas metida, Pengcheng? —le preguntó, desaprobadora.

Y usó sus privilegios para desconectar el despacho de la red del edificio.

—Es mi padre. Está enfermo.

—Ya te daremos el pésame cuando fallezca. ¿Es que necesitas irte de vacaciones para no estar allí? Yo creía que todos mis alumnos tenían mejores tripas y sabían enfrentarse a la muerte sin dudar.

—No es eso. Mi madre y yo lo vamos a llevar al Templo.

Durante unos instantes, las pupilas de Lao se agrandaron por la sorpresa.

Ya estaba dicho. Si la instructora la vetaba, era posible que quisieran prohibirles el viaje. Por suerte, la burocracia no era tan rápida y ellas ya no estarían en Pekín cuando eso sucediese.

—Cadete Pengcheng, no se te va a conceder —le contestó tras unos segundos de incómodo silencio, los justos para recuperarse de la noticia—. Deja que tu madre arruine su vida, si es que sale viva del viaje, pero tú no. El Servicio de Inteligencia de Pekín tiene demasiadas expectativas puestas en ti. Eres una buena alumna, inteligente, valerosa y con una gran genética. No nos decepciones.

La joven la miró, seria y con decisión.

—Voy a ir —afirmó—. Si no desea que les decepcione, cúbrame.

Anne se tomó unos minutos antes de contestarle. Y su voz sonó algo menos fría de lo habitual en ella:

—Mierda, Pengcheng. Si de verdad deseas volver, si es que vuelves, necesitaré que me des algo. No es tan fácil encubrir una cosa así. No cuando se sepa que os habéis ido —la miraba fijamente, como sopesando si de verdad todas las esperanzas que tenía en la que había sido su mejor estudiante en los más de veinte años que llevaba en su destino actual merecían la pena, tanto como para arriesgarse por ella—. Que no te maten. Y más te vale traerme algo cuando vuelvas, alguna información valiosa sobre la guerra que yo no sepa. Algo que dar a Inteligencia para poder cubrirte. Como mi alumna más brillante, tanto que desea graduarse por todo lo alto para entrar en el servicio como algo más que una mera agente en prácticas. Si no —la amenaza sonó cortante en su voz—, yo misma me encargaré de buscarte y arrancarte la piel a tiras. Y, después, entregaré tu corazón de traidora a mis jefes.

Noelia tragó saliva.

—Dime, ¿por qué lo haces? —le preguntó finalmente la instructora Lao.

—Empezaré diciéndole por qué creía que tenía una oportunidad de que usted me dejara ir: sé que aquí, en Inteligencia, os gusta la gente aventurera. Y que eso es algo difícil de encontrar en nuestra sociedad. Yo lo soy, y lo sabe. No es algo que me haya tenido que inculcar como a los otros alumnos. Siempre me han llamado las estrellas. Así que, si mi madre se va, quiero acompañarla. ¿Que por qué...? Digamos que me parece una gran experiencia poder ver un sitio así de cerca.

—Ya... Una experiencia... —la miró sin pestañear, como si le dijera que ella la conocía mejor que eso, que sabía que no quería dejar a su progenitora sola—. A ninguno de mis alumnos les ata nada a la Tierra. A ti, quizá tu familia... No creas que

no estoy al tanto de que tienes permiso para irte a casa todos los fines de semana porque eres útil en el astillero de tus padres. Pero a mí no me engañas. —Noelia frunció el entrecejo, extrañada, como si no entendiera lo que le quería decir Anne—. En todo caso, si eso es lo que te ha dado tu gusto por la aventura, yo lo respeto. Lo llevas dentro. Y en Inteligencia queremos gente que no tenga como mayor deseo el volver a casa tras sus misiones para disfrutar del lujo de Pekín el mayor tiempo posible. Por eso eres tan buena. Sé que podrás estar en el espacio, sin las drogas de tu tecnomédico, y seguir deseando jugarte la vida por la Federación. Así que vete. Entre otras cosas, veo en tus ojos el deseo de meterte en medio de la guerra y de acercarte al Templo. Pero recuerda: tráeme algo. O diré que me mentiste y entonces más te valdrá estar muerta.

Noelia sonrió a su instructora. Después de todo, no había errado al suponer que no era tan dura como aparentaba. Y ella tenía razón: estaba deseando viajar al espacio. Quizá le diera algo de pena abandonar su casa, la única que había llamado hogar, pero eso no era nada comparado con la emoción de estar tan cerca de otras estrellas que casi podría alargar sus manos y tocarlas.





## **MEGALÓPOLIS DE PEKÍN, DOS SEMANAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

—¿De verdad que no puedo convencerte para que te quedes? —su voz, resignada, sonó poco más audible que un susurro.

—No, madre. No pienso dejarte —contestó firme Noelia mientras echaba un último vistazo al que había sido su hogar desde que, hacía veintiún años, saliera de la incubadora en la habitación de sus padres.

Habían dejado atrás sus dormitorios y ahora estaban paradas en la cámara esférica del astillero, en una pasarela desplegable que cruzaba el inmenso espacio vacío. La última fragata espacial ya se había ido. Los bots reposaban en sus huecos de las paredes en modo de espera. La joven sintió, más que escuchó, el apagado suspiro de la otra mujer como una leve perturbación del aire a su alrededor. Supuso que para ella aún era más duro, pues reparar navíos e instalarles mejoras había sido su vida desde que emigró a Pekín para casarse. Aunque para su hija también lo era; sus más tiernas memorias nacían allí, en el astillero, observando a sus padres trabajar mientras se dejaba flotar en la gravedad cero; sintiendo la suave presión de los trajes de trabajo, al no poder respirar la atmósfera inerte necesaria para no dañar la delicada electrónica a la que su madre llamaba el «ánima» de la nave; abstrayéndose en las nubecillas que salían de los sistemas de movimiento de los atareados robots; escuchando a sus padres bromear a la vez que supervisaban las operaciones más complicadas; ella misma ayudándolos desde que había alcanzado la edad para hacerlo... Todas esas impresiones, con las que su memoria o su espira parecían querer rellenar la vacuidad del taller, ya no volverían; no por más que esta, la red neural que se enroscaba a las vértebras de su columna, pudiera conservarlas nítidas e intactas para siempre. No volvería a pisar esa estancia. Ni el resto de la casa. La habían vendido. Ya no era su lugar.

—Mira.

Su madre extendió el brazo derecho y colocó su PTI, una bonita pulsera de

eslabones dorados con base de grafeno, en frente de ambas. Al instante, la cadena pareció fluir, converger encima de su muñeca, para, desde allí, desplegarse en una finísima y amplia pantalla rectangular.

—¿Ves? —le mostró los números que en esta aparecían—. Es poco, pero aún queda algo de dinero para que puedas acabar tu último año de Ingeniería. Y yo sé que, con tu experiencia arreglando naves, encontrarás trabajo enseguida.

Puede que el Estado educara y proveyera alojamiento y comida a sus jóvenes desde niños, pero no era gratis. Hasta que acababan su formación, pagar era responsabilidad de sus padres. Y Noelia no conocía otro caso donde, como en el suyo, lo hicieran gustosos. Por algo tener hijos era una obligación ciudadana.

La estudiante miró a su madre, una mujer joven recién entrada en los cuarenta, inteligente y dulce, a punto de cometer un suicidio social. Intentó dar a sus ojos el ánimo que comenzaba a decaer en los de su progenitora.

—Tranquila, no pienso dejarte sola —le apretó la mano un breve instante, casi avergonzada, pero intuyendo lo necesario del contacto—. Y la universidad seguirá aquí cuando volvamos. Además —le sonrió, aliviada por ver difuminarse algo de esa tristeza que la envolvía desde lo de su marido—, un viaje a la supernova impostora... no me lo perdería por nada del mundo.

—De acuerdo entonces.

Ante su orden mental, canalizada a través de la espira, la PTI se deslizó a su forma de adorno. Las dos mujeres comenzaron a caminar hacia la puerta de salida, por la pasarela, tendida tan solo en las raras ocasiones en las que se restablecían la atmósfera y la gravedad.

Cerraron la puerta y salieron al puerto espacial.

Los implantes de visión infrarroja y aumentada de María, necesarios para su trabajo, absorbieron la humedad antes de que esta delatara a sus iris azules. En Pekín, capital de la Tierra, sede de la Federación Solar, no estaba bien visto llorar.

El espaciopuerto era enorme. Decenas de kilómetros compartimentados por campos de fuerza semitransparentes que pintaban el suelo como las rayas de los aparcamientos que salían en los sensoriales ambientados en el viejo siglo XX y que, en vez de los ya extintos coches, dejaban entrever todo tipo de vehículos espaciales, desde los deslizadores atmosféricos hasta los enormes cruceros galácticos. Madre e hija, pese a la diferencia de edad, se movían con idéntica soltura. Noelia, algo más alta, más energética y, desde luego, sin la melancolía que parecía acompañar a los pasos de su mentora. Ambas, morenas, con una corta melena por los hombros, si bien la de la joven presentaba la típica caída lacia asiática y la de la mayor unas suaves ondas. Las dos de complexión esbelta, con los mismos labios llenos y ojos turquesa, aunque los de Noelia fueran más estrechos y orientales. Gracias a los avances cosméticos de los últimos siglos, ambas mujeres lucían una piel llena de vida y sin el

más mínimo asomo de arrugas.

La nave a la que se dirigían, una mercante, estaba a pocos cientos de metros, por lo que prefirieron ir andando en vez de utilizar uno de los portales de transporte. Sus blusas, vaporosas, ondeaban bajo el impulso de sus pasos. Eran de fibra animada, tan popular en los últimos años, y se ondulaban simulando olas marinas al más mínimo movimiento. Sus pantalones vaqueros, sin embargo, seguían el furor por el siglo xx que cada cierto tiempo revivía la moda.

Su equipaje, unas pocas maletas para condensar sus vidas, las seguía flotando. El pasajero más valioso, aquel por el cual emprendían el viaje, ya había embarcado. Su mujer se había asegurado hacía horas de que la cámara criogénica fuera tratada con el debido cuidado.

—¿María Torres y Noelia Pengcheng? —preguntó, una vez se hubieron acercado al carguero, el androide que las esperaba en la plataforma de entrada.

Asintieron.

—Adelante. Zarparemos en cuanto estén listas. Permítanme guiarlas a su camarote.

La nave, de forma cilíndrica y con más de doscientos metros de largo, estaba formada en su mayor parte por varias bodegas donde se almacenaban los productos con los que su capitán comerciaba. No había mucho espacio para el esparcimiento humano. Los robots que se encargaban de su mantenimiento no necesitaban habitaciones y solo había dos tripulantes humanos. Por suerte para sus nuevas pasajeras, había un camarote adicional que a veces alquilaban a cambio de un buen dinero.

Los pasillos eran estrechos y algo claustrofóbicos. El cuarto al que las llevó el androide no era mucho mejor. Apenas seis metros cuadrados con un armario y una litera desplegable. Con las típicas paredes de polímero cerámico blanquecino de los cargueros. Ni siquiera tenía el tecnomédico reglamentario de todos los dormitorios de la Tierra. Ante la carencia de espacio de la nave y las dificultades de controlar a los ciudadanos cuando salían del territorio federado, las leyes se relajaban.

Dejaron sus maletas. El robot humanoide, hecho del mismo plástico aleado de las PTI, las llevó a la sala de navegación.

—Capitán —saludó respetuosa María.

—Bienvenidas, señora Torres y señorita Pengcheng. Soy el capitán Wuy —les tendió la mano.

—Gracias por desviarse de su ruta para llevarnos —se la estrechó María.

—Gracias a usted por su generoso pago —repitió el gesto de cortesía con Noelia—. Disculpen si no les presento a mi segundo, el señor Yu, pero, como pueden ver, está conectado a la espira para despegar en cuanto le dé la orden.

El piloto, un hombre de mediana edad como el capitán, estaba sentado con los ojos cerrados, conectado a la IA de la nave. El cerebro humano solo podía procesar un tipo de realidad, fuera virtual o tangible de un modo físico. Por ello, el único modo

de conectarse a lo que percibía la nave con sus sensores era cerrando los ojos. Ante el cabeceo del capitán señalando dos asientos, ambas mujeres se sentaron, dejando que su suave tejido inteligente se adaptara a sus cuerpos.

—Bueno... Pues, señoras —se acomodó Wuy a su vez—, es hora de partir. Estoy deseando probar mi motor nuevo.

Tanto el capitán como su segundo debían de tener unos setenta años, a juzgar por los signos de la edad. La humanidad no había conseguido la inmortalidad, pero sí alargar un poco la vida y, sobre todo, retrasar el envejecimiento. Hasta los cincuenta, aunque solo fuera en aspecto físico, uno podía considerarse realmente joven.

El piloto no realizó ningún movimiento perceptible, pero la mercante comenzó a moverse con suavidad, venciendo la atracción de la Tierra sin que sus pasajeros sintieran la más mínima molestia, gracias a la supresión de inercia. Noelia pensó que el señor Yu debía de ser de los que se limitaban a supervisar a la IA, diciéndole con sus pensamientos lo que tenía que hacer mientras leía los parámetros y comprobaba que todo iba bien. Los otros, los que se movían como si fueran parte de la nave, visualizando de verdad lo que esta veía con sus ojos electrónicos e incluso acompañando con su propio cuerpo las órdenes que daban, eran muy escasos, y tan buenos que solían estar fichados por el gobierno o el ejército.

Ya estaban en camino. Madre e hija se miraron a los ojos. Los de María por fin se mostraban serenos, como si el estar embarcada le prestara nuevas fuerzas. Y los de la joven no podían evitar reflejar su excitación por estar a punto de viajar por primera vez a las estrellas. Había estado una vez de vacaciones en Marte, pero más allá del Sol..., nunca. Olvidada quedaba ya la añoranza que había sentido al abandonar el astillero. Y en cuanto a la gente..., sus padres eran los únicos por los que sentía cariño, por más que sus gestos y palabras lo negaran cada día, como se esperaba que hiciera. Así pues, no había nadie que la atara a la Tierra. No podía llamar amiga a ninguna compañera de clase, no pasaban de ser colegas ocasionales con las que correrse una buena juerga. En lo referente a los chicos..., el único con el que había estado más de dos veces era ese tal Mao. Y, desde luego, no tenía ninguna gana de volver a verlo. Era a lo que todos estaban acostumbrados. Como su madre no dejaba de decirle, eso era lo malo de sus tiempos, la superficialidad que lo envolvía todo desde el siglo xxv.



Con motivo del quinto centenario (2058-2558) del descubrimiento de los puntos de salto al hiperespacio, el presidente de la Federación Solar dará un discurso y se ofrecerá un espectáculo de arte pintado en el cielo de Pekín, con las bailarinas aladas de la compañía de *ballet* residente.



---

Nadie quiere entrar en las sensoriales de Anne Kalen. Tras el escándalo provocado por el descubrimiento de que se había casado en su juventud, la actriz está viviendo del fondo social. Sus acciones han descendido en picado y todas sus películas han sido canceladas.

---

Manifestantes se reúnen frente al gobierno planetario de Pekín para protestar contra el gasto de recursos en la Guerra de los Artefactos. Temen que el gasto pueda igualar al de la colonización y exploración espacial de comienzos de milenio. No desean que el dinero destinado a mejorar la calidad de vida ciudadana se despilfarre en el espacio.

---

Baja a los doce años la edad legal para consumir estimulantes o conectarse a los sensoriales eróticos.

---

Brian J. Roxon, campeón actual de electroparapente, ha decidido cambiar el pigmento de sus labios a negro. Una nueva moda gótica inunda las cordilleras del Himalaya.





## **PORTAL DE SALTO NÚMERO 7, URANO, UNA SEMANA Y TRES DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAUE A ETA CARINAE**

Noelia nunca había viajado por el hiperespacio, no tenía ni idea de cómo sentirse. Sabía que no había motivos para tener miedo, que no sería más que un instante, que no dolería, que su cerebro sería incapaz de recordar nada de esos segundos que se perderían. Pero no por ello dejaba de estar intimidada y bastante nerviosa.

Miró a su madre. Estaba tranquila en su litera, a diferencia de ella, que iba a acabar por desgastar el minúsculo camarote si seguía recorriéndolo en cuatro pasos. Los ojos cerrados de María y los movimientos de su cuerpo revelaban que estaba viendo algún sensorial, seguramente uno de esos dramones ambientados en el siglo xx que tanto le gustaban. Se habían filmado como algo anacrónico, para mostrar a los ciudadanos los errores de sociedades pasadas, pero su madre los veía como momentos congelados de la historia donde el amor era capaz de mover la conducta de los seres humanos. Noelia se había pasado el periodo escolar y universitario simulando que en su casa no pasaba nada raro, intentando que no se notara que, para sus padres, no el amor, pero sí el afecto, todavía valía algo. Y para ello, qué mejor que revestirse de su capa de descendiente de una astuta inmigrante europea que firmó un matrimonio comercial para poder quedarse en la capital de la Tierra. Y ella, como todo el mundo, no era más que el resultado de la ley de descendencia. Era irónico, no pudo evitar reflexionar, que en ese viejo siglo romántico de su madre se pensara que íbamos hacia una superpoblación del planeta, cuando en realidad no había nada como darle a la gente placer y ocio para que, poco a poco, los sentimientos profundos dejaran de arraigar y el gobierno tuviera que hacer leyes dictando cuántos hijos estabas obligado a tener en función de tus genes y tus rentas. Y para que nadie los retrasara, poner como edad tope los treinta y nueve. Pero la joven sabía que sus padres la apreciaban y que desearían que el gobierno les hubiera dejado tener más hijos. No tenía más que ver en su PTI las grabaciones donde su incubadora estaba al

lado de sus camas en vez de, como era habitual, en una habitación aparte. ¿Amor? No..., sus progenitores no estaban tan locos. Pero alguna especie de afecto o de suave cariño, sí. Lo había respirado en las miradas que se dirigían cuando pensaban que ella no los veía. O en sus roces furtivos de manos. O en la dedicación con la que la cuidaban cada vez que de niña había cogido una gripe, poco menos que haciendo ellos mismos el trabajo asignado a los robots.

De algún modo, su madre debió de darse cuenta de que estaba siendo observada, pues se desconectó de la red de la nave y abrió los ojos. La nave todavía estaba acelerando, pero gracias al sistema inercial no lo notaban.

—Hija, ¿qué te ocurre? —le preguntó tras mirarla durante unos segundos—. Este sitio es demasiado estrecho para que juegues a rebotar con las paredes.

La aludida dejó de andar de un lado a otro y subió a sentarse en la cama de María, la de arriba.

—Nada, el salto. No acabo de acostumbrarme a la idea de ahora estar aquí y al instante a más de 5200 años luz, cerca de una de las estrellas de la constelación de la Quilla.

—No es para tanto —bromeó—. Ni que fueras a hacerte 5200 años más vieja.

—Muy graciosa —simuló molestarse; en realidad, estaba encantada con la mejora en el ánimo de su madre desde que habían subido a la nave—. Ya me entiendes.

—Claro que sí. Pero no es la primera vez que subes a una nave que no esté arreglándose. ¿Ya no te acuerdas del hotel Tharsis o de deslizarte con tus aeroskies por la ladera del Monte Olimpo?

—Claro que sí. El mejor sitio al que me llevasteis siendo niña. Pero no es lo mismo. No hubo hiperespacio, tan solo un crucero de lujo rumbo a Marte.

—Tú casi eres ya ingeniero mecánico, como yo. Has estudiado los puntos de salto. Sabes lo que son.

—Sí, lo sé. Una zona esférica que en el siglo XXI aprendimos a abrir con los portales —la manera en la que colocó sus ojos al decirlo parecía añadir «maravillosa e increíble»—. Un pórtico donde el espacio se deforma a otras partes de la galaxia. Y en este caso, madre, el camino más directo a la nebulosa de Eta Carinae, coloquialmente conocida como de la Cerradura —acabó citando al pie de la letra el texto de uno de sus manuales escolares.

María cabeceó, apreciativa.

—Pues eso, no estés nerviosa. Llegaremos sanas y salvas. Por lo menos, al otro lado. Y desde allí haremos unos cuantos cientos de años luz más hasta nuestro destino.

—Ridículo, ¿no? Que me dé más respeto el salto que la guerra en la que nos vamos a meter de lleno.

—Quizá aún pueda decirle al capitán que dé la vuelta. Al fin y al cabo, todavía no hemos llegado al portal —se tornó repentinamente seria.

—Me has interpretado mal —le sonrió—, no me asusta la guerra.

—Pues debería. Es un viaje arriesgado.

—Claro.

Apoyó la espalda contra la pared, para estar más cómoda.

«Si tú supieras, madre», pensó. «Si tú supieras... No es solo ingeniería lo que he estado estudiando. Es una pena que tenga que mantener el secreto».

—Bien —pareció quedarse más tranquila María tras estudiar la expresión y actitud despreocupadas de Noelia—. Si quieres, te enseño algo. Me he conectado a la red del mercante.

—¿Uno de tus dramones? Creo que paso.

—No... ¿Pasas de cotillear un poco? Con lo aburrido que es este viaje... —le guiñó un ojo.

—¿Cotillear? ¿Qué has descubierto?

—Al hijo del capitán Wuy. Es bastante guapo.

—¿Tiene un hijo?

—Por lo visto, dos. Pero este está en el ejército. Hace cuatro años era teniente y participó en una rueda de prensa. Mira, mejor te paso el enlace al fichero, pero no a ese, sino a uno de 2545. Es una grabación antigua, pero más interesante, pues es de cuando le dieron una medalla por una victoria contra los separatistas y lo ascendieron nada menos que de sargento a teniente. Conéctate, anda.

—De acuerdo. Pero dudo que sea más guapo que los últimos chicos con los que he estado.

—Bueno, al menos matamos un poco el rato.

María, como siempre que su hija se refería a sus múltiples encuentros sexuales, conseguía que la pena no se le notara. Sabía que su hija acabaría como todas las demás chicas del Sistema Solar: viviendo y teniendo hijos con alguien por quien no sentiría nada, a quien tan solo uniría la conveniencia social o económica. Sin contrato matrimonial, por supuesto, y sin la más mínima exclusividad. Pero no perdía la esperanza de que la educación que de manera tan soterrada le habían transmitido la llevara algún día hacia un buen chico y que pudiera formar un verdadero hogar, aunque dudaba mucho que este se encontrara en la sociedad cerrada de Pekín. Ella había tenido suerte. El padre de su marido había sido un próspero comerciante con las colonias antes de establecerse en la Tierra.

Noelia cerró los ojos y dejó que su espira se conectara a la red de la nave y abriera el vínculo que le pasaba su madre. Al instante, se vio rodeada por una multitud que vitoreaba a cuatro oficiales.

No pudo evitar sentirse eufórico. ¿Eufórico? Miró hacia su cuerpo. Apenas entrado en la adolescencia, masculino y, sobre todo, drogado hasta las cejas. Ah, y estaba mirando hacia el teniente rubio con adoración fraternal. Genial; la grabación la había hecho el hermano, que no hacía más que distraerse por la rubia de al lado. Esto era lo malo de los sensoriales filmados por aficionados.

Pese a todo, se las apañó para estudiar al rubio. Sí, no estaba mal. Pero ella había

estado con otros mucho más *sexys*. No entendía el empeño de su madre por que se estableciera, era muy joven aún para que el gobierno le permitiera tener hijos. Por lo menos hasta dentro de un año, cuando hubiera terminado sus estudios. Y ella, personalmente, no le veía otro aliciente a la unión. Porque, por lo menos hasta hacía poco, su trabajo estaba asegurado en el astillero; ahora, ya no: lo habían vendido. Antes de que sus pensamientos pudieran divagar hacia la reciente enfermedad de Pengcheng Wei, su padre, sus ojos se quedaron prendados del oficial de la derecha. Y mira que era difícil, tanto la divagación como lo de mirar absorta, porque las hormonas excitadas del adolescente no hacían más que buscar a la rubia. Menos mal que en los sensoriales se grababa todo y una podía al menos mirar hacia donde quisiera, porque, si no, estaba segura de verse abocada a alternar su atención entre el hermano y los pechos de la chica.

El oficial de la derecha era un teniente, como los otros tres. Con curiosidad, accedió a los datos del vídeo y leyó su nombre: Etzan Maran. Por lo visto, los condecoraban por haber luchado con valor en el ataque a Ambrosía, arriesgándose por salvar a unas mujeres civiles con niños pequeños o algo así. Y allí acababa todo el parecido. Los otros eran guapos, rubios, aguerridos, altos... Pero el teniente Maran, de estatura media, cabellos castaños y rasgos bastante corrientes, era extraordinario. No era ese atractivo de los soldados de uniforme que compartía con sus compañeros, no eran los ojos marrones o la sonrisa irónica que curvaba sus labios, ni siquiera lo era la forma, entre indolente y descuidada, con la que portaba su guerrera. No. No era su rostro europeo, su nariz aguileña o sus cejas espesas. No... Era él. En conjunto. Un hombre que parecía estar quemando lo poco que le quedara de sus *diecimuchos* años con una energía inusitada. Todo él gritaba vida, masculinidad, aventura..., como si pudieran atraparse todas esas fuerzas que los demás desperdiciaban en una búsqueda epicúrea del placer, meterlas en una bolsa y tirarlas al reciclador, para dejar tan solo a alguien para quien el universo parecía tener un sentido, a un chico cuya sonrisa arrogante pretendía esconder las respuestas a la filosofía y que era capaz de burlarse de la vanidad de la sociedad solar; a alguien que, por más que al cuerpo que estuviera ocupando no le fueran los tíos, Noelia estuviera deseando encontrarse para arrancarle la ropa y tirárselo allí mismo.

Estuvo mirándolo hipnotizada por completo, empapándose de sus gestos, su postura arrogante, sus breves palabras cuando le preguntaban, hasta que se acabó la ceremonia y, con esta, el sensorial. «Madre mía», pensó. «Después de esto voy a necesitar una ducha helada». Era una pena que la nave, debido a la escasez de espacio, no contara con ninguna, tan solo con un tubo de aseo. Porque después de ver a semejante ejemplar masculino, todos los chicos con los que había estado se le antojaban un cero en la escala del erotismo. Se desconectó, reacia, con ganas de visualizarlo otra vez, nada dispuesta a enfrentarse a la mirada de su madre.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? Guapo, ¿no? ¿Le preguntamos al capitán? Yo creo que podría ser un buen partido.

Estaba inclinada hacia ella, con una sonrisa expectante en los labios.

—Madre... —le contestó intentando volver a respirar con normalidad—, déjalo. Como ya me imaginaba, cualquiera de mis últimos ligues era mucho más interesante.

«Bueno, quitando al tal Mao», rectificó para sí.

—Vaya... Se te veía muy absorta.

—Sí, claro —esta vez fue ella la que le guiñó el ojo—, pero por el teniente de al lado. Un tal Etzan Maran.

—Lo recuerdo, salió en el TwN de Pekín.

El Twitt-News de Pekín, el mayor «trino» de noticias del Sistema Solar, le había dedicado un par de párrafos con motivo del rescate. A la gente le gustaban los héroes.

—¿Sí? ¿Por lo de las medallas? —preguntó Noelia interesada.

—Sí, pero creo recordar que dejó el ejército. Ahora es un mercenario. Trabaja para nuestro bando, pero un mercenario al fin y al cabo —María arrugó la nariz con reprobación.

—Ja, ja —se rio Noelia y consiguió por fin dejar de pensar en ese cuerpo que, por debajo del uniforme, parecía tan fuerte y vital—. No te preocupes, madre, dudo mucho que alguna vez coincidamos.

Aunque no sería por falta de ganas, reconoció para sus adentros mientras se mordía el labio; desde luego, no por falta de ganas de desnudar ese cuerpo tan apetitoso. Fuera teniente o no.

—Bueno, por lo menos te has olvidado de lo del hiperespacio.

—Gracias, madre. *Había* es la palabra —le contestó irónica—. Si no te importa..., creo que voy a desplegar mi pantalla para recordar algunos datos.

—Claro —la señora Torres asintió y volvió a sumergirse en la red de la nave.

El PTI de la joven simulaba un brazalete de plata. Ante su pensamiento, comenzó a fluir sobre su piel para acabar desplegándose en la pantalla.

«Punto de salto. Fechas históricas relacionadas con Olimpo, Hades y Eta Carinae», pensó. Y comenzó a leer los datos que se iban escribiendo en la interfaz:

«Año 2058: se detectan y abren los primeros puntos de salto al hiperespacio. Se construyen portales en los puntos interiores o cercanos al Sistema Solar. Se debate sobre la posibilidad de colonizar otras estrellas.

Año 2060: exploradores entran en el punto que da a la constelación de la Quilla, el número 17, en el brazo de Sagitario. A 5200 años luz de la Tierra.

Año 2066: se prueba con éxito la tecnología para entrar en el hiperespacio sin la necesidad de los portales. Pese a que las distancias que permite cubrir están limitadas por el rango de 1 a 1000 años luz, posibilita avanzar a grandes saltos en la exploración de la galaxia.

Año 2075: se informa de que se han encontrado dos sistemas solares con condiciones adecuadas para la vida humana. Uno es el de la enana amarilla OGLE-TR-111 en la constelación de la Quilla, a tan solo 3 años luz del punto de salto 17. El sistema, llamado Hades por los exploradores, tiene dos planetas con vida, pero

no inteligente. A 30 años luz, en una estrella cercana recién catalogada como PO17-0078, está el llamado Olimpo, varios de cuyos planetas podrían soportar la vida humana si se aplicara alguna técnica de terraformación, como bombas que derritieran los hielos y elevaran la temperatura media, o flora modificada para producir una elevada cantidad de oxígeno.

Año 2079: una nave exploradora fuerza sus generadores para dar un salto local que la lleve a menos de 50 años luz de la binaria Eta Carinae. Una de las estrellas que más nos han llamado la atención desde el siglo XIX».

«Eta Carinae, nuestro destino», pensó la joven. «Menuda estrella... Una luz más en el cielo del hemisferio Sur terrestre que en 1848 pasó a ser la segunda más brillante. Y en 1880, otra vez normal. Y lo mismo entre el 2426 y el 2491. Una supernova impostora, que cambiaba de opinión». No pudo evitar sonreír. «Como si no le hubieran dado las pastillas para evitar la menopausia».

Estrellas, soles de otros mundos... Quizá, después de todo, el salto no fuera tan terrible si le daba el acceso a otra parte de la Vía Láctea.

Siguió leyendo en su pantalla:

«Año 2080: naves colonizadoras llegan a un planeta del sistema Hades: Elísea.

Año 2086: se descubre, cerca de la estrella doble Eta Carinae, un asteroide muy lejano que la orbita. Se especula que pueda ser un cometa atrapado por la gravedad.

Año 2087: el asteroide es una enorme construcción artificial hueca. Se cree que es una estación de investigación alienígena.

Año 2088: un explorador se cura de la enfermedad de Hai tras entrar en la estructura. La gente comienza a llamarla *el Templo*.

Año 2...».

Un aviso en la pantalla borró lo que estaba leyendo. Por lo visto, estaban a punto de entrar en la zona de salto y el capitán requería su presencia. Cerró la PTI. Su madre, cuyo sensorial se había visto interrumpido de igual modo, le hizo un gesto con la cabeza y bajó de la litera para dirigirse hacia la puerta. Juntas recorrieron los pasillos del carguero y llegaron a la sala de control.

—He pensado que os apetecería venir. En realidad, cualquier punto de la nave es seguro, pero siempre gusta más verlo desde aquí. Por favor, sentaos.

La IA, personificada en un androide (algo habitual en los vehículos espaciales), era perfectamente capaz de navegar sola. No obstante, en algunos momentos necesitaba la aprobación humana. Y los saltos al hiperespacio, ya fueran los locales o por portales, eran uno de esos casos.

Wuy esperó a que estuvieran en sus asientos para dar la orden mental. Debió de pedir también cierta cortesía adicional con las pasajeras, pues una voz femenina inundó la cámara de mandos:

—Salto en tres, dos, uno...

Y nada. Quizá si hubieran estado en un yate de recreo podrían haber tornado transparente el casco y ver ese fogonazo de luces que en teoría se podía apreciar. Pero

así, en el interior del carguero, nada. Ni luz ni movimiento ni mareo ni incorporeidad. Nada. Tan solo un «Constelación de la Quilla» pronunciado por la nave.

«Genial», pensó Noelia. «Para esto tanta expectación...».

La IA continuó informando:

—El escuadrón de control solicita identificación.

—Dásela —ordenó, escueto, el capitán.

—Hecho. Ha sido aprobada. Solicitan también el motivo de nuestro viaje.

—Negocios, venta de productos manufacturados en Marte.

Noelia se quedó mirando, interrogante, a su madre. Esta le contestó a través de su espira, la cual solicitó a la red de la nave que formara sus palabras en la mente de la joven.

«La industria en el Sistema Olimpo no está tan desarrollada como en casa. Ellos exportan los minerales que ya están comenzando a escasear en el Sistema Solar e importan todo aquello que no pueden construir por sí mismos», le comentó.

—Muy bien. Nuestros escáneres indican que lleváis a tres personas más. ¿Inmigrantes? —continuó la voz del encargado del control de tráfico a través del portal.

—No. Futuras socias comerciales.

Era más sencillo mentir que decir la verdad. Una peregrinación al Templo era algo bastante difícil de creer en los tiempos que corrían.

—De acuerdo. Podéis pasar. Tened cuidado. Hace más de dos semanas que no ha habido ataques, pero nunca se sabe.

—Sin problemas. Gracias.

—Nave —siguió diciendo el capitán pasados unos segundos—, continúa por la trayectoria habitual. Ya nos desviaremos más adelante. Y vuelve al modo de comunicación individual.

«Es decir, mental», pensó Noelia para sí. «Es una pena. No ha estado nada mal eso de oír a la IA de la nave comunicándose de modo directo, como lo hace siempre con el capitán. Mucho más interesante que a través de su androide».

—Os recomendaría que os retirarais a descansar —les sugirió Wey—. Vamos a seguir la ruta habitual durante un día, antes de desviarnos hacia el Templo. He quedado con un capitán del ejército antes de llegar al planeta gaseoso donde recargaremos combustible. Es la zona más peligrosa y prefiero ir bien acompañado. Es un amigo de mi hijo Li, que lo ha convencido para que nos ayude: le habría encantado acompañarnos pero está en una misión, patrullando, y no puede abandonarla.

Pengcheng se quedó pensativa. Le encantaría saber cómo había hecho ese capitán del ejército para poder utilizar su nave en algo no oficial. Como no fuera muy amigo de algún alto mando...

—Gracias, capitán Wey —le contestó María—. Es una pena que su hijo no pueda escoltarnos, me habría gustado conocerlo. Apreciamos mucho su preocupación, así



como la amabilidad que ha tenido de dejarnos presenciar el salto desde la sala de control.

—De nada, señora Torres. Qué menos a cambio del valioso motor con el que ha pagado mis servicios.

Tan valioso y tan caro. Un motor que hasta hacía unos meses no era más que un prototipo. María había tenido que vender todo lo que poseía y tirar de sus contactos con los proveedores para poder comprar uno. Pero había sido necesario, nadie quería jugarse la vida yendo al Templo, pues, para ello, no quedaba más remedio que abastecerse de combustible en zonas donde era fácil encontrarse con tropas de Hades. Y considerando la inmensidad del espacio, una nave no entraba en combate a no ser que fuera tan idiota de meterse en la boca del lobo. Así que había sido necesario un motor con un mejor sistema de supresión de la inercia, un motor que permitiera acelerar mucho más rápido, para encontrar a alguien tan loco o ambicioso como para llevarlas. Sobre todo si, por querer jugarse la vida para peregrinar con su marido moribundo, era ella a la que todo el mundo juzgaría de loca. Y de remate. Capitán de carguero incluido.

De vuelta en su camarote, con un cómodo pantalón de pijama y tumbada en su litera, Noelia desplegó su PTI y continuó donde lo había dejado.

«Año 2094: llega la primera nave con civiles de la Tierra al Templo. Los milagros curan a la mayoría de los peregrinos. Nace la Iglesia de los Otros.

Año 2100: se aplica la terraformación en el Sistema Olimpo.

Año 2110: la Iglesia de los Otros se hace mayoritaria en el Sistema Solar. Miles de enfermos incurables por nuestra ciencia se embarcan cada año en las naves peregrinas.

Año 2180: se coloniza el primer planeta terraformado del Sistema Olimpo: Ambrosía.

Año 2306: se descubren ruinas alienígenas en muy buen estado, en una pequeña luna sin atmósfera que orbita a un gigante gaseoso en la llamada Rea, una estrella a 40 años luz de Eta Carinae, con dos gaseosos como únicos planetas.

Año 2400: el sistema Hades, con sus tres planetas colonizados (incluyendo al terraformado) se independiza de la Federación Solar.

Año 2401: el sistema Hades reclama las ruinas (que por su perfecto estado ya se sabía que eran, en realidad, una ciudad abandonada) de los alienígenas a los que coloquialmente se ha denominado carinaes. Comienza la guerra.

Año 2410: tras la destrucción de la tercera nave peregrina, la Iglesia de los Otros deja de mandar naves.

Año 2...».

Se le cerraron los ojos. Lo cierto era que, tras el salto, su cuerpo parecía reclamar el descanso que ella, emocionada con la experiencia, le había estado negando. Su PTI

volvió a la configuración de brazaletes. Tampoco quedaba mucho para llegar al año actual y no necesitaba tanto dato para saber dónde se estaba metiendo: en una zona en guerra por una tecnología alienígena. En medio del camino conocido a Eta Carinae.

«Mmmm...», fueron sus últimos pensamientos conscientes. «Suena muy bien lo de la estrella que puede explotar en cualquier momento. Acción de verdad, mucho mejor que los entrenamientos y las simulaciones con la instructora Lao. Me pregunto si ese exteniente tan sexy habrá ido muchas veces por allí...».



¿Qué haríamos sin los transportadores o los cinturones de vuelo? ¿Se imaginan tener que ir de la megalópolis a la playa en avión? ¿O tener que subir a las terrazas de los rascacielos en elevador cuando quieran tomar un café?

El portavoz del Ministerio de Comercio remarca la importancia de los avances que hemos logrado con la tecnología alienígena. Y hace un llamamiento a los ciudadanos para que cesen las manifestaciones contra las partidas de dinero destinadas a la guerra y a la investigación en Eta Carinae.

---

Las acciones de la empresa Sussex suben tras las festividades del quinto centenario. Millones de ciudadanos consumen su pastilla Supersex, en vez de la rival Clímax, durante las orgías ininterrumpidas celebradas por todo el planeta. Las encuestas revelan que su capacidad de provocar múltiples orgasmos en encuentros de pocos minutos la colocan en cabeza de la nueva generación de estimulantes.

---

El programa Locura en Abierto analiza el caso de María Pengcheng, empresaria que ha vendido su negocio, un astillero, para peregrinar al Templo en un intento de salvar a su marido. Los invitados a la tertulia son de la opinión de que la señora Pengcheng debería estar internada en un psiquiátrico, siendo un fallo de los servicios sociales el haberle permitido ir a jugarse la vida en una zona en guerra. Al fin y al cabo, como comentaba al ser entrevistada una de sus vecinas, a los que firman un contrato de matrimonio, aunque solo sea el comercial, habría que vigilarlos, pues nadie que hace algo tan obsoleto puede estar bien de la cabeza. Además, nunca la había visto nadie yendo a fiestas o practicando el sexo en la calle. Ni siquiera con su marido.

---

El portavoz del equipo científico de la zona Eta Carinae afirma que se están

realizando grandes avances en la traducción del lenguaje alienígena. Desde que se descubrió que los carinaes tenían pensamiento matricial binario, la decodificación de sus ficheros está casi finalizada. «Es una suerte que no necesitaran atmósfera», comenta el portavoz, «porque así toda su microelectrónica nos ha llegado en unas condiciones óptimas».





## **ZONA LOCAL OLIMPO, UNA SEMANA Y DOS DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

El capitán mercenario, al servicio de la Federación Solar en una de las patrullas que vigilaban las proximidades de la zona de salto al brazo Sagitario-Carina, se conectó sin dudarle a la red de su lancera al recibir el aviso. Como siempre que entraba en situación de combate, sus implantes le inyectaron en la sangre los picobots que modificaban su química corporal para darle una mayor rapidez de reflejos y de actividad cerebral. Como casi siempre, al estudiar el escenario a través de la grabación hecha por la nave y transmitida a sus sentidos por la espira, dedicó unas centésimas de su aumentado sentido del tiempo a maravillarse: el espacio se abría oscuro, misterioso, cercano, envolviéndolo con sus inconmensurables tinieblas; varios soles brillaban a su alrededor, ninguno tan espléndido como la lejana estrella Eta Carinae. Aunque sabía que no era real, que había cerámica, helio, carbono, metal y polímero entre él y el vacío, no podía evitar sentirse como si de verdad estuviera allí. Y aunque era consciente de que la red neural no le transmitía ninguna sensación térmica, casi le parecía notar ese frío helado que invadía los resquicios del espacio sideral.

Junto con nueve lanceras más, patrullaba a 10 minutos luz del portal, en la zona que iba hacia el Sistema Olimpo. 10 minutos luz: la distancia desde el Sol hasta un punto entre Marte y la Tierra, 182 millones de kilómetros, una distancia ridícula en los términos casi infinitos del universo y sin embargo, pese a la cercanía al pórtico, a Maran no le llegaba ni la más mínima luminosidad de las fragatas federadas que lo vigilaban. Lo que sí que veía claramente era la emisión infrarroja de las dos naves enemigas que estaban atacando a un carguero aliado. Por su espectro, parecía estar tan dañado que había tenido que dejar de impulsarse para desviar toda la energía que le quedaba a sistemas vitales. Hacía semanas que no atacaban en esa zona; Maran tenía ganas de acción. La IA de su lancera lo había avisado al detectar los gases de emisión de los separatistas y ya estaban a distancia suficiente como para que el

capitán tomara el control.

Las primeras naves espaciales, militares o no, llevaban una tripulación humana completa y varios robots de apoyo, pero desde que se mejoraron las inteligencias artificiales dejaron de llevar tripulantes orgánicos para evitar riesgos innecesarios. Sin embargo, como pronto aprendieron una vez que estalló la guerra, había un modo muy sencillo de burlar las leyes de la robótica y desequilibrar la balanza: incluir a un ser humano, de tal modo que una nave tripulada solo por bots no fuera capaz defenderse, al no poder ni la IA ni ninguno de ellos ordenar una ofensiva que dañara a un tripulante orgánico. Para hacerlo haría falta una orden directa y las comunicaciones vía hiperespacio no estaban desarrolladas, así que por ello hacía más de un siglo que todos los cazas y lanceras llevaban al menos a un capitán a bordo. Y era él el que tenía que ordenar los ataques dirigidos a acabar con vidas enemigas. Otras naves mayores, como las fragatas de guerra, para repartirse el control de los robots en caso de asalto con cazas o de abordajes a naves o estaciones espaciales, llevaban al menos a media docena de ocupantes entre el oficial al mando y sus soldados.

Etzan observó que una de las naves separatistas, una fragata, estaba maniobrando para abordar al mercante, mientras que la otra se limitaba a mirar. Curvó sus labios en una sonrisa ambigua y ordenó un ataque para dentro de doscientos segundos, sin salir todavía del modo silencioso. Dio varias instrucciones más y se fue corriendo a un caza para acercarse al carguero, ya que, en movimiento, este era más difícil de detectar que su lancera.

Estaba a medio camino, acelerando al máximo, cuando la explosión de la fragata enemiga, la que había estado mirando el abordaje de su compañera, colapsó temporalmente los sensores de su nave. Confió en no tener la mala suerte de que alguno de los fragmentos más grandes, tanto que sus escudos no pudieran absorberlo, le diera al mercante.

En cuanto a entrar, fue fácil, sobre todo con el apoyo de los androides que lo habían seguido en vehículos especializados. Ordenó que varios tomaran la fragata separatista dejando inconscientes a sus tripulantes, muertos si era necesario. Mantuvo un canal de comunicaciones abierto con esos robots, a los que llamó «equipo 1», para poder dar esa orden final en el momento en el que fuera preciso.

—Equipo 1 entrando, señor.

—Equipo 1 anulando defensas electrónicas, señor.

—Detectad cuántos tripulantes orgánicos hay, equipo 1.

Maran dio la instrucción a los robots que habían ido a la nave separatista a la vez que disparaba mientras encabezaba a los suyos, el equipo 2, por los estrechos pasillos del carguero. Casi toda la oposición que se encontraban eran máquinas enemigas.

—Aquí equipo 1. Dos, señor.

—Reducidlos con el mínimo daño posible, equipo 1.

Se escondió detrás de una compuerta y ordenó con un gesto a los androides que lo seguían que se deshicieran de la puerta. Era la de la sala de control. Y sus lecturas

indicaban que los hombres de Hades se habían atrincherado allí.

—Aquí equipo 1. Listo, señor. Tan solo tienen algunos huesos rotos.

—Equipo 2 tomando el control de la puerta, procedemos a abrirla.

Las dos voces artificiales le llegaron a la vez, procedentes de diferentes naves. No les contestó. Toda su atención estaba puesta en la sala a la que estaba a punto de acceder.

Nada más empezó a deslizarse la compuerta, comenzaron las ráfagas de láser. Etzan no se atrevió a mandar delante a sus robots, ya que esa habitación era el sitio más probable para que estuvieran los rehenes, si es que esos cabrones habían encontrado algún posible lucro en hacer prisioneros.

Tras activar todos los escudos de su traje de combate (similar en aspecto a uno espacial, pero mucho más peligroso), no se lo pensó dos veces y entró, con el sistema de tiempo aumentado de su cerebro funcionando a toda capacidad. No podría mantenerlo así muchos segundos; confió en que fuera suficiente.

Rodando por el suelo para ofrecer un blanco lo más pequeño posible, recibió información de las cámaras de su traje, mucho más eficaces que sus propios ojos. Todavía estaba entrando, pero ya sabía que había tres enemigos y lo que parecía una civil presa, sentada en una silla y apuntada por un arma de uno de los separatistas. Soltó sus armas, clavó sus manos en el suelo para apoyarse e interrumpió su giro con un salto que le permitió incorporarse. Todo fue tan rápido que arrancó parte del material de la nave y, en vez de sacudir sus dedos para deshacerse de él, decidió que era mucho más efectivo arrojarlo contra los hombres.

Y, mientras tanto, la mujer prisionera lo observaba todo sin tener tiempo para nada que no fuese acelerar el latido de su corazón, al presentir que su suerte podía estar cambiando.

Uno de los trozos arrancados impactó en el arma del soldado que apuntaba a la civil y la tiró al suelo. El otro golpeó en la cabeza de un segundo enemigo, con tal fuerza que lo lanzó hacia atrás. Maran se agachó a toda velocidad para recoger sus armas y medio vaciarlas contra el tercero, al que eliminó tras saturar su armadura. Después, apuntó al único que aún se tenía en pie: el que había perdido su pistola láser y acababa de agarrar a su rehén por la muñeca.

—Suéltala o acabarás como tu compañero.

—Equipo 2 —ordenó mentalmente al mismo tiempo—, entrad y reducid al separatista que está en el suelo antes de que se incorpore.

Su rival lo observó en unos instantes de tensión, dudando entre hacerle caso o intentar escudarse en la mujer. Por su respuesta, debió de darse cuenta de que lo segundo era suicida, ya que él no disponía de la ventaja que le daba a su oponente el tiempo aumentado.

—De acuerdo. Tú ganas. No contábamos con tener la mala suerte de que nos encontrara una patrulla.

Eso estaba claro, porque no eran de lo mejor que podía ofrecer Hades. Claro que,

considerando lo caros de modificar que eran los soldados con lo último en implantes, para una simple escaramuza eran más que suficiente.

Y la mujer, para quien todo esto había pasado en el tiempo de unos pocos parpadeos, observó cómo el separatista la soltaba y levantaba las manos, a la vez que entraban varios androides que inmovilizaban al hombre tumbado. Debería haber estado aterrorizada, pero no era así. Por un lado había sido interesante ver toda esa picotecnología de la que, como ingeniera, tanto había oído hablar en acción. Y, por otro, estaba demasiado preocupada por su hija como para poder sentir alguna otra emoción fuerte.

—Señora, espero que esté bien —le preguntó el hombre joven que acababa de desactivar su traje, desapareciendo los campos de fuerza y retrayéndose la parte tecnológica en las tiras base que, por si acaso las necesitaba otra vez, no sé quitó ni del cuello ni de las caderas y brazos.

—Muchas gracias. Por favor, deben de tener a mi hija. Ayúdela.

Etzan estaba sorprendido ante la increíble sangre fría de la morena de mediana edad. Mas siempre dispuesto a ayudar a un civil, tomó la dirección del camarote de la red de la nave y se dirigió hacia este, esperando no llegar demasiado tarde, sin saber que iba a encontrarse con una de las visiones más entretenidas y deliciosas de toda su carrera.

El soldado estaba apuntando con su táser a la cama inferior de la litera. A juzgar por la forma que se delineaba bajo la ropa, la mujer estaba debajo, tapada hasta las orejas. Unos cabellos morenos era todo lo que sobresalía de las sábanas. El capitán se preparó para atacar antes de que su enemigo dejara inconsciente a la chica, pero entonces notó un movimiento delante de él, a espaldas del soldado. El armario, el único mueble de la habitación, se estaba abriendo con lentitud. Y una figura femenina, una mujer de bronceados hombros perfectos en camiseta de tirantes y pantalón de pijama, salía con sigilo, con la vista fija en el que se suponía que iba a darle una dolorosa descarga eléctrica. Agarraba con una mano un sintetizador de ropa, como quien, en aquellos antiguos sensoriales, sujetaba una plancha. La musculatura de su brazo se tensaba, definida por el peso del electrodoméstico. Maran a duras penas pudo contener la risa. Parecía una heroína vengativa y despechada. Tan adorable y femenina..., con su sintetizador. Cruzó los dedos en su fuero interno para que le atizara pronto, porque, si no, iba a tener que intervenir antes de que una carcajada lo delatase.

Unos minutos antes, Noelia estaba sola en la habitación cuando sonó la alarma, primero de impacto y a los pocos segundos de invasión. Su madre había ido al tubo de aseo, cercano a la sala de control. Su primer impulso fue ir a buscarla, con el látigo de hilo molecular que ocultaba en un anillo desplegado, y utilizando toda la formación que el servicio de Inteligencia le había dado; pero sabía que su madre se lo reprocharía y que su adiestramiento les podría servir mejor para escapar si nadie sospechaba de ella. Lo más sabio era esconderse y preparar una trampa tradicional,

por si Wey y las defensas internas de la nave no podían con los asaltantes. Supuso que María haría lo mismo. Su madre podría ser civil, pero no era tonta. Así pues, programó una peluca en su sintetizador, simuló una figura durmiente en su litera y se escondió en el armario, sin cerrar del todo la puerta. Cuando vio que un soldado de Hades estaba a punto de tasear a su doble, salió en silencio, agarró fuerte su improvisada arma y le golpeó en toda la cabeza. El hombre cayó al suelo, inconsciente.

Y entonces, sobresaltada, se dio cuenta de que debería haber vigilado sus espaldas. Una voz masculina y burlona carraspeó, como si se deleitara en su negligencia.

Ella se giró, y no pudo creer lo que veían sus ojos. Emociones encontradas la sacudieron. La primera, el alivio: el teniente Maran era de los suyos; era imposible no reconocer al «oficial de la derecha». La segunda y más poderosa, el cabreo. El tío la estaba mirando apoyado indolente en la puerta, con una sonrisa divertida en los labios, como si la escenita que acababa de presenciar no fuera con él. Y la tercera, apenas una vibración anhelante en sus huesos sepultada por la fuerza de su enfado; era esa sensación estúpida de quedarse embobada ante lo bueno que estaba el condenado.

—Venía a ayudarte, cariño —le habló esa voz masculina, arrogante, rica en matices, unos entretenidos y otros complacidos y acariciantes—, pero no he querido interrumpirte. Lo estabas haciendo muy bien.

«¿Cariño? ¿Muy bien?», pensó más que irritada.

Puede que estuviera buenísimo, con esa anticuada cazadora de cuero y esos ceñidos pantalones de piel (con las tiras tecnorgánicas de un traje de combate a modo de cinturón y brazaletes), con el cabello de cortos mechones castaños algo despeinado, con ese brillo regocijado en sus expresivos ojos..., pero le daba igual. Nadie se comportaba de un modo tan irreverente ni maleducado, por más que su personalidad fuera tan chispeante que pareciera ser como una fuerza magnética que la atraía hacia él, pues le estaba demostrando que no era más que un maldito altanero, soberbio, orgulloso, engreído y presuntuoso insolente.

Noelia lo fulminó con la mirada y le contestó con brusquedad.

—No sé quién eres. Bueno, sí lo sé, pero no sé qué haces aquí. Aparte de salvarme, supongo.

Maran la miraba cada vez más divertido, con una ceja enarcada ante la confusión de la joven. Noelia no entendía cómo ese hombre era capaz de alterarla tanto, de un modo que le impedía hasta el pensar con coherencia; a ella, siempre tan serena. Ya que él se limitaba a contemplarla deleitado, continuó asaeteándolo con sus enfadadas palabras:

—Y eso de *cariño* te lo puedes guardar. No sé si te habrán dicho alguna vez que el cuero ya no se lleva. Pues lo de *cariño* aún menos.

Por toda respuesta él se acercó a ella lentamente, devorando con una arrogancia



que rozaba la inmodestia los pasos que los separaban. Se colocó muy cerca de la mujer, siendo consciente de sus bellos rasgos, entre chinos y europeos; de la cascada de sus cabellos, que parecía atrapar la eterna noche del espacio; de sus firmes y jugosas curvas; de la adrenalina que todavía producía su cuerpo. Y, sobre todo, de la expresión irritada que cruzaba por sus bellos labios, tornándola extremadamente adorable y femenina.

—Cariño —susurró desafiante.

Noelia no podía creerlo. El muy neandertal no solo la ignoraba de modo deliberado, sino que, con insolencia, se iba acercando despacio hacia ella. Sus pantalones marrones se tensaban ante la fuerza de sus cuádriceps, aunque la mirada femenina estaba desviada hacia otra zona igual de marcada por la tela curtida, pero mucho más sugerente. Se obligó a separar los ojos cuando casi lo tuvo encima, los cuales se quedaron a la altura de su barbilla. El teniente era alto. Tenía unos labios que, si no se curvaran irónicos, conscientes del efecto que su presencia producía en ella, besaría sin lugar a dudas porque se le estaba secando la boca, dolorida por las ganas de probarlo. Y eso que ni siquiera se había tomado una pastilla estimulante. Ese hombre era increíble. Olía al lubricante de su nave y a aventura. Era la primera persona capaz de excitarla, estimular su cerebro y fustigar sus nervios sin tan solo tocarla. Lo que ella decía: ese hombre olía a vida.

—Ehhh —intentó en vano sonar coherente—, arcaísmos no, por favor.

—¿Por favor? —Su aliento era como una cálida caricia—. ¿De verdad quieres suplicarme tan pronto?

Noelia sabía que debía sentirse muy irritada, pero estaba demasiado abstraída imaginando el roce de sus dedos contra la mandíbula masculina..., cómo se sentirían esos labios, si se rendirían ante su contacto.

Maran, alentado por la respuesta de la chica, no pudo evitarlo. Acabó cayendo en esa carcajada que había estado reprimiendo desde que la había visto salir del armario. Una risa sonora, vibrante, poderosa, pero que a Noelia la devolvió a la realidad. Al sexy pero demasiado presuntuoso héroe de guerra. Se separó un par de pasos.

—Y, por cierto... —le contestó, mordaz, cuando el teniente hubo acabado de reírse a gusto—. ¿Por qué no llevas tu uniforme?

—¿Uniforme?

Esa chica no dejaba de sorprenderlo.

—Te vi en un sensorial —explicó ella—. Uno donde te condecoraban por salvar a civiles. Aunque estabas más joven.

—Ahhh. Bueno, cariño, uno no puede ascender demasiado en el ejército sin padrinos, así que decidí establecerme por mi cuenta. Sigo luchando para los buenos, pero la diferencia es que ahora gano más dinero.

—¿Mercenario?

Ladeó apenas la cabeza. Tendría que haber caído en que se lo comentó María. Pero claro, hasta no haber visto lo bien que le quedaban esas ropas de piel, era mucho

más estimulante recordarlo con la guerrera de teniente puesta.

—Y de los mejores. Capitán Etzan Maran. A tu servicio, preciosa.

*Preciosa.* Noelia frunció el ceño. Luego lo relajó. No podía estar enfadada eternamente. Y menos con alguien tan atractivo.

—No me has contestado antes. ¿Cómo es que estás aquí?

—¿Por antes te refieres a tu *no sé qué haces aquí. Aparte de salvarme?* No pensaba que fuera una pregunta...

Noelia lo volvió a fulminar con la mirada.

—Tranquila, patrullo esta zona. Mi IA detectó las emisiones de las otras naves y llegamos a tiempo de rescatarte. Aunque no creo que lo necesitaras... —volvió a sonar muy divertido.

—Maran, ya vale.

—Puedes llamarme Etzan, cariño.

—Etzan... —quiso borrarle con su tono reprobatorio la sonrisa presumida de la cara.

—De acuerdo. Encontré a tu madre y me pidió que viniera a por ti.

—¿Está bien? —le preguntó, preocupada y culpable de repente, pues a causa de sus hormonas revolucionadas, de ese hombre tan condenadamente *sexy*, casi se había olvidado del ataque.

—Sí, tranquila. Mis androides me informan de que está todo bajo control.

—¿La habían cogido?

—Sí. Pero está perfectamente. Ni siquiera la habían atado o dejado inconsciente.

Parecía que María no se había llegado a esconder, o que la habían encontrado. Y la debían de haber tomado por inofensiva; como en cierto modo era.

—Llévame con ella —le exigió.

—¡Qué decidida! —le tendió su brazo, el cual ella rechazó para ir andando tras él. La estrechez de los pasillos no permitía otra cosa—. No me has dicho cómo puedo llamarte. ¿O es que te gusta *cariño*?

Noelia contuvo las ganas de darle un buen cachete. No era que fuera una maleducada; era que ese trasero estaba demasiado marcado por el cuero, como pidiéndole que comprobara su dureza. Ese hombre la estaba volviendo loca. Hasta cuando la sacaba de sus casillas no hacía más que pensar en sexo. Y sin pastilla. Cuando tuviera la oportunidad de ofrecerle una, iba a ser glorioso.

Llegaron a la sala de control. Noelia intentó no fijarse en los cadáveres de Wuy y su segundo. La muerte era algo lejano en la Tierra, donde casi todas las enfermedades estaban controladas y la esperanza de vida rondaba los ciento cuarenta años. Sin embargo, su entrenamiento militar la había hecho muy consciente de la fragilidad del cuerpo humano. En todo caso, ver a su madre le hizo sencillo el no centrarse en nada más. María estaba sentada, como esperándola, pero hasta que no vio a su hija en persona, una sonrisa de alivio no iluminó sus ojos. Suspiró y corrió a abrazarla. Y Noelia, en vez de quedarse rígida sin saber qué hacer, le correspondió apretándola

fuerte. Le dio igual que ella no la hubiera estrechado entre sus brazos desde que tenía cuatro años, para que no fuera diferente a las demás niñas de Pekín. Le dio igual que fuera algo anacrónico y mal visto. Incluso le dio igual lo que el apuesto capitán pudiera pensar de ella misma. María era su madre y estaba viva; eso era lo único que importaba.

—Hhhhhm —carraspeó Maran—. Lamento interrumpir, pero desearía llevarlas a mi nave lo antes posible.

—Espere, capitán. ¿Está bien el hombre de la unidad de hibernación? —preguntó súbitamente preocupada María, ahora que ya sabía que su hija estaba a salvo.

—¡Madre! —protestó Noelia—, que está en la bodega de carga. Los piratas siempre dejan intacta la zona de la mercancía cuando atacan. *Tiene* que estar bien.

«Porque si no, yo...» pensó, «he cometido un gran error al darlo por hecho».

—Tranquilas, lo está. ¿Quién es? Es el único pasajero restante que han detectado mis robots.

—Mi marido.

—Mi padre —contestaron las dos mujeres a la vez, con idéntico alivio.

—Bueno, pues no se preocupen. Mi IA ya está informando del incidente. Pronto vendrá una fragata a llevarse a los separatistas presos.

—¿Y nosotras? —le preguntó María.

—No creo que tengan problemas en alojarlas hasta que llegue al portal una nave que pueda llevarlas de vuelta a la Tierra.

—Muy bien, capitán...

—Maran, Etzan Maran.

—Capitán Maran. Pero me gustaría hablar de ese tema con usted una vez estemos en su nave, si no le importa.

—Sin problemas, señora. Y ahora, síganme.

Escortadas por el capitán y varios de sus androides, llegaron a la flexible pasarela cilíndrica entre naves que habían tendido los atacantes. Al cruzarla, Noelia, pese a que se sentía irracionalmente segura detrás de la ancha espalda de Etzan, no pudo evitar sentirse minúscula, como una incauta en medio de una frágil estructura transparente que dejaba ver la inmensidad del vacío que se abría ante ella. Mareaba, más que el mar. Era tridimensional. Salpicado de tinieblas y puntos lejanos de luz mirara donde mirase, aun a sus pies, que avanzaban con vacilación en el oscilante tubo artificial. Y entonces, los vio: los restos más pequeños de lo que había sido, sin duda, una nave tripulada. Flotando como a la deriva por el espacio, en las trayectorias en las que los había acelerado la explosión. Apagada la vida en un estallido. Solo quedaban fragmentos devorados por la nada. Volvió a estremecerse. Quizá había lugares donde fuera demasiado soberbio pretender llevar a la raza humana.



Grandes descubrimientos, hechos tras la traducción del lenguaje alienígena, impactan a nuestros ciudadanos: los carinaes no fueron los constructores del Templo. Si bien se establecieron en la pequeña luna de un planeta gaseoso (una rareza en la zona) que orbita en torno a una estrella que dista tan solo 40 años luz de Eta Carinae, no fueron ellos los que lo crearon, sino que fundaron una ciudad allí por dos motivos: establecer un asentamiento minero para explotar las emisiones de una estrella joven (se sospecha que provienen de una zona más antigua de la galaxia) y una colonia científica que estudiara a los alienígenas del cercano Templo.



Las Iglesia de la Humanidad tacha de herejía la hipótesis de que los carinaes pudieran ser criaturas de Dios. Sus sacerdotes se reafirman en la Palabra Sagrada de que solo los hombres somos hijos de Dios.



Detenida una mujer por quedarse embarazada. Myrian Solís, programadora ciudadana de la megalópolis de México, engañó a sus vecinos al practicar con ellos sexo sin pastilla en varias ocasiones, evitando así el efecto anticonceptivo de la Supersex. Manipuló al tecnomédico de su habitación para que no tomara las muestras diarias y mandara informes falsos, con los indicadores anteriores al embarazo. Su abogado pide para ella reclusión psiquiátrica.



Cae la moda de las sandalias de agua. La empresa Ntgu, fabricante líder de calzado, apuesta por las sandalias de aire. Estos nuevos zapatos permiten que las féminas caminen por las calles de Pekín como a lomos de ninfas aéreas.



## NAVE DEL CAPITÁN MARRAN, ZONA LOCAL OLIMPO, MISMO DÍA

Tras cruzar la pasarela transparente, entraron en la fragata enemiga capturada, donde les aguardaba el pequeño transportador que Maran había pedido para poder llevar a las mujeres a bordo.

La nave de Etzan era una lancera y, como tal, su tamaño era inferior al de una fragata; su forma era la característica de cabeza de lanza que daba nombre al modelo y, pese a tener unas dimensiones similares a las del mercante en el que las mujeres habían estado viajando, no daba sensación de claustrofobia. Noelia supuso que se debía a que el carguero tenía una necesidad de transportar mercancías que limitaba las áreas destinadas a los pasajeros. Una nave de guerra, sin embargo, tenía otras prioridades menos voluminosas, como velocidad, armas y escudos. Esto, unido a que solían tener un único tripulante humano, por aquello de que solo con uno se burlaban las leyes de la robótica, hacía que una lancera fuera bastante espaciosa. O al menos todo lo que podía ser una pequeña nave espacial sin entrar en la categoría de yate o crucero. La joven también dedujo que el capitán debía pasar mucho tiempo en ella, ya que se notaba que estaba a gusto: los pasillos que atravesaban, además de anillas para agarrarse en caso de gravedad cero, presentaban unos suaves tonos azules y algunas pinturas cambiantes con los extraños bosques de algún planeta que ella no conocía.

—Ambrosía —le contestó sin girarse mientras andaba por delante de ella, como si le hubiera leído la mente.

—¿Preguntándole a tu nave que te diga lo que miro, Etzan? No te creía tan interesado en mí.

—Preciosa... —la risa agitó la espalda masculina, esa fuerte espalda escondida detrás de su cazadora, como pidiendo que la encontrase—, ¿seguro que quieres tener esta conversación delante de tu madre? —le susurró.

No había vuelto a tutearla desde que se reunieron con esta y, la verdad, la joven había echado de menos esa cercanía informal.

Y en cuanto a lo que le acababa de decir... Noelia cerró la boca. El muy presuntuoso tenía razón. Había oído cómo María, a su espalda, contenía una risilla suave. ¿Lo habría escuchado? Ya solo le faltaría que su progenitora pensara que un mercenario que se jugaba la vida a diario también era un buen partido. Deseó no tener delante de sus narices esos sugerentes hombros anchos, para así poder acelerar más el paso.

De todos modos, la nave era tan sorprendente como su propietario, pues en la sala de control, semiesférica y el triple de grande que la del carguero, las estrellas titilaban sobre sus cabezas. Maran se habría gastado un buen dinero; un techo transparente era mucho más complicado de hacer, considerando que debía tener las mismas propiedades de resistencia a la radiación, así como a las diferencias de temperaturas y presiones, que cualquier otro. Los escudos antipartículas, eso sí, daban igual en este caso, al ser campos de energía indetectables en el espectro visible. Noelia se había quedado tan fascinada por la vista, por la sensación de estar perdida en medio del espacio, que incluso había apartado los ojos del impertinente mercenario.

—Sentíos como en casa —dijo este mientras señalaba hacia un asiento que, a una orden suya, había fluido para transformarse en un cómodo sofá—. Betsy, por favor, tráeles alguna bebida relajante y algo de comer.

—Muy amable, capitán —le agradeció María tras sentarse—. Lo cierto es que no me vendrá nada mal algo que me tranquilice después de lo que acabamos de pasar.

—Un placer. —Se dirigía a la madre, pero sus ojos no se despegaban de Noelia.

—¿Quién es Betsy? —preguntó esta, mucho menos cordial que su progenitora, al no ver a nadie más en la cámara.

—El androide que personifica a la IA de la nave. Hay quien diría que está un poco defectuosa, la lancera nunca acabó de pasarle una buena copia de toda su inteligencia. Pero yo no la he llevado a reparar. Ya la veréis, es entrañable.

—Capitán, antes de que lleguen los soldados de la Federación, me gustaría pedirle que nos llevara en su nave.

—Llegarán enseguida, pero primero revisarán la fragata enemiga. Así que cuénteme tranquila el motivo de su petición, tiene tiempo. Y entenderá que esté intrigado ante una proposición tan insólita.

Esta vez sí que le sonrió a la madre. Noelia no pudo evitar sentirse algo celosa. Como si, desde que lo hubiera visto, burlón y arrogante contra la puerta de su camarote, hubiera decidido que toda la atención de ese hombre tan poderosamente *sexy* tenía que ser para ella.

—Verá, mi nombre es María Torres, ella es mi hija Noelia. —Maran arqueó una ceja y miró a la aludida, como informándole de la inutilidad de ocultarle su nombre—. Y el hombre que está en la unidad de hibernación, que ya sabe que es mi marido, se llama Pengcheng Wei.

—Bueno... —se frotó suavemente la barbilla, en un gesto que aceleró el corazón de la joven, pues era ella la que, no hacía mucho, se había imaginado haciendo lo

mismo—. Sigue en la bodega, de donde he preferido no moverlo hasta que lleguen los de la Federación. Permítame decirle, señora, que para mí su viaje es todo un misterio.

—¿Podría traerlo a bordo?

—No se precipite. Primero me gustaría escuchar por qué debería llevarlos y adónde.

En ese momento entró un robot en la sala. Pese a su forma antropomórfica, no se movía con la elegancia que caracterizaba a los demás bots humanoides. Parecía torpe, como a punto de tropezar y tirar la bandeja que temblaba entre sus manos; algo demasiado extraño hasta para una mascota electrónica, no digamos ya para la personificación de la IA de una nave. Su piel metalizada presentaba un tono negro azulado, simulando el de una mujer madura, así como un vestido largo y unos cabellos recogidos en un moño austero. El toque más *humano* se lo daban unos enormes y redondos ojos negros.

—Su aperitivo, capitán —su voz era insegura, como si su programación fuera de verdad defectuosa.

Noelia, tras darse cuenta de que el capitán no había bromeado en eso, no entendía cómo no la había llevado a reparar. No era un bot muy funcional. Y los robots estaban hechos para ser útiles, no para dar vergüenza ajena. En Pekín, por algo así, habrían tachado a Maran de excéntrico y hecho el vacío social.

—Gracias, Betsy. Déjalo en la mesa.

Entre Etzan, sentado en una butaca, y las dos mujeres, se formó una mesita donde la robot dejó la bandeja con una jarra humeante, dos vasos y varios pasteles tanto dulces como salados, junto con una bebida más fuerte para el mercenario.

—Que disfrute de la compañía, capitán.

La androide le hizo una inclinación de cabeza que, más que respetuosa, pareció cómplice, y medio enredó sus pies al girarse, tropezando y manteniendo el equilibrio de milagro.

Maran esbozó una sonrisa amable. Noelia cada vez estaba más extrañada. «¿Quizá la soledad del espacio lo vuelve a uno loco y acepta robots tan idiotas que hasta tienen defectos humanos?», pensó. «No... Decididamente, no. Cualquier capitán con dos dedos de frente se habría desecho de Betsy de inmediato. Y menudo nombre, Betsy... Otro de los extraños gustos arcaicos de Etzan. Si no fuera porque necesitamos su nave (el que esté tan bueno no tiene, por supuesto, nada que ver), ni de broma iba yo a pedirle su ayuda. Porque estoy segura de que mi madre no lo va a convencer. Con un hombre así, una tiene que jugar sucio (humm)».

—Verá —comenzó a explicarse su madre—, supongo que le parecerá muy extraño, es posible que se cuestione mi salud mental, pero tengo que serle sincera —tomó aire antes de continuar—. Estoy casada, como ya habrá deducido. Sí, una boda comercial, algo poco usual en estos tiempos. A lo que iba: mi marido está en una fase terminal de la enfermedad de Hai. Hace meses que se lo diagnosticaron, hemos

probado los tratamientos más radicales. Y en vano. Por eso he decidido, él no quería, peregrinar al Templo —su voz se tornó casi inaudible, apenas un susurro en medio de la silenciosa sala—. Sé que desde la guerra nadie lo hace, no desde la destrucción de la última nave peregrina, pero no puedo dejarlo morir. Así que lo he vendido todo, nuestro negocio, un astillero, y he comprado un pasaje en un mercante que comerciaba con el sistema Olimpo. Ya ve, no me puedo escudar en la excusa del dinero, pues se lo di todo al difunto señor Wuy.

Su madre parecía tan vulnerable... A Noelia le entraron ganas de cargarse a Maran cuando le dijo que no.

—Comprenderá, señora, que no puedo llevarla, aunque entiendo sus motivos más de lo que pueda creer. En las colonias no somos tan materialistas, pero yo me gano la vida luchando, no llevando pasajeras. Seguro que encuentra a alguien más adecuado.

—Lo dudo. Si el señor Wuy hubiera sido un soldado, quizá hubiéramos salido ilesos del ataque. Mire, sé que lucha por dinero. En el carguero está el motor con el que pagué los servicios de su capitán, es lo último en tecnología. Apenas se ha fabricado una decena de ellos y es capaz de anular un porcentaje de inercia tan elevado que permite que la nave que lo lleve alcance muy rápido una velocidad cercana a la lumínica. Para una nave de guerra como la suya, sin duda será muy valioso.

Un motor así le permitiría a Maran jugarse la vida con un menor riesgo, hacer movimientos más atrevidos en el espacio normal. Sus ojos se iluminaron con las posibilidades. Además, rescindir su contrato actual sería fácil, bastaría con no cobrar por las dos semanas que llevaba patrullando.

—Su generoso argumento tiene un fallo: como vencedor, puedo quedarme el motor. Me corresponde como botín de guerra, pues, técnicamente, estaba ya en poder de los separatistas.

—Por favor, capitán. Usted sabe que eso no sería muy ético.

—Espera, madre. —¡Como si la ética le importara a alguien en el siglo xxvi!—. Déjame hablar unos minutos con Etzan a solas.

«Por favor, madre», pensó, «no te humilles más».

—De acuerdo.

María no sabía qué argumentos podía esgrimir su hija, pero confiaba en su criterio. Siempre lo había hecho.

—Llamaré a Betsy para que la conduzca a la sala de recreo.

Noelia enarcó una ceja. Sala de esparcimiento y todo... Lo normal era que en las lanchas el gimnasio estuviera integrado en el dormitorio. Estaba claro que Maran pasaba demasiado tiempo en su nave. Solo.

Una vez María y la robot se hubieron ido, Etzan se recostó contra el respaldo inclinable de su butaca y cruzó las piernas.

—¿Y bien, preciosa? ¿Cómo planeas comprarme?

Noelia tuvo que hacer un esfuerzo para no ruborizarse. Estaba acostumbrada al



«aquí te pillo y aquí te mato, seas uno o cuatro» de Pekín; pero a lo que le estaba costando habituarse era a las insinuaciones de ese mercenario, ese hombre tan sugerente que cada centímetro de su cubierta piel la fascinaba como ninguna de sus parejas ocasionales lo había conseguido jamás, ni con toda su desnudez erguida.

—Etzan —se negaba a tratarlo de usted, como su madre—, me encantaría, créeme —dejó que su deseo resbalara por sus palabras como la sublime melodía de un motor estelar calentándose, puro ronroneo para sus oídos de ingeniero—, pero eso te lo puedo entregar como premio, no como seuelo.

—Entonces, cariño... —le tocó ahora a su voz enronquecerse—, ¿cómo piensas conseguir que te lleve?

—Sencillo. —Sacudió la cabeza, un gesto inconsciente para quitarse todas esas imágenes de la piel de Etzan moviéndose sudorosa sobre su cuerpo—. Soy estudiante del Servicio de Inteligencia de la Federación. Puedes acceder a mi número clave y a mis acreditaciones, mi espira le dará permiso a tu red.

Maran cerró un segundo los ojos y volvió a abrirlos, mirándola incluso más divertido que cuando la pilló con el sintetizador en la mano.

—¿Y?

—Mi padre es un alto cargo del servicio. Por eso entré yo.

—¿No se supone —enarcó una ceja con escepticismo, haciendo que lo que ella le estaba contando fuera aún más entretenido— que se entra por exámenes genéticos y de inteligencia?

—Precisamente. ¿De quién crees que he heredado todo eso?

—Es un punto.

—Deja de acariciarte la barbilla cuando piensas.

—¿Te pongo nerviosa, cariño?

—¡Etzan!

—De acuerdo —accedió presuntuoso.

Era odioso. Noelia incluso lo calificaría de infame cuando se regocijaba en el estado en el que la ponía con sus, de un modo descuidado, eróticos gestos.

—Como intentaba decirte antes de que me interrumpieras —la joven estaba comenzando a molestarse—, mi padre es un alto cargo. Tiene información muy valiosa, por eso hay que llevarlo al Templo, para que se cure y pueda compartirla. Cuando mi padre se despierte, se encargará de que te paguen de manera muy generosa por tus servicios.

—Sí, bueno... Esa información, ¿se la ha estado guardando para sí desde que sabía que estaba enfermo?

—¡Tú no lo entiendes! —la joven pretendía simular su enfado y, considerando lo que pensaba de la actitud prepotente de Etzan, le salió bordado—. No podía confiar en nadie.

—Ya... —volvió a frotarse la barbilla, esta vez permitiéndose el lujo de guiñarle un ojo.

—Además —continuó improvisando Noelia, deseando con desesperación que le saliera alguna mentira capaz de convencer a Etzan—, su enfermedad empeoró de modo muy rápido y nos pidió que lo congeláramos antes de que fuera demasiado tarde.

—Ya... Supongo que si lo lleváis al Templo es porque ahora sí tiene en quién confiar. Así pues, ¿por qué no lo despertáis y ya está?

—Porque... —le contestó aceptando su hipótesis la joven, sin darse cuenta de que Maran estaba jugando con ella—. Porque le queda poco tiempo de vida y yo no tengo tan claro que el alto mando que se ha puesto en contacto conmigo sea de fiar. Eso tendrá que decidirlo mi padre. Y dudo mucho que fuera capaz de sobrevivir a una segunda animación suspendida si luego resultara que el alto mando no era de confianza.

—¿Y lo llevas tú al Templo? ¿En un mercante sin protección? ¿Dónde están los destructores estelares de la Federación?

—Eso es fácil —le sonrió aliviada—. Lo llevo yo porque una civil llama menos la atención. Si fuera un pequeño ejército, los de Hades sospecharían que algo pasa e irían a por él.

—Ya...

«¿Es que el condenado no tiene otra palabra en su vocabulario?», pensó Noelia, irritada. «¿Y tiene que deleitarse en su estúpido gesto meditativo cada vez que la pronuncia?».

—Escucha, pequeña —descruzó las piernas y se inclinó hacia ella con expresión inescrutable.

—No soy pequeña —mascó las palabras, interrumpiéndole.

—En edad.

—Dudo que nos llevemos más de ocho o nueve años.

—Pero yo he vivido mucho más, créeme —le aclaró de un modo tan intenso que a ella no le quedó más remedio que cerrar la boca—. Y ahora, si me escuchas, *pequeña* —apostilló burlón—, te diré que me has convencido. Acepto. Y no hace falta que te me echas al cuello para agradecérmelo, ya que en cierto modo tiene razón tu madre: lo de quedarme el motor a cambio de nada no sería ético. Pero ha sido *muuuuy* divertido escucharte.

Se levantó y se fue; dejándola furiosa, sorprendida, agradecida y aliviada a la vez. Y luego otra vez furiosa. Ese mercenario era un maldito arrogante, pero parecía que tenía escrúpulos, algo que, hoy en día, ni las ancianitas. De repente Noelia se echó a reír; el espacio se abría ante ella, lleno de atractivas posibilidades. Y el capitán en cuya nave iba a viajar no era para nada la menor de todas ellas.

Al poco rato volvió a entrar Etzan, con su madre del brazo. No lo esperaba, creía que se había marchado de verdad; por lo visto, había ido a buscarla. Y María, lejos de las

restricciones de la Tierra, no había tenido ningún inconveniente en aceptar su anticuado gesto y cogerse del brazo masculino. Algo que, por más que pareciera solemne, a la joven no le gustó nada. Si alguien debía ir agarrada del exteniente, era ella; por algo lo había visto primero. No pudo evitar preguntarse si no sería un nuevo tipo de táctica de su progenitora para conseguir que se fijara en algún hombre.

—Noelia, ya han venido los oficiales del Portal. Les he comunicado que os voy a llevar a Ambrosía, que sois viejas parientes. Nuestro pequeño acuerdo no es de su incumbencia.

Decididamente, a la joven no le gustaba nada la formalidad con que la trataba el capitán cuando su madre estaba delante. Prefería su otra cara, aunque fuera tan insufrible.

—Hija, ya me ha informado el capitán de que lo has convencido para que acepte el motor como pago. Gracias.

«Lo que me faltaba», pensó la joven. «Que mi madre se piense que me lo he tirado. Como si eso significara algo... Voy a tener que recordarle que no le gustan los mercenarios».

—Voy a llamar a Betsy para que os lleve a vuestras habitaciones. Esta lancera aprovecha la estructura de una más vieja, construida cuando había varios tripulantes, antes de que jugáramos a ser dioses que mandan robots a la muerte.

—Bueno —intervino cordial María, mientras se separaba del capitán y se sentaba al lado de su hija—, tampoco es que las IAs estén vivas de verdad.

Maran no dijo nada. Se limitó a quedarse mirándola muy serio.

—En fin, señora Torres —continuó—, no querría despedirme sin que supiera que aquí, en las colonias, donde nos jugamos la vida a diario, el amor no está tan anticuado.

¿Amor? Noelia lo miró mal. No le gustaba que insultaran a su madre. Podría estar casada, pero por un contrato comercial. Nada más. Solo la había movido el dinero y eso que Maran insinuaba era una ofensa muy grave. Irritada, abrió la boca para contestarle de un modo nada cortés, pero su madre fue más rápida. La cogió del brazo y con una mirada la conminó a callarse. Noelia no entendía cómo María no le contestaba. O quizá sí. Su orgullo se desinfló. No podían correr el riesgo de que el mercenario cambiara de opinión y menos aún con la sarta de mentiras que le había contado para convencerlo.



## AMBROSÍA, AÑO 2545

Le disparaban por delante y por detrás, en un fuego disperso que lo perseguía mientras su aerodeslizador ascendía en vertical para esquivarlo. Como otras veces, en la formación de diamante que tan buenos resultados les daba, sus tres amigos lo cubrían; en medio de unos estallidos apenas luminosos, los deslizadores enemigos cayeron hacia el suelo, humeantes.

—¡Gracias, chicos! —exclamó el sargento Maran desde el interior de su cabina.

—Te debía una, hermano —le contestó la alegre voz de Rob.

—¿Solo una? —bromeó Ateron.

—Pues yo tamb... —comenzó a decir Li, pero se interrumpió en cuanto su vehículo le avisó de algo—. ¡Cuidado, Rob, por encima! —exclamó alarmado.

Sobre sus cabezas, oculto por las nubes, se acercaba un caza. Las erizadas defensas planetarias, meras máquinas sin IA programadas para destruir cualquier cosa que viniera del espacio y no fuera un aerodeslizador o una nave autorizada, debían de haber fallado, ya que iba directo a la ciudad que tenía debajo, varios kilómetros a la derecha, dispuesto a no dejar vivas ni a las bacterias.

—Hay que sacarlo de ahí. ¡¡Vamos!!

Ateron se zambulló entre las nubes, disparando desde lejos al caza hasta atraer su atención. No pretendía llegar tan cerca como para darle, tan solo hacer que se fijara en él, lo justo para que deseara desintegrar su deslizador. Una vez conseguido, giró con brusquedad hacia el noreste, dirigiéndose al enorme océano de Ambrosía. Lo sentía por los peces, pero de momento era el lugar más inocuo al que ir.

El caza era más grande y letal, con su motor y armamento nucleares. La única ventaja de Ateron era que su deslizador estaba diseñado para operar en un planeta, en vez de en el vacío. Y vaya que si pensaba aprovecharla.

Sobrevoló los extensos bosques que llegaban hasta el mar a toda velocidad, con sus amigos siguiéndolo de cerca y disparando a la nave enemiga para sobrecargar sus escudos. Era una pena que los cazas fueran palabras mayores, pues, a diferencia de

sus vehículos, no bastaban un par de disparos bien dados para derribarlos.

—Quince por ciento saturado —informó Li.

—Y tres minutos para el mar. ¡Aguanta, Ateron! —lo animó Etzan.

El aire fluía por el diseño aerodinámico del deslizador de Ateron, envolviéndolo en una fina capa límite que contrastaba con los remolinos con los que el viento golpeaba la base de las alas rectangulares de su perseguidor. El sargento, ajeno a la ayuda que le prestaba la atmósfera, se limitaba a ir en línea recta hacia el agua, sin disparar, concentrado en mantener las distancias.

—Treinta por ciento. Dos minutos. ¡Mierda, Rob!, gira hacia ti —lo avisó Maran sin dejar de disparar.

El caza, harto del juego en el que lo habían implicado los cuatro amigos, decidió atacar a quien de verdad tenía a tiro. Viró su rumbo con brusquedad y apuntó hacia el deslizador del sargento Roberto Escartín.

Rob, con la adrenalina disparada, aceleró aún más que si lo persiguiera aquella chica feúcha del cuartel. Su vehículo lo envolvió con el gel de amortiguación mientras se colocaba en la velocidad máxima en pocos segundos. Tuvo suerte. Para cuando el caza estuvo en posición de dispararle, él ya se había alejado. La persecución comenzó otra vez, con Roberto en una ligera línea curva que lo llevaría al océano; tan solo el cebo era distinto.

La nave enemiga se dio cuenta de que no iba a alcanzarlo y, una vez más, intentó cambiar de objetivo, con sus escudos sobrecargados en un sesenta por ciento y a tan solo un minuto del agua. Esta vez le tocó a Li, que aceleró de un modo tan veloz como lo había hecho antes Escartín, pero con peor suerte: el piloto del caza debía de haberse imaginado que iba a maniobrar así y estaba preparado, ya que un disparo destrozó los escudos y el ala derecha del deslizador de Li. Este, como pudo, se las ingenió para que su descontrolado vehículo hiciera un picado hacia la tierra. Mejor eso que recibir un segundo disparo y acabar reducido a átomos. Los suyos iban a tener que replantearse el utilizar armamento nuclear; podría cargarse el planeta pero, si perdían, los de Hades no iban a ser tan cuidadosos.

Rob, furioso por la caída de Li, dio media vuelta en un vuelo rasante hacia el enemigo al tiempo que disparaba con todas sus armas láser, en una parábola de la que salió directo hacia el mar. Y el caza picó, si podía llamarse así a ignorar a un rival derribado para perseguir a otro todavía ileso.

Ateron comprobó que Li se eyectaba de la cabina con un cinturón de vuelo activado, el cual frenó su caída y le dirigió decenas de metros más allá del deslizador cuando estaba a punto de impactar con los árboles. A continuación, tras pedirle a Maran que mantuviera su vehículo unos metros por debajo el suyo, se colocó detrás del caza para dispararle con todo lo que tenía.

—Setenta por ciento, no es suficiente —la voz de Rob sonaba tensa.

Sabía que las armas de caza le darían alcance en cuestión de pocos segundos. Su traje absorbía el sudor que, de otro modo, le empañaría los ojos. Debido a la

trayectoria parabólica con la que se había acercado al enemigo, para la cual había tenido que decelerar bastante, a este le iba a ser muy sencillo devorar el espacio que los separaba.

Ateron, viendo que su amigo no aguantaría mucho más, dio a su nave la orden de acelerar al máximo en cuanto pasaran unos segundos.

—¡Ahora! —gritó.

Y saltó fuera de su vehículo. Maran frenó justo en ese instante y Ateron cayó sobre el deslizador que, pocos metros por debajo, había seguido al suyo como a una sombra. Con ayuda del cinturón de vuelo, no le fue difícil agarrarse. Etzan se empezó a retirar todo lo veloz que pudo sin derribar a su nuevo pasajero, hacia el bosque de la orilla del océano. Y la nave de Ateron, a toda potencia, chocó de lleno contra el caza, provocando el colapso de sus escudos y el estallido de su motor nuclear.

Sobre el océano.

Les sacudió el caos.

Roberto, sorprendido y eufórico por seguir vivos tanto él como sus amigos, siguió acelerando para no verse envuelto en la explosión. Curiosamente, se puso a pensar en los juramentos que iba a soltar el equipo de descontaminación marina de Ambrosía cuando se enterara.

Brutales ondas de choque sacudieron el aire, enormes olas de agua arremetieron contra las rocosas orillas, pedazos del caza fueron propulsados rompiendo la barrera del sonido, abriendo enormes boquetes en la tierra y en el mar; la parte del bosque más cercana al océano quedó destrozada, con sus árboles derribados o arrancados de cuajo, y los aerodeslizadores volaron como flechas, alejándose de la nube de muerte que, sin sentimientos, se extendía hacia ellos.

Por fortuna, la elevada altura del acantilado y la profundidad del mar en sus escarpadas orillas evitaron los daños en el continente que podría haber causado el *tsunami*. El motor de fisión de un caza no era nada en comparación con el de una nave espacial de mayor tamaño... pero, aún así, el interminable conflicto dejaba una cicatriz más a Ambrosía, un planeta cuya mayor industria en la actualidad era la bélica, sobre todo la de escudos y otras defensas, y que apenas daba abasto para curar a sus heridos y limpiar la radiación y los destrozos que provocaba la guerra.

Si Ateron se libró de ser pulverizado en la explosión fue gracias a que el escudo del deslizador de Maran se extendió también a su alrededor. A su amigo, pese a que cuyo vehículo no estaba diseñado más que para un ocupante, le habría encantado abrirle y apretarse con él en la estrecha cabina, pero en pleno vuelo fue imposible. Aunque en realidad no solo se salvó por eso: también porque Etzan había acelerado tanto que habían conseguido alejarse lo suficiente del caza. Por los pelos.

Después aterrizó en el bosque, lejos del océano, y abrió su compuerta para que entrara Ateron. No era cuestión de continuar con su amigo anclado al deslizador

desde afuera, como buenamente podía gracias al traje que les servía tanto para el espacio como para el combate.

La comunicación y otros sistemas electrónicos habían caído, pero no fue difícil encontrar a Li, no con el rastro que había dejado su nave en los árboles. Este había tenido la inmensa suerte de permanecer ileso, en parte porque había caído decenas de kilómetros bosque adentro, en parte por su traje espacial y, por último, gracias a los restos de la estructura de su nave, clavada en el suelo por la caída, tras la cual se había parapetado.

Maran y Ateron bajaron del deslizador y se reunieron con su compañero, que tras verlos los esperaba con una sonrisa aliviada como bienvenida.

—Rob debe de estar dando la vuelta, en un buen rodeo para evitar la zona de la explosión —le informó Etzan después de que chocaran los brazos a modo de saludo.

—¿Has podido comunicarte con él?

—No, pero lo conozco. Y la última vez que supe de su posición estaba lo suficientemente lejos del caza como para que no le haya pasado nada.

—Bueno —les sonrió no muy convencido—, me alegro de que estéis todos bien.

—Y yo, hermano, y yo. Pero no hay tiempo. Hay que ir a pedir ayuda y me temo que os toca quedaros aquí —continuó Maran—. Voy a ir a por un transporte; al fin y al cabo, el deslizador que nos queda es el mío —se encogió de hombros—. En fin... Los trajes os protegerán unas cuantas horas más de la radiación. Prometo darme prisa. Y, además, Rob os localizará pronto y siempre os podéis meter vosotros en su cabina mientras él aguanta la radiación con su traje intacto.

—De acuerdo, estaremos bien. Tú ten cuidado, no somos nosotros los que vamos a meternos de cabeza en el espacio aéreo de una ciudad en guerra —le contestó Ateron con un esbozo de sonrisa.

Se ofrecería él para ir, pero estaba seguro de que Etzan no le permitiría hacer el trabajo más arriesgado.

—Siento dejaros tirados —la voz de Maran se suavizó—. Y, sobre todo, tened cuidado con las ninfas, dicen que por este bosque pasean unas cuantas sin ropa —intentó, sin éxito, bromear para aliviar la tensión.

—Tú tampoco te vas de juerga precisamente...

Etzan agarró el brazo que le tendía Ateron a modo de saludo. Lo miró con seriedad a los ojos: su amigo lo entendía muy bien; su especialidad era pilotar pero, una vez en la capital, no podría evitar la oportunidad de ayudar pese a no estar tan preparado como los de infantería. Después apretó el de Li y se metió en el deslizador. Partió confiando en que lo que les había dicho de Rob fuera verdad.

Miles de kilómetros más allá, Maran llegó a Hespéride y pidió ayuda. La urbe, una ciudad que podría haber sido la de su familia, estaba siendo atacada. Por ello, pese al cansancio, se dispuso a echar una mano una vez hubo dado el aviso. Y mientras

pilotaba sobre los edificios, observó a una decena de bots enemigos comandados por un soldado humano, el que les ordenaba apretar el gatillo, que se estaban acercando a una casa con las paredes medio derrumbadas por el ataque. Furioso porque no dejaran en paz a los civiles, el sargento dio a su aerodeslizador la orden de aterrizar en una casa de techo plano cercana. Mientras su vehículo obedecía, procedió a inyectarse los nanobots que potenciarían sus implantes y a asegurarse de que su traje de combate estuviera en buenas condiciones. Una vez sobre el tejado, cogió su fusil y salió corriendo del vehículo. Se acercó al borde. La calle estaba a veinte metros bajo sus pies. Saltó. Nada que sus implantes y su traje no pudieran absorber. La zona estaba sumida en un silencio extraño, como si, al ser residencial, hubiera sido pasada por alto. Excepto por ese separatista con el que se las iba a ver.

Se introdujo en el angosto hueco de un muro derruido, una entrada cortesía de los de Hades. Al rodearle la penumbra cambió a modo infrarrojo, sin detectar nada. Avanzó entre los escombros hasta salir a un pasillo más o menos intacto.

Una vez fuera de la zona derrumbada, buscó fuentes de calor a través de las paredes y detectó una acumulación en la habitación del fondo. Activó los picobots que guardaba en un implante de su cuello y echó a correr deseando que lo oyeran, para que se centraran en él y no en los que se habían escondido en la casa. Y funcionó: varios robots salieron al pasillo y le dispararon sin emociones. Etzan se movió en zigzag, esquivándolos mientras devolvía el fuego, ayudado por los mejorados reflejos que le brindaban los picobots jugando con la química de sus conexiones nerviosas y de su cerebro.

Su traje, al absorber los impactos, se calentaba de un modo peligroso. Rodando, atravesó los últimos metros y acabó por chocar contra las piernas de uno de los androides, al que derribó. Le disparó a bocajarro para después, con un movimiento limpio de brazo, guardar el fusil en la funda que llevaba a la espalda. A continuación sacó un látigo molecular, con el que rebanó limpiamente a los tres robots enemigos que quedaban. Junto con el del suelo y con uno al que había acertado con el rifle, eran cinco. El látigo, una fila de moléculas capaces de cortar cualquier cosa, era un arma muy poco usada por su peligro: un mínimo descuido y su dueño podría acabar de dos piezas. Pero Maran estaba bien entrenado y el rescate suicida que estaba llevando a cabo lo requería; tenía que actuar antes de que los campos de su traje se sobresaturaran y dejaran de protegerle.

Entró en la habitación. Usó parte de su ampliada capacidad mental, esa que hacía como si el tiempo fluyera lentamente, para analizar la situación. Tres civiles, una mujer y dos niños pequeños apretados contra ella, en el fondo de un cuarto infantil. Y el cabrón separatista con un láser apuntando hacia sus víctimas mientras miraba a los androides que estaban con él, claramente ordenándoles que neutralizaran a Etzan. Si no hubiera llegado a tiempo... Podrían haber sido sus propias hermanas. Alzó el látigo. En un amplio arco decapitó a los robots y segó el brazo del soldado que portaba el arma. A continuación, se acercó a él. Lo agarró e inmovilizó por el cuello



antes de que pudiera reaccionar. Se dio la vuelta sin soltarlo, para que su cuerpo lo ocultara a ojos de la mujer. Guardó su látigo. El peligroso juguete ya había cumplido su misión. Con ambas manos estranguló al asesino de civiles hasta que se astillaron todos sus huesos. Después, lo arrojó fuera de la habitación y pidió al traje que ocultara la sangre que lo recubría antes de girarse otra vez.

Frente a él, la mujer apretaba a sus dos pequeños, que no parecían tener más de tres o cuatro años, contra ella, en la misma postura de terror en la que intentaba protegerlos con su cuerpo, inútilmente si no hubiera llegado él. Los de Hades admitían en sus ejércitos a auténticos hijos de puta. Y, de vez en cuando, en vez de atacar las zonas clave, se daban un paseíto por las residenciales.

—Todo está bien, señora. Ya no pueden hacerles daño. No se preocupe. No pienso moverme de esta habitación hasta que el ataque acabe.

—Gracias.

La voz femenina sonó débil, sin atreverse a levantar la cabeza para mirarlo. Uno de sus hijos, sin embargo, no sabía lo que se habían estado jugando. Cuando Etzan era pequeño, fue su padre el que los salvó de un destino similar. Y él era tan solo un niño, que no entendía por qué su madre lloraba si su papá los había salvado de los señores malos. Un niño... con los mismos ojos castaños admirados del que lo estaba observando ahora, tras haber conseguido sacar la cabeza de debajo del brazo de su madre... Y que, al igual que él, no sabía lo que significaba la sangre.

—¿Es usted de los buenos? —preguntó mirándolo con sus enormes e inocentes ojos.

Maran, que se supo identificado, no pudo evitar emocionarse porque, a diferencia de su padre, él sí era soldado. Y aunque no había pagado su heroicidad con la vida, le parecía estar rindiendo un tributo póstumo al hombre por el cual había entrado en el ejército.

—Sí, hijo —le contestó con la voz tomada—. Soy de los buenos.

Y dejó que sus recuerdos se diluyeran con la radiante sonrisa del chiquillo.





## **ZONA LOCAL OLIMPO, UNA SEMANA ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

Noelia salió complacida de su camarote. Por lo menos en alojamiento, el cambio había sido para mejor: era el doble de grande que el del carguero (se notaba que, en los tiempos en que las lanceras iban tripuladas por humanos, allí debían de haber dormido al menos cuatro personas en un par de literas) y para ella sola. Disponía de una espaciosa cama, un tocador, un armario de doble hoja... Su madre tenía uno similar a un par de puertas a la derecha.

La joven ya no se sentía tan irritada por la afición del capitán a lo viejo. Con seguridad le habría costado mucho dinero mandar a reparar una nave desechada hacía siglos e incorporar las mejoras actuales, dejando, sin embargo, intacta la distribución de espacios. Era consciente de ello, pues durante todo el tiempo en que trabajó en un astillero nunca nadie les había encargado un proyecto tan ambicioso; las lanceras que se fabricaban desde la incorporación de los robots a la guerra eran más pequeñas, por lo que los motores las propulsaban a mayor velocidad. Maran debía estar encantado con el pago de su madre, un motor que le permitiría dejar atrás a naves de menor tamaño y en teoría más veloces.

Se habían puesto en camino apenas unas horas atrás. Durante los dos días transcurridos desde su llegada a la lancera, María se dedicó a supervisar la instalación del motor por parte de los bots (otra suerte para el capitán, que se ahorró tener que buscar un ingeniero mecánico).

Ella misma había ayudado a su madre con la tarea, aunque no fue un trabajo muy cómodo. A María le gustaba desayunar con las noticias, así que tras conectarse al TwN de la Tierra se dedicó a leer lo que decían de su peregrinación. Noelia trató de animarla hablando de cosas intrascendentes..., pero, incluso ahora, el silencio triste de su madre le indicaba que sus pensamientos volvían una y otra vez al hecho de que le sería muy difícil volver a vivir en Pekín o en cualquier otro lugar de la Federación, con excepción, por supuesto, de los planetas exteriores del Sistema Solar.

La joven sacudió su cabeza con levedad, como para limpiarla de pensamientos desagradables. Y continuó atravesando los pasillos azules, con las tenues luces del techo iluminándolos, hasta llegar a la sala de control. Había evitado a Maran desde el día del trato, indecisa entre acostarse con él o ignorarlo. «¿Por qué la mayoría de los hombres demasiado atractivos son unos malditos arrogantes?», pensó irritada. Pero mejor enfrentarse a eso que al ánimo otra vez apesadumbrado de su progenitora.

Cuando entró en la sala de mandos, contempló al capitán en todo su esplendor. Esta vez se había quitado la cazadora y se cubría con un jersey fino. Sus hombros y pectorales se marcaban bajo el tejido, estirándolo para dejarlo caer libre sobre lo que Noelia estaba segura que serían unos abdominales deliciosamente delineados. Y el jersey ocultaba lo que había más abajo, lo que esos pantalones tan ceñidos le habían insinuado en otras ocasiones.

Maran estaba de cara a ella, pero con los ojos cerrados. La joven se extrañó por verlo pilotando. No era ese uno de los pocos momentos en los que la IA requería autorización humana, pero, al ver cómo su cuerpo ejecutaba una danza armónica y sincronizada, no le cupo la menor duda de que era porque le gustaba llevar el timón. Podía imaginar lo que Etzan estaba sintiendo: el espacio a su alrededor, su ser como una prolongación de la nave, los soles como apasionantes mundos por descubrir... Aunque era mucho más interesante lo que ella estaba sintiendo al ver cómo esas fuertes manos de dedos largos se movían. El capitán debía de ver también los paneles de mando, en una semitransparente estructura tridimensional a su alrededor. Se giraba para desplazarlos con sus brazos, pulsaba iconos táctiles existentes solo en su mente y en la de la lancera. Maran pilotaba en el nivel base. Muy pocos lo hacían, lo normal era limitarse a decirle a la nave lo que se deseaba. Era romántico. Quizá tuviera mapas no legales del todo, a los que la IA de la nave tuviera prohibido acceder, o le gustara programar los saltos locales. Quizás, de un modo sencillo, no fuera más que un enamorado de las estrellas.

Noelia no supo cuánto tiempo estuvo allí, embelesada, mirando ese cuerpo y esas manos ligeramente encallecidas, preguntándose cómo sería sentir ese roce áspero por su propia piel. Podría ser tan sencillo... Tan solo acercarse a él, deslizar sus dedos bajo el jersey siguiendo el tacto de sus ajustados pantalones, despacio, muy despacio..., para terminar clavándolos en su trasero, atraerlo con brusquedad hacia ella y, entonces, cuando sus caderas chocaran, poner una supersex en su boca y agarrar esas manos masculinas para que comenzaran a recorrerla. Se mordió el labio, hambrienta ante la imagen. Cada vez estaba ganando más esa parte que le gritaba que pasara de la arrogancia del mercenario y se lanzase a por él, que un hombre así no se encontraba todos los días.

Y sí, el comportamiento de Etzan era romántico, como a veces el de su padre cuando tenía detalles con María, o como en esos viejos sensoriales del siglo xx. Puede que Noelia fuera de las pocas jóvenes que los había visto sin despreciarlos a los pocos minutos, aunque negara que el concepto de romanticismo la atrajera lo más

mínimo. Pero algo en ella se derretía con suavidad, como los hielos perpetuos que no saben lo que es el calor del Sol, cada vez que miraba el rostro de Maran, pleno y eufórico mientras pilotaba.

En algún momento, él se desconectó de la red de la nave y descubrió que ella lo estaba mirando. Por una vez, no fue un presuntuoso engreído.

—Noelia... Qué sorpresa —su voz fue dulce, como todavía tocado por la magia de los espacios siderales.

—Yo... no quería molestarte. Perdona.

—No lo has hecho —le sonrió—. ¿Llevas mucho rato esperándome?

—Un poco. Te gusta pilotar, ¿verdad?

—Algunos se hacen soldados por necesidad, otros por venganza, otros por la adrenalina. Somos pocos los que lo hacemos porque nos gusta el espacio.

Noelia estaba cautivada por completo por su mirada. Jamás había conocido a alguien similar y podría jurar que esos ojos le transmitían algo del brillo y el calor de las estrellas, de aquellas entre las que había estado moviéndose.

—No me has dicho qué querías —continuó Maran ante su silencio.

—Ya ni me acuerdo... Eh... Sí, quería saber cuándo vamos a saltar.

—Todavía nos queda un día para entrar en la distancia máxima permitida en un salto local. Quiero salir lo más cerca posible del gigante gaseoso donde vamos a abastecernos de combustible.

Los saltos locales solían acabar con las reservas de una nave. Por eso era tan peligroso el viaje: los pocos sistemas con planetas gaseosos que les servían de primer punto intermedio en su viaje al Templo solían estar vigilados por los separatistas.

—De acuerdo. Tú... —dudó antes de preguntarle—: ¿Tienes familia?

—Sí. Una madre, un abuelo y tres hermanas. Mi padre murió en un ataque. He tenido la suerte de no perder a nadie más en la guerra.

—Lo siento.

—No lo sientas. Murió, fue herido de gravedad... por salvarnos. Y pudo despedirse de mi madre. Muchos de nuestros vecinos no tuvieron tanta suerte.

—Vaya... No imaginaba que vivir en las colonias fuera tan duro.

—Lo es. Pero solo por la guerra; Ambrosía y Néctar ya están lo bastante domados como para que la vida humana resulte sencilla. Sobre todo Ambrosía, el primero que terraformamos. Ambos son ricos en recursos minerales que la Federación paga bien y, a cambio, compramos la tecnología punta que nuestras fábricas todavía no producen. Si no fuera por la guerra, que se lleva nuestros recursos económicos y mata también a civiles, sería una vida muy buena. Aunque cuando acabe no sé en qué vamos a reconvertir tantas fábricas de campos de fuerza y misiles de defensa.

—No lo sabía.

—Lógico. Los de inteligencia tenéis cosas más interesantes que estudiar en la capital.

—También estudio ingeniería.

—Lo sé, me lo dijo tu madre. Anda, ven, sentémonos. Ya llevo mucho tiempo de pie.

Maran pidió a la IA dos butacas próximas y enfrentadas. Se acomodó en una y la mujer lo siguió; ambos habían firmado una tregua sin darse cuenta mientras disfrutaban de la conversación y presencia del otro. Etzan abrió parte de su corazón, influenciado por el estado de ánimo en el que solían sumirlo las estrellas.

—¿Sabes? —continuó contándole el capitán—. En realidad tengo también un cuñado. Y tres deliciosos sobrinitos. Pero no sé cómo aceptarás que mi hermana mayor esté casada.

—Bueno, soy un poco atípica en eso, pues mi madre también lo está.

—Mi hermana —se inclinó hacia ella y bajó su voz hasta que solo fue un susurro— lo está por amor.

Amor.

Maran había pronunciado la palabra tabú. Nadie lo hacía, no si no querías que cuestionaran tu salud mental. Noelia se apartó de él como pudo, reclinando el respaldo de su asiento hacia detrás.

—No es tan malo como piensas, preciosa —sus palabras fueron una dulce caricia sobre el rechazo de la mujer—. Aquí la vida es diferente. Cuando puedes morir en cualquier momento, deseas tener a alguien que te recuerde, a alguien que de verdad te aprecie; deseas compartir tu vida con una mujer a la que quieras proteger y hacer feliz por encima de todo.

Se inclinó más hacia ella y dejó que su cálido aliento buscara resquicios en la armadura de la joven y que encontrase un modo de llegar a esas fibras sensibles que enternecerían su corazón.

Noelia no sabía cómo reaccionar. Lo que el apuesto capitán le estaba contando iba en contra de la educación de cualquier ciudadano de la Federación Solar, aunque tal vez hubiera visto alguna vez esa mirada apasionada, tierna, anhelante y cautivada en los ojos de su madre. ¿Qué era lo que seducía a Etzan? ¿La idea del amor? ¿Y por qué lo compartía con ella, una completa desconocida que ni siquiera provenía del sistema Olimpo? Pasó fugaz por su mente la idea de que él pudiera estar comenzando a sentir algo por ella, mas la rechazó de inmediato por absurda. Cualquiera que se rigiera por los principios que Maran le estaba mostrando, no estaría tan loco como para intentar compartirlos con una ciudadana de Pekín, la capital de las relaciones superficiales y efímeras.

—Preciosa... —se decidió Etzan a rozar con la yema de sus dedos la suave mejilla femenina—, ¿te resulta muy anacrónico mi mundo? ¿Puedes llegar a entenderlo?

El tacto fue como una descarga de táser a potencia mínima. Electrificante, estimulante, capaz de despertar de golpe todos sus instintos. Si no fuera por la extraña melancolía de sus palabras, por esa carencia que percibía en el hombre al hablar de sentimientos, habría mordisqueado sus dedos, incitadora. Pero se sentía muy extraña,

tanto como para relegar el deseo a un segundo plano. O, mejor dicho, el deseo sexual, pues no había duda de que quería algo de él. Algo indefinido que ella no conocía, pero que de algún modo Maran le estaba contagiando. Quería que siguiera recorriendo la curva de su rostro como lo estaba haciendo, que acercara su boca para hacer estremecerse a sus pestañas con la dulzura de su aliento, que no dejara de mirarla así, con esos enormes y expresivos ojos marrones que parecían capaces de transmitirle un ansia dolorosa que no sabía que necesitaba saciarse.

—Preciosa... —soplaron sus labios contra los suyos, con pausa, como dibujando cada letra con su alma.

La respiración de Noelia se tornó entrecortada. Los besos y las caricias sin un objetivo sexual claro eran otras de esas conductas sociales relegadas a los viejos sensoriales sobre siglos pasados. Pensó que él iba a besarla y se sorprendió de no apartarlo, de incluso desear que lo hiciera. Quería que esa boca tan viril rozara la suya, lenta y posesivamente, que sus alientos se mezclaran y, al inspirar, llegaran muy dentro de ella.

Pero Etzan se quedó suspendido a pocos milímetros de su rostro. De repente sus ojos se apenaron y comenzó a retirarse, poco a poco. Noelia quiso alargar la mano, enredarla en su cabello y atraerlo hacia ella, probar esos labios que tan perturbadoras palabras le habían obsequiado. Cualquier cosa, lo que fuera, algo que le indicara a Maran que no deseaba que la privase del calor que, cercano, emanaba de su cuerpo. Pero, en ese estado como de hechizo en el que estaba sumida, no pudo hacerlo.

El mercenario siempre había buscado a alguien con quien compartir su vida, alguien con el mismo gusto por la galaxia y la aventura. Una vez creyó haberlo encontrado, pero se equivocó y encerró el dolor de sentirse traicionado bajo una capa bravucona y arrogante. Noelia, esa joven terrestre que ni siquiera pertenecía a su mundo, tenía algo que lo conmovía profundamente. Quizá fuera aquella primera visión agarrando el sintetizador, tan vulnerable, femenina y, al mismo tiempo, valerosa y decidida. O la respuesta a sus burlas. No lo sabía. Pero tenía algo capaz de remover deseos que creía olvidados, una necesidad tan grande como el espacio en el que se movía. Y por eso no la había besado. Que ella lo rechazara, como a un neandertal estafalario..., no era algo con lo que pudiera lidiar en esos momentos.

—Etzan, yo... —consiguió decir la joven, tras haberse quedado ambos mirándose durante un buen rato.

Cada uno en su butaca, tanteándose, sin atreverse a hacer el primer movimiento. Como dos seres contemplándose a través de un espejo sin saber si sus reflejos, habitantes de dos realidades diferentes, podrían llegar a encajar.

—Shhh, no pasa nada. Tranquila. Te contaré otro detalle que te puede parecer curioso: en Olimpo todos tenemos muchos hijos.

—¿Tú...?

—No, yo no —le sonrió, divertido ante la idea. La melancolía por lo que una vez pudo tener comenzó a disiparse bajo la sorpresa de la joven—. Yo no tengo hijos; los

demás, sí, la mayoría. Aquí los que tienen la mentalidad de la Federación son muy pocos. Y casi todos son traficantes de armas, mercenarios o gente que no merece la pena conocer.

—¿Mercenarios?

—Los de la peor calaña. Los que luchan solo por dinero.

Por la vehemencia con que lo dijo, estaba claro que él no se estaba incluyendo en esa categoría y, sin embargo, le había afirmado antes que dejó de ser soldado para cobrar más. Algo no encajaba. Y tenía sus dudas sobre que fuera tan sencillo como que se ganase así la vida por la independencia que le daba aceptar solo los trabajos que deseaba. Decidió no tocar el tema.

—¿Tantos hijos os hace tener el gobierno?

—No, preciosa —una cálida reminiscencia del contacto anterior reverberó en el pecho de Noelia—, los tenemos porque queremos. Aquí los niños no son una obligación. Son deseados. Son nuestro bien máspreciado.

—Tu sociedad es muy rara. Me cuesta entenderla. No me extraña que en la Tierra apenas nos hablen de ella, o los que piden el fin de las partidas de dinero destinadas a la guerra acabarían consiguiéndolo. Nadie querría apoyar a los que son tan diferentes.

—Bueno, todos sabemos que lo que la Federación quiere es la tecnología alienígena.

—Ya, pero a la gente nos venden lo de los héroes de guerra y todo eso. Es curioso cómo, en algunos aspectos, pese a lo superficiales que somos en las relaciones humanas, todavía nos gustan los héroes. Quizá porque los veamos salvándonos a nosotros mismos —le sonrió.

—Bueno, nadie manipula como en Pekín. Todas esas drogas que os inyectan los tecnomédicos cuando os vais a la cama... Yo siempre he creído que es también un modo de control. No solo porque analizan vuestra sangre, como si no les valiera con la escucha mental de la red, sino porque esas medicinas, esas que os venden como ayudas, en mi opinión manipulan cómo os sentís.

—¿De qué hablas? —lo miró como si de repente se hubiera vuelto loco.

—¿Cuántos suicidios hay en Pekín? ¿Cuántos crímenes pasionales? ¿Cuántos asesinatos?

—Eh...

—Tan pocos que no los recuerdas si no piensas un rato, ¿verdad? Tan pocos que cuando ocurren son una gran noticia tanto en el TwN como en los sensoriales informativos —concluyó al ver cómo la joven asentía.

—¿Estás diciéndome que nos influyen para ser felices y superficiales, pero que permiten emociones de grupo? Algo así como la victoria de los héroes de guerra o, no sé..., de los partidos de aerofútbol, como un modo de control de masas, un modo de dirigirnos por donde quieren. ¿Es eso lo que insinúas?

—En efecto. Y, pese a todo, el sistema tiene fallos, ¿no? ¿De verdad crees que podrían de otro modo manipular a unos ciudadanos que ellos mismos han hecho

superficiales? ¿Cómo si no iban a hacerlos renunciar a aumentar su lujoso nivel de vida a cambio de una tecnología alienígena que no tiene por qué suponerles ninguna mejora?

—No sé, Maran. Este tema me supera.

—Una última cosa, preciosa —suavizó su discurso—: ¿has sido atendida por un tecnomédico desde que estás en el espacio?

—No.

—¿Y ves a mucha gente que viva de nave en nave volviendo a residir en un planeta solar, no sin pasar primero un largo proceso de aclimatación?

—No me gusta lo que estás sugiriendo. No quiero verte como a un conspiranoico.

«No después de haber sentido el roce de tus dedos», pensó. «De haberme emborrachado con tu aliento, de haber anhelado tu contacto como jamás he deseado el de nadie».

—No son ideas mías, sino de por aquí —le guiñó un ojo—. Las colonias son más salvajes y comenzaron con menos tecnología, la médica incluida. Pero no pasa nada, no me hagas mucho caso. Tan solo te estás *acimatando*.

—Bien —le sonrió ella dubitativa.

Estaba claro que iba a tener muchas cosas en las que pensar en sus horas de viaje muertas. Si no conseguía llenarlas de otro modo más estimulante, claro estaba.

—Dime, preciosa —pareció acabar de salir del todo de ese estado reverente en el que lo había puesto la vívida simulación de la nebulosa, el mismo que lo había arrastrado a mostrarle a Noelia parte de sus sentimientos—, ¿qué tal va tu misión? ¿Has usado la línea hiperlumínica de la nave para informar a tus jefes?

—No —contestó decidida.

Cualquier otra cosa la delataría. Estaba segura de que Maran había accedido al registro de llamadas.

—¿Y eso?

La miró muy interesado de repente, con parte de su superioridad de vuelta, como si la extraña magia que había obrado entre ellos nunca hubiera existido, y, de nuevo, solo mostrara su lado de mercenario a todos los que no fueran parte de su familia.

—Me dijeron que no me comunicara hasta lograrlo. Para evitar que alguien espicara la llamada. No sabemos en quién confiar, ya te lo dije.

—Pero... usan encriptaciones múltiples de alta seguridad, ¿no?

—¿Y si el topo está dentro?

Etzan la miró, inescrutable; tan solo sus ojos se delataban con un brillo burlón.

—Ya.

—Pues eso —se defendió desafiante.

—Tranquila, cariño, que no voy a echarte si descubro que me has mentado. Anda —evitó reírse ante la mirada furiosa que la joven le dirigió—, ya que estás aquí, ¿te apetece ver las últimas imágenes que tengo del Templo? ¿O qué tal los últimos datos de la estrella? Y así te cuento otro motivo, además de la guerra, por el cual no es muy



saludable ir a verla.

—¿Otro motivo? —se relajó ante el señuelo del conocimiento.

—Deberían enseñaros más sociedad extrasolar y más astronomía allí donde estudias.

—Ya —fue ella esta vez la que lo dijo.

—Te falta lo del dedo en la barbilla —rieron los ojos masculinos.

—Anda, cuéntame, que no pienso rogarte. Ya me sé lo que les sueltas a las chicas que te dicen *por favor*.

—A todas no, Noelia —la risa se consumió ante un mal recuerdo—. Escucha pues. —A una orden mental suya, el espacio entre ambos se llenó con una simulación del cielo de la Tierra hacía unos setecientos años—. Eta Carinae era una estrella más en el cielo de la constelación de La Quilla, en el brazo de Sagitario, en una zona de la nebulosa de su mismo nombre conocida por su forma como la Cerradura. Hasta que, en torno a 1840, comenzó a brillar con más intensidad, convirtiéndose ocho años después en la segunda estrella más luminosa del cielo terrestre. Su luz fue apagándose hasta que, en 1880, volvió a ser una estrella más. Poco a poco se fue descubriendo que se trataba de una estrella binaria y que lo que habían presenciado en el siglo XIX había sido el estallido de una supernova que no se había acabado de formar. Mira su imagen —le señaló el holograma, cada vez más enardecido por lo que le estaba relatando—, observa esos dos conos de emisión de partículas y gases que se han estado expandiendo desde entonces. No sé si eres consciente de las magnitudes de las que estamos hablando, estas dos estrellas tienen una masa que es más de cien veces la de tu sol. Y su brillo..., unos cinco millones de veces mayor. ¿Ves esa partícula que lo orbita a lo lejos? Es el Templo. Una inmensa construcción alienígena que primero pensaron que era un cometa capturado por su gravedad. Estamos hablando de estrellas tan masivas que se convertirán en hipernovas, dejando tras ellas dos agujeros negros. Unos cuerpos celestes de vida breve pero gloriosa, tan solo un par de millones de años, pero que formarán nuevos cuerpos astrales en la explosión de su muerte. Para mí son como bellas progenitoras del universo, que lo engrandecen con el sacrificio de su acelerada existencia. Preciosa... —volvió a dulcificar su voz, al compartir con ella esas cosas no tan pequeñas que le hacían tan vital y atractivo a sus ojos—, Eta Carinae es una estrella variable. Lo que le sucedió hace tantos siglos, pues su luz tardó siete mil quinientos años en llegar al hemisferio sur de la Tierra, no fue una explosión nuclear: fue una erupción donde una de las dos estrellas, más inestable, perdió parte de su masa. Este fenómeno volvió a repetirse en el año 2120. La emisión de la estrella es una gráfica, ¿la ves?, cuya línea sube y baja. Pero cada vez sus máximos, sus picos, son más elevados. Este tipo de estrellas tan masivas, una vez que comienzan así, tienen la vida contada en miles de años. Y hace varias décadas que su brillo está aumentando demasiado rápido. Los expertos creen que quizá estemos a punto de asistir al sobrecogedor final de Eta Carinae. Y te aseguro que yo no querré estar en un radio de muchos años luz cuando eso pase.

—Esta gráfica de su viento estelar... da miedo. Su pendiente se está volviendo casi vertical.

—Pero supongo que no es nada que vaya a haceros cambiar de opinión.

—No. A no ser que la estrella explote y se lleve con ella el Templo antes de que lleguemos, dudo mucho que pueda hacer cambiar de parecer a mi madre —intentó bromear.

—Espero que eso no suceda.

Y su voz fue tan seria que Noelia sintió cómo un escalofrío le recorría la columna. De repente, la posibilidad de que la binaria entrara en fase hipernova no le parecía tan remota. Deseó haber estudiado algo de astronomía para poder entender mejor esos datos. Si de verdad Maran creía que había peligro, aún era más extraño que accediera a llevarlos.

—¿Me enseñas el Templo?

Maran le mostró el mismo edificio, con las dimensiones de un asteroide, que Noelia conocía de las grabaciones de la Iglesia de los Otros. Impresionaba incluso capturado en un pequeño holograma.

—¿Lo acerco más?

—No, creo que prefiero verlo mejor cuando lo visite en persona. Intuyo que es una de esas experiencias que es mejor disfrutar fuera del mundo virtual.

Maran la miró, apreciativo. Noelia era mucho más sensible y tenía un sexto sentido más desarrollado de lo que se imaginaba. Justo el tipo de mujer con el que a él le sería sencillo vivir.

—¿Eres de la Iglesia de los Otros? —prefirió hablar de cualquier cosa antes que considerar esa posibilidad, poderosa y atractiva pero con pocas probabilidades de hacerse real.

—No, pero mi madre me llevó alguna vez de niña a sus misas, por aquello de que viera las representaciones de las naves peregrinas. Sus sensoriales son mucho mejores que los de los museos.

—Claro.

—Debía de ser algo asombroso, cruzar las estrellas en una nave llena de gente esperando un milagro.

Maran la miró con fijeza profundizando en sus ojos, como deseando tender un puente hacia su esencia.

—¿No te recuerda eso a alguien, preciosa?

—A mi madre —sonrió azorada.

—¿Me estás diciendo que tú no lo harías por alguien a quien apreciaras? Porque yo creo que ya lo estás haciendo.

—Es muy grosero insinuar que aprecio a mi madre más allá de una gratitud básica por alimentarme. —Debería estar ofendida ante el insulto, pero no podía, no con esos iris castaños y esos labios entreabiertos que parecían contener la respiración en espera de su respuesta—. Maran, yo...

—¿De veras no lo harías por alguien a quien no quisieras perder?

Su mano se alargó hacia la suya, rozando con levedad sus dedos, confundiéndola aún más con la mareante sensación que sus caricias le provocaban.

—Tengo que irme. Lo siento. No lo sé... Mentira, sí lo sé: no lo haría. No. Aunque ahora estoy en esta nave, acompañándola, contradiciendo con los hechos mis propias palabras —lo miró angustiada—. Yo... Es mi madre.

Noelia se levantó con brusquedad y salió corriendo de la sala; la puerta se deslizó automáticamente ante ella. No entendía la fuerza de las emociones que Etzan despertaba en su interior, quizá fuera verdad que tenía una carencia de drogas en su organismo. Solo quería tumbarse hasta el día siguiente y olvidarlo todo, pues era demasiado confuso y contradictorio.

Por desgracia para Maran, tampoco entendía lo que le estaba pasando a él, un hombre que se jugaba la vida a diario, viajando durante meses solo en compañía de una androide defectuosa y del vacío interestelar. Un hombre con un pasado misterioso y que, aunque ella todavía no lo supiera, había perdido la fe en volver a tener el privilegio de encontrar a alguien a quien amar.

Con una joven de otra cultura, ¿cómo iba Etzan a estar seguro de que ella no se iba a limitar a usarlo? ¿Cómo, después de lo que había vivido, era tan necio de volver a confiar en alguien? Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo más podría soportar que Noelia pisara, sin siquiera darse cuenta, todos sus intentos de desnudarle el alma?

Aunque Maran tenía que reconocer que no había sido muy sabio por su parte el intentar que la joven le diera unas respuestas que no tenía. Ella no podía, no tan pronto, sentir más que una ligera atracción por él. Y eso siendo optimistas. Pero se había visto arrastrado por el deseo de poder atreverse a hablarle más de sí mismo. Aunque, por otro lado, si estaba siendo tan estúpido como para enamorarse otra vez de una ciudadana de la Federación, y encima de un modo tan rápido, no pudo evitar preguntarse si sus heridas no estarían por fin cerrándose.

—Noelia, ¿estás bien?

Su madre le había pedido a la nave que le abriera el camarote de su hija para esperarla con comodidad. Se había sentado en una esquina de la cama, y al verla entrar tan acelerada se levantó y dirigió hacia ella, algo preocupada.

—Sí. Pero hazme un favor, ¿quieres? No vuelvas a intentar insinuarme que Maran es un buen partido.

—¿Por qué dices eso?

—Te recuerdo que es un mercenario.

La señora Torres suspiró de modo audible.

—De acuerdo, admito que puedo haberte intentado señalar con sutileza que no es mal partido. Yo veo a un buen hombre en él.

—¿Qué?

—No creo que sea mercenario por dinero. Y sus palabras tienen sentido. No como las chácharas intrascendentes de los jóvenes de Pekín.

—No sé qué tienes en contra de los jóvenes de Pekín. Que yo sepa, mi padre era uno de ellos.

—Uno de una especie en extinción, Noelia. Pero aquí, por las colonias, parecen no ser tan raros.

—Madre, no estoy para acertijos.

María pudo ver en la tensión de su cuerpo cómo se contenía para no comenzar a dar vueltas dentro de la habitación, a zancadas.

—Me gustaría que encontraras a un hombre de verdad. Uno que se preocupe por ti. Solo eso.

—¿Es que ahora pretendes que me mude a Ambrosía y tenga hijos como una coneja?

—¿Qué? —replicó desconcertada.

—Eso. El gobierno les deja.

Su madre la miró pensativa y soñadora, como considerando las posibilidades para sí misma.

Noelia se dio cuenta de que, estando con Maran, se había olvidado por completo de que la Tierra ya no era un lugar muy apetecible para María, no desde lo del TwN. Pero sus intenciones de ser más amable se evaporaron con la siguiente pregunta de su progenitora, la cual malinterpretó:

—¿Todos los hijos que quieran?

—¡Madre! —se exasperó—. Olvídalo. No pienso casarme con tu buen partido. Mi vida está en Pekín. Incluso tengo que acabar una carrera. ¿Recuerdas?

—De acuerdo, hija. Descansa. Solo quería hablar contigo un poco. Del capitán, no —se apresuró a aclarar ante la mirada que le dirigió Noelia, al tiempo que se ponía de pie—. Pero veo que necesitas descansar un rato. Y no te preocupes, seguro que hay más jóvenes como el capitán en Olimpo.

Pengcheng ya no sabía ni si contestarle. Optó por despedirse y aguantarse las ganas de pedir a la IA que cerrara la puerta detrás de su madre, con brusquedad. Se estaba empezando a hartar de que ella, como quien no quería la cosa, no hiciese más que meter las narices en su vida privada.

—Privada, madre —le dijo a su cuarto vacío—. Pri-va-da.

Después se quitó la ropa y se metió en la cama, suponiendo que a la mañana siguiente vería las cosas con más perspectiva. Ella no solía enfadarse, no entraba dentro de su ordenada y civilizada vida, ni siquiera cuando su puñetera instructora de Inteligencia les hacía sudar. Lo asumía como otra de sus obligaciones de ciudadana. Pero esto... Ese mercenario de sonrisa engreída que de repente se volvía atento y amable, eso de mirarla con tristeza y hacerle desear..., desear... algo. Eso se tenía que acabar.



**VELLOCINO, 2547**

Estar en casa era para Maran tanto un alivio como una prisión. La mansión de su madre, en medio de extensos campos de cultivo de componentes tecno-orgánicos, era luminosa, llena de arcos y espacios abiertos, todo lo contrario a una celda claustrofóbica. Sin embargo, no podía evitar sentirse encerrado, y si bien se alegraba de estar allí y no en una cárcel del ejército en Marte, las heridas recién infligidas por Afrodita, junto a sus dudas sobre su propio criterio, le pedían a gritos algo más lejano, más solitario, algún lugar donde perderse y no poder ser encontrado. Algo así como el espacio.

—Eres muy joven, hijo mío, no estás acostumbrado a las decepciones. Quédate con nosotros un tiempo. No te apresures.

La mujer, de cincuenta y pocos años, pelirroja y con las pequeñas arrugas de quien no teme ser expresivo, estaba de pie en el porche, frente a él, y lo miraba con preocupación.

—Lo siento, está decidido. Puede sonar duro, pero es mi deseo. Ya sé que estaba ahorrando para comprar una casa propia y que por eso ya me imaginabas establecido aquí, pero es que pretendía casarme —el dolor descarnó su rostro durante un instante—. Irónico, ¿no? Esa nave es lo que ahora quiero. Por favor, no te opongas, madre.

—¿Y si conoces a otra chica?

A la pobre mujer le faltaba poco para comenzar a retorcerse las manos, al ver la locura que estaba a punto de cometer su único vástago varón.

—Las mujeres ya no me interesan. Y, además, trabajando de mercenario enseguida volveré a ahorrar. En unos años estaré en posición de establecerme por aquí si cambio de opinión.

—¿Y si te pasara algo? ¿Cómo íbamos a soportarlo? Ya era duro que te hicieras el héroe por más que lucharas para defender a tu gente, pero por lo menos tenías al ejército para darte cobertura.

—No me pasará nada.

—Por favor, no estás en estado de tomar ninguna decisión coherente. Mucho menos de lanzarte a la batalla.

—Madre, ¿es que no vas a darme tu aprobación?

La mujer suspiró. Su hijo era demasiado joven y había recibido un duro golpe. A ella le habría encantado avisarle sobre Afrodita, las mujeres sabían esas cosas. Pero no se atrevió, no pudo arriesgarse a perderlo. Se limitó a recriminarle, con cariño, eso sí, la separación de sus mejores amigos, sobre todo de Rob. Pocas veces se había alegrado tanto como cuando el teniente Escartín se dirigió a ella y a sus hijas para brindarles su ayuda desinteresada. Y ahora... volvía a dejar a su amigo de lado. Por una culpabilidad estúpida. Y, si no tenía cuidado, haría lo mismo con ellos.

—No me gusta, pero te apoyo. Haz lo que desees. Ya sabes que esta es tu casa para cuando quieras volver, ya sea a descansar o a quedarte.

Por toda respuesta el joven la abrazó; no se imaginaba su madre lo que esas palabras de aceptación significaban para él. Después se dirigió a la ciudad cercana, a Vellocino, para ultimar los detalles de la compra de la nave. Ella se quedó allí, bajo la arcada, viéndolo partir, preguntándose si el dolor y el despecho no le harían embarcarse en alguna misión suicida, si volvería a verle. Avanzó bastante el sol en su recorrido hasta que la mujer dejó de mirar al camino vacío y entró en casa.





## ZONA LOCAL OLIMPO, SEIS DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE

Noche. O, al menos, según el intervalo de luces fuertes y suaves de la nave, las cuales Noelia sospechaba que el capitán había sincronizado con el horario terrestre para que ellas se sintieran más cómodas.

Todavía faltaban muchas horas para el hipersalto local. La joven pensaba que dicha calificación sería por el rango mínimo, ya que saltar mil años luz, de *local* no tenía nada. Ante ese tiempo en el que la actividad de la nave iba a ser bastante rutinaria, Noelia se humedeció los labios en deliciosa anticipación y se dirigió a su armario para enfundarse uno de sus vestidos de fibra animada, largo y de cuello alto, muy ajustado. Uno que sabía que, cuando se movía, marcaba todas sus curvas en un hipnótico mosaico de diferentes tonos de verdes y negros, resaltados en las escamas que se dibujaban en la tela. A continuación se calzó unos zapatos de tiras de agua y comenzó a taconear por los pasillos de la nave. Su objetivo estaba claro: la habitación de Maran.

Porque no conocía mejor modo de matar el tiempo que con un buen polvo.

En honor a la verdad, para pasar esas aburridas horas que tenía ante ella, Pengcheng había intentado dormir, movida por su deseo de olvidar toda esa información que no hacía más que contradecir lo que se respiraba en el aire de Pekín. Sin embargo, al cerrar los ojos e intentar relajarse, en su mente aparecieron como *flashes* las imágenes que había almacenado en la espira sobre Maran, tan vívidas como si aún lo tuviera delante: su sonrisa arrogante, que la retaba a desdibujarla con su propia boca, esos malditos pantalones de cuero tan ceñidos y, sobre todo, el recuerdo de sus manos pilotando la nave. Así no había quien conciliara el sueño. En medio de un grito de deseo y frustración que la sorprendió hasta a ella, decidió que ya era hora de tirárselo. Y sí, frustración, ya que lo había conocido en una situación de peligro en la que no había sido sensato darse el gusto de probar su cuerpo. Así que, asombrada por haber tardado tanto, se vistió, cogió su pastillero y salió a buscarlo.



Mientras sus femeninos y seductores pasos se encaminaban hacia el capitán, se preguntó si todavía usarían la Clímax en las colonias. Esperaba que no, pues esa pastilla ya estaba desfasada, no era ni la mitad de buena potenciando orgasmos en pocos segundos. En todo caso, como ambas tenían efecto anticonceptivo, suponía que quizá no las usaran como si fueran caramelos, como se hacía en Pekín, ya que Etzan le había dicho que allí tenían muchos hijos. ¡Absurdo! Considerando cómo había mejorado la farmacología en las últimas décadas, quitando todo rastro de efecto secundario a sus productos, no dudaba de que en las colonias era más que probable que tuvieran su propia pastilla, una especial que se ajustara a sus necesidades. Se mordió los labios. ¿Sería todavía más potente que la Supersex?

Sumida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que ya había llegado. Como no conocía dónde dormía él, le había pedido un mapa a la IA. Y allí, parada ante su entrada, sintió de golpe unos nervios absurdos. Ni que fuera el primero con el que se acostaba... Pero Maran no era como los demás, Noelia nunca había estado con un hombre que parecía tener tan claro lo que quería y que era capaz de movilizar todos los nervios de su cuerpo con tan solo mirarla, de conseguir deshacerla sin tan siquiera tener la Supersex disolviéndose en su lengua.

Así que dejó que en su cerebro se formaran las palabras: «Nave, avísale de que estoy aquí». Y esperó a que él le dejara pasar.

Cuando se deslizó la puerta hacia arriba, Noelia pudo ver un camarote realmente espacioso, incluso más que el de un capitán de fragata. Ella había estudiado los diseños de las naves espaciales, antiguos y modernos, y solo las de lujo presentaban unos dormitorios tan amplios. Parecía que Maran sí había cambiado en algo la estructura, después de todo. La decoración era minimalista y masculina, con un cuadro en el lado derecho que alternaba entre las caras sonrientes de varias personas, todas ellas con un sospechoso parecido con el capitán. Observó que la cama era ancha, adecuada, aunque no necesaria, para lo que tenía en mente; no sería por el número de veces que lo había hecho de pie. Sus sábanas estaban removidas, todavía con la huella de su cuerpo, y él estaba en medio de la habitación, mirándola con curiosidad. Eso sí, llevaba un pijama amplio. Era una pena que no durmiera con esos ajustados pantalones de cuero.

Aunque quizá fuera mejor así..., podría deleitarse quitandoselo; era un hombre tan masculino que ni siquiera con esa ropa dejaba de estar terriblemente *sexy*. Se estremeció. No sabía por qué la atraía tanto. Aunque conocía la cura para eso... Una que pasaba por sentirlo clavado muy dentro.

—Pasa, Noelia. ¿Sucede algo?

Las palabras de Etzan la sacaron de su estado de expectación y deseo para devolverla a la realidad. Por su tono preocupado, había deducido que eso era lo que ella podía hacer en su puerta a esas horas de la noche. Ahogó una risa maliciosa.

—No, tranquilo. Solo quería verte.

Él se relajó, consideró unos segundos la situación e, inmodesto, dio un par de

pasos hacia ella. El pijama le iba holgado, pero no tanto como para no revelar lo que le *agradaba* tener a la joven a solas en su camarote.

—¿A estas horas? ¿Es que tienes algo que suplicarme? —se burló insinuante.

Noelia ahogó un jadeo ante esos labios tan seductores, esos que estaba a punto de hacer gritar de placer cuando sus cuerpos se encontraran. No necesitaba más. Lo miró con descaro al tiempo que sacaba de su pastillero un par de Supersexs y le tendía una.

—Suplicarte no. Tengo algo mejor: esto.

La cara de Maran cambió totalmente. Su aire insolente, ese que hasta hace unos segundos le había estado hablando de química y deseo mutuo, se licuó como el refrigerante de una nave.

Y Noelia..., que esperaba algo más que un educado «gracias», más bien que se abalanzase sobre ella incluso antes de que la droga lo transportara a la antesala del éxtasis, se quedó total e irreversiblemente anonadada. Y lo que más le jodía era que todavía seguía excitada, aunque después de semejante cambio de actitud del capitán, como si ella le hubiera ofrecido algo inapropiado, no pensaba seguir así mucho tiempo más.

—No puedo aceptarla. Perdóname.

Noelia no podía creer lo que le estaba pasando. Todas las imágenes provocadoras con las que su mente se había estado autoalimentando acababan de romperse en mil pedazos, su excitación transformada en humillación e ira. ¿Dónde estaba ese mercenario impertinente y creído, tan consciente del efecto que su cuerpo provocaba en ella? ¿Por qué la insultaba así? Jamás en su vida la habían rechazado. Ni ella a nadie. Incluso se le acababa de insinuar... ¿Para qué lo había hecho sino para tirársela? «¿Cómo puedo haber pensado, cuando lo vi en aquel sensorial, que era un hombre que parecía tener claro lo que quería?», arremetieron sus pensamientos, furiosos. «Primero se me insinúa y luego pasa de mí... Si no fuera porque necesito su maldita nave, me iba de aquí ya mismo».

—No vuelvas ni a intentar hablarme. Mucho menos a tocarme. No pienso salir de mi habitación hasta que lleguemos al Templo.

Sus palabras apenas rasgaron el silencio, pero la cólera que las envenenó vibraba aún más por el tono bajo con el que las había dicho. Maran supuso que ella iba a sentirse muy insultada, pero no había podido aceptar un polvo rápido inducido por estimulantes. Y menos con una mujer que comenzaba a importarle. Contempló apesadumbrado cómo la joven se daba la vuelta, iracunda, marcándose las escamas sobre su piel como si toda ella fuera una diosa oscura y peligrosa. Estaba dolorosamente seductora, como lo había estado desde el primer momento en que la vio, pero no podía tomarla, no así. Y ella se dirigía ofendida hacia la puerta.

Puerta que él se apresuró a decirle a la IA que cerrara antes de que pudiese cruzarla.

—Tú —ella tembló por la magnitud de su enfado—, *dé-ja-me sa-lir*.

—Noelia, escúchame: no deseaba ofenderte. ¿Piensas que no te deseo?

—Eso es bastante evidente.

Se negó a mirarlo. En la Tierra jamás se rechazaba a nadie, aunque no fuera atractivo. Y ella no era fea, para nada. Así que prefería no pensar en las retorcidas razones que él podía tener.

—Noelia, yo no hago las cosas así. Para mí el sexo es mucho más que una unión de dos cuerpos que solo buscan una satisfacción inmediata.

—*Yo no hago las cosas así, aquí no pensamos así...* —bufó ella imitándole, elevando la voz todavía con su cara contra la puerta y exigiéndole mentalmente a la nave que le abriera—. Déjame en paz, mercenario. Déjame salir.

«Mercenario». Maran se tensó de modo inconsciente al oír ese apelativo. A veces esa palabra conseguía herirle por los recuerdos que implicaba.

—No puedo aceptarla. Te sonará extraño, pero es como lo hacemos... Vale, olvídalo. Pero no pienso dejarte salir enfadada.

—Maran —se giró—, vete a la mierda. No puedes insultarme así y encima pretender que no me enfade. ¿Sabes las ganas que tengo de partirte la cara?

—¿Con un sintetizador de ropa? —le sonrió tentativo.

Ella ni le contestó. Estaba demasiado ocupada echando humo.

Etzan no pudo evitarlo. Las emociones profundas, aunque no fueran precisamente positivas, le sentaban muy bien. Esa chica estaba mucho mejor mostrando de qué estaba hecha, como en el episodio del armario, en lugar de comportándose como una de las muñecas simplonas y siempre felices de su sociedad. Y volvía a encontrarla adorable. Quizá, después de todo, fuera cierto eso de que nadie podía hablar de amor y estar bien de la cabeza...

—Cariño —la agarró suave pero con firmeza de un brazo—, yo nunca me acuesto con nadie a quien todavía no he besado.

Noelia lo miró anonadada. Lo que le faltaba. Si se pensaba que iba a volver a suggestionarla, con unas palabras roncadas o con su mirada bonita, para que volviera a desear algo tan arcaico e inútil como un beso en la boca (allí no estaba precisamente ninguno de sus centros de placer), lo llevaba claro, por más que antes se hubiera sorprendido a sí misma deseando ese contacto tan antisocial y perturbador. Esta vez ya estaba avisada.

Maran intentó atraerla hacia sí, pero se encontró con la resistencia que el entrenamiento y sus implantes le habían dado a la joven. «Bien por Anne Lao», pensó ella. No era que el capitán no hubiera verificado su código de estudiante del Servicio de Inteligencia..., pero no había acabado de asociar a una chica tan femenina con una futura espía con aumentos de guerrero. Así que Etzan, que tampoco deseaba una pelea que estaba seguro ganaría, cambió de táctica y se acercó hacia Noelia. Al fin y al cabo, los implantes multiplicaban la fuerza y agilidad de base. Y, como luchador varón con varios años de experiencia a sus espaldas, no dudaba de que la suya era más grande.

—¿Qué pretendes, mercenario? ¿Besarme a la fuerza? —preguntó más que

irritada.

—Si es lo que deseas... —intentó volver a sonar con su arrogancia de siempre, como si no le importara realmente.

Quizá si sus labios se rozaban, ella se rendiría y olvidaría su enfado.

—No te acerques más.

Ella podía notar otra vez su olor incitante. Podía volver a preguntarse qué tendrían esos besos, para que fuera la segunda vez que Maran pretendiera robarle uno. Podría... Podría dejarse llevar, aprovechar para pegarse a su cuerpo...

Y nada más. Él no quería sexo con ella. Por lo visto le bastaba con torturarla con sus vacías insinuaciones. Y en cuanto al bulto del pantalón de su pijama..., a saber con qué habría estado soñando antes de que llegase.

—Déjame, capitán. Y dile a tu IA, que a mí no me escucha, que me abra la puerta o la tiro a patadas. Y por cierto, me encanta el sentido del humor que le has programado a tu nave. Como tú: retorcido.

—De acuerdo, Noelia —se separó de ella, resignado pero no vencido—, ahora mismo se abrirá la puerta. Si cambias de opinión, te escucharé cuando lo desees.

—¿Con la puerta abierta?

—Nave —le pidió en voz alta—, abre la puerta.

Noelia salió nada más se hubo abierto lo suficiente como para pasar agachada por debajo, tan rápida como la velocidad de la luz. La puerta se deslizó hacia el suelo tras ella. Maran volvió a tumbarse en su cama, esta vez para ordenarle a la nave que le entregara algo a la joven de su parte cuando se despertase (eso suponiendo que, con lo ofendida que estaba, fuera capaz de conciliar el sueño).

Hora de comer.

En cuanto abrió los ojos, la IA le informó a Noelia de que el capitán le había mandado unos archivos para que los leyera en su PTI. La joven se tragó como pudo un comentario grosero; al fin y al cabo, la inteligencia artificial no tenía la culpa de lo que hacía su dueño.

Ignorando los archivos, se vistió y recogió a su madre en la puerta de su habitación para ir juntas a la sala de esparcimiento. Lo cierto era que había dado tantas vueltas en la cama antes de conseguir dormirse, que se había levantado justo para no llegar tarde a la comida.

Le resultaba curioso que esta fuera en una sala que hiciera las veces de gimnasio, comedor y zona de ocio, como debió de ser en la época en que se diseñaron las primeras lanchas. Antiguamente, cuando la nave albergaba a más gente, era muy posible que también fuera una zona donde reunirse de modo informal o donde asistir todos juntos a un sensorial de grupo. No porque no pudieran hacerlo desde sus habitaciones individuales, sino porque siempre era más divertido juntarse.

En todo caso, la estancia, cúbica, presentaba en esos momentos una elegante mesa

para tres y una decoración con reproducciones de obras de arte. Sonaba una suave melodía instrumental. Estaba claro que el capitán había seleccionado en persona la decoración, como una ofrenda de paz, ya que las demás veces que habían comido allí no había más que unos pocos cuadros; desde luego, nada de música. Junto a una de las sillas estaba Etzan.

Noelia se sentó lo más alejada posible del mercenario, algo difícil en una mesa redonda. Maran llevaba esta vez unas ropas más formales: unos pantalones y camisa de fibra animada que se limitaba a cambiar con sutileza sus tonos grises, como las arenas de un planeta desértico en la proximidad del crepúsculo. Intentó establecer un contacto visual con la joven y no lo consiguió. Se sentó después de que lo hubieran hecho ellas, no sin antes separar la silla de María sin dejar de mirar de reojo a la hija. Esta última apenas dirigió un fugaz vistazo al capitán. Se negó a comprobar lo bien que se amoldaban a su cuerpo las primeras ropas modernas que le veía llevar. Si ese arrogante vacuo se pensaba que con un gesto de cortesía tan absurdo iba a ablandarla, lo llevaba claro.

—Bienvenidas —les sonrió, con ese atractivo falso que lo caracterizaba.

«Un hombre exultando vida, ¡ja!», pensó Noelia. «Si ni siquiera es capaz de pasar un buen rato con una mujer... Y por cierto, IA, sé que tienes prohibido interpretar las ondas cerebrales si no pensamos lo de “IA” primero. Pero que sepas que si ese mercenario te ha pirateado y se atreve a pedirte que me leas todo el rato... No es que os vaya a denunciar, es que te haré la vida imposible, navecita. Trabajo como ingeniero mecánico, ¿lo recuerdas?».

—Gracias, capitán. Hoy su comedor está precioso.

—Decorado con estatuas *falsas*, qué casualidad —lo atacó Noelia.

—Yo te mostraré las auténticas si me dejas.

Consiguió capturar sus ojos y, por un breve instante, la joven se perdió en la sinceridad que mostraban. Tuvo que darle un buen puntapié al anhelo y recordarse cómo Maran la había rechazado.

—Perdiste tu oportunidad, mercenario.

María intuía que la conversación no trataba sobre ir a visitar los museos de Venus. No conocía al capitán más que por lo que había investigado de él en la red, algo que no sabía si había hecho su hija. En un principio, la información la había preocupado bastante, aunque no era tonta. Observó cómo se comportaba el antiguo teniente y comenzó a atar cabos. No sabía lo que había entre él y su hija, pero, como madre... Mejor dicho, como una que había reclamado parte de la educación de su hija en su casa hasta la edad universitaria; que no había querido darla al Estado al cumplir los cinco años, como todas las demás; que había esgrimido la excusa de su utilidad en el astillero, al poder entrar en conductos donde ellos no podían y así supervisar mejor el trabajo de los bots, utilidad que sería mayor si ellos le enseñaban el trabajo ya desde pequeña. Una progenitora que, a diferencia de sus vecinas, se desvivía por su hija. Como esa madre, María veía con esperanza la posibilidad de una relación entre

Maran y Noelia, pese a la irritación de la joven la noche anterior. Sabía que todavía quedaban hombres así, ella misma había encontrado uno a través de la red terrestre y había emigrado a Pekín solo por él. Su boda fue por amor, oculto bajo el motivo de un matrimonio comercial, ya que lo que se suponía que ella quería era trabajar en el astillero de Wei como si fuera suyo, aunque la joven Pengcheng todavía no estaba preparada para saberlo. Por eso María se quedó callada, sin decir nada, como si ese agitado intercambio de palabras no estuviera sucediendo.

—Preciosa, soy un guerrero, nunca me rindo mientras pueda ganar.

—Espero que sepas darle a tu nave la orden de fuego, porque como también te limites a fanfarronear...

—Ya estaría muerto. Dejemos esta conversación para más tarde.

—No pienso hablar contigo. Es demasiado frustrante, por no usar una palabra peor.

—¿Y qué haces ahora? —enarcó una ceja.

—Comer. En cuanto nos traigan la comida. Creo que ya te he dejado claro que no tengo ningún interés en tus palabras vacías.

Maran cerró los ojos un segundo.

—Entonces tienes suerte: Betsy está a punto de llegar. Y con tus platos favoritos.

Le habría gustado abrazarla y susurrarle por qué sus palabras estaban llenas de significado. Pero no era el momento. No con su enfado tan reciente y desde luego no con María delante.

—¿Así que ahora preguntándole a mi madre por mí? ¿Y pidiéndole a tu nave que busque las recetas y las programe? No te servirá.

—Noelia, por favor —acabó por intervenir esta—. Tampoco es cuestión de ser tan desagradable.

—Genial. Madre, no sabes lo que ha pasado. Y no quieras saberlo. Es demasiado humillante.

—Capitán, la comida —dijo una cuarta voz.

Ese momento tan incómodo pareció ser el que eligió la robot que debía de ser Betsy para entrar, con una bandeja entre sus manos y varias más flotando a su alrededor, en lo que parecía un equilibrio precario, con su moño y un vestido austeros dibujados en su metalizada piel.

—Gracias, Betsy.

—Me alegro de que por fin haya encontrado compañía de su agrado —continuó parloteando la torpe androide mientras colocaba las oscilantes bandejas en la mesa, consiguiendo, en un alarde de buena suerte, no derramar nada—. Pasa demasiado tiempo solo, capitán.

—No es para tanto, te tengo a ti para hacerme compañía.

La androide sofocó una risa tonta.

«Genial», pensó Noelia. «Lo que me faltaba. Ni que la hubiera programado así a propósito».

—¿Pasa poco tiempo en Ambrosía, capitán? —preguntó María.

—Me gusta el espacio.

—Entiendo.

—Pues yo no —intervino Pengcheng—. Pero ya lo dejo. No voy a seguir comportándome como una niña, aunque no debes olvidar, Maran, que me siento insultada y ofendida.

Etzan abrió la boca para decirle algo; sin embargo, se lo pensó mejor y la cerró. Se estableció un silencio incómodo. La madre miraba su plato como si los caracoles de arena tuvieran algo que no hubiera visto nunca. El capitán observaba a la joven con tristeza y los ojos de esta vagaban por todas partes menos por el apuesto mercenario. Hasta que el ruido de una jarra al golpear el suelo los sobresaltó.

—¡Uy! L-Lo siento —balbuceó Betsy todo lo azorada que una cara artificial podía estar. Y no era mucho—. ¡Qué torpe soy! Enseguida vienen los bots de limpieza a retirarlo.

Los pequeños robots aparecieron y aspiraron el vino derramado mientras Betsy recogía la jarra.

—Os traeré otra.

—Déjalo, Betsy —sonrió Maran—. Ya tenemos suficiente bebida.

—Claro —se animó María—. Además, capitán, me gustaría pedirle que me contara algo de los trajes que llevaremos en el Templo. ¿Son los usuales o necesitan protección extra por la elevada radiación de la estrella binaria? Sé que es una tontería, pero los trajes antiguos, con tantas capas, me parecían mucho más seguros.

Noelia, con el ceño fruncido, se relajó un poco y se dispuso a escuchar. Betsy, silenciosa, se retiró con esos andares suyos que hacían temer que fuera a romperse.

—La entiendo. No ver nada entre tu piel y el espacio te puede recordar la fragilidad del cuerpo humano. ¿Los habéis usado alguna vez?

María negó con la cabeza. Lo cierto era que Noelia sí, como parte de su adiestramiento para Inteligencia (a este paso, aún iba a acabar deseando darle las gracias a la instructora Anne por ser tan exigente...), pero, claro, era algo que ni su madre sabía. Le había sido sencillo guardar el secreto, ya que vivía en el campus seis días a la semana. Y el séptimo porque ayudaba en el astillero, que si no ni eso.

—Bueno, entonces os sorprenderá la novedad de veros vestidas con vuestras ropas civiles, como si no llevarais nada más, encima de un templo alienígena. Y ni siquiera os sentiréis aisladas, con los sentidos capados, como si no estuvierais allí, ya que el traje os pasará todas las sensaciones. Limitadas, eso sí, por el confort humano. Si hace un frío que os congelaría, sentiréis una ligera sensación helada. Si el calor os haría evaporaros en el acto, notaréis, en cambio, el intenso sol de un mediodía de verano. Algo de brisa si hay un fuerte viento solar. El silencio que canta entre las estrellas... —su rostro estaba sereno e iluminado, como recordándolo—. Perdonad, creo que estoy desvariando. El caso es que es una sensación maravillosa que no podéis perderos. Y más si la experimentáis por primera vez en uno de los entornos

más privilegiados de la galaxia. No me extraña que construyeran allí una estación científica, un templo o lo que fuera. Eta Carinae es como un faro en el espacio, no puedes evitar acudir a su llama.

—Eso es muy bonito, capitán. Estoy deseando verlo.

—Verá cómo le gustará, María.

—¿Y los trajes? ¿Serán los de siempre?

—Sí y no. Mi nave lleva los modelos de guerra. Su aspecto es el mismo, un trozo de gel alargado y transparente que se ajusta a tu cuerpo a la perfección, que da aire a tus pulmones y te protege del vacío y otros efectos del espacio. Pero también incluyen una IA más sofisticada, que se enlaza con tu espira y con tus implantes, potenciándolos, dándote aún más fuerza, reflejos y agilidad. Esa parte extra de soldado no la necesitaréis, pero sí sus elevados escudos, que os darán una mayor protección frente a radiaciones y vientos solares extremos. Los últimos conos de emisión de gases y partículas de la estrella ya casi han llegado al Templo. El viento solar es muy fuerte allí. Los pequeños choques de materia a grandes velocidades perforarían un traje normal. Y aún con todo, no voy a dejar que estéis más de cuatro horas en ese ambiente hostil, no sin cambiar de traje.

—¿Tan terrible es? —Noelia no pudo evitar intervenir, pues su fascinación por lo que el capitán les contaba pudo con sus reparos.

—Mucho —no la miró. No fuera a ser que, si lo hacía, ella volviera a recordar que estaba enfadada—. El Templo se encuentra en una órbita que se acerca a 6 años luz de Eta Carinae. No sé si os hacéis una idea de las distancias. La Tierra está a 8,32 minutos luz del Sol. Estamos hablando de 632 000 veces esa distancia. Y de una estrella cuyo brillo se oscurece por los conos que la ocultan. Y, pese a todo, se ve más cálida y luminosa que vuestro Sol en verano.

—Dios..., parece un monstruo —comentó la señora Torres.

—No, a mí me parece un glorioso ángel.

Y la manera en que miró a la joven ingeniera al decirlo, parecía sugerir que esas palabras iban también dedicadas a ella.

Tras acabar la comida, en la cual Noelia evitó observar a Etzan para no volver a perder los nervios y soltarle algún que otro sarcasmo, la joven se despidió con cordialidad de su madre y con poco más que seca cortesía del mercenario. Después se dirigió a su habitación. Había dicho que le apetecía conectarse a algún sensorial para pasar el rato, pero lo que en realidad quería era mirar su pantalla, ver qué narices era eso que el capitán le había mandado.

Así pues, una vez hubo llegado, su espira, sintonizada con sus impulsos sinápticos, procesó su deseo de desplegar la PTI.

Había dos modos básicos de ver una película. Uno era cerrar los ojos y dejar que te envolviera el sensorial, igual o aún más intenso que la vida real. E incluso podías



cambiar desde qué protagonista percibías cada escena. Los pornográficos eran muy codiciados, grabados por actores con implantes especiales que les daban una sensibilidad extrema, la cual era recogida por su espira y transmitida al equipo de montaje. Pero estaba prohibido conectarse a ellos demasiado tiempo; si no, los ciudadanos no saldrían de sus casas. Algo similar pasaba con la toma del placer, un impulso eléctrico capaz de hacerte gritar extasiado de modo instantáneo y especialmente prohibido por los problemas de adicción que había causado en el siglo XXI. De hecho, los táseres, capaces de provocar descargas a diferentes potencias, eran empleados exclusivamente como armas al haberse estipulado que, por fabricación, no pudiesen producir impulsos eléctricos que ocasionasen estados equivalentes al clímax. El otro modo era a través de la pantalla, con imágenes que los implantes oculares tornaban tridimensionales y sonido que podías elegir entre escuchar solo en tus oídos o a tu alrededor. Nada de directo al cerebro. Se trataba de no confundir los sentidos: ni la vista ni el oído ni el olfato ni el gusto ni el tacto, pues para eso ya estaban los sensoriales. Los cuales por ello se solían ver en entornos controlados y, sobre todo, siempre con los ojos cerrados. Puede que el cerebro humano fuera capaz de aislar un ruido de ambiente o una repentina corriente de aire, pero, desde luego, no dos visiones superpuestas. Provocaba un terrible dolor de cabeza.

Mientras se extendía su pantalla, Noelia se preguntó si el capitán se había grabado a sí mismo disculpándose o, mejor aún, retractándose e invitándola a unos minutos de desenfrenado sexo. No pudo evitar sentirse desilusionada cuando todo lo que apareció en su pantalla fueron unas letras que, por la referencia que incluían, estaban sacadas de un manual escolar de Ambrosía, uno de sociales. Genial. Este hombre sí que sabía cómo sorprender a una chica.

Encogiéndose de hombros, se dispuso a leer por qué consideraba Maran que un libro de texto podía resultarle interesante.

«En nuestro sistema solar Olimpo hay dos corrientes principales de pensamiento: los que están más en contacto con el gobierno central de la Federación Solar y los que no. La primera es minoritaria, la componen principalmente mercaderes y grandes empresarios. Gente que viaja a menudo a la Tierra y a quienes les gustaría exportar sus costumbres. La segunda es la de los ciudadanos de los planetas y la de la mayoría de los soldados. Hay que considerar que la vida en las colonias puede haber llegado a un punto en el que resulta sencilla gracias a la tecnología, que dista mucho de la lucha continua por la supervivencia de sus primeras décadas. Pero no presenta el nivel de ocio imperante en los planetas solares, así como la influencia de generaciones cuyas vidas están condicionadas por la guerra, por la posibilidad de un ataque. Personas que no pueden permitirse vivir en una utopía potenciada por las drogas, que necesitan todos sus sentidos alerta para correr a los refugios en caso de peligro; ciudadanos que desean establecer un vínculo especial con la gente que los rodea y, sobre todo, con sus seres queridos. La mayor motivación que impulsa a nuestros jóvenes a ser

soldados es la de proteger a los suyos, la de detener los ataques antes de que lleguen a espacio planetario. Por supuesto, siempre hay a quien le atrae el sexo fácil o las comodidades que ofrece el sistema de vida de la Federación, aunque no son muchos y, en su mayoría, mercenarios que cuando acumulan suficiente dinero inmigran al Sistema Solar. Los matrimonios, los sentimientos profundos, están mal vistos fuera de los sistemas estelares de Olimpo y Hades. Los códigos de conducta son diferentes. Si alguna vez viajáis allí, deberéis someteros a amplios periodos de aclimatación, donde aprenderéis sus costumbres. Como la de que a los hijos los educa el Estado, la de no demostrar más sentimiento que la satisfacción personal o la de no rechazar un ofrecimiento de sexo. Allí la edad legal para entrar en sensoriales pornográficos es menor, así como la de tomar pastillas estimulantes. Aquí, sin embargo, la monogamia está bastante extendida, así como los matrimonios entre parejas que se quieren. Y las relaciones sexuales tienen un significado más profundo que en la Tierra».

Noelia frunció el ceño y le pidió a su PTI que volviera a la forma de brazalete. Después se quedó pensativa. Estaba claro que Maran había retocado el texto, pero no podía negar que este le aclaraba muchas cosas. Y que quizá ella se hubiera irritado con él por un choque de culturas. Porque, por más que se escudara en su enfado para racionalizarlo todo, recordaba con claridad que había visto en sus ojos, el anhelo de tocarla. O notado su erección. Contrariada, le pidió a la nave que le transmitiera un mensaje.

«Recibido. No vamos a volver a hablar de esto. Pero acepto la tregua».

Dejó que su boca exhalara el aire que había estado reteniendo. Ya estaba dicho. Tregua... Supuso que eso era lo que la gente de estos dos sistemas luchaba por conseguir. Era una pena que la tecnología alienígena que los había enfrentado moviera tanto dinero. Y que en la Federación, en vez de luchar ellos solos por los objetos carinaes, se aprovecharan del cercano Olimpo para hacer que sus gentes se llevaran la peor parte de la guerra. Hades se quería separar y acaparar la ciudad extraterrestre. Olimpo estaba cerca y peor defendido. Se llevó los primeros ataques. La Federación mandó naves y dinero. Y, a partir de ahí, demasiados años para una triste disputa que a la gente de Olimpo ni siquiera le había importado alguna vez.



Dos de los empresarios más ricos del mundo obligan a sus primogénitos a un matrimonio comercial si quieren heredar. Las empresas Soler de robótica y Futur de sensorialidades se unirán con la boda de Rea Soler y Thanla Myrt. Las acciones de sus rivales comienzan a caer.

Se desvela el misterio de por qué los carinaes estaban en una luna sin atmósfera: no eran seres orgánicos, sino robots. Las investigaciones apoyan que los carinaes eran algún tipo de IA con diversos grados de inteligencia, según se dedicaran a la minería espacial o al estudio y exploración del Templo. Se cree que el estudio de la binaria Eta Carinae también fue un factor decisivo que los atrajo a la zona.

---

El comerciante de tecnología bélica Armand Bulea, uno de los hombres más ricos de Hades, se compra un rascacielos en Pekín. Planea visitar la Tierra en un futuro próximo. El Ministerio de Guerra le ha exigido registros de todas sus transacciones comerciales. «No nos fiamos de su neutralidad».

---

La emisión de viento solar sigue aumentado en Eta Carinae. Se retira el equipo científico ubicado en el Templo al considerar que el riesgo de explosión es demasiado elevado. Dejan atrás robots y sensores, así como la estación de comunicaciones hiperluz. Pese al elevado precio del material que se queda, los líderes de la misión defienden la importancia de las mediciones automatizadas que nos llegarán si la binaria se convierte en hipernova.

---

Fracasa la operación para detener a traficantes de oro. La policía los pierde en las lunas de Júpiter. «Hicieron un vuelo en picado hacia el gigante gaseoso», nos cuenta el capitán encargado del caso. «Nuestras naves no lo habrían resistido. Tuvimos que esperar a que salieran de su inmersión en el planeta. Se nos escaparon».

---



## ZONA LOCAL OLIMPO, CINCO DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE

—Cerberero o damos un buen rodeo —afirmó el capitán.

Habían entrado ya a distancia de salto del gigante gaseoso, pero la señora Torres le había pedido si, por favor, podían hablar primero del tema.

Maran, Noelia y su madre estaban sentados en la sala de esparcimiento, sin ningún tipo de decoración esta vez. Tan solo sus tres butacas en medio del tono base azulado del suelo, las paredes y el techo. Aunque, en realidad, sus párpados cerrados indicaban que estaban conectados a la red de la nave, sumidos en la realidad virtual que esta les había creado: a sugerencia de Noelia, una de las terrazas de los áticos de Pekín que la joven solía frecuentar. El aire que creían respirar era algo fresco, pero puro. Hacía décadas que se habían eliminado los últimos rastros de contaminación del planeta. Todo gracias a las primeras tecnologías que se tomaron de los alienígenas, capaces de aprovechar y transmitir la energía solar antes de que se filtrara en la atmósfera.

Por debajo de ellos se extendía una capa baja de nubes que tapaba la ciudad. Tan solo otros rascacielos, algunos más altos que el del restaurante, sobresalían. Era una pena, pues el cordón de jardines colgantes era algo que merecía ser contemplado. Noelia sabía que si estuvieran en Pekín de verdad, pequeños inyectores disimulados entre la decoración minimalista estarían enriqueciendo el aire local con oxígeno. O que las demás mesas estarían ocupadas por la gente joven de la megalópolis, que se encontrarían tomando unas copas y un aperitivo antes de bajar a los niveles inferiores de la ciudad, donde las discotecas y los salones de acceso a la red compartido (algo semejante a lo que ellos tres estaban haciendo) se llenarían como cada noche.

—Yo preferiría dar el rodeo —opinó María mientras sus ojos vagaban por la publicidad luminosa que, de vez en cuando, estallaba en el cielo como si se tratara de fuegos artificiales.

—Madre, estamos hablando de tres semanas más. De hacer un pequeño salto de

decenas de años luz y luego viajar tres semanas para recolectar el combustible gastado, antes de poder viajar mil años luz hasta otro de los sistemas con gigantes gaseosos que nos caen de camino —le recordó Noelia mientras tomaba un sorbo de su bebida, una amalgama de colores y sabores explosivos que le encantaba.

Recolectar hidrógeno del espacio, en vez de utilizar un planeta, era mucho más lento y tedioso. Era una pena que, al haber gastado gran parte de sus reservas patrullando, el capitán no pudiera hacer algo tan trivial como empalmar dos saltos sin tener que repostar en medio.

—Lo importante es llegar. Ese gigante gaseoso, Cerbero, donde podríamos abastecernos de hidrógeno antes del segundo salto hacia el Templo, no me gusta. Lo veo demasiado peligroso.

—Señora Torres, permítame decirle que en este caso estoy de acuerdo con su hija. —Noelia se lo quedó mirando, desafiante. Una cosa es que hubiera enterrado el hacha de guerra al entender en parte sus razones, y otra muy diferente que lo hubiera perdonado—. El planeta gaseoso más cercano es Cerbero. Precisamente, al ser uno de los puntos de abastecimiento más típicos, a veces las naves de los separatistas lo vigilan. Pero no tienen patrullas fijas allí. Serían un blanco para nuestros ataques y Cerbero no es tan estratégico como para defenderlo. No es el único planeta gaseoso de la zona.

—Si me permite, capitán, eso nunca lo he entendido. ¿Por qué los ataques no pueden ser en espacio profundo, donde no puedan afectar a ningún planeta o civil como daños colaterales?

—«Daños colaterales» —sonrió Maran—. ¿Le gustan los sensoriales históricos, verdad? Porque no es una expresión que se use hoy en día. —La mujer asintió—. Verá. Esto es como el mar terrestre en el pasado: navegamos por un entorno demasiado vasto como para encontrarnos. Nuestros sensores, aunque de gran alcance, son limitados. Imagínese las probabilidades en el siglo XVII de una batalla en alta mar y redúzcalas infinitamente. Es fácil olvidar dónde nos encontramos, no podemos estar todo el día pensando en el tamaño de la Vía Láctea. Pero le puedo asegurar que yo nunca he oído acerca de una batalla que no fuera en las cercanías de una estrella, planeta u otro punto reseñable.

—¿Como un portal? Donde nos atacaron... —comentó Noelia—. Aunque, Maran, ¿no nos dijiste que habías detectado las naves a través de las partículas y radiación de los motores?

Él la miró tanteando. Se suponía que una futura espía sabía cómo funcionaban las patrullas. La joven le devolvió la mirada con el rostro inexpresivo, sin querer revelar hasta qué punto era verdad que había entendido sus motivos para rechazarla. Era una pena que en su mensaje especificara que no quería hablar de ello. Acabó suponiendo que preguntaba porque su madre no sabía que Inteligencia la estaba adiestrando. Otro punto más para tirar por tierra los motivos que, sin duda, se había inventado para que las llevara al Templo. Dudaba mucho que su padre ocupara ni tan

siquiera el cargo más bajo de la red de espionaje de la Federación.

—Preciosa —probó a susurrar la palabra. La joven ni se inmutó—, nosotros estábamos patrullando, junto con otras lanceras, una zona llena de sensores. Cuando detectaron las emisiones de las fragatas enemigas, nosotros recibimos el aviso, pues éramos los que estábamos más cerca. O, mejor dicho, lo recibió la IA de mi nave, que siguiendo el protocolo se desvió para investigar y, una vez verificado, me informó. Pero la probabilidad de toparnos con esas partículas y radiación característica de un motor de fusión era... ridícula. Haceros a la idea de que ni siquiera podríamos seguir a una nave una vez se hubiera alejado lo suficiente como para que su haz de emisión se desperdigara. Y, sobre todo, no olvidéis que en torno a la puerta tenemos miles de millones de sensores desperdigados. Es un punto demasiado importante como para perderlo. Si lo tomaran, nada les impediría lanzar un ataque al Sistema Solar.

—¿Y pese a todo intentaron atacarnos? —enarcó una ceja Noelia, mientras tomaba sin mirarla su bebida de la mesa.

No pensaba ceder. Podía ser que Maran llevara las mismas ropas gris arena que al mediodía, e incluso que le quedaran mejor que su típico atuendo de cuero, pero mientras no esbozara esa sonrisa lenta y *sexy* tan suya, Noelia no iba a dar el brazo a torcer.

—Contarían con su suerte. O con su rapidez de atacar y largarse. ¿Dónde si no iban a poder parar a nuestros mercantes? ¿En la misma Ambrosía, con sus defensas planetarias?

—Pero, capitán, ¿y si ellos también los tienen en Cerbero? Los sensores, quiero decir —intervino María, preocupada, jugando sin darse cuenta con el borde de su copa.

A diferencia de sus dos acompañantes, ella apenas había tocado su cóctel, que no por insustancial le sabía distinto a uno de verdad en la realidad virtual en la que se encontraban.

—Una cantidad suficiente como para ser efectiva supondría demasiado dinero para un punto que no es tan importante. No es el único planeta gaseoso a distancia de salto local de Eta Carinae. No merece la pena, créame.

—Pero, capitán, yo sigo pensando que es mejor dar un rodeo. No entiendo a qué viene esta falta de precaución.

—Madre, esos otros gigantes con hidrógeno también pueden estar vigilados. Cerbero puede ser el más evidente, pero no el único.

—Y además —concluyó Maran—, cuanto antes lleguemos al Templo y salgamos de allí, mejor. ¿Es que no han oído las últimas noticias de la Tierra?

—¿Qué noticias? —preguntó intrigada Pengcheng mientras dejaba su copa vacía en la mesa.

—Los científicos destinados en el Templo se han ido. Creen que esta vez Eta Carinae no se está montando otro farol. El aumento de su brillo y de su viento crece demasiado rápido.

—¿Supernova?

—Hipernova. Por la elevada masa. Y dos.

—¿Y el Templo?

—Puede que nadie sepa de qué material está hecho, pero dudo mucho que aguante la radiación. Se freirá. Se nebulizará. Y si de modo milagroso resistiera, como de forma tan absurda defiende la Iglesia de los Otros, me gustaría ver qué haría frente a dos agujeros negros.

—Capitán —sonó seria María—, entenderé que no quiera llevarnos.

—Tranquila, estoy seguro de que el equipo científico se ha ido con tiempo suficiente. A los civiles no les gusta correr riesgos, por muy apasionante que sea la estrella. Y la IA ha contrastado los datos disponibles en una simulación y considera que todavía quedan unos años —le sonrió con lentitud, dejando que sus rasgos se llenaran de ese encanto masculino tan suyo, intentando que no se preocupara.

«Oh, no», pensó Noelia. «Esa condenada sonrisa sexy, no. Aunque esta vez vaya dirigida a mi madre».

—Entonces no pasaría nada por retrasarnos unos días, ¿no cree?

—Verá... En términos estelares no hay diferencia entre cientos o miles de años. El «todavía quedan unos años» de mi IA, podría ser que va a suceder mañana.

María tragó saliva. Noelia pudo ver cómo luchaba consigo misma, supuso que porque ella iba también en la nave. Como no tenía muy claro quién ganaría en la dura decisión (marido o hija; curar al primero o no exponer la vida de la segunda), decidió ponérselo más sencillo:

—Madre, yo voy a ir de todas maneras. Y mi padre se viene conmigo. Si lo deseas, podemos acercarte a Olimpo.

—No te habría permitido venir de haber sabido esto.

—Bueno, supongo que el aumento del viento solar de Eta Carinae no ha sido noticia de titulares hasta que no se han ido los científicos... Pero ahora que estamos aquí, ahora que lo has dejado todo por él..., yo no me muevo.

—Perdonad que os interrumpa —esta vez la puñeteramente lenta y sexy sonrisa fue dirigida a Noelia—. ¿No es demasiado exótico, o al menos para mí, este escenario de Pekín como para malgastarlo discutiendo por algo que ya habéis decidido?

Hizo un amplio barrido con el brazo derecho, mostrándoles la terraza de exquisita decoración y el cielo invadido por la publicidad luminosa que dibujaba palabras y figuras centelleantes en la noche.

La joven hizo un gesto afirmativo con la cabeza; sus ojos estaban prendidos con deseo en los labios masculinos. Etzan ensanchó su sonrisa y le dio un ligero toque insufrible al notar que ella por fin volvía a reaccionar ante su encanto. Había estado preocupado, pensando que quizá hubiera tenido que ser él quien cediera en sus costumbres (como si no hubiera estado tan tentado de hacerlo...), pero si pretendía atreverse a tener algo serio con Noelia, no podía ser bajo la superficialidad de la Tierra. Solo esperaba que la joven no lo utilizara a él. No sabía si podría soportarlo

otra vez.

—De acuerdo pues, capitán —concluyó María, ajena en esta ocasión a las miradas con las que su hija y Maran se estaban tanteando—, nos vamos los tres, y a Cerbero. Por mi parte, en cuanto nos desconectemos de la red ya puede ordenar el salto.

Etzan asintió con la cabeza, sin separar sus ojos de Noelia.

En algún lugar de la constelación de la Quilla, un hombre y una mujer se evaluaban bajo las luminarias del cielo de Pekín. La joven no sabía qué era lo que él esperaba de ella, aunque confiaba en que el sexo entrara en la ecuación, mientras que Etzan deseaba con todas sus fuerzas que Noelia tuviera de verdad ese fondo que le había ayudado a desarrollar su madre. Una fuerza interior capaz de hacerle olvidar todo lo que el Estado le había enseñado, en aras del amor.



Mao Luan, joven estudiante de física en la Universidad de Pekín, es retenido para su evaluación psiquiátrica. Se lo acusa de fijación sexual con una misma pareja. Se han interceptado una serie de grabaciones que intentaba mandar a La Infinita, el carguero que fue destruido en las inmediaciones del Portal, en la zona local Olimpo. La IA de la unidad de comunicaciones hiperluz de la Universidad retuvo dichas grabaciones y se las mandó al rector, el catedrático Sánchez. «La primera vez opté por dejarlo pasar esperando que fuera algún tipo de error», nos comenta el señor Sánchez. «Pero en cuanto vi que se repetía dos veces más, con las mismas palabras confesando una obsesión por la señorita Pengcheng, que viajaba en La Infinita, no pude menos que dar parte a los Servicios Sociales. Este joven necesita ayuda. Es una pena, era muy brillante en sus estudios».

---

Se prepara la semana de la moda en la megalópolis de Nueva York. Cientos de miles de ciudadanos saturan las reservas de los hoteles.

---

Uno de los cruceros por los anillos de Saturno de la empresa Nueva Aventuras se avería y choca contra un enorme asteroide de hielo. El casco, aunque dañado, aguanta hasta que llega la ayuda. Pero el fallo de los sistemas vitales ha provocado que todos los pasajeros hayan muerto congelados.

---

El ejército de la Federación rechaza un ataque a Néctar antes de que las naves



enemigas puedan entrar en la atmósfera del planeta. La batalla espacial se ha cobrado las vidas de veintiséis soldados y se han perdido catorce naves.





## **SISTEMA CERBERO, NOCHE DEL MISMO DÍA, A MIL AÑOS LUZ DEL SISTEMA OLIMPO Y MIL TRESCIENTOS DE ETA CARINAE**

A la mierda. Si no podía tenerlo de verdad, que fuera en sus sueños.

Noelia no era muy propensa a programarse intensas fantasías eróticas, pues, para eso, ya estaban los sensoriales donde se podía saborear las sensaciones aumentadas de los actores porno. Y, desde luego, el único que le interesaría en esos momentos sería uno realizado por el propio capitán mientras estaba con alguna amante; que si bien no tendría la calidad de uno profesional, satisfaría sin lugar a dudas sus ganas de saber cómo era Etzan en la cama. Pero dudaba mucho que en la red de la nave hubiera esa clase de archivos a los que poder acceder. No parecía el tipo de hombre que se grababa (si la apuraban, desde lo del otro día ni siquiera parecía mantener relaciones con frecuencia). Una pena. Eso la habría acercado más a lo que sería sentir ese poderoso cuerpo moviéndose dentro de ella.

Una hora antes, cuando había acompañado al capitán a la sala de control, no llevaba idea de pasar así su noche. Ni siquiera mientras él se conectaba a la nave para dar el salto. Pero justo en esos instantes más allá del espacio-tiempo, al sentir reverberar en sus huesos algo tan instantáneo y suave que solo pudo apreciarlo en el cambio de las estrellas que se veían sobre sus cabezas, un «algo» intangible que vio reflejado en los rasgos de Maran, decidió que ya estaba harta de preguntarse cómo sería el mercenario en la cama. Así que, una vez de vuelta en su camarote, no le quedó más remedio que pedirle a la unidad de sueño lo que deseaba.

Ella era de las que preferían el sexo en persona, pero no porque el Gobierno limitara el tiempo de acceso a los sensoriales para evitar que los ciudadanos apenas se relacionaran entre sí. No. Noelia era una de las pocas personas a las que les gustaba experimentar las cosas por sí mismas. Puede que con la espira la única diferencia residiera en que era incluso mejor. Sin embargo, ella sabía que eso no era de verdad. Y no le gustaba sentir que lo que la rodeaba era irreal. Cosas de su peculiar

educación. Supuso que si no hubiera ido a casa tras la escuela, como las demás niñas de la Federación, que si se hubiera dedicado a conectarse en vez de ayudar a sus padres en el astillero, eso podría haber sido muy diferente. Pero por más que prefiriera acostarse con el sexy mercenario con algo más que su mente —ese que la provocaba con su «preciosa» y su «cariño», ese que le había acariciado las pestañas con su aliento y recorrido sus dedos con tal suavidad que parecía haber estado torturándola con un roce electrizante y fantasmal—, no era posible. Así que, decidida a por lo menos tener unos buenos sueños calientes, se quitó la ropa y se metió entre las sábanas.

Varias decenas de metros a través de la lancera, esta informó a su dueño de la petición de Noelia. ¿De verdad era tan ingenua como para no imaginar que él estaría velando hasta sus pesadillas? Era su nave, su red. Puede que nunca hubiera intentado reprogramar la IA para que le contara los pensamientos de sus ocasionales pasajeros, pero había sistemas, como la unidad de sueño, que cuando los hizo instalar ya venían con algunas mejoras ilegales. Era evidente que lo que a él le interesaba del peculiar pirateo de la inteligencia de su nave eran otras cosas, como el poder usar mapas estelares no aprobados por la Federación o el permitir a la IA un mayor grado de decisión en ciertas situaciones. Sin incumplir las leyes inviolables de la robótica, por supuesto, pero no por ello dejaban de ser situaciones interesantes que podían salvarle la vida en combate (o, por lo menos, lo habrían sido si no fuera por el carácter tan especial de Betsy). Sin embargo, esa noche, tras el salto, a tan solo unas horas de comenzar a decelerar para aproximarse a Cerbero, no había nada que lo interesase tanto en las «anomalías» de su IA como la violación de la privacidad de las unidades de sueño.

Con un brillo malicioso en sus pupilas dio unas contraórdenes en silencio y se dirigió hacia el camarote de la incauta joven.

El sopor llegó pronto a la amodorrada Noelia y plagó su cerebro de imágenes: Maran estaba en la sala de mandos. Ella se acercaba a él por detrás al tiempo que se deleitaba la vista con su ceñido trasero, dispuesta a rodearlo con sus brazos y sintiendo su cuerpo estremecerse en la anticipación de lo que por fin iba a poseer; pero el apuesto mercenario se daba la vuelta con una sonrisa, indicándole que lo aguardase en su cuarto, que él enseguida la seguiría. Frustrada porque su propia fantasía la hacía esperar, ahogó un gemido y siguió sus instrucciones. En cuanto lo tuviera allí, delante de ella, esa copia de su Maran se iba a enterar de lo que era una hembra en celo. Pero sus pensamientos, de manera extraña, se fueron enfriando a cada paso imaginario que daba, de modo que, una vez entre las sábanas, su cabeza se tornó pesada. Intentaba mantenerse despierta sin éxito. No lo entendía. ¿Cómo iba a tener su ración de sexo virtual si hasta dormida se sumía en un letárgico abandono?

Ella no había programado eso.

Aunque esa maldita unidad de sueño (iba a tener unas palabras con la nave en cuanto se despertase) hacía que ya no importara, que se sintiera bien en su estado de lánguido sopor.

En algún momento, la puerta de su camarote se abrió y volvió a cerrarse. Unos pasos firmes resonaron en el suelo de la estancia, como avisando a su mente aturdida de que su fantasía estaba a punto de comenzar. Pero solo eso. Luego, el silencio. Silencio y una respiración acompasada a la suya, lenta y profunda. Dormida, Noelia curvó sus labios en una fugaz sonrisa y, como si esta hubiera sido alguna especie de señal, la sábana con la que se cubría se deslizó hacia abajo poco a poco, haciéndole cosquillas con su tacto sedoso. Justo entonces comenzaron las caricias.

Las primeras fueron tan suaves que le costó un tiempo identificarlas. Eran como suspiros de aliento contenido contra la planta de sus pies, tan etéreas y delicadas que hacían cosquillear la sensible piel de su arco, ascendiendo en espiral hacia el talón y los dedos. Poco a poco, mientras sus piernas reaccionaban como si las estuvieran estimulando con la descarga de un táser a la mínima potencia, sintió los dedos de él. Primero en un roce tan efímero y sutil que solo podía provenir de sus yemas, apenas en contacto con sus propios tobillos, que dibujaba un sendero de curvas a su alrededor, provocándola otra vez con un tacto que no parecía de este mundo. La joven ya estaba saliendo de las brumas de su letargo y entraba en ese estado de ensoñación donde todo era posible. En un estado donde podía disfrutar de unas deliciosas y extrañas sensaciones a las que no estaba acostumbrada, las cuales, desde luego, no recordaba haber programado. Y antes de que se pudiera preguntar dónde estaba el sexo rápido, directo y salvaje que se suponía que la unidad de sueño tenía que darle, comenzó la humedad.

Las caricias en su arco palmar ya no estaban hechas tan solo de la cálida y pausada respiración de Etzan; ahora incluían el tacto aterciopelado de su lengua, helada, como si hubiera estado tomando una bebida fría, pero que poco a poco se iba calentando mientras su respiración se aceleraba y los lánguidos toques comenzaban a ascender por sus piernas. Por delante avanzaban esos dedos que había visto pilotar tocando las estrellas, seguidos de su boca. Un ataque a sus rodillas, deliberadamente lento, le hizo contener la respiración mientras sus pies y tobillos todavía estaban electrizados, como si, aunque ya no fueran los receptores directos de la atención del capitán, aún pudieran sentirlo. Pero eso no fue nada comparado con lo que experimentó cuando él se centró en la cara interna de sus muslos, torturándolos primero con las caricias fantasmales de sus manos y después, allí donde estas acababan de dibujar arabescos, sus labios entraban por primera vez en contacto con su ya sensibilizada carne. Un profundo estremecimiento la recorrió, desde sus aún cosquilleantes pies hasta su columna vertebral, agitando incluso a la espira que la rodeaba, provocando que esta respondiera mandando descargas a sus centros de placer. Estímulo sin drogas... Noelia apenas podía creerlo. Aunque eso era lo que menos le importaba en aquellos momentos.

No había nada comparable a los labios de Maran, tan masculinos como los había imaginado, con el punto justo de aspereza, blandura y húmeda calidez. Se presionaban contra la piel más delicada de sus muslos, al principio con suavidad pero, poco a poco, mientras el roce de sus dedos se intensificaba para acabar frotándose contra sus piernas, ascendiendo hacia sus glúteos, mostrándole la erótica rugosidad de su palma de guerrero, su boca se volvió más intensa y atrevida; la atormentó con ligeros mordisqueos mientras el aliento varonil se tornaba cada vez más agitado y caliente.

La joven sentía la humedad que impregnaba su vagina desde que la espira había comenzado a intensificar sus sensaciones. Sus caderas se contenían por no arquearse, pues estaba tan extrañada ante el programa que estaba experimentando que no deseaba alterarlo, ya no. Se sorprendió disfrutando de cada centímetro de ese pausado avance que la estaba sometiendo a un martirio tan placentero como desconocido, ignorando la tensión de su clítoris, que clamaba por acabar de una vez con esa dolorosa lentitud de los movimientos del mercenario. Y cuando esos dedos magnéticos se perdieron en las curvas de su trasero y su boca comenzó a lamer con delicadeza la delicada piel de sus ingles, acabó de despertarse por completo. Todo resto de languidez y somnolencia evaporados ante las cada vez más exigentes palpitaciones de esa carne rosada a la que se acercaban los labios de Maran. Jadeó y mandó a la mierda su idea de dejar hacer al programa; pero no pudo enredar sus manos en los espesos cabellos masculinos para colocar de una maldita vez su lengua sobre su hinchada y dolorida vulva, ya que la tira de un campo de fuerza sujetaba sus brazos. Exhaló el aire con frustración. Así que por eso el mercenario había tardado tanto en empezar con ella... Se le escapó una carcajada breve y cargada de excitación: esa fantasía estaba resultando ser mucho mejor que cualquier sensorial en el que jamás hubiera entrado. Y esta vez sí que se arqueó, intentando que sus caderas la acercaran a la boca de Etzan, mientras se preguntaba cómo y cuántas veces pensaba follársela él, ya que se había tomado la molestia de sujetarla.

La lengua de Etzan continuaba recorriendo su piel. Ella podía sentir cómo él respiraba por la nariz, moviendo su corto vello púbico en cálidas oleadas, haciendo que su clítoris se tensara de deseo, despierto y sensibilizado como nunca y todo ello sin que Maran ni siquiera lo hubiera rozado. Y por más que ella se retorció, no conseguía llegar al tan anhelado contacto. No sabía a qué estaba jugando esa copia del mercenario, pero sí que sus labios más íntimos nunca se habían hinchado tanto. Y mientras mantuviera algún resquicio de su mente todavía frío, no entregado a las pasiones que la recorrían, podría seguir disfrutando de la primera vez en su vida en la que no cumplía sus deseos sexuales en el acto.

Las agónicas caricias continuaron electrizando su cuerpo unos segundos más, hasta que en medio de lo que sonó como un enorme suspiro, los dedos masculinos comenzaron a trazar círculos al final de su columna, justo en el inicio de sus nalgas. Y su lengua y sus labios se separaron unos centímetros, apenas exhalando sobre su

centro anhelante, como contrariados, dejando un reguero de ardiente aliento hacia su ombligo. Entonces, Noelia comenzó a sentirse muy, muy frustrada. ¿Es que esa maldita unidad de sueño iba a dejarla así, excitada como nunca y sin ni siquiera un orgasmo?

El capitán, ignorándola, hundió su boca en la cavidad de su vientre, con rudeza, como desquitándose así con ella; a la vez que sus desconcertantes manos volvían a simular ánimas que paseaban ingravidas por su cuerpo, buscando esta vez su espalda entre las sábanas. Y a la joven le ocurrió algo muy extraño: las palpitations de su vagina y de su clítoris, insatisfechos, comenzaron a resonar más fuertes conforme su espalda, su columna vertebral, se curvaba con el campo eléctrico que cada uno de los toques de los dedos de Maran descargaba, como un maldito táser cuya potencia iba aumentando, acercándose a la prohibida del placer infinito, adictivo e inmediato; pero ella estaba segura de que el mercenario tan solo estaba usando sus manos. Y su columna, su espiro y sus partes más íntimas parecían estar interpretando un baile sincronizado cuya melodía estaba en poder de su amante de ensueño.

Saciados de momento, los labios de Maran dejaron su ombligo para ascender hacia sus pechos, poco a poco, abriendo un nuevo reguero de fuego sobre su piel, una nueva combinación de terminaciones nerviosas que la espiro parecía recibir con avidez para devolver intensificadas. En el momento en el que él tomó un pezón con sus dientes y ella «escuchó» cómo al mercenario se le escapaba un jadeo, pudo intuir, pese a la oscuridad, el deseo que debía de estar consumiéndole también a él; imaginar la situación provocó que la poca cordura que le quedaba escapase de Noelia. Impedida por no poder mover sus brazos, alzó las piernas hasta rodear su cintura y se apretó contra él, encontrando su erección a través de..., ¡sí!, el tacto de esos pantalones de cuero tan ajustados. Y ese movimiento tan espontáneo pareció provocar algún tipo de fallo en la programación, pues Etzan se quedó unos instantes parado, como si no hubiera contado con eso. Ella jadeó y comenzó a frotarse contra la dureza masculina; si no podía bajarle los pantalones con las manos, lo excitaría hasta que él mismo lo hiciera. Toda su voluntad estaba puesta en conseguirlo, en lograr que él dejara de mandar descargas a su columna vertebral y que soltara sus brazos para así poder liberar su abultada verga. Mas no lo consiguió; su propio cuerpo pareció decidir que había llegado al límite del torbellino al que la lanzaban sus terminaciones nerviosas, hiperexcitadas tanto por el mercenario como por la espiro. Así que empujó su vagina contra ese cuero que ella misma había humedecido y sintió cómo explotaba dentro de ella uno de los climáx más potentes que hubiera experimentado nunca. Y sin drogas. Durante interminables segundos sus caderas siguieron ancladas a las de él, sin soltarlo, hasta que su cuerpo dejó de convulsionarse y fue la copia de Etzan quien la sujetó para desenredar sus piernas y volver a hacer que se apoyaran sobre la cama. Después, con una respiración que se escuchaba agitada, depositó un beso en su clavícula, luego otro y otro más, como reverenciando el cuerpo femenino que se le ofrecía. Noelia no entendía muy bien qué tipo de programa había activado, pero, por

lo visto, no incluía que él la poseyera y liberara así su propia tensión sexual. Una pena... No le habría importado para nada repetir, aunque tampoco es que se quejara de la lluvia de besos, efímeros como estrellas fugaces, que se derramaba sobre su cuello y su faz, que humedecía sus párpados, sus mejillas, su frente, sus labios, haciéndole sentir cada parte de su rostro como si estuviera conectado por una fina telaraña de dulzura y deseo. Poco a poco, su cuerpo se fue relajando y las dos respiraciones, sincronizadas, fueron bajando su ritmo, mientras las caricias sobre la cara de Noelia se iban tornando cada vez más etéreas, espectrales, volviendo a dejarla con la sensación de que era el alma de Maran la que en realidad la estaba besando.

Y se acabó. Un último roce, un suspiro final. Y luego, nada. La ausencia, el vacío dejado al retirarse la cercanía del cálido cuerpo del mercenario.

«Etzan...», exhaló Noelia de forma apenas audible.

Se sentía muy extraña. Anhelante, deseosa de más, sí; pero no frustrada por no haberlo sentido clavarse muy dentro de ella. Su excitación se había diluido por todo su cuerpo, aletargada por las últimas caricias de Maran, adormecida. Y, sobre todo, Noelia se sentía maravillada, pues el tributo malicioso que su cuerpo acababa de experimentar, tan sensual e íntimo, era algo que jamás había sentido antes. No tenía nada que ver con el sexo rápido y orgásmico que propiciaba la Supersex. Casi podría jurar que, en vez de haber estado en contacto con el cuerpo de Etzan, lo había estado con su mente y corazón.

Abrió los ojos. No sabía ya si todavía soñaba o se encontraba despierta. La luz estaba apagada, sus muñecas, liberadas. Y una sombra, alta, fuerte y densa, parecía observarla desde la puerta.

—¿Maran? ¿Todavía estoy dentro del sueño?

—Shhh, preciosa, duerme —su voz le llegó tierna y arrulladora—. Solo quería que supieras, cariño, que hay cosas que no se consiguen con pastillas.

Intentó responderle, pero volvió a caer bajo el sopor inducido por la unidad de sueño. La puerta del camarote se abrió y su hombre se desvaneció por ella como una quimera. Quiso abrir los párpados y mirarle, pero se sentían demasiado pesados. Lo último que recordaría haber pensado antes de despertarse poco antes de la llegada a Cerbero, fue que ojalá la realidad pudiera ser tan dulce como esa fantasía.



El Templo no es único en la Galaxia. Sus constructores diseminaron creaciones similares en las zonas de mayor atractivo, como lo es la estrella binaria variable Eta Carinae. Pretendían establecer estaciones científicas, así como atraer a otras razas para poder estudiarlas, gracias a sus privilegiadas situaciones en los lugares más espectaculares de la Vía Láctea. En este sentido, los templos son una especie de

biblioteca estelar. «Los ETA carinae consiguieron entrar dentro del Templo», nos cuenta el portavoz científico, «y tuvieron acceso a esa biblioteca genética. Descubrieron también que, a cambio de la información que los constructores sacaban al analizar los cuerpos depositados en los sarcófagos, ellos arreglaban cualquier desviación de su funcionamiento óptimo. Por eso el Templo ha curado la mayoría de las veces a aquellos que lo han visitado».



Otra millonaria deja su herencia a la compañía Futur de sensorealidades. El Gobierno se plantea limitar el acceso a sensoriales donde los usuarios pueden revivir su pasado o darle un giro alternativo; así como aumentar la tasa de impuestos.



Aunque no estén exentos de cierta inteligencia, los ETA carinae son máquinas, no la auténtica IA que sospechaban nuestros científicos. Solo se sabe de sus creadores que son orgánicos y originarios de un sistema más cercano al centro galáctico. Los cariane los llamaban ápsores.



El Gobierno planetario presiona a los altos mandos de la policía: no se puede permitir que en una sociedad donde todo está controlado electrónicamente, desde el paradero de cada ciudadano hasta sus preferencias culinarias, todavía haya una economía sumergida y un mercado negro de dinero.



Myrian Solís, la programadora embarazada que rechaza las incubadoras, abandona temporalmente la institución sanitaria en la que está recluida para dar a luz. Los psicólogos especulan si el pobre niño será alguna vez capaz de superar los traumas por haber venido al mundo de una manera tan dolorosa.



El general Walker no está de acuerdo con la retirada de los científicos. «Yo no di la orden», afirma, «lo más probable es que vuelva a ser una falsa alarma».





## SISTEMA CERBERO, CUATRO DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE

Noelia, todavía con la sonrisa entre las comisuras de sus labios, se vistió con rapidez y se dirigió a la sala de control. Maran y su madre ya llevaban allí más de una hora.

—Buenos días —la saludó María.

—Buenos días, dormilona —la recibió el capitán con una expresión inescrutable y la postura de su cuerpo mostrando su arrogancia típica—. ¿Se te han pegado las sábanas?

—Buenos días. La IA me ha comunicado que hace más de media hora que hemos acabado la deceleración. Podríais haberme despertado.

Se sentó en una butaca que la nave desplegó para ella, al lado de las dos que ocupaban sus compañeros de viaje.

—Me pareció que te habías ganado un poco de descanso. Sin sueños, a no ser que estos fueran placenteros —la miró burlón, *demasiado* burlón—. ¿Crees que he hecho mal? Tu madre quería que te avisara...

Por un momento todas las alarmas de la joven se dispararon. ¿Sueños placenteros? ¿A qué venía eso? ¿Es que había pirateado la IA para espiarla? Ridículo... Y la otra opción, la de que no hubiera sido una fantasía..., aún era más absurda: cualquier hombre se la habría tirado. Aunque, por otro lado, Etzan no era cualquiera. Y esas caricias encajaban tan bien con su comportamiento anticuado que le provocaban escalofríos.

—¿Estás destemplada? —se preocupó su madre—. El capitán me ha comentado que necesitabas dormir para adecuarte mejor al espacio y a la ausencia de las medicinas de tu tecnomédico.

—N-No..., gracias. ¿Y tú, madre? ¿Tú te adecuas mal?

—Bueno... A mí nunca me han gustado mucho las drogas. Lo cierto es que me había metido en la programación de mi unidad médica, para hacerle creer que necesitaba dosis muy pequeñas. Supongo que, ahora que ya no estamos en la Tierra,

no pasa nada por comentártelo. En serio, hija —la escudriñó fijamente—, ¿estás bien?

Noelia intentó no quedársela mirando con la mala cara que sus emociones le pedían. ¿Manipulando al tecnomédico? ¿Es que quería meterse en problemas (o más bien en un psiquiátrico) si la pillaban? Era lo que tenía una sociedad sin más cárceles que la prisión militar: al que incumplía sus normas se le juzgaba de loco, o, peor aún, se lo embarcaba en misiones suicidas contra Hades, asignándole como única función el ordenarle a la IA que disparara.

—Sí, sí —respiró hondo—. Quizá algo más sensible de lo normal, pero bien.

—No se preocupe, señora Torres. La medicación de la Federación no tiene efectos secundarios ni cuando se deja. Su hija se está adecuando bien, pero nunca sienta mal un poco de reposo extra.

La ardiente mirada que le dirigieron sus iris castaños la dejó con la sensación de que quería decirle mucho más, que lo haría si estuvieran a solas. Y le dio, en esos breves e intensos segundos que duró su contacto, esos que la hicieron olvidarse de cualquier otra cosa, la seguridad de que acababa de hacerle una promesa.

Al mercenario le estaba costando centrarse en la conversación, ya que únicamente podía pensar en la entrega de la joven la noche anterior. En cierto modo le recordaba a él hacía años, cuando era un joven apasionado que solo pensaba en pelear, inocente del todo en temas del corazón, un blanco fácil al ataque de la primera persona que le declarara su amor. En Pekín podían ser muy liberales con el sexo, pero eran ingenuos del todo en los sentimientos que este podía llegar a implicar. Y anoche ella fue tan femenina y vulnerable como cuando la había sorprendido atizando al separatista con algo tan absurdo como un sintetizador. Aunque por suerte para la estudiante de Pekín, él lo diría de verdad cuando le confesara lo que sin duda estaba empezando a sentir por ella, algo que iba más allá del doloroso deseo físico que todavía no podía satisfacer. Era algo que no había buscado, las emociones que ella removía y provocaba, pero estaban allí y él se encontraba deseando poder mostrarle el mundo que se abría más allá de la Federación. Por más que eso hubiera supuesto anoche abandonar su habitación necesitando algo más que una buena ducha fría; que le hubiera llevado a recordar el contacto de Noelia frotándose contra su pene o los gemidos de éxtasis de sus provocadores labios mientras el agua de su cabina resbalaba por su cuerpo desnudo y él, dolorido por tanta contención, se dejaba llevar imaginando que era ella y no sus propias manos la que lo estaban liberando.

Contrariado por el inapropiado rumbo de sus pensamientos (no era el momento), se obligó a centrarse en los datos que la nave le estaba proporcionando. Cerró los ojos.

—Ahora estamos acercándonos al planeta Cerbero, en breve podremos proceder a repostar —informó a sus acompañantes.

La atención del capitán estaba otra vez en la nave. Se había levantado y sus párpados permanecían cerrados para sumirse en el mundo virtual que le permitía

tocar las estrellas, como si la lancera fuera parte de su piel. Noelia no pudo evitar sentir unos celos estúpidos (curiosa sensación) de un pedazo de chatarra electrónica.

Los minutos pasaron rápidos, al menos para Noelia, fascinada como estaba por ver ejecutar al capitán lo que ella ya llamaba «la danza del pilotaje». Cuando el tiempo comenzó a acumularse en pocas horas, María se disculpó diciendo que se iba a acostar, puesto que la noche anterior le había costado dormir. Su hija supuso que el insomnio estaba provocado por la cercanía al Templo, por la posibilidad de volver a ver a su marido. Le recomendó usar la unidad de sueño, así por lo menos estaría segura de descansar lo necesario. Eso sí, confió en que no se programara nada más que algún paisaje bucólico o, mejor aún, nada de sueños. Tan solo por si acaso.

Cuando su madre se retiró, ya había comenzado la recolección de combustible, con la nave sumergida en el hidrógeno planetario y los motores en la potencia mínima, justo la necesaria para no caer hacia el gigante gaseoso. Excepto para Maran, que estaba sumergido en la estratosfera, era un proceso tedioso. Sin embargo, Noelia no tenía ninguna prisa. Estaba fascinada observando los movimientos del apuesto mercenario, la concentración y el gozo en su rostro, la vitalidad que exultaba todo su cuerpo.

Etzan se había olvidado por completo de sus pasajeras, sumido en una operación que podría haber realizado la IA, pero que para él era uno de los gloriosos retos de navegar por las estrellas. Así que, manejando los datos que superponía esta en su cerebro, el capitán se había sumergido en la atmósfera del planeta hasta la tercera capa, la estratosfera, donde estaba el hidrógeno molecular que necesitaban. En realidad, había una mayor abundancia de dicho elemento en zonas del manto, licuado, pero solo los destructores, que necesitaban un mayor aporte de combustible debido a su gran tamaño, tenían la tecnología para recolectarlo.

Maran estaba inmerso en un ambiente gaseoso con una temperatura que oscilaba alrededor de los 80° C bajo cero, poblado sobre todo por hidrógeno y helio. Se centraba en controlar la nave para que no se viera arrastrada hacia las nubes de amoníaco helado de la troposfera, a tan solo cien kilómetros por debajo de la lancera. El planeta gaseoso no presentaba una clara diferencia entre su atmósfera y su superficie líquida. Sería sencillo verse arrastrados por una de las tormentas que asolaban las nubes si bajaban un poco más de la cuenta, o si quedaban atrapados en una de las poderosas corrientes de aire descendente. Estas corrientes, agrupadas en correas, estaban en zonas flageladas por relámpagos. El capitán tenía que tener mucho cuidado de no acercarse a ninguna de ellas. Y allí, sumido en la majestuosa presencia del gigante gaseoso Cerbero, con los colectores de la nave abiertos como si fueran prolongaciones de sus dedos, Etzan se dejaba hechizar por la aterradora belleza de una atmósfera de colores cambiantes, de brutales gradientes de temperatura, cuyos vientos azotaban su cuerpo como si este fuera, desnudo, parte del de su lancera. Observaba alerta y reverente las variaciones de color de las tormentas que clamaban furiosas bajo sus ojos, como una manifestación divina y amoral de la

naturaleza en todo su esplendor. Y era parte de ese goce el que vibraba en el ser más profundo de Etzan, como la droga más poderosa, produciendo adrenalina sin darle opción a tregua, elevándolo a las alturas de los dioses. En esos momentos no era un hombre, era una fusión perfecta con la nave, con sus partes mecánicas y electrónicas, con los inteligentes circuitos de su consciencia artificial; los hacía suyos, como si la IA fuera, más que una amante, una parte de sí, y, juntos, le estuvieran haciendo el amor a las estrellas.

Por eso Maran no pudo más que sentirse incompleto, arrancado con brusquedad de la imponente belleza de Cerbero, cuando la nave tomó el control de la recolección para mostrarle otra sección del espacio, una donde cuatro naves se estaban aproximando.

Noelia notó el cambio en el sublime cuerpo del mercenario, la tensión que de repente asomó a sus músculos y sus rasgos. Lo cierto era que, en esas ceñidas ropas de cuero que tan bien le quedaban, era muy sencillo notar cuándo dejaba de estar relajado.

Esperó paciente a que el capitán saliera de la red para preguntarle qué era lo que pasaba.

—Noelia..., ¿y tu madre? ¿No estaba aquí contigo?

Pareció despertar de un largo sueño terminado en pesadilla.

—Está durmiendo. ¿Qué ocurre?

La joven se levantó para hablar con él a su misma altura. No le gustaba estar sentada si él seguía de pie.

—Naves enemigas. Lo acabamos de comprobar. Sus comunicaciones se mueven en la frecuencia de los separatistas.

—¿Nos han visto?

—Sí.

—¿Entonces?

Noelia pudo sentir cómo el miedo intentaba tomar el control de sus tripas, cebándose furioso en provocarle el malestar que le habían avisado en Inteligencia que podría preceder a su primera batalla. Lo cierto era que, cuando asaltaron al mercante, se había encontrado cuerda y fría de un modo extraño e inesperado. Pero ahora, sabiendo que su nave estaba en un ambiente hostil y con enemigos cerca, era de repente demasiado consciente de la fragilidad de la lancera.

—Son cuatro; están cambiando su trayectoria para acercarse hacia nosotros. En estos momentos, la IA está buscando una zona, un chorro de aire ascendente lo suficientemente poderoso como para ayudarnos a impulsarnos a toda aceleración fuera de la atmósfera.

—¿Vamos a bajar más? Eso es muy peligroso, ¿no? ¿No podríamos caer contra el planeta?

—Confío en mi nave, nos arriesgaremos; pero solo si vienen a por nosotros. Han detectado algo aunque quizá, al acercarse, concluyan que no ha sido más que algún

fantasma sensorial provocado por el gigante.

—¿Qué han detectado exactamente? —se mordió un labio sin darse cuenta, nerviosa.

—Nuestras recientes emisiones al decelerar. Los guían hasta Cerbero, pero aquí dentro va a ser difícil vernos. La pena es que no podemos ponernos en modo de silencio. Necesitamos los motores operativos tanto para mantenernos a esta altitud como para buscar ese chorro de aire.

—¿Puedo hacer algo? ¿Ayudar de algún modo?

—¿Qué tal un beso de buena suerte? —le obsequió con una de sus sonrisas, no la lenta y sexy, sino una mucho más bribona y espontánea.

«Este hombre...», pensó Noelia entre irritada y halagada. «Estamos en una situación de vida o muerte y se dedica a bromear, tan insufrible y arrogante como siempre». Y lo peor de todo era que cada vez a ella le parecía menos terrible eso del beso, sobre todo después de los que había recibido anoche en partes, en teoría, no erógenas de su cuerpo.

—Suerte —le guiñó un ojo—. Ya sabes que yo no beso.

—Eso, cariño —la miró con tal intensidad que su corazón casi se olvidó de cómo se latía—, es algo que podremos solucionar más tarde. Una vez que nos hayamos quitado a estos de encima.

—¿Más tarde?

«¿A qué estás jugando?», pensó Noelia, olvidado por completo su miedo ante la inminencia del ataque gracias al coqueteo de Maran.

Pero la mujer no obtuvo respuesta. La IA debió de comunicarle algo al capitán, porque su cara pasó de la inmodesta seducción a la seriedad en unos instantes.

—Agárrate fuerte —alrededor de ella se materializó, fluyendo a toda velocidad al arroparla, una estructura de sujeción y amortiguación—. Ni la supresión de inercia de tu motor va a poder del todo con esto.

Y de repente el vacío se hizo en la boca de su estómago. Cayeron. En picado. Aumentando al máximo la aceleración. Su cuerpo fue empujado contra el gel que la recubría, hacia el ojo del vórtice al que la lancera se había acercado; como si la nave pretendiera hacer honor a su nombre y a su forma cilíndrica y estilizada, hundiéndose como una poderosa lanza en el seno de la tormenta. Llegaron casi hasta la superficie líquida del planeta. La lancera cambió con brusquedad su orientación, arrancando un grito de la garganta de Noelia, uniendo su potencia a la del aterrador fenómeno climático. Y salieron disparados fuera de Cerbero, a mucha mayor velocidad que las otras naves, las cuales, sorprendidas ante la inesperada y peligrosa maniobra de Maran, se quedaron inmóviles en la estratosfera de Cerbero, a donde habían entrado para cazarlos.

Pasaron unos segundos que se quedaron suspendidos sobre el acelerado corazón de la joven, tras los cuales confirmaron que todavía seguían vivos. Y el sistema de sujeción desapareció tan raudo como la había envuelto, dejándola temblorosa y

aturdida.

—¿Has dado la orden, no? —consiguió decir al fin.

—Solo eso, yo no sería capaz de haber pilotado algo así. Pero sí que he dado la orden; ya sabes, las leyes de la robótica contra hacer maniobras que arriesguen nuestras vidas...

Como Noelia parecía apenas tenerse en pie, Etzan pidió a la nave que hiciera fluir una butaca para ella, sobre la que más que sentarse se derrumbó. Y tras conseguir aclarar un poco sus ideas, continuó preguntando sus dudas al capitán:

—Las temperaturas de la termosfera, ¿no son del orden de unos 800° C?

—Sí.

—Y hemos pasado de bajo cero a semejante infierno en tan pocos segundos... Tu nave tiene unas protecciones fuera de lo normal. Algún día tienes que presentarme al dueño del astillero donde la han preparado así.

—Perdona, preciosa, pero ahora no puedo hablar. Las otras naves nos están siguiendo de un modo más convencional. Pronto saldrán de la atmósfera del gigante y necesito toda mi atención para supervisar a la IA. Te voy a permitir un acceso de observación.

El tono tenso del hombre hizo que Noelia se mordiera los labios. ¡Sería estúpida! Podrían haber salido ilesos de una maniobra extraordinaria, pero el peligro todavía no había pasado.

Cerró los ojos al igual que había hecho el mercenario y dejó que la red la situara en la vastedad del espacio, a través de su espira.

Cerberero quedaba a sus espaldas, una bola de franjas zigzagueantes que se iba empequeñeciendo a ojos vista. A la brutal aceleración a la que habían estado sometidos, la joven estudiante de ingeniería no dudaba que ya habían alcanzado un elevado porcentaje de la velocidad de la luz. Se dirigían hacia un cinturón de asteroides que orbitaba la estrella más allá del gigante gaseoso, un lugar perfecto para esconderse.

Noelia podía sentir la presencia del capitán a su alrededor, quien ordenaba las contramedidas que la IA estaba incapacitada para ejecutar sin ayuda. Una miríada de minas y señuelos, concebidos para despistar a los misiles de largo alcance, salieron desperdigándose. Mientras tanto, ellos cada vez se acercaban más al cinturón, buscando un escondite donde despistarlos.

Una de las minas consiguió evadir los sistemas de detección de una de las lanceras de Hades. En medio del silencio más absoluto, espantoso y escalofriante, una luz, tan fuerte que habría cegado los ojos de Noelia de haber estado de verdad mirándola directamente, rasgó la penumbra del sistema solar en el que se encontraban: una conjunción de blancos y rojos que iluminó por unos instantes todo el espacio cercano, así como la estructura de las otras tres naves, revelando con claridad su posición, más allá de la atmósfera del gigante. El navío reducido a sus partículas más elementales, seres humanos convertidos en átomos, vidas arrancadas

de la línea del tiempo en un instante, ni siquiera medible para el cuasi eterno sol de Cerbero. Un momento de trascendencia sacudió a Noelia. No eran nada en el cosmos infinito; ni con sus naves ni con su tecnología ni con toda su arrogancia. Querían ir a una estrella que llamaban fugaz porque su vida se contaba en pocos millones de años. Se sintió tranquila de repente. Quizá lo suyo fuera una locura presuntuosa y no importaba si lo conseguían o si iban a morir hoy. Pero ella estaba en paz consigo misma, hacía lo que le dictaba su corazón. Sí, ese que había estado tan aletargado en la Tierra, el mismo que parecía haber comenzado a vivir desde que se encontró con el mercenario. Y, pasara lo que pasase, ella estaba en paz con el universo.

Mientras las otras tres naves seguían avanzando hacia ellos, sus sensores temporalmente saturados por la explosión, el sistema de sujeción volvió a rodear a Noelia. Necesitaban un frenado demasiado brusco para entrar en el cinturón de asteroides, nada que ver con las suaves maniobras del carguero del capitán Wey, y Noelia sospechaba que, sin el avanzado sistema de supresión de inercia del nuevo motor, Maran no habría podido hacerlo con ella y su madre presentes, ya que ninguna de las dos estaba entrenada para soportar semejantes tensiones.

Un señuelo, que expulsaba las mismas partículas que emitía la nave, salió de esta en una trayectoria que lo llevaría más allá de los asteroides, hacia el espacio abierto, con una IA rudimentaria para guiarlo. A continuación, la lancera de Etzan se acercó a un asteroide que la quintuplicaba en tamaño y se ancló a él antes de apagar los motores. Con una masa tan baja, la gravedad del enorme pedazo de metal y roca era demasiado fácil de vencer como para arriesgarse a no sujetarse de un modo físico, aunque esto supusiera la pérdida de unas centésimas de segundo valiosas en el caso de que los encontraran.

En modo silencio, la nave parecía muerta. Al exterior no se transmitía ni el calor residual de su motor. Los sistemas vitales, que funcionaban desde un acumulador de energía, iluminaban la nave con tenues luces led de emergencia, creando un ambiente fantasmagórico que Noelia esperaba no fuera un vaticinio de lo que podría ocurrirles si los encontraban.

Maran se desconectó de la red y se acercó hacia ella. Los sistemas de sujeción ya se habían retirado y fluían veloces hacia el suelo de la sala de mandos. Su mirada, preocupada pero también luminosa por la excitación de vivir al límite, la estudiaba.

—¿Estás bien?

Su voz sonó cargada en matices contradictorios: las ganas tanto de protegerla entre sus brazos como de dar la vuelta y presentar batalla, una donde las mejoras de su motor podrían darle la victoria. Pero sería un combate demasiado desigual y no era solo su vida la que se estaría jugando.

Alargó la mano para rozarle la mejilla. Noelia la atrapó entre las suyas a medio camino y él enlazó sus dedos con los suaves femeninos. Etzan se sentó a su lado, compartiendo asiento. Su figura, una presencia poderosa entre las sombras que respiraba muy cerca de ella, en medio de la cámara semiesférica, vacía excepto por la

débil luminosidad de los leds y de las lejanas estrellas.

En la posición en la que estaban, el techo de la sala de control no apuntaba hacia el sol local del sistema, sino más bien hacia el espacio exterior, con sus tilileos medio ocultos por la nube de asteroides. Y ni rastro de las naves enemigas.

—Tranquilo. Estoy bien. ¿Y mi madre?

—Betsy dice que sigue durmiendo.

—¿Betsy? —frunció el ceño.

—La IA. Perdona, es la tensión —apretó con suavidad la palma femenina.

—Maran, no es el momento —le advirtió mientras observaba el parpadeo de las luces de emergencia, que hacían eco con los latidos de su corazón, alertados por la proximidad del peligro.

—Preciosa, tienes un claro problema de discernimiento —no soltó la mano femenina, pese a la intención de recuperarla de su dueña.

—¿Qué? —contestó confundida.

—Las escuelas de la Tierra no os enseñan más contacto que el que es por sexo. Quizá deberías ahondar en tu infancia, ver si tu madre alguna vez te apretó la mano para transmitirme calma.

Noelia arrugó más el ceño. Diría que Maran se iba de la cabeza... si no fuera porque tenía razón. Allí, enterrados, recordó esos y otros tantos gestos de su madre de cariño, cada vez más infrecuentes conforme ella iba cumpliendo años. Era curioso lo clara que se había vuelto su mente desde que no tomaba drogas.

—De acuerdo, Etzan. Tú ganas. Pero que no se te suba a la cabeza.

Esta vez consiguió soltar su mano, temerosa de prolongar el contacto, de evocar la electrizante y lánguida tortura con la que había soñado, esa que había culminado en un orgasmo increíble sin que él la hubiera tocado de verdad con su cuerpo. Había sido como ser arrollada por sensaciones desconocidas, que se aprovechaban de su estado de sopor para saltarse el control de su consciencia; un deseo que comenzaba suave y etéreo y se aceleraba más y más, como las reacciones nucleares de un motor una vez que ya no hay vuelta atrás. «De acuerdo», pensó excitada, «estoy perdida. A punto de ser desintegrada de modo literal y pensando tan solo en cómo sería estallar entre sus brazos».

—¿Yo gano?

Por el tono arrogante de sus palabras, estaba claro que había percibido las señales que el cuerpo femenino le enviaba; curvó sus labios en una sonrisa cargada de ego. Cómo estaba empezando a odiar Noelia a los hombres que eran conscientes de lo condenadamente buenos que estaban y que, encima, al rechazar el sexo no querían ponerle remedio.

—Solo en eso.

—¿Eso?

Se inclinó unos centímetros, los justos para quedar pegado a ella, para poder rodearla por completo con tan solo alargar los brazos. Algo que le resultaba cada vez



más necesario desde que entró en su camarote la otra noche.

—En lo del discernimiento —su respiración sonó agitada.

La penumbra ponía en el cuerpo y los rasgos del guerrero un toque de oscuridad, a la vez peligrosa y seductora. Como recordándole a la joven que era capaz de matar por protegerla.

—¿Es que no me ves bien? —se burló él, bajando el tono de su voz hasta que sonó ronca de un modo tan *sexy* que todas y cada una de las vértebras de la joven se estremecieron.

—Quizá si te acercaras más...

—¿Así? —su torso presionado contra el de ella, su aliento mercenario condensándose en los labios femeninos.

—Yo...

La cabeza le daba vueltas. Y debía de estar volviéndose loca, porque sentía que si esa boca no tomaba la suya, algo que hacía pocos días habría clasificado sin dudarlo de ridículo y anticuado, se iba a morir del anhelo.

Y entonces la voz de la IA resonó en la sala, en voz alta, arrancándolos de su ensoñación. Noelia no tuvo tiempo ni de extrañarse por el poco tacto de un pedazo de nanoelectrónica. ¿La IA siendo tan sensible como para no hablarle solo al capitán dado lo «delicado» de la situación? Porque el miedo volvió a instalarse de golpe en la boca de su estómago.

—Atención, las tres naves enemigas están entrando en el cinturón de asteroides. Una parece estar dañada por las radiaciones de la nave eliminada. Por ahora hacen caso omiso del señuelo. Nos están buscando.

Entonces, Noelia se dio cuenta también de que comenzaba a hacer frío. Su respiración se dispersaba en nubecillas blancas apenas vistas en los tenues *flashes* de luz intermitente. Y su piel, cubierta tan solo por una blusa fina y una falda corta, estaba comenzando a quejarse.

—Toma —Maran se quitó su cazadora de cuero y se la colocó sobre los hombros, retirando su cortina de liso pelo negro.

—Gracias. Eso ha sido muy... Muy... —no encontraba palabras ante un gesto tan inusual. Al final consiguió dar con la adecuada—: Muy galante.

—De nada —sus dedos acariciaron con levedad su nuca, en otro de esos mareantes toques fantasmales que tanto le estaban recordando a los de su fantasía—. ¿Ahora tú también te vas a unir al club de «hablemos como en los viejos sensoriales»? —le sonrió seductor.

—Quizá esos siglos pasados no estuvieran tan mal. Dime, capitán, ¿están muy cerca las naves?

Ella tiritaba envuelta en la cazadora que olía a Maran. Sin embargo, él no daba la más mínima muestra de notar el bajón de temperatura.

—Estamos dentro del alcance de sus sensores.

—¿Debería callarme?

Etzan enarcó una ceja; una de sus espesas cejas oscuras.

—¿Tú no eras ingeniero?

—Perdona, como si pudieran oírnos... Son los nervios. No estoy acostumbrada a estas situaciones donde mi vida pende de un puto sistema de camuflaje.

—Shhh, no pasa nada. Si no fuera porque necesito estar alerta, te diría que se me ocurren modos mejores de matar esta espera. Y al frío.

La joven sintió la alusión como un soplo de viento desértico que propagara un delicioso ardor por su cuerpo. Cubierto con su cazadora, inundado con su aroma masculino, a tan solo unos milímetros de Etzan. Y supo que no sería honrado seguir callando.

—Yo... debo decirte algo.

Maran estaba tan centrado en ella que parecía ser capaz de dibujarla con la mirada. Sus brazos, tan fuertes como Noelia se los había imaginado, la rodearon y estrecharon contra su pecho mientras su cabeza se inclinaba hacia su flequillo.

—Shhh... Pese a todo, la nave ha bajado la temperatura. Estamos demasiado cerca. No te preocupes. No dejaré que te pase nada.

El hálito mezclado con sus palabras hizo que sus cabellos jugaran con su frente, como delicados pétalos de rosas. Ella tenía ganas de cerrar los ojos y abrazarse a él hasta que todo pasara. Porque, en un combate estelar, ella no podía hacer nada; pero no pensaba, por más deliciosos que fueran sus brazos o cálido y fuerte su pecho, continuar con una mentira.

—Escúchame, Etzan: no es cierto que mi padre sea de Inteligencia.

—Shhhh, no te preocupes —esta vez sonaba también complacido de un modo divertido y satisfecho—, ya lo sabía.

—¿Cómo?

Ella hizo un amago de soltarse, pero esas manos que la IA había sabido mimetizar tan bien comenzaron a masajear sus hombros, de un modo hipnótico que parecía amenazar con colapsar su cordura.

—No soy tonto, preciosa, tan solo me encantó tu arrojo. Con aquel sintetizador. Además, cariño, seré un mercenario, pero no soy tan despiadado como para quedarme con el motor de dos pobres mujeres a cambio de nada. Aunque fuera un botín de guerra.

—Yo... —contestó emocionada, por primera vez en su vida fallándole las palabras—. Gracias, Maran.

—No me las des, preciosa.

Cesó la acariciante presión de sus manos, que se desplazaron poco a poco hasta su cabeza, donde sus labios depositaron un beso. Suave y caliente, viril y tierno al mismo tiempo. Ella dejó escapar un suspiro de alivio. Si salían vivos de esta, estaba dispuesta a dejarse amar al modo de Maran, habiendo comprendido por fin que su rechazo no había sido por ella, sino por su modo de entender el sexo. Y qué casualidad que parte de ello fuera a causa de un polvo programado: era demasiado

sospechoso. ¿Habría podido reprogramar Maran la unidad de sueño para que le ofreciera eso?

Etzan se separó un palmo de ella, tanto como el asiento en el que estaban le permitía. La obsequió con un brillo malicioso de su mirada, mientras cruzaba las piernas y su cuerpo adoptaba esa postura entre indolente y soberbia que a ella tanto la irritaba.

Lo cierto era que un beso fraternal no había sido lo que deseaba darle; pero tenía que mostrarle su mundo, de ahí el camino que había elegido recorrer o lo dolorido que se fue la otra noche del camarote de la joven, a la que todo su cuerpo le pedía hacerle el amor, penetrarla hasta volver a hacerla gritar extasiada.

—Se me ocurre un modo de que me compenses, preciosa.

Noelia casi se puso colorada.

—¿Sabes?, hay cerca de aquí un planetoide insignificante donde una chica como tú podría hacernos ganar mucho dinero.

—¡¿Qué?! —se indignó ella.

Él se echó a reír con una risa franca, vital y despreocupada; como si no estuviera pendiente del avance de las naves enemigas que la IA no hacía más que susurrar en su mente.

—¿Qué ocurre, guapa? ¿Temes que implique que te aten a la cama?

Noelia lo fulminó con la mirada. Atarla... Demasiadas referencias ya para ser casualidades. ¿Qué fue, reprogramación de la unidad, espionaje o él mismo? Decidió seguirle el juego, a ver si lograba enterarse.

—¿Por los brazos?

—¿Toda una ciudadana de Pekín y solo piensa en que le aten las extremidades superiores? —se burló él.

No parecía que así fuera a poder sonsacarle nada, aunque algo en el modo en el que la miraba la hacía sospechar, y mucho, que quizá hubiera hecho algo más que violar la privacidad de su fantasía. Y eso le resultó terriblemente erótico. *Hummmm*.

—En la Tierra el sexo es libre, no se compra. Y no nos gusta que nos aten —se hizo la ciudadana ofendida.

—¿De verdad que no te gusta? —la miró con malicia.

Con demasiada: parecía que hubiera sido él de verdad el que la hubiera acariciado. Nunca alguien se había tomado tantas molestias para ni siquiera tirársela. No sabía por qué, pero eso le resultaba terriblemente excitante y... *sexy*.

—Tranquila —continuó contándole—. Solo es una misión. Coger unos datos y salir. La recompensa es elevada, pero se necesita una chica con tu complexión física y tu entrenamiento.

—¿Guapa e ingeniera?

—Espía. Aunque no te negaré lo de arrebatadora —sus ojos brillaron con descaró—. Supongo que sabrás inutilizar armamento, piratear espiras y apretar el gatillo si se necesita, ¿no?

—Sí, pero no acabo de captarlo. Entonces, ¿tú tenías esto en mente al aceptar llevarnos?

—Cariño, creo haberte dicho ya que el ser tonto no se encuentra entre mis fabulosas cualidades —curvó sus labios en el inicio de su torturante y lenta sonrisa.

Y ella olvidó todo al darse cuenta de que la había estado utilizando desde el principio.

—Eres un altanero arrogante. Un bribón. Un mentiroso. ¡Un caradura!

—Quitando lo de altanero arrogante, ¿no te recuerdo a alguien, princesa? —le guiñó un ojo.

Noelia cerró la boca ante la réplica furiosa que tenía para sus labios presuntuosos. Lo cierto era que tenía razón. Ella también se había creído muy lista, engañando al *sexy* capitán de lancera.

El desafío de sus cuerpos, burlón el masculino y el ofendido de la joven, duró unos segundos. Después fue arrastrado por las dos risotadas que rompieron el silencio, como una marea arrolladora que llevaba demasiado tiempo contenida. Y ella solo podía pensar en lo increíble que estaba demostrando ser ese hombre; nada que ver con cualquier otro que hubiera conocido en Pekín.

No llevaban ni un minuto riéndose cuando unas naves se movieron sobre sus cabezas, pasando en su búsqueda muy cerca de ellos, con su imagen visible a través del casco de la lancera. Noelia se sobresaltó y exhaló un jadeo; se acercó de modo inconsciente al guerrero, que la abrazó protector sin apenas darse cuenta, con sus ojos cerrados y su mente perdida en la red. Los enemigos, veloces, aunque en realidad iban a una velocidad muy inferior a la de paseo, tardaron tan solo unos segundos en desaparecer de su vista. Pero el capitán siguió conectado unos minutos más.

—Etzan..., ¿se han ido? —le preguntó ella en cuanto los párpados masculinos se abrieron.

Noelia no pensaba reconocer el terror que había atenazado sus tripas ante la idea de morir, una idea que era algo más que una lejana expectativa desde que comenzó su viaje.

—Todavía pueden volver. Es una pena que no picaran con el señuelo. No es la primera pasada que dan por esta zona, pero sí la primera que tú eres capaz de ver.

—¿Y no me has dicho nada?

—No ganaba nada asustándote —se encogió de hombros.

—¿Todo este rato que yo estaba parlotando en realidad te estaba distraendo? —se horrorizó.

—Incluso ahora —le guiñó un ojo—. Pero no te preocupes, la IA y yo estamos muy bien sincronizados. Y recuerda que mi cerebro tiene implantes de piloto de guerra.

—No lo sabía. Son raros ahora que las inteligencias artificiales lo hacen casi todo.

—Pero, como espero estés comprobando, yo no me guío por los aburridos convenios de eficiencia de tu mundo —no solo no la había soltado al irse las naves,

sino que la estrechó aún más contra sí, mostrándole la deliciosa dureza de sus músculos tensos—. Además, tengo algo que enseñarte, ¿no? —le recordó con la voz enronquecida, su aliento acercándose peligrosamente a la temblorosa boca femenina—. Verás, preciosa, cuando yo beso, lo hago con el corazón. Para mí es como hacerle el amor a una mujer.

Noelia se había olvidado otra vez del peligro, fascinada, atrapada por el magnetismo que emanaba del capitán, deseosa de sentir esos labios en los propios, de dejar que el calor que emanaba de su aliento penetrara en su boca, de probar el tacto de su lengua, de saber si sus caricias húmedas se parecían a las de sus fantasías o el roce de sus dientes al momento en el que los sintió excitando su pezón en esa fantasía.

—Nada que ver con lo que una pastilla pueda ofrecer. —Estaba ya tan cerca que la cabeza le daba vueltas, embriagada con la calidez de su respiración.

Y la besó, uniendo sus labios con los de Noelia. Ofreciéndole el tacto suave pero algo áspero de una carne que se moldeaba a la suya, presionándola tentadora para que entreabriera la boca y le permitiera profundizar más la caricia. El inicio de su lengua hizo cosquillar la sensible piel de las comisuras femeninas, mientras sus dientes mordisqueaban en ligeros tirones sus labios jugosos. Un ronroneo pareció recorrer la garganta masculina, un sonido tan sordo que más bien fue una vibración, increíblemente sexy y provocativa. Noelia, audaz y poderosa de repente, empujó su lengua con la suya, la cual Maran capturó en una danza espiral cuya coreografía era gemela de la que sus manos estaban marcando en la espalda de la espía. Sus dedos estaban acariciando su columna vertebral, que parecía reverberar con su espira..., justo como en su fantasía. ¿Sería posible...? Se apretó contra él, sintiendo su erección, juzgando un tamaño acorde con el de la otra noche, el cual, pese a no probar nada, la hizo sentirse absurdamente feliz. Pues así se sentía, soñando que él se había personado de veras en su camarote y que ahora la deseaba más que a nada. Tras unos segundos de asombrosa compenetración, donde el cuerpo de Noelia estaba sensibilizado sin el más mínimo resquicio de duda, donde intentaba fundirse con esa excitante figura masculina, fuerte, viril, como una sólida ancla a la que aferrarse en medio de la mareante melodía cósmica de su aliento, él se separó. Renuente. Pero sabiendo que no era el momento.

—Otro día, preciosa, cuando no nos amenacen los separatistas. Pero quiero que sepas que esto no es más que el prelude de lo que te espera si sigues a mi lado. Créeme, la Supersex no es más que un mero sueño ante lo que yo puedo mostrarte.

—¿Sueño? —su respiración era todavía entrecortada, pero quería saber lo que su cuerpo le gritaba: que él la había llevado al orgasmo la otra noche—. ¿Fuiste tú, verdad?

—¿Fui yo? ¿A qué te refieres?

—¡Maldita sea, Maran! Sabes de sobra a qué me refiero.

—Te aseguro, Noelia, que estoy deseando que me lo expliques —enarcó una ceja,

desafiante.

Ella se lo quedó mirando. Ese hombre la había rechazado el otro día y ahora la acababa de besar. Cada vez tenía más claro que había sido él, pero no pensaba decírselo. Quizá si dejara de comportarse como un capullo engreído...

—Capitán, te he hecho una pregunta —le aclaró repentinamente seria—. Me parece que eso indica que eres tú el que debe hablar, no yo. Si quieres, te la repito: ¿fuiste tú?

—¿Acaso eso importa ahora, preciosa? Fuera yo o no, lo que deseo es que disfrutes cuando estés conmigo, sea hablando, huyendo de unas naves o abrazándome.

Etzan le obsequió con una sonrisa luminosa, orgullosa y esperanzadora, que casi logró disipar las dudas de la mujer, sin darle opción a sentirse enfadada. Estaba claro que sabía lo de su fantasía y ella pondría la mano en el fuego a que había sido real. Le devolvió la sonrisa, pues algo era cierto: con ese hombre estaba saboreando cada momento, incluso cuando era un arrogante insoportable. Resultaba extraño, pero no deseaba más que pasar tiempo a su lado, conocerlo mejor. No dejó de mirarlo, feliz, ni después de que este le indicara con un gesto que iba a volver a conectarse a la red.

Pasó más de media hora hasta que el capitán abrió los ojos. Noelia le pidió a la IA que agrandara el asiento para esperar de un modo más cómodo y sin molestar al mercenario con el recordatorio de su cuerpo, sabiendo que, cuantas menos interferencias sensoriales del mundo real, mejor para el guerrero. Y, más o menos, se oyó una llamada a la puerta al mismo tiempo que Maran le volvía a dirigir la palabra.

—Han desistido. Creen que nos hemos ido —la miraba dichoso y cargado de promesas.

Las luces internas de la nave volvieron a encenderse.

El alivio inundó a Noelia, dejándola exhausta en pleno bajón de adrenalina. Demasiadas emociones para un día, con su noche incluida; por más que ahora tuviera vía libre para explorar su extraña relación con el apuesto capitán, no era su primera prioridad en esos momentos.

—Pasa, Betsy —autorizó Maran.

La puerta se abrió y entró la androide, con sus peculiares andares torpes.

—¡Capitán!

La androide corrió hacia él, cruzando un pie por delante del otro de tal manera que Pengcheng estaba segura de que se iba a caer. Y una vez se hubo acercado, pareció que iba a echarle los brazos al cuello. «¿Un robot defectuoso, con una programación que simula sentimientos que ni en la Tierra nos enseñan?» se extrañó la joven, como cada vez que veía a Betsy redefinir lo absurdo. «¿A qué juegas, mi misterioso y sexy Maran?».

—Capitán... —repitió esta vez la robot con algo menos de entusiasmo, parada delante de Etzan con su inexpresivo rostro de polímero aleado que intentaba parecer humano, como una muñeca con los ojos demasiado abiertos que no acababa de captar

la vida.

—¿Sí, Betsy? —se levantó para estar a su altura.

—Me alegro mucho de que usted y su nueva chica estén a salvo, y de que su vínculo con la IA sea tan fuerte y le haya sido de utilidad en la maniobra de evasión.

Su expresión intentaba parecer inocente, pero Noelia estaba comenzando a pensar que, si no fuera de paranoicos, creería que esa androide era más de lo que aparentaba.

—Gracias, Betsy.

—¿Necesitan alguna bebida tranquilizante?

—¿Noelia? —se giró hacia ella.

—No, gracias, Maran. Solo necesito descansar un poco.

—Me temo que no va a ser posible, tenemos que hablar. Puedes irte, Betsy. Dile de mi parte a la IA que sin ella no habría sido posible lo del picado a Cerbero.

—Gracias.

¿Gracias? Noelia estaba cada vez más mosqueada. También por eso de la *nueva chica*. Ensimismada como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la robot había chocado con ella hasta que la tuvo encima, cuando ni siquiera estaba en su camino hacia la puerta... Y entre «oh, lo siiiieento» y «no entiendo cómo puedo ser tan torpe», la androide le dijo algo muy extraño, en voz muy baja, que sonó a: «La IA no espía tu mente». Y se fue. La joven se frotó las sienes. Esto era ya demasiado raro.

—Capitán, sea lo que sea puede esperar a mañana.

—Me temo que no, preciosa. Tienes que decirme si aceptas la misión para fijar el rumbo de una vez. No quiero permanecer aquí más tiempo del de la cuenta, podrían volver —apoyando sus manos en sus piernas, se agachó e inclinó hacia ella.

—¿Conseguimos repostar?

Debía de ser el cansancio, porque esta vez su corazón no se aceleró al ver al mercenario en una postura que tan claramente reflejaba su interés por ella, como si estuviera a punto de dejarse caer en su regazo a la mínima insinuación por su parte.

—Al 90%. Suficiente como para ir al planetoide y de allí al Templo.

—¿Y si te digo que no? ¿De vuelta al portal de hipersalto a la Tierra?

La miró fijamente, admirando el desafío de sus palabras aun cuando estaba claro su agotamiento.

—No. Os llevaría a Eta Carinae de todos modos. Esto sería un dinero adicional que nos repartiríamos al 50%.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Diez millones de yuans.

La joven silbó.

—Eso es mucho. Mis padres y yo podríamos empezar de cero. Quizá en Ambrosía.

Maran le sonrió y se inclinó más hacia ella, como pretendiendo robarle el aire, el cual volvía a ser caliente.

—¿Así que ahora te vas a venir a vivir a mi planeta? Eso sí que es tirarle los tejos a un hombre...

Aunque Noelia no conocía la expresión, su significado le quedó claro por el brillo burlón de su mirada.

—Por favor, Etzan, no estoy para juegos, no ahora. Tan solo es que creo que allí mi madre encajaría mejor, no es que yo no prefiriera volver a casa.

—En eso tienes razón, sobre todo si tu padre se cura —obvió la parte en la que Noelia añoraba su vida en Pekín.

—De «si», nada. Se curará.

—De acuerdo, pues. Si no, yo mismo asaltaré el Templo —se levantó y se ofreció, brioso y petulante.

—Maran... Al grano, por favor —la voz de Noelia sonaba muy cansada—. Te ayudo. No hay problema. ¿De qué se trata?

Maran debió de pedir a la nave una butaca, pues esta fluyó delante del asiento de Pengcheng y él se sentó frente a su nueva socia.

—Los datos que tienes que coger los lleva un mafiosillo en un cristal de memoria colgado del cuello, que no se quita ni para dormir. Los datos provienen de la ciudad alienígena, esa por cuya tecnología estamos en guerra. Es algo que encontraron los de Hades. Tus jefes de Inteligencia han puesto un alto precio a esos datos, sospechan que sean avances armamentísticos y, como comprenderás, no quieren que los desarrollen las manos equivocadas.

—¿Estamos hablando de quién?

—De Armand Bulea, un mafioso que comercia con armas. En teoría es neutral, pero no es ningún secreto que sus simpatías están con los separatistas. Si estos le han vendido el cristal, seguro que es a cambio de una jugosa exclusiva por las armas que con esa tecnología, una vez descifrada, fabrique. A Bulea no le importa el coste en vidas.

—No entiendo qué pinto yo en esto.

—Al traficante le va la marcha con chicas rubias de tu misma complejión. Las compra o rapta y nunca salen de una pieza.

—¿Qué?

—Es un sádico. Tiene algún tipo de degeneración sexual que sí que merece ser tratada por los psiquiátricos de tu planeta. —«Aunque yo lo fusilaría», pareció decir su mirada.

—¿No pretenderás venderme a él?

Maran se encogió de hombros. Le había parecido una buena idea al principio, aunque ahora, tras conocer mejor a Noelia, ya no le parecía tan sencillo eso de exponerla al peligro.

—No es fácil encontrar a una chica con tus conocimientos y físico. El pelo y el color de ojos son fáciles de cambiar, pero no el tipo.

—Ya. ¿Y cómo hago para evitar que me desmiembre?



El mercenario se estremeció ante la idea. Cada vez le hacía menos gracia lo de mandarla.

—Olvídalo. Os llevaré al Templo de todos modos.

—No, Etzan. Quiero ayudarte, tú lo haces por nosotras. Además, está lo de la generosa recompensa.

«Y menos mal que estoy medio dormida», pensó, «o comenzaría a sospechar que tu atractivo es también un factor importante».

—Gracias —comenzó a golpearse la barbilla con el índice—. Entonces, escucha.

Noelia se inclinó un poco hacia él, como para oír mejor.

—El mafiosillo regenta un burdel, donde escoge cada vez que le apetece. Deberás seducirlo —aumentó el golpeteo, molesto— y, una vez a solas en su habitación del prostíbulo, lo duermes con una aguja narcótica que esconderemos en las uñas de cerámica que llevarás.

—Deja de hacer eso —le sujetó los dedos—. No voy a tener problemas, es para lo que me han entrenado. Además, hace mucho que no me pinto las uñas como Dios manda.

La mujer acompañó a su última frase frívola con una sonrisa que pretendía transmitirle confianza y soltó su mano, reticente. Si no estuviera deseando irse a descansar a su camarote, juraría que eran las mismas manos que la habían atormentado. Dudaba que la unidad de sueño pudiera ser tan verídica como para recrear tan bien su tacto. Así que parecía que el muy bribón sí se había colado en su cuarto después de todo. Y a estas alturas del extraño cortejo al que se estaba viendo empujada, además de resultarle provocador, es que ya le daba igual.

—Bien. Como estamos hablando de un planetoide sin atmósfera, todas las habitaciones están compartimentadas, por si hubiera fugas. Y la de Bulea, la que usa cada vez que se va de juerga en el burdel, ha de tener al menos un traje de vacío. Así que te lo pones, provocas una fuga y sales al exterior. Inutilizas los sensores de las armas que recorren el perímetro y yo bajo a recogerte.

—¿Y no me detectarán?

—Solo tienes que tener cuidado con las patrullas. Que precisamente caminan por el cordón de espacio próximo a los edificios por el que caminarás tú, ya que no está vigilado. Es decir, sin sensores. Las armas y sus sistemas de detección apuntan hacia fuera. Ten en cuenta que se defienden de un posible ataque exterior, no de una espía capaz de infiltrarse dentro.

—Ya... ¿De cuántos edificios hablamos? ¿Tamaño?

—Seis. Semiesféricos. Conectados por pasillos cubiertos, pero no necesitarás moverte del burdel. En total no abarcan un área demasiado grande, tan solo unos veinte mil metros cuadrados. El que nos interesa, sin embargo, no tiene más de ochocientos y cerca de la mitad están empleados en el local donde se exponen las chicas.

Noelia no puso muy buena cara ante eso de «el local donde se exponen las

chicas». En la Tierra no había sitios de ese estilo. Puesto que el sexo era un intercambio libre entre ciudadanos, los prostíbulos no tenían sentido. Si bien había oído que en las lunas de Júpiter había algún garito ilegal de esas características. Lo cual solo podía significar una cosa: vejación. Porque eso sí que no lo daba ninguna mujer voluntariamente.

—¿Estás segura? —se preocupó Maran, malinterpretando su ceño fruncido.

—¿Con esos datos podrá la Federación hacer algo con ese sádico?

—Si demuestran, como estoy casi seguro, su alianza con los separatistas, da por hecho que se pudrirá en la cárcel.

—Entonces estoy más segura que nunca. Y ahora, explícame mejor eso de la fuga, de abrir la habitación del mafioso al vacío. ¿Cómo has pensado que voy a hacerlo?

—Improvisa con algo pesado. O piratea la claraboya de acceso al exterior. Están en la mayoría de las zonas de los edificios, hemos comprobado que hay una en ese cuarto.

La joven supuso que, tras dormir unas horas, empezaría a verle fallos al plan, pero por ahora le gustaba. Se quedaba con aquello de que cuanto más simple, mejor.

—¿Habéis comprobado? Pues sí que estáis tú y la IA detrás de este trabajo...

—Unas semanas, desde que salió la recompensa. Y créeme que no es solo por eso —le aclaró, serio.

Ella, desde su butaca enfrentada, le devolvió la mirada. Despejada. Desde que se había sacado el tema de las preferencias sexuales del traficante, su cansancio parecía haber pasado a modo de espera.

—No negaré que a ese «otro» aliciente también le tengo ganas. La guerra permite que prolifere gente que debería estar, como mínimo, encerrada. En fin, mercenario —cambió su tono de voz por uno más ligero—, ¿semanas y estabas patrullando en vez de buscar una pareja de baile?

—Me cansé de intentarlo, preciosa. Las que reunían un requisito, carecían del otro. Es difícil dar con una hembra de tus características —la miró apreciativo. Despacio. Recorriéndola desde los finos tobillos hasta los ojos turquesa.

—Etzan, me encantaría hablar sobre lo que tú conoces de mis características, sobre todo si es de primera mano —ronroneó—, pero es tarde y sé que necesito descansar; me voy a la cama. Aunque, ahora que lo recuerdo..., ¿qué era eso de «otra chica»? —su protesta inicial, informal, se tornó acerada al recordar las palabras de la androide.

—Betsy es una cotilla metepatas. Y debe creer que me hace un favor.

—¿No es como una parte capada de la IA? ¿Una copia parcial?

—Algo así —le sonrió ambiguo, intentando cambiar de tema.

—Maran, no te escapes. Habla.

No había nada como un tema interesante para hacer que su mente se mantuviera despierta, sobre todo si ese asunto tenía que ver con el pasado del mercenario.

—Hubo otra chica, hace tiempo, antes de gastar todos mis ahorros en comprar esta nave —dejó de mirarla a ella para girarse y observar la sala vacía en frente de él.

—¿Tu familia es rica?

—No, más bien hice algunos trabajillos extra cuando era soldado. Los más peligrosos, aquellos por los que la Federación daba una generosa paga adicional. Por suerte, yo era un buen piloto. De hecho, la IA de mi antigua nave se vino conmigo, la volcamos en el nuevo androide.

—¿La volcaste en Betsy?

—Perdona, estás agotada, habrás oído mal. En la lancera. —Volvió a girarse hacia Noelia.

—Ya —lo dudaba—. ¿No habría sido más sencillo no tocar la IA de tu nueva nave? Es más fácil adecuarla a tus implantes de piloto que cambiarla. Y te habrías ahorrado dinero.

El capitán se encogió de hombros.

—Nos compenetrábamos bien. Cuando una máquina te salva la vida en más de una ocasión, le acabas cogiendo cariño.

—Es su trabajo, ¿no? Obedecer órdenes y salvarte la vida.

—No todas las veces —le contestó de un modo tan... ¿solemne?, ¿profundo?, ¿emotivo?, que Pengcheng, aún no estando muy despierta, captó algo extraño.

—Ya —repitió.

Y volvió a dudarlo. Aunque sería otro día, con la mente más fresca, cuando montara las piezas del puzle que era Betsy.

—Esa mujer... fue parte de mi vida. Pero ya es agua pasada.

—¿Y si vuelve?

¿Era dolor lo que la joven veía en su rostro? Si lo era, curioso modo de desviar su atención de la androide. En todo caso, le entraron ganas de consolarlo de algún modo, pues nunca habría pensado que el duro guerrero fuera capaz de experimentar algo así. Si no estuviera en esos momentos luchando contra el sopor que cada vez la llamaba con más fuerza, se habría recriminado ante esa idea; pues dudaba que fuera consuelo lo que un hombre orgulloso como él pudiera aceptar.

—No te preocupes, para mí es historia.

Por su tono, no quería hablar más del tema; es más, ni siquiera deseaba haberlo tocado. Agradeciendo a Betsy su referencia, curiosa si consideraba que le había hablado de una mujer que no había conocido en persona (o en androide o como se dijera), Noelia se levantó.

—De acuerdo entonces, Maran. Hasta mañana.

—Descansa, preciosa. El planetoide se encuentra en un sistema cercano. Un pequeño salto local y ya estamos. Además, eso nos dejará dentro del rango máximo de mil años luz del salto final. El planetoide... Contando la preparación previa al hiperespacio y la deceleración posterior..., calculo que en unas veinte horas habremos llegado.

—Perfecto. Eh... Etzan, ¿tú no duermes?

—Enseguida. En cuanto aclare los detalles con la nave.

Noelia se retiró, rendida. Resuelta la conversación, todo el cansancio le había vuelto de golpe. Hasta el suelo parecía demasiado acogedor bajo sus pies y la tentaba a acurrucarse en él. Había temas *personales* que deseaba seguir tratando con el mercenario, pero tendrían que esperar.

Maran la observó como si le diera miedo no volver a verla, como si también a ella pudiera perderla. Y no pudo evitar cruzar los dedos deseando que Afrodita, como le gustaba llamarse, no estuviera con Armand Bulea. No aún. Una vez más, maldijo el día en el que la había conocido y se había dejado engañar por sus ojos cándidos y sus dulces palabras. Nada como una auténtica zorra para dejarlo a uno deseando no volver a enamorarse de una mujer en su vida.

Aunque no de Noelia, no de la joven de Pekín que parecía fuerte y vulnerable a la vez. Alguien capaz de acompañar a su madre en una peregrinación a las estrellas no podía ser capaz de traicionarlo o, al menos, en eso confiaba ilusionado. Otra vez más, ilusionado por una mujer. Como si volviera doce años atrás y tuviera de nuevo veinte. Irritado por el rumbo de sus pensamientos, llamó a Betsy. Tenía un par de cosillas, sobre la discreción, que aclarar con ella.



## FRAGATA DE LA FEDERACIÓN, ZONA OLIMPO, FINALES DE 2546

—Así que te ha gustado... —ronroneó Afrodita, con su boca ascendiendo desde la ya relajada zona púbica del teniente.

—¿Qué tal si soy yo el que ahora te inmoviliza a ti? —le guiñó un ojo.

—Hmmm, no. Por hoy ya he tenido bastante —le sonrió—. Una chica necesita descansar de vez en cuando.

Le dio un beso rápido en los labios y se pegó a su lado, desnuda, regalando a los ojos de Maran sus exuberantes curvas, jugueteando con sus dedos en el fuerte pecho masculino.

—¿Te gustaría vivir en Ambrosía? —le preguntó él de repente.

La joven se lo quedó mirando sorprendida, y tardó un par de segundos en reaccionar, en borrar la sorpresa de sus rasgos boquiabiertos. No era precisamente «eso» lo que había estado esperando.

—Me gustaría más que promovieras ese ascenso mío, amorcito. ¿No crees que es muy injusto que tú tuvieras dos de golpe tras lo del caza y yo todavía ninguno? —frunció sus labios en un mohín, para nada carente de sensualidad.

—Pero preciosa, si antes de mis ascensos apenas habíamos cruzado cuatro palabras... Aunque luego me confesaras que ya te habías fijado en mí.

—Da igual. Motivo de más. ¿No crees que te daría prestigio que tu chica fuera por lo menos, no sé..., sargento? Y ya iremos subiendo poco a poco, conforme tú lo vayas haciendo —le sonrió juguetona.

—Bueno, Afrodita, yo tenía otro tipo de vida en mente. Podría comprar una casa en Ambrosía, ¿sabes? Y tú y yo...

—Ah, no.

Ella se levantó y le dio la espalda para coger sus ropas del suelo, en el que las había dejado hacía unas horas. Sabía perfectamente que lo que el joven pretendía era proponerle matrimonio y una vida todo lo tranquila que esta podía ser en las colonias.

Y de eso, nada; ella no se había ligado al teniente para acabar trabajando en una granja o una fábrica. Sus ojos estaban puestos en la Tierra, como un alto mando del ejército. Era una pena que no pudiera conseguirlo acostándose con uno de ellos, ya que los de la Federación, en vez de sentirse ilusionados por sus falsas palabras de amor, la meterían en un psiquiátrico.

—¿No? Pero si aún no sabes lo que quiero proponerte...

Se levantó y la abrazó por detrás, acariciando su cintura y pegando su cabeza a los rubios rizos de la soldado.

—Amorcito... —ronroneó ella—. Ya hablaremos otro día. Piensa en lo que te he dicho. Ahora... tengo que irme.

Maran la soltó y se sentó en la cama, desnudo, contemplando cómo se vestía la mujer que le había robado el corazón con sus apasionadas palabras, su excitante cuerpo y sus gestos de amor.



## SISTEMA CERBERO, MISMO DÍA

Habían salido del cinturón de asteroides hacía apenas media hora y el capitán estaba pensando en retirarse él también a descansar, cuando sonó la alarma. Discreta. Tan solo en la cabeza de Maran.

—Nos atacan.

«Maldita sea», pensó el mercenario. «Debería haber sospechado que lo de irse no era más que un señuelo para hacernos salir. Nave, ¿localización? Nave, modo virtual».

Etzan cerró los ojos y se sumergió de inmediato en el cuerpo de la lancera, viendo con sus sensores, tomando el control de sus armas. De inmediato, ordenó el despliegue de señuelos para que los misiles no les impactaran, así como la activación de los sistemas de sujeción, y que se acelerara al máximo. Pero las otras naves venían lanzadas desde los asteroides. Los datos con los que la IA lo estaba bombardeando le indicaron que habían salido de detrás de las rocas. Por lo visto, habían simulado que desistían y se habían escondido. Era muy posible que lo que ellos interpretaron como las tres naves saliendo del sistema no fueran más que tres imitadores. Al mercenario le entraron ganas de autoinsultarse por haber sido tan idiota, por haberse recreado en la conversación con la joven y no haber sido tan receloso como de costumbre. La paranoia solía salvarle a uno la vida en estos casos. Pero de nada le servía ahora perder el tiempo en recriminaciones; respiró hondo y ordenó a sus implantes que le inyectaran los picobots que le permitirían pensar más rápido. No podría mantenerlos en su cerebro más de unos pocos minutos, así que tendría que ser suficiente. A continuación procedió a guiar a la lancera por un combate de disparos y evasiones, haciendo hincapié en los primeros, al ser los ataques lo único que cualquier IA no podía realizar sin ayuda humana debido a las leyes de la robótica. Consiguió darle a una de las naves enemigas. Ya solo quedaban dos. Pero lo estaban cercando, una desde cada lado, pegándosele cada vez más, fuera él hacia arriba o hacia abajo. Y pese a la ventaja de su motor, las naves enemigas habían entrado en el radio de acción

de sus sensores con una buena aceleración. Con lo cual, pese a que la lancera aumentaba más rápido su velocidad, no iba a conseguir colocarse a una distancia segura antes de que alguno de esos disparos acabara por dañarla.

Y entonces entró en juego una fragata de la Federación que había estado patrullando por la zona, la cual cogió por sorpresa a los separatistas y destruyó la nave de la izquierda. Maran, que no tenía muy claro quién les estaba ayudando, envió una señal de agradecimiento. Pero antes de que le llegara respuesta, el modo en el que la fragata se colocaba, para evitar la fuga del enemigo restante, le dijo lo que buscaba. Solo había un hombre capaz de pilotar así y de compenetrarse con él de esa manera, como si fueran dos chicos jugando a un juego que se sabían de memoria al haberlo ganado en muchas ocasiones. Cuando la última nave de Hades se desintegró en átomos, Etzan eliminó de su organismo los picobots y estableció una conexión directa.

—Muchas gracias, Rob —le dijo segundos antes de que su imagen tridimensional se formara frente a él.

—De nada, hermano. Me debes otra.

El capitán Escartín, de brazos cruzados y sonriendo jactancioso, apareció frente a Maran.

Se había cambiado el peinado. Su pelo rubio ahora era más largo, le llegaba a media mejilla. Por lo demás, quitando que lucía los galones de un capitán en vez de los de un teniente, parecía igual que siempre.

—Cuando quieras.

—Te veo bien, Etzan. No te sienta mal la vida de mercenario.

—Tú estabas mejor con el pelo corto. ¿Qué te ha pasado? ¿Es que las chicas todavía te persiguen e intentas taparte la cara para espantarlas?

Roberto se echó hacia un lado el cabello, dejándole ver la cicatriz que bordeaba el lateral de su ojo.

—La verdad es que no, me persiguen incluso más que antes. Será que les gustan los capitanes de fragata. Ni esto las espanta.

—Bonito recuerdo de guerra. ¿No la han podido reparar los bots?

—He preferido dejarla. El ojo sí; no quise perderlo. Pero esta marca en la cara me recuerda que no soy tan infalible como solía creer.

—¿Una larga historia? —se interesó Maran.

—Sí. Te la contaré algún día. Y ahora, debo darte las gracias.

—¿Tú a mí?

Maran cruzó sus brazos, escéptico. Conociendo a Rob, si no había cambiado demasiado, esto podía ser alguna de sus bromas. O, peor aún, un encargo de su madre. No sería la primera vez que intentaba que su mejor amigo lo hiciera volver.

—Los tres tripulantes que llevas. Iba a reunirme cerca de Cerbero con el capitán del mercante para escoltarlos, pero me llegaron noticias del ataque y de que tú los habías recogido. Te busqué. Pensaba que habrías ido a repostar en Gaea,



considerando los riesgos. Me dirigía hacia allí cuando oí lo de Eta Carinae. Lo de que está a puntito de caramelo. Y cambié el rumbo a Cerbero, mucho más directo. Por lo que veo, casi llego tarde. Detecté la explosión del motor nuclear de una nave y, luego, nada. Así que decidí patrullar alrededor del cinturón de asteroides, en la zona más cercana a la explosión, soltando sensores. Por suerte, uno de ellos me avisó de los disparos y conseguí llegar a tiempo.

Viendo que sus sospechas habían sido infundadas, Maran se relajó. Lo cierto era que, por más que él había intentado alejar a Rob de su vida por todos los medios, este siempre volvía con una de sus viejas sonrisas; aunque esta vez había hecho mucho más que intentar animarlo. Su voz se llenó de sinceridad cuando le habló:

—Gracias, hermano.

Se miraron fijamente, cada uno a la imagen tridimensional del otro, hasta que Roberto esbozó una sonrisa.

—Bueno, por lo menos esta vez recuerdas quiénes son tus amigos. No viniste a verme —le reprochó.

—No tenía mucho que decirte. No después de cómo te traté.

—Ya. Quizá te haga falta otro puñetazo. Aunque esta vez puedo dártelo en la mandíbula.

—Necesitaba espacio. Supongo que me equivoqué al no devolverte las llamadas.

Etzan esbozó una sonrisa triste, aunque también franca; estaba contento de volver a ver a Rob. A través del espacio que separaba sus naves, este lo miró pensativo.

—Pareces menos herido. ¿Qué ha pasado?

—La estudiante, la hija de la mujer que contrató al capitán del carguero. Ella ha pasado.

—Debe de ser muy especial —bromeó—. Es una pena que tenga que llevármela.

—De eso nada.

—Le prometí a Wuy que los escoltaría —le comentó con una despreocupación que Maran sabía que era falsa. Roberto era hombre de palabra.

—Y yo a Noelia —le contestó encogiéndose de hombros, con cierto desafío implícito en la ligera elevación de su barbilla.

Escartín puso cara de no saber de quién le estaba hablando.

—La chica —le aclaró Maran.

—Ahh... —exageró la sorpresa, burlón—. Hagamos una cosa: venid a mi nave y que ellas decidan.

—Ven mejor tú a la mía, no creo que la señora Torres desee dejar a su marido ni por unas horas.

—Hecho, pero primero salgamos de este sistema solar. No me gustaría que los de Hades hubieran mandado alguna hipercomunicación y tuviéramos que vérnoslas con más naves.

—¿Tú rechazando una pelea en inferioridad?

Le tocó ahora burlarse a Maran, mientras cambiaba el peso de la pierna sobre la

que se apoyaba.

—Ya no me creo infalible, ¿recuerdas? Más bien solo casi.

Roberto se echó a reír y apagó la transmisión.

«Bien», pensó Etzan. «Más me vale que la señora Torres no se entere de la oferta de Rob, o me veo sin mi jugosa recompensa. Y, desde luego, a la “chica” no se la lleva».

—Pero si yo te he visto antes...

Esas fueron las palabras de Noelia cuando Etzan le presentó al capitán Roberto Escartín, del ejército de la Federación. Maran la había despertado a través de la IA y pedido que acudiera a la sala de esparcimiento a ver a un amigo, sin decirle nada a su madre todavía.

—Lo dudo. Te recordaría —le contestó mirándola apreciativo.

«Señor...», pensó la joven. «¿Es que todos los de Olimpo son igual de puñeteramente arrogantes y atractivos?».

—Fue en un sensorial. Uno donde a ti y a Etzan os daban una medalla, junto con otro teniente.

—Lo sabía, nunca olvido una cara interesante. Un placer conocerte.

El mercenario carraspeó. Estaban los tres sentados, la postura corporal de los dos hombres indicando de manera clara su interés ante Noelia. En cuanto a la sala, reproducía la decoración propia de un garito de Ambrosía que ambos solían frecuentar en el pasado. Colorida y alegre.

—Me parece, hermano, que a la señorita Pengcheng no le gusta que la miren así —le comentó con falsa indiferencia.

—¿La señorita Pengcheng? No pensaba que te referirías a ella con tan poca familiaridad —le contestó Rob, irónico, sin dejar de comerse a la joven con la mirada.

—No solías ser tan agresivo con mis invitadas.

—Ni tú tener tanto gusto con las mujeres.

—¡Basta los dos! —se irritó Noelia—. Creía estar ante dos héroes de guerra, no ante dos niños bravucones. Pero si tenéis algún problema con las mujeres, que sepáis que yo no estoy disponible, no desde que Etzan me ha enseñado las costumbres locales.

—*Costumbres locales...* —esta vez sí que Roberto miró a su antiguo amigo.

—Ehh, bueno... —se quedó sin palabras.

«¿Es que esa joven no sabe lo que es la discreción?», pensó. «Claro que, considerando que viene de la Tierra, no. Allí no se caracterizan precisamente por ser comedidos».

—Por lo visto aquí se puede rechazar una Supersex —contestó socarrona.

Escartín se echó a reír, arqueando de modo ligero la cabeza hacia detrás en un

gesto muy parecido al de Maran. El cual, por cierto, estaba preguntándose de dónde sacaba Noelia tanto descaro.

—No te preocupes, bonita. Yo jamás cometería tal grosería.

—Bueno, es un alivio oírlo, empezaba a pensar que todos por aquí eran unos maleducados. Bromas aparte, ¿podéis dejar ya de comportaros como si no os hubierais visto en años y decirme qué sucede?

—Verás, Noelia, es que ese es el caso —le contestó Maran y comenzó a contarle lo del ataque.

Ella escuchó unos minutos, hasta que no pudo evitar intervenir.

—Etzan, ¿me estás diciendo que casi nos matan y tú ni me has avisado? —su voz fue peligrosamente suave.

—Fue por sorpresa. Bastante tenía con defenderme.

—Etzan...

—Tranquila, bonita, no te enfades con él. Su deber era protegeros, no avisaros para que no le dejarais actuar.

—Verás, Roberto, no soy ninguna mujer idiota y llorosa que pierda los nervios ante una situación de peligro. Y deja eso de «bonita». Bastante tengo con que él me esté llamando «preciosa» todo el rato.

Etzan sonrió complacido. Era muy posible que esta fuera la Noelia real, la de la Tierra; que la chica femenina y vulnerable que él conocía no fuera más que un reflejo de su estancia en el espacio. Desde luego, no le importaría nada llegar a conocer de un modo más profundo esta nueva faceta suya.

—E imagino por qué quería Maran que no despertara a mi madre —continuó aclarando—. Y en eso estoy con él. Lo siento, Roberto, pero no vamos a ir contigo.

—¿Y quién te dice que te vaya a dar opción? ¿O que me esté ofreciendo? —la obsequió con una sonrisa devastadora. Pero al lado de las de su mercenario..., como que no.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Tú ganas. ¿Te vienes? —sonrió insinuante.

—Hummm. No.

Maran no pudo evitar expulsar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta, aliviado.

—Lo siento, Roberto —continuó diciendo ella—, pero el mercenario y yo tenemos un trato. Comercial. Aunque no es que te importe, claro —le sonrió ambigua—. Y me voy con él. Si no os importa, prefiero que no comentemos nada a mi madre de esta visita. Ni lo del ataque, ya que estamos. No quiero que se preocupe por algo que ya ha pasado. Ni que te vea, capitán, como una alternativa a que yo no haga cierta misión. ¿No te importa, verdad? —le sonrió confiada y radiante.

El aludido se levantó de la butaca y se colocó frente a Maran, mirándolo desconfiado.

—Hermano, ¿estás seguro de que esta chica no es más que una estudiante de

ingeniería? Porque, conociendo tus misiones, apostarí­a mi otro ojo a que esa inocencia suya es del todo fingida.

—Me conoces bien —le contestó—. Wuy ya no está, pero yo sé que tu promesa de escoltarlas a Eta Carinae sanas y salvas sigue ahí. Así que si crees que esto va contra tu palabra dada frente a sus pasajeras, no podemos pedirte que guardes el secreto.

—Tienes suerte, Etzan. Sigo siendo un buen tipo. Además, si me necesitáis puedo cubriros en esa misión, sea la que sea.

—No hace falta. Muchas gracias.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, capitán.

Noelia se levantó y se despidió de él tendiéndole la mano. Su intención era dejarlos solos para que siguieran poniéndose al día. Roberto, en vez de estrecharla, se la besó. La joven miró a Etzan con una sorprendida ceja enarcada. «¿Más arcaísmos?», parecieron decir sus ojos. Por toda respuesta, este se encogió de hombros. Noelia no podía negar que el aguerrido soldado fuera muy atractivo y que tuviera gestos parecidos a los de su mercenario, los cuales la confundían; pero ni un lento beso en su mano despertaba en ella las sensaciones eléctricas que conseguía Maran con tan solo un roce de su aliento. ¡Claro que parecía como atontada cuando estaba a solas con él! Como que su sola presencia le hacía olvidar que tenía algo llamado personalidad entre ambas orejas. Ante Etzan ella se sentía embobada; dividida entre una admiración intelectual, un incitante deseo sexual y la facilidad con la que conseguían picarla sus palabras.

Tras recuperar su mano, se despidió de Maran con un cabeceo y salió de la sala. La IA abrió la puerta para ella sin que tuviera que decirle nada.

—¿Sabes, hermano? Si alguna vez cambias de opinión respecto a Noelia, avísame. A mí me perseguirán las mujeres, pero ninguna ni la mitad de interesante que tu ingeniera.

—Ni lo sueñes. Es mía aunque ella todavía no lo sepa. ¿Te apetece una copa? Tenemos que ponernos al día ahora que, después de tantos años, me veo capaz de volver a hablar contigo como antes.

—¿Te refieres a sin sentirte avergonzado por haberme dejado por una furcia rubia?

—Tocado.

—Que sea fuerte. Y doble. Y no cuenta como una de las que me debes. Por cierto —continuó diciéndole tras cruzar las piernas y recostar su espalda en el asiento—, os voy a seguir a esa misión, pues no puedes perder más tiempo repostando y no creo que te apetezca visitar una estrella a punto de hacer bum sin combustible de reserva para salir pitando.



## VELLOCINO, 2548

El Dafnes era un tugurio. Pero, eso sí, uno alegre y colorido.

Era uno de los primeros locales de ocio que se fundaron en Vellochino, segunda ciudad de Ambrosía, y todavía conservaba su estructura original, achaparrada y rectangular. Las paredes estaban decoradas con pinturas de vivos colores hechas a mano, que representaban el trabajo de la oleada más antigua de colonos. La barra, estrecha y alargada, estaba pegada al fondo y servía las mismas bebidas alcohólicas fuertes que destilaban en un sintetizador casero desde sus primeros días. Mejores facilidades de vida y ocio podrían haber llegado al planeta, pero el Dafnes seguía igual; tan solo habían mejorado sus accesos a la red, que desde hacía doscientos sesenta años envolvía a Ambrosía con éxito, incluso a sus zonas aún vírgenes.

Sus dueños, los hijos de los hijos de los hijos de los hijos... de los fundadores, no eran tontos. Lo mantenían sin apenas cambios porque era una de las tabernas más concurridas del planeta. Y sí, en Olimpo, a diferencia de la Tierra, había tabernas en vez de sofisticados cafés, pues allí los ciudadanos no buscaban un lugar donde alternar con los demás fuera de los sensoriales, sino un sitio donde poder tomarse unas bebidas y ser ellos mismos después del trabajo, el cual, aunque ya no era tan duro como antaño, todavía lo era más que en el civilizado Sistema Solar. Y sus gentes, menos superficiales, necesitaban un sitio donde relajarse y conversar a gusto.

Un hombre, vestido con pantalones, botas y cazadora de cuero, estaba sentado en la mesa más apartada, en una de las esquinas, apenas visible por la penumbra que reinaba en el rincón. La bola de luz del techo esparcía su claridad tan solo sobre la barra y en la zona central. Aunque no era que el dueño hubiera instalado mal la iluminación ya que, como su padre le había enseñado, la presencia de lugares oscuros hacía que el local fuera aún más frecuentado. Frente al hombre había una jarra de ortz casi vacía y entre sus dedos se consumía un cigarrillo.

—¿No te han dicho nunca que eso es un mal hábito? Anda, dame uno.

Maran miró brevemente al tipo que se le había acercado, vestido con ropas de

civil similares a las tuyas, solo que en negro. A continuación le alargó la cajetilla, un cilindro blanco con una abertura en uno de sus extremos. El teniente Escartín dejó en la mesa las dos jarras de ortz que llevaba, la cogió y activó. Un cigarrillo salió de ella, el cual se colocó en los labios y encendió acercándolo al orificio del paquete.

—Si no te gusta el olor, no fumes.

Etzan se refería al único efecto pernicioso que todavía tenía el tabaco, pues con los nanobots que había en el cuerpo de ambos, las sustancias nocivas se eliminaban en pocos minutos.

—Me ha costado mucho encontrarte, hermano. Podías haber contestado mis mensajes.

—¿Para qué? Ya me disculpé y te di las gracias. No tengo nada más que decirte.

El teniente giró una de las sillas para que el respaldo tocara la mesa y se sentó a horcajadas a su lado. Tomó un buen trago de su bebida y la dejó de modo descuidado, de tal modo que el líquido amarillo se salió y dibujó un cerco sobre la tabla.

—Bueno, Maran, ¿qué mujer tienes ahora que te dice que no soy una buena compañía?

—Ninguna. Más bien soy yo el que no lo es.

—Eso son tonterías. Deberías saberlo —lo observó serio.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí? ¿Mi madre?

—Déjala fuera de esto. Ella tan solo se preocupa por ti. Digamos que no es ningún secreto que has vuelto de una misión de meses. Y casi suicida. ¿Por lo menos te han pagado como para que mereciera la pena?

—¿Tú también te preocupas o has venido a burlarte de la escoria mercenaria que ahora soy? —le contestó mirándole ceñudo.

—¿Tú qué crees? Y los dos sabemos que no es el dinero lo que te mueve, por más que dones gran parte al planeta. Supéralo. Madura. Y dedícate a otra cosa.

—¿A vigilar a los robots recolectores de la granja? Creo que paso —afirmó cruzando los brazos en un gesto defensivo.

Sus padres poseían una de las haciendas agrícolas más grandes de Ambrosía. Dos de sus hermanas se dedicaban al negocio familiar, la otra estaba prometida a un fabricante de bots y trabajaba como periodista en el periódico de Olimpo.

—Con tu experiencia, estoy seguro de que no te costaría demasiado encontrar trabajo en la seguridad de Ambrosía.

—¿Y vigilar el buen estado de los sistemas de defensa o limitarme a decirles a las IA que aprieten el gatillo cuando vengan los de Hades? Demasiado fácil y seguro. Creo que paso.

—Bueno, hermano, parece que sí que necesitas tomarte un tiempo después de todo.

Vació su jarra en varios tragos y levantó la mano para que uno de los androides camareros le trajera otra. Mientras consumían sus cigarrillos, cada uno sumido en sus propios pensamientos, el aún teniente del ejército recordó unos tiempos cuando

todavía eran grandes amigos. Sus pensamientos se volvieron hacia el pasado con cierta nostalgia.

Estaban en ese mismo garito, dos años atrás, mes arriba o abajo. Junto con Li, el hijo de un próspero comerciante, y con Ateron, el último del grupo Nova, como les gustaba llamarse en referencia al entrenamiento al que solían ganar siempre cuando eran cadetes. Era uno de los pocos días que les iba a quedar de camaradería y no precisamente por la muerte de Ateron.

Estaban apostando sobre quién sería capaz de beber más jarras de ortz, justo después de conectarse a un virtual de disparo y no fallar ni un tiro, cuando la rubia entró.

La mujer, una soldado raso de diecinueve años, decía llamarse Afrodita. Pero Etzan, el teniente de la unidad donde estaba asignada, le había comentado a Rob que no era así, que su nombre no era ni la mitad de sugerente. Contoneando sus caderas, con la camisa reglamentaria más desabrochada de lo procedente, se acercó a los cuatro hombres para rodear a Maran por la cintura y plantarle un beso en la boca.

—¿De nuevo tu «amorcito»? —se burló Li una vez que la joven decidió dejar respirar a su compañero.

—Perdone, señor, pero no creo que sea de su incumbencia.

La rubia lo miraba irritada, tras contestarle escupiendo el «señor» con retintín. Los tres amigos pensaban que estaba claro que no cumplía con el mínimo respeto exigido a un superior. Ni con el uniforme. Pero de lo segundo nadie se iba a quejar en una taberna, y en cuanto a lo primero..., Etzan estaba tan cegado por los evidentes y generosos encantos de la soldado que no atendería a razones.

Tras recordarle a Maran que habían quedado para cenar, que no llegara tarde y, cómo no, dirigir unas miradas reprobatorias a las actitudes de sus amigos, ella se fue por donde había venido, levantando a su paso miradas de admiración de los clientes masculinos del local.

—De verdad, hermano, no sé qué le ves. Yo con un par de polvos ya me habría cansado de ella —le comentó Rob, despreocupado.

—Así nunca conseguirás esposa. Madura.

—¿Esposa? —se burló—. Soy muy joven para que me cacen.

Li y Ateron le dieron unas palmadas aprobadoras en la espalda.

—Pues yo se lo voy a pedir esta noche.

Roberto no pudo evitar escupir la bebida que llevaba en la boca.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Tú estás loco. Perdona que te lo diga, pero te está utilizando. ¿O no recuerdas que hace unos meses te pidió que hablaras en su favor para un ascenso?

—Es la mujer de mi vida. Punto.

—*Es la mujer de mi vida* —parodió Li con voz de falsete—. Suenas ridículo.

—Como sigáis así en vez de alegraros por mí, voy a empezar a pensar que

Afrodita tiene razón cuando me dice que tenéis envidia y queréis alejarme de ella.

—¿Envidia? —se carcajeó Ateron—. Pero si esa tipa solo sirve para tirársela unas cuantas veces: está vacía, es todo fachada.

Rob le dio un codazo. Y otro de prevención a Li, con su mirada seria de repente. Si no paraban, Etzan se iba a alejar de ellos.

—Tranquilo, hermano. Solo te pido que esperes un poco a pedírselo. ¿Qué tal después de nuestra próxima misión?

—Me parece que ya no me apetece seguir bebiendo.

El joven dejó su jarra contra la mesa y se fue, en medio de la preocupada mirada de Roberto y de las burlas de sus otros dos amigos.

El capitán Escartín volvió despacio al presente, superponiendo a su amigo de veintidós años con el que había sido a los veinte. No debería haber diferencias físicas, pero las veía: el golpe lo había cambiado, incluso le daba un ceño permanente que lo hacía envejecer varios años de golpe. Y su actitud... Había pasado de ser un joven héroe ascendido gracias a sus hazañas bélicas a un mercenario sin honor; de rebosar vitalidad a esconderla en una actitud cerrada y protectora, como si no fuera a permitir que nadie volviera a acercársele lo suficiente como para herirlo otra vez. Y él, que era su mejor amigo, estaba fuera. De manera especial. Lo más probable era que se debiera a que le hacía recordar la mala decisión de haber pedido un traslado para no verlos más; la vergüenza de haberlos dejado de lado por la rubia esa o de no haber estado allí para ayudar cuando Ateron murió; de pensar que podría haberlo cambiado, como así habría sido. Sin él sus lanceras no luchaban igual y Maran era el que cubría el flanco de la de Ateron. Por eso Li no quería volver a saber nada de Etzan. Y en cuanto a sí mismo..., Rob lo conocía de antes, de cuando eran niños; de hecho, entraron juntos como voluntarios en el servicio militar. No podía evitar seguir preocupado por él y esperar que, algún día, volviera a haber un sitio para un viejo amigo en su vida.

—Muy bien, hermano, ya sabes dónde encontrarme. No te entretendré más, espero que tengas suerte.

Roberto se levantó pasando la pierna sobre la silla, le dio una palmada en la espalda y se fue con su típico andar despreocupado. Otro gesto más que compartía con Maran, al que dejó taciturno en frente de su nueva e intacta jarra de ortz.







## SISTEMA NAO, A MIL CUATROCIENTOS AÑOS LUZ DE OLIMPO Y NOVECIENTOS OCHENTA DE ETA CARINAE, TRES DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAUE A LA ESTRELLA

—¿Noelia?

La aludida abrió los ojos, todavía atontada. María la estaba mirando, de pie al lado de su cama.

—Madre..., ¿qué hora es?

—Acabamos de salir de un pequeño salto local. El capitán me ha informado de que vamos a hacer una pequeña parada lucrativa. ¿Puedes explicarme de qué va esto?

—Uf, espera.

Se frotó la cara y se sentó en la cama. Su corto y amplio camisón se estrechó y alargó en torno a ella, para convertirse en un vestido más recatado.

—A esto lo llamo yo un asalto en toda regla —la joven ahogó un bostezo entre sus dedos—. Ni lavarme la cara...

—Noelia, por favor. Quiero saber qué está pasando. ¿Qué es eso de que vas a ir a robarle un cristal de datos a un traficante de armas y que os vais a repartir la recompensa?

—Ehhh... —¡Iba a matar a Maran!—. Pues eso.

—Jovencita...

Cuando hablaba tan bajito y tan seria, era aterradora. Aunque solo fuera porque raras veces lo hacía.

—Solo es eso, madre. No te preocupes, sabré hacerlo.

—¿Sabrás hacerlo? ¿Y con qué conocimientos exactamente? ¿O vas a pedirle por favor que te lo preste? —le preguntó en un tono tan cínico que su hija tragó saliva.

—No... Yo..., verás... Bueno, qué más da ya —su voz dejó de vacilar—. Guárdame el secreto: poco antes de empezar la universidad, los del Servicio de Inteligencia me reclutaron. Como durante mi estancia universitaria solo iba a casa los

fines de semana, fue sencillo ocultároslo. Órdenes del Gobierno —se encogió de hombros—, ya sabes.

Tenía que reconocer que se había quedado más tranquila. Lo de contárselo a su madre no había sido tan difícil como había imaginado.

María pareció necesitar una silla. Se sentó a su lado en la cama.

—No puedo reprocharte que me lo ocultaras. Pero no lo apruebo —sus labios se estiraron en una línea delgada.

—Es lo que hay. No te puedes negar.

—Lo sé.

—Entonces, ¿ya estás tranquila con lo del cristal?

—¿Tranquila? —contestó como si fuera a perder los nervios, levantándose de la cama con brusquedad para encararla—. ¿Bromeas, no? ¿Cómo voy a estar tranquila sabiendo que te vas a ir allí a jugarte la vida? Si necesitan camareras, que Maran coja a otra.

«¿Camareras?» se extrañó Noelia. «Bien por ti, Etzan», reflexionó una vez se hubo dado cuenta del plan edulcorado que tenía que venderle a su madre. «Por lo menos le has ahorrado lo peor, lo del prostíbulo y las torturas».

—Madre, no podemos negarnos. Me lo ha dejado claro: sin cristal no hay Eta Carinae —se sintió un poco mal al mentir así, dando esa imagen tan falsa de Etzan—. ¿Vas a renunciar a mi padre estando tan cerca del Templo? Y, además, ¿a dónde vamos a ir? ¿Al portal a esperar una nave que nos lleve a casa con el poco dinero que te queda? ¿Y una vez allí, qué? ¿A vivir de los servicios sociales?

Puede que sus clases de interpretación no hubieran surtido efecto con el mercenario, pero confiaba en que María fuera más sencilla de engañar.

—No negaré que todo ese dinero nos vendría muy bien para volver a empezar, pero no quiero perderte también a ti. Y no me esperaba esto del capitán.

Ahora sí que la joven se sentía culpable, pero no quería que su progenitora supiera que hacer o no la misión dependía de ellas.

—¡Madre! Basta ya de mostrar esta tendencia emotiva. Será Betsy, ese robot averiado, que es contagiosa —bufó—. En todo caso, no quiero que pienses que has perdido a mi padre. Vamos a curarlo. Ya va siendo hora de que yo haga algo por vosotros. Y si dices que hemos salido de un salto local, entonces estamos en un sistema estelar a unos cuatrocientos años luz del de Cerbero. Más o menos nos caía de camino al Templo. El planeta en cuestión orbita uno de los planetas gaseosos exteriores. Tú conéctate a uno de tus sensoriales o haz algo, pero ahora déjame, que he de asearme e ir a ver a Maran. No nos debe sobrar el tiempo. Y, por cierto..., el capitán es de lo más razonable, puesto que nos dará la mitad de las ganancias y no tendría por qué, podría quedárselas todas como pago por llevarnos a Eta Carinae. Así que no lo juzgues.

Se dio cuenta de que se había pasado justo después de hablarle así a su madre, pero no estaba para sutilezas. No ahora que ya habían salido del salto.

—Prométeme que tendrás cuidado —remarcó María y la cogió del brazo.

«Otro contacto», pensó irritada Noelia. «Anda que no hacía años... ¿Es que el espacio nos está volviendo a todos locos? Como esto siga así, voy a pedir que me den las drogas de mi unidad médica de Pekín».

—Lo tendré. ¿Me sueltas? —le contestó.

—Algún día me entenderás —le comentó.

La dejó ir. Quizá si su hija tuviera descendencia fuera de la Tierra pudiera ser capaz de comprender lo que se sentía al ver a tus vástagos en peligro. Si no, lo dudaba mucho, pues en la Tierra los padres ignoraban a sus hijos todo lo que les dejaba la ley, que era mucho. Cada vez la apenaba menos la idea de no poder volver a Pekín por haber salido en las TwN como una ciudadana que no estaba en su sano juicio. Si se establecían en las colonias y su hija encontraba a un hombre como el capitán Maran..., entonces...

Suspiró.

Sí, porque pese a que la obligara a hacer esa misión, seguía viéndolo como el tipo de hombre que deseaba para Noelia. Ella tenía razón, no debía juzgarlo. Al fin y al cabo, solo era una pequeña parada lucrativa.

Miró a su hija más calmada.

—De acuerdo. Por mi parte, ve tranquila.

Noelia la observó con el ceño fruncido, extrañada de que una mujer que era ingeniera se pudiera comportar de un modo tan raro e irracional.

Y, tras contemplarla unos segundos, se giró y se marchó, a lavarse la cara o adonde fuera, violenta por unos momentos demasiado emotivos para su gusto. Escenitas sentimentales con el apuesto mercenario..., pase. Pero, por Dios, no con su madre.

La nave comunicó al capitán, quien estaba concentrado en la sala de mandos, que la señora Torres deseaba pasar a hablar con él si no era mucha molestia. Este dio permiso a la IA y le pidió también un par de butacas para atender mejor a su invitada.

—Señora, siéntese, por favor —le indicó cortés en cuanto esta hubo entrado en la sala.

—Gracias, capitán.

Se acomodaron los dos, primero ella y luego él. La estancia, vacía excepto por los asientos, estaba iluminada por un par de esferas flotantes luminosas. Los paneles del techo se mostraban opacos.

—Dígame, María.

—Verá... —aunque estaba sentada en una postura que podía parecer relajada, Maran la notaba incómoda, supuso que por lo delicado de la situación—. He hablado con mi hija. Me ha contado lo del Servicio de Inteligencia. ¿Desde hace cuánto lo sabía usted?

—Bueno..., así que finalmente ha salido a la luz. Lo cierto es que desde el principio. Intentó engañarme con eso para que las llevara al Templo.

María se tomó unos segundos para analizar la información antes de, tras exhalar el aire con delicadeza, contestar abochornada al capitán:

—Ya... Discúlpela, es muy joven.

—No hay problema —le sonrió.

—¿Es muy peligroso?

No era que no se lo hubiera preguntado antes, pero ahora, con lo que acababa de conocer acerca de su hija, la pequeña parada «lucrativa» tomaba un cariz más preocupante.

—Solo tiene que disfrazarse de camarera y darle un cambiazo al colgante. Y yo estaré cerca, vigilando.

No le gustaba mentir, pero dudaba que su preocupación como madre le dejara ver la verdad sobre su hija. Porque, según las acreditaciones que le había mostrado su espiro, había alcanzado un nivel en las rigurosas pruebas y entrenamientos que solo lograban los más aptos. Y más aún considerando que su instructora era nada menos que Anne Lao, cuya fama de exigente había llegado incluso al ejército. Pues si no fuera así, él jamás le habría propuesto una misión tan arriesgada, pero lo de vigilarla era cierto. Si una vez se fuera con el traficante no volvía pronto, pensaba entrar a buscarla con cualquier excusa y no salir sin ella. Al menos, no vivo. Pero estaba seguro, casi del todo, de que no sería necesario. Las simulaciones que había realizado la IA con una espía de ese nivel eran muy satisfactorias. Contaban con el punto débil de Armand para entrar y con el del edificio para salir. Y había vidas de inocentes en juego si alguien no le quitaba lo que se convertiría en poderosas armas para atacar a los civiles de Néctar y Ambrosía.

—Bien, solo quería asegurarme. Dígame, ¿por qué me lo contó? ¿Por qué no esperar a que lo hiciera ella?

Lo miró de un modo tan fijo y frío que no encajaba con la imagen de la dulce mujer que le había dado hasta entonces.

Maran no pudo evitar tamborilear los dedos sobre el brazo de su butaca, de repente no demasiado cómodo.

—Bueno —le contestó—, lo cierto es que no tenía muy claro que ella fuera a hacerlo. Y me pareció que usted debería estar informada.

—Ya —respondió secamente, poniendo en una sola sílaba todo el desagrado que le producía la situación.

—Podemos no ir.

—¿Que podemos no ir? —lo miró extrañada.

Conque si no iban, no habría Templo... Pensó en tener una conversación seria con Noelia y, de inmediato, descartó la idea. Dejaría que su hija siguiera creyendo que su mentira había funcionado, pues lo cierto era que ese dinero no les vendría nada mal. Además, el capitán la acababa de tranquilizar un poco con respecto al

riesgo y, sobre todo, entendía que si no hubiera «disfrazado» la situación, ella misma habría insistido para que no fueran.

—Claro —fue él el que se sorprendió—, ¿creía que no?

—No, simplemente no lo había considerado. En todo caso, ella me ha sabido convencer bien. Juega usted peligroso, capitán. Espero que sea todo tan inofensivo como desea hacerme creer.

Interrumpió la protesta de Maran con un gesto y comenzó a levantarse.

—Escuche: en realidad, me viene bien su visita. Yo mismo planeaba ir a verla — la paró Maran.

—¿Ah, sí? —lo miró entre recelosa y curiosa.

Volvió a sentarse, cruzando esta vez las piernas.

—No quería decírselo antes por no crearle vanas esperanzas, pero mi nave cuenta con una inteligencia artificial bastante superior a la media; así como con tecnología punta que, en cierto modo, podría decirse que no es legal del todo.

—¿Y? —su cabeza estaba algo inclinada hacia Etzan, mostrando el interés que de repente despertaban en ella sus palabras.

—Cuando ustedes llegaron, sospeché que quizá pudiera adaptar la frecuencia de los sensores de la IA para leer las ondas cerebrales de su marido.

—Pero están ralentizadas. Está en criogenia.

—No se trata de despertarlo, sino de calentar unos grados tan solo su cerebro. Para que pueda comunicarse con usted a través de la red, en el escenario que usted misma desee.

María se levantó y dio un par de pasos por la habitación. Después se paró y miró al capitán a los ojos.

—¿Es eso cierto? ¿Puedo hablar con él? ¿Sin dañarlo? ¿Sin perturbar el estado congelado de su cuerpo?

El mercenario se levantó. No le parecía correcto seguir sentado.

—Sí, puede hacerlo. Hace apenas unas horas que la IA me ha informado de que está preparada para ello.

—Capitán...

La mujer, visiblemente emocionada, al parecer olvidado su enfado con Etzan por arriesgar la vida de su hija, se acercó a él y lo abrazó, llorosa. Este le dio unas confortantes palmadas en la espalda.

—No hace falta que me lo agradezca. Se lo merecen. Nadie peregrina al Templo hoy en día y menos por salvar a otro.

La mujer se separó y lo miró a los ojos.

—Sí que hace falta. Muchas gracias. Yo... espero poder corresponderle algún día. ¿Puedo ir ahora?

—Claro, llamaré a Betsy para que la guíe.

—Oh, no puedo. Qué egoísta soy —se dio cuenta contrariada—. No puedo dejar a mi hija sola.

—Estará bien, no se preocupe. Le prometo que si le ocurre algo, la avisaré.

Se miraron unos instantes, los justos para que la mujer leyera la sinceridad en su rostro.

—Gracias. Llame a Betsy, entonces.

—Esté tranquila. Yo cuidaré de su hija.

—Confío en ello. No me decepcione —su mirada mostró por un momento ese brillo de hielo que había tenido hacía apenas unos minutos—. ¿Puedo preguntarle si tiene un interés personal en Noelia?

El capitán la miró muy serio.

—Ande tranquila, jamás le haría daño.

—Le creo. Pese a la misión..., me parece que usted es una buena persona.

Antes de que Etzan, algo incómodo por una mujer que se parecía más a su propia madre de lo que aparentaba, pudiera responderle, Betsy apareció por la puerta. María se despidió del capitán y se dispuso a seguirla, mientras las butacas se reabsorbían en la lancera y Maran volvía a conectarse a la red a través de su espira. Le encantaría sentirse tan noble por lo de su marido como la mujer pensaba que era, pero lo cierto era que no la quería investigando en los noticieros acerca de Bulea. Si descubría sus peculiares costumbres sexuales, era muy probable que se negara a que su hija se jugase la vida. Antes de centrarse en los últimos detalles de la inminente misión, curioseó qué lugar le estaría pidiendo la madre a Betsy para reencontrarse con su esposo. Y no pudo evitar una sonrisa. Se trataba de uno de los océanos de la Tierra, por lo visto el lugar donde ella lo había visto por primera vez. No podía negarse que, pese a todo, la señora Torres era una romántica.



Se desata una nueva polémica sobre los carinaes. Los científicos han cambiado de opinión, ahora afirman que eran algo más que meras máquinas: inteligencias artificiales, en el sentido más amplio de la palabra, sensibles y sin limitaciones impuestas por las leyes de la robótica. Los científicos se respaldan en las impresionantes muestras recién halladas de su arte, en forma de esculturas y poesías; así como en la traducción de un texto datado hace más de dos mil años donde, en una guerra en su sistema local, mataban a ápsores del bando contrario sin órdenes expresas. Nuestros científicos siguen sin saber quiénes eran, si la evolución natural de los ápsores o una creación de estos, por qué se extinguieron o dónde están sus restos.

---

Los canales de la esfera planetaria se saturan con los miedos de la gente. «¿Qué pasará cuando los constructores vuelvan?». Los ciudadanos opinan que nadie se toma

la molestia de hacer laboratorios de análisis que almacenen sus descubrimientos si no se piensa en volver a recogerlos. La Iglesia de los Otros realiza una llamada a la calma y la oración, afirmando que esos temores son ridículos, ya que no hay nada que debamos desear más que la vuelta de los ángeles del Señor.



Nace la Iglesia de los Creadores y pide que sus feligreses se unan para rogar por la venida de los ápsores, que nos darán el secreto de la infinita longevidad. La Iglesia de la Humanidad, nuestra fe mayoritaria, tacha a los seguidores de la nueva iglesia de herejes. Como sostiene el Papa, «solo Dios nos puede dar la vida eterna».



Se confirma la enfermedad mental de Myrian Solís tras su muerte por suicidio en un descuido de sus cuidadores. «Se ha desgarrado la garganta con las tijeras de coser. No esperábamos esto. Hace más de un siglo que nadie se quita la vida. No pudimos hacer nada ante algo tan repentino», nos comenta el jefe de enfermería.



Los talleres de costura y otros talleres de terapia manual, tan beneficiosos en las instituciones psiquiátricas, quedan temporalmente cancelados a la espera de que los catedráticos de la Universidad Central de Psiquiatría se pronuncien al respecto.



## SISTEMA NAO, TRES DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAUE A ETA CARINAE

—¿Maran, estás aquí? ¿Puedo pasar?

Noelia se había aseado y vestido con los mismos vaqueros y blusa de fibra animada del día en que salió de la Tierra. A continuación fue a buscar al capitán, primero a la sala de esparcimiento y luego a la de control. Como no lo encontró optó por probar en su habitación, algo que no le apetecía demasiado, pues le recordaba a su humillación con la Supersex.

—¿Maran? —volvió a preguntar al no escuchar ninguna respuesta.

Ya iba a irse cuando la entrada se abrió para ella, dejando ver un camarote vacío con una puerta al fondo en la que no había reparado antes y que no estaba cerrada del todo. Supuso que el capitán le había pedido a la nave que la dejara pasar, así que entró en su dormitorio. «Muy recogido el hombre», pensó al notar que lo tenía programado para reabsorber todos los muebles cuando él no estaba dentro, pues lo único que quedaba eran los cuadros de su familia. La joven, algo nerviosa por lo que parecía una invasión de la intimidad del *sexy* mercenario (decididamente, algo afectada por el choque de culturas o por la carencia de drogas sí que estaba, sí), se acercó hasta la puerta. Y se le secó la boca de golpe al mirar por el hueco que dejaba, entreabierta.

Por lo visto, el capitán tenía un baño privado en su camarote, con ducha de verdad incluida. Nada de uno de esos higiénicos tubos de aseo que nebulizaban tu suciedad y tus malos olores, no... Una ducha en condiciones con un circuito cerrado de agua, como las de la Tierra. Y a través de su mampara translúcida podía ver la silueta masculina. Se percibía tan solo como una forma opaca, pero qué forma. Juraría que sus piernas eran tan fuertes como sus pantalones solían insinuar y que, algo más arriba, estaba muy, muy bien dotado. Se quedó unos minutos allí, como petrificada, observándolo. Al principio, extrañada por que él no reaccionara ante su presencia, pero olvidándolo por completo ante el espectáculo de Etzan enjabonándose. Se sintió



más espía que en todos sus puñeteros años en el campus de Inteligencia porque esto era distinto, algo tan íntimo que llevaba a su mente la palabra *voyeur*, con todas sus connotaciones prohibidas. En Pekín podías unirme a cualquier acto sexual que vieras o pasar de largo, pero nunca disfrutar de la intimidad de otros de modo escondido, algo que sería calificado de enfermizo. Aunque en esos momentos a Noelia le parecía tremendamente excitante considerarse como una espectadora silenciosa de Maran duchándose.

¡Y vaya si le parecía erótica la imagen de un hombre con semejante cuerpazo humedecido por las gotas de agua que desaparecían al tiempo que se frotaba!

Se mordisqueó embelesada el labio inferior. La saliva de su boca parecía haber huido de repente y el calor que se extendía por su cuerpo rivalizaba con la temperatura que, sin duda, había dentro de esa ducha. Pero no era ella, como en trance, la que hacía que escaseara el aire que llegaba a sus pulmones: eran los movimientos del mercenario, lentos y despreocupados, mientras repartía la espuma por sus brazos y pecho, dejando que el agua, además de limpiarlo, lo relajara. Si no fuera porque ya había sido rechazada una vez, nada le habría impedido a Noelia desnudarse y meterse dentro de esa cabina.

En algún momento se cerró el agua, haciendo que la joven ahogara un jadeo de decepción por el final del enardecedor espectáculo. Entonces, un brazo de músculos tan delineados que le hablaban no de entrenamiento marcial, sino de las posturas en las que podrían enlazar sus cuerpos con él manteniéndola elevada, salió de la mampara y cogió la toalla que allí estaba colgada. A continuación la joven pudo disfrutar de otra sesión a trasluz, donde las imágenes difusas y el sonido del algodón contra su piel le daban una buena idea de cómo arrastraba Maran la prenda por su cuerpo para secarse.

Esta vez sí se le escapó el gemido, aunque él no lo oyó.

Y entonces el mercenario salió de la ducha, con la toalla ajustada alrededor de las caderas. Sus marcados abdominales se perdían en la tela allí donde comenzaba el vello masculino. Nada más pisar su habitación se encontró con una joven que lo miraba con sonrisa lujuriosa y la respiración entrecortada.

—¿Qué haces aquí, Noelia? —se sobresaltó, adoptando enseguida una pose más jactanciosa al ver el efecto que su presencia causaba en la mujer.

—Tú me has dejado pasar. No conocía esta faceta tuya tan exhibicionista —sus palabras atravesaban densas su garganta, parecía estar relamiéndose al hablar.

—Yo no te he dejad... Espera, ¿la IA te ha abierto la puerta?

—Claro —ahora era ella la que lo contemplaba burlona—. ¿Pretendes hacerme creer que tu nave tiene ideas propias?

«Mi nave no», pensó para sí el capitán, «pero Betsy sí. Menuda respuesta a mi regañina; esto me pasa por alentar la personalidad tan peculiar de mi IA».

—No, tranquila. Ponte cómoda. —Se formaron unas butacas detrás de Noelia—. Enseguida me visto. ¿O prefieres ayudarme, preciosa?

Se acercó a ella, peligroso. La toalla desvelaba unos milímetros más de sus caderas, húmedas tras la ducha. Noelia, todavía de pie, contuvo su deseo de hundir los dedos bajo ese trozo de algodón sujeto de un modo tan precario y coger su miembro entre las manos, para ver si palpataba tanto como su propia vagina ante la idea de sentirlo dentro.

—¿A tu modo o al mío? —le contestó en cambio.

El aire parecía arder a su alrededor.

—Al mío. Es el único que incluye la palabra amor.

—Estás hablando de algo que en mi mundo es tabú. Y está muy mal visto.

En esos momentos, lo cierto era que le costaba pensar en su mundo o en cualquier otro. La maldita toalla colapsaba toda su atención.

—Pero ahora no estamos en el Sistema Solar, preciosa.

Cogió un mechón de sus lisos cabellos con los dedos y lo recorrió con suavidad, rozando apenas la curva de su mandíbula, en un tacto tan tenue que pareció etéreo.

—Vas a acabar por conseguir que desee que me enseñes lo que es eso, pero no creo que ahora sea el momento más adecuado. Aunque... quizá sí lo sea para un rapidito de los míos... —le sonrió como si ya estuviera saboreando el agua que todavía resbalaba sobre su piel, el ímpetu de sus embestidas contra sus caderas.

Noelia estaba deseando rendirse al cortejo de Etzan, dejarle que le enseñara las costumbres de su sociedad, desterrar todo lo que había aprendido hasta ese momento y abrir su mente al concepto del amor, sobre todo si este incluía sexo. Lo deseaba porque imaginaba que era el modo de poder sentirlo desnudo junto a ella. Aunque entre los densos vapores que parecían enturbiar su cabeza, creía recordar que había ido a ver al capitán porque quería saber cómo prepararse para la misión, además de ultimar detalles de su plan. Antes, después de haberse aseado y tras pensar durante un buen rato si cargarse a Maran por contarle lo de la misión a su madre, la IA le había informado de que tan solo quedaban unas tres horas hasta que aterrizaran. Y sospechaba que, para lo que Maran llevaba en mente, no tenían ni para empezar. Ni para empezar... No sabía si eso aún la fastidiaba más. ¡Joder!, ¿qué tenía ese tío en contra de un buen polvo con tres o cuatro orgasmos en tan solo unos minutos?

—¿Te parece? —volvió a ofrecer ella, seductora.

—Solo después de que pruebes mi modo —le contestó él, sugerente, acariciando la comisura de sus labios con los dedos, del mismo modo dulce y cosquilleante con el que lo había hecho en sus supuestos sueños.

—Además, preciosa —continuó diciéndole tras unos instantes de denso silencio, con sus yemas índice y corazón posadas en su boca—, ¿de veras crees que no has nacido del amor?

—¿Qué pretendes decir? —su voz fue poco más que un susurro.

Él se retiró, manteniendo tan solo el contacto de sus miradas.

—Voy a meterme en el baño a vestirme. Con la puerta cerrada esta vez. A no ser que te guste mirar —acabó con una sonrisa maliciosa.

Noelia casi se sonrojó. No estaba acostumbrada a tanta sutileza e insinuación. Ni a tanto cambio de humor. Ella era mucho más sencilla y directa. Y se estaba empezando a hartar de no poder tirárselo pese a que él parecía estar deseándolo. Claramente. Esa toalla no era capaz de ocultar la erección que había experimentado ante su ofrecimiento.

La puerta se cerró detrás de Maran, pero la joven no deseaba dar la conversación por zanjada. Y además, sin poder verlo ni en silueta, su cerebro recuperaba el control de su libido a marchas frustrantes y forzadas.

—Dime, ¿qué pretendías decir?

Se escuchó una respiración profunda. No parecía gustarle demasiado al mercenario hablar del tema mientras se cambiaba. Pasaron unos segundos antes de que le contestara:

—¿Llamarías a tu madre sociópata? Sé que no. Pero lo harían en Pekín, lo sabes, si descubrieran que su matrimonio fue por amor.

Esta vez la joven no se sintió ofendida ante lo que en conversaciones anteriores no habían sido más que ligeras sugerencias. Su concepto de lo socialmente correcto se había difuminado. En silencio, continuó escuchándolo.

—¿De veras piensas todavía que se casaron por razones prácticas? ¿Para que ella emigrase a la capital y él tuviera a un ingeniero que lo ayudara gratis en el astillero?

—Nunca me han dado motivos para sospechar lo contrario, Maran.

La respiración femenina ya casi era pausada. El mercenario había estado frente a ella hacía demasiado poco tiempo como para olvidar ese cuerpo, tan masculino y arrebatador; pero los temas que tocaban estaban moviendo sentimientos más profundos. Aunque esa figura perfecta hubiera estado hacía breves segundos ante ella, incluso medio desnuda y le hubiera demostrado que debajo del cuero estaba aún mejor, con su piel bronceada, húmeda, marcando los ángulos de sus músculos, capturando su mirada entre sus pectorales, su plano estómago y la tentadora y escurridiza toalla..., Noelia sacudió la cabeza, contrariada. Se obligó a borrar de su mente la imagen de semejante y puñetero ejemplar de hombre. Podría deseárselo hasta el delirio, la fuerza de su excitación aumentada por el nuevo juego que estaba resultando el cómo tirarse al mercenario que la había rechazado, algo impensable antes de conocerlo..., pero estaban hablando de palabras mayores. Y, además, la puerta cerrada era una buena ayuda. Solo tenía que evitar pensar qué prenda se estaría poniendo en esos momentos.

—Considerando lo radical de la sociedad de Pekín, dudo mucho que se fueran a besar incluso delante de ti.

—Yo nunca...

No acabó la frase. Puede que sí hubiera algo de condicionamiento en su educación. Puede que, después de todo, si su madre amara a su padre fuera necesario que lo hubieran ocultado incluso a ojos de su hija.

—Pues eso —concluyó Etzan al tiempo que salía del baño y se colocaba frente a

ella, mirándola muy interesado con sus impenetrables ojos castaños, como si lo que la joven hubiera deducido fuera de vital importancia para él.

—Pues eso —repitió Noelia—. ¿Y ahora, qué?

—Supongo que has venido para que ultimemos los detalles de la misión.

Noelia volvió a sacudir la cabeza, en un gesto involuntario, como para aclarársela y cambiar de tema.

—Sí. Y también para que me digas qué tipo de ropas le pido al sintetizador. Por cierto, ¿qué tal estoy de rubia?

No era muy propensa a cambiarse el color de pelo, pero eso no quitaba para que, al igual que todas las jóvenes de Pekín, tuviera una unidad de peluquería en su maleta, a la cual le había pedido un tono platino con un poco de volumen.

—Estás tan hermosa como siempre —le comentó divertido por su coquetería, un gesto que él siempre había considerado delicioso y femenino—. Aunque te prefiero morena, pega más con tus rasgos orientales. Y en cuanto a tu primera pregunta..., eso es fácil —le sonrió esta vez con cierta prepotencia—. Algo extremadamente corto y ajustado servirá, preciosa.

Su última palabra fue tan acariciante que la joven volvió a recordarlo recién salido de la ducha.

—Maran... —intentó en vano irritarse ella.

—De acuerdo. Pero es la verdad. Y en cuanto a tu manicura y su truquito, deja que te lo haga Betsy.

—¿Esa torpe? —se asombró desconcertada, olvidando esta vez de verdad el explosivo cuerpo del mercenario.

—Cuando quiere puede ser muy precisa. Como todos los robots.

—Aquí hay algo que no me cuentas.

La miró ingenuo.

—¿Yo?

—Para tu información, estás un poco feo cuando pones esa mueca de falsa inocencia, y ya que no me quieres contar ese pequeño secretito tuyo, cuéntame otro a cambio: ¿por qué te hiciste soldado? Me intriga mucho.

—¿Solo un poco feo? —enarcó una ceja y dio un paso hacia ella.

—¡Ya vale, Etzan! No es momento para juegos —se exasperó.

Él le sonrió muy despacio, con esa puñetera sonrisa *sexy* que parecía su sello personal. Pero no la engañaba, ya no: aún vestido había aprendido a leer en la expresión muscular de su postura y podía notar que seguía tan excitado como ella.

—De acuerdo —le contestó—. Vamos a la sala de control, donde ultimaremos los detalles de la misión. Te lo cuento de camino.

La joven siguió al capitán fuera de su habitación. Por la tensión de sus anchas espaldas, visible pese a sus andares arrogantes, pudo notar que no era un tema del que le agradase hablar. Y, pese a todo, lo hacía.

—Me enrolé en el ejército de la Federación para proteger a los míos —su voz era

seria y sonaba con ese punto de alejamiento que se tiene cuando se están removiendo recuerdos dolorosos.

Durante varios pasos no dijo nada más, como si le costara hilar la historia.

—Me gustaría poder decirte que no es que nadie de mi familia haya muerto por la guerra, pero no es así. Mi padre, cuando éramos niños, acabó herido de muerte por salvarnos de un soldado de Hades que parecía más interesado en cobrarse un botín de guerra que en la batalla en sí. Uno que decidió tomarse la juerza por su mano en la zona residencial de la ciudad. Éramos muy pequeños y mi madre, no queriendo sacarnos a la calle en medio de un ataque y además preocupada por no dejarnos solos, no lo llevó a un hospital. Y cuando llegó la ayuda, ya estaba más allá de la cura que tecnomédicos más especializados que el de nuestra casa le hubieran podido dar.

El joven dejó de hablar durante unos segundos; toda apostura eliminada de sus movimientos, transformada en impotencia y dolor.

—Me costó entender que mi padre se había muerto. Al principio lo vi como al héroe que había sido y en mi inocencia creía que era invencible. Pero, aún con todo, yo no tendría que haberme hecho soldado. Mi madre estuvo en contra desde el día en que le informé de que iba a alistarme voluntario. Yo era joven y con ganas de hacerme un hombre, en el sentido más puro y estúpido de la palabra. Y si ahora sigo haciéndolo ya no es por testosterona y por rendir un tributo a mi progenitor, uno que de nada le servirá a mi familia si muero. Es más bien porque me he dado cuenta de que puedo salvar vidas. Que, de algún modo, civiles como mis hermanas o mi madre siguen pudiendo cuidar a sus hijos gracias a mí. Y eso, preciosa, es marcar la diferencia.

El capitán parecía estar dando un rodeo, un paseo por la nave. Quizá así, en movimiento y sin mirarla, le costaba menos compartir su pasado.

—Hubo una mujer, un soldado raso que me cautivó con sus palabras de amor. Pero no volví a saber de ella después del juicio. Fui... acusado de permitir que me robaran un prototipo nuevo de arma cuerpo a cuerpo. Me juzgaron. Mis hermanas contrataron a unos detectives y gracias a ellos las pruebas contra mí no fueron concluyentes, pero pese a su investigación mi expediente se manchó.

El antiguo teniente se había detenido. Sus puños estaban apretados. Su estado anímico hacía unos minutos que ya no era de arrogante desafío, sino serio y triste; Noelia deseó poder reconfortarlo. Se preguntó si esa soldado era la mujer que había marcado su primera juventud, esa que lo había herido.

—Me explicaron amablemente que tenía que abandonar el ejército. Pero no quería dejar lo que se había convertido en un modo de ver la vida, casi en una filosofía.

Reanudó su marcha, relajando las manos.

—No pienses que me gusta cortejar a la muerte. Algún día, cuando me case, daré por cumplida mi faceta de soldado y me limitaré a buscar un trabajo como explorador, uno que me permita seguir viajando por el espacio. Pilotar... Eso sí que

me gusta.

Su voz adquirió un matiz soñador que pareció suavizar su tono muscular.

Soldado... Héroe. Eso era lo que lo habían llamado en aquella entrega de medallas. Y lo que Noelia supuso que era para los ciudadanos de Ambrosía, aunque era extraño oírlo hablar de su peligroso modo de vida sin ningún tipo de arrogancia, como quien constataba un hecho. Pero no había duda de que sabía que muchos lo consideraban un héroe. Y ella estaba segura de que se lo merecía. Se estremeció. ¿Cómo sería tener por unas noches el amor de un hombre así? Más le valía recordarle que se lo debía, antes de que encontrara a alguna ciudadana de Olimpo con la que casarse, a alguna mujercita sensible y tranquila que lo esperara en tierra mientras él surcaba el infinito con su nave. ¡Porque no pensaba quedarse sin su ración de sexo con Maran!

—Lo irónico de todo es, preciosa, que acabé de mercenario. Una profesión que todavía desprecio. Igual que aquella soldado que me jodió la vida.

Si la joven esperó alguna aclaración más, acabó decepcionada. Su paseo por la nave todavía duró unos minutos, hasta que llegaron a la sala de control, cuya puerta se abrió para ellos. El cambio en la postura de Etzan, de meditabunda a arrogante y decidida, le hizo saber a Noelia que el tiempo de las confidencias había pasado. Una pena. Por más que deseara enterarse de más detalles sobre la soldado y el juicio, era el momento de tomar las últimas decisiones y de arreglarse para bajar a tierra. Aunque esta no fuera más que un pedazo de roca sin atmósfera.

—Por cierto, Noelia, que no se me olvide: tu madre está en la red con tu padre.

—¿Qué? —le preguntó incrédula.

Este hombre sí que sabía cómo sorprender a una chica.

—Lo cierto es que le he mentado un poco. Le dije que acabábamos de lograrlo, pero en realidad el proceso de adaptación de la IA solo nos llevó unas horas.

—Maran, por favor, explícate, que no me estoy enterando de nada —le exigió parada de pie en medio de la sala, frente a él, con los brazos desafiantes y en jarras.

—Mi nave sabe cómo calibrar sus sensores para, elevando unos pocos grados la temperatura del cerebro de tu padre, poder leer sus ondas mentales y colocarlo en una simulación junto con la señora Torres. Además de enviarle de forma directa a la mente, sin pasar por su espiro, los pensamientos de tu madre. Para que puedan volver a verse.

Noelia casi se quedó sin palabras. Maran era a veces increíble por esa manera de comportarse tan generosa que tenía. Ella no había conocido nunca a nadie así.

—Eso es precioso, Etzan. Muchas gracias.

El capitán observó que, como su progenitora, la joven también había reaccionado emocionándose. Pensó que, después de todo, complacer a las mujeres de esa familia era mucho más sencillo que a las de la suya. Claro que ellas no le pedían que dejara su trabajo.

—Verás, me guardaba el as en la manga. No quería que tu madre estuviera

recorriendo nerviosa mi nave mientras tú estabas en el burdel. Ni tampoco que tú te distrajeras preguntándote preocupada cómo lo estaría pasando ella.

—No cuela, Maran. No eres ni tan duro ni tan materialista —le sonrió; sus brazos se relajaron en sus costados.

—Pero si es la verdad... —protestó, tan insolente y seductor como siempre.

—Gracias. No me importa el momento que hayas elegido para dárselo. Es un regalo precioso, sobre todo si no conseguimos llegar al Templo.

Le cogió la mano y la miró a los ojos.

—Lo conseguiremos. Y se curará.

Ella se la apretó y, sin saber muy bien qué hacer con las emociones que la recorrían, decidió cambiar de tema. Lo cual era mucho más práctico y seguro, tal y como le habían enseñado en el colegio.

—Bueno, tipo duro, dame todos los detalles que faltan de mi misión. ¿Qué tal si repasamos otra vez los planos del complejo?

Un par de horas después, mientras su sintetizador le fabricaba la ropa que iba a ponerse, se quitó su anillo favorito y se conectó a la red. Le encantaría llevárselo, por el látigo molecular que ocultaba dentro, pero seguro que lo detectarían. Suspiró contrariada. Comenzó a buscar datos sobre el juicio del antiguo teniente. No se enteró de que su vestido estaba listo hasta que no hubo asimilado toda la información.



## **SISTEMA NAO, COMPLEJO DE ARMAND BULEA, TRES DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

El planetoide, visto desde arriba, no era más que un pedazo de roca estéril con seis edificios semiesféricos en su ecuador (el prostíbulo, las oficinas, las viviendas, un laboratorio de investigación y dos almacenes de armas), además de un pequeño espaciopuerto para el traficante y sus principales clientes; todo ello rodeado por cañones de armamento de última generación que apuntaban al espacio y al perímetro exterior. «Encantador», pensó Noelia mientras lo observaba. «Sencillamente encantador».

La joven estaba acercándose junto a Maran al complejo desde un deslizador. La lancera permanecía en órbita. Para poder bajar sin que los sicarios de Bulea abrieran fuego, habían tenido que dar la razón que se habían preparado; pero por más que Pengcheng estuviera dispuesta a ello, no le agradó en absoluto el tono frío y jactancioso de la voz de Etzan cuando les dijo aquello de «vender a una chica para el señor Bulea». Pese a que el capitán le había avisado de que tendría que meterse en su papel, ella nunca había imaginado que ver a Maran comportándose como el mercenario que se suponía que era le fuese a doler tanto; ya que él podría trabajar por dinero, pero por lo demás nunca había dejado de comportarse como un hombre de honor. Aunque ya no lo fuera según la grabación del juicio a la que ella había conseguido acceder desde la red.

—Tranquila, preciosa, lo harás muy bien —el capitán le cogió y apretó la mano, malinterpretando el malestar femenino.

—Gracias.

La verdad era que el roce de su palma era bien recibido en esos momentos, cuando necesitaba volver a sentir al Etzan que ella admiraba. «Sí, te admiro», tuvo que admitir para sus adentros. Porque, a lo largo de la última semana, lo había conocido como jamás había llegado a entender a nadie, excepto a sus padres, y



sospechaba que sería fácil profundizar aún más en él. Tan solo tenía que seguir siendo ese guerrero poderoso, sexy (hummm, eso desde luego), vital y de convicciones profundas que se había abierto un camino en la coraza de superficialidad con la que Pekín la había educado. Sobre todo si volvía a pillarlo en una de esas miradas tiernas que tan extrañas eran a su época y que tanto la impactaban.

—No te preocupes. Esas armas parecen unas defensas muy terribles, pero recuerda que tanto sus cañones como sus sensores integrados apuntan hacia fuera, no hacia dentro.

—Gracias, Maran. Yo...

—¿Sí, preciosa? —su voz susurrante la acarició con los ecos que resonaban en el espacio sideral, como si le hubieran prestado su esencia de tanto navegar por ellos.

Noelia sonrió complacida. No había duda de que ese era su Etzan.

—¿Qué querías decirme? —le preguntó otra vez.

Ella sintió sus palabras como la brisa cálida que era la luz de las estrellas en su viaje a través del vacío.

—Nada... Tan solo que yo... te prefiero así.

—¿Así? —enarcó una ceja y tiró de su mano, atrayéndola hacia él.

Bajo sus pies, a través de la estructura del deslizador que se había tornado transparente para la joven, la roca del planetoide se iba haciendo cada vez más grande, de tal modo que parecían tan solo ellos dos flotando hacia tierra.

—Así, así..., no —sonrió Noelia—. Más bien me refería a que, cuando has simulado ser un hombre sin escrúpulos, me he sentido perdida y triste.

—¿Triste? —acercó sus caderas a las de ella, sus rostros separados por menos de un palmo—. ¿Es posible que estés comenzando a sentir al modo de las colonias?

—¿En tan solo unos días? Tampoco eres para tanto... —intentó quitarle seriedad al momento, sin darse cuenta de que estaba revelando sobre sí más de lo que ella sabía.

—De acuerdo, preciosa. Cuando sea para tanto, házmelo saber.

Noelia no pudo evitar que sus mejillas se sonrojaran. ¿Sería posible que acabara de admitir que sentía algo, lo que fuera, por el capitán? ¿Que su personalidad era tan poderosa como para eclipsar el modo en el que ella había vivido hasta hacía pocas semanas? Pero no pudo seguir indagando dentro de sí porque, con un suave movimiento, el deslizador se posó sobre el planetoide.

Maran se separó a regañadientes de Pengcheng, no sin antes robar una ligera caricia a sus mejillas. Con una sonrisa apesumbrada, le indicó que el tiempo del *show* había llegado. Se pusieron los trajes de vacío.

Y la roca sobre la que parecían flotar quedó oculta por la grisácea estructura de la base del deslizador, como cerrando la ventana que se había abierto entre sus corazones.

Algo interesante el dinero que se había gastado Maran en sus naves, tanto la lancera como los deslizadores y transportes... Noelia supuso que se debía a que le

encantaba que las estrellas fueran lo único que pudiese ver a su alrededor. Lo cierto era que ese tipo de transparencias, por su precio, solo se usaban en los yates de lujo. Eran una combinación de materiales que permitía a sus pasajeros mirar hacia fuera, pero que se mostraba opaca cuando se trataba de observar a los que estaban dentro. Un añadido para un crucero de placer..., pero no para un mercenario. Por ello Noelia no pudo dejar de confirmar esa impresión suya de que el capitán necesitaba sentirse parte de un algo mucho más grande, como lo era la eterna inmensidad del espacio. En todo caso, tampoco negaría que si ahora los dos bots soldado que los esperaban al otro lado de la rampa, esa que se había desplegado desde su deslizador, los hubieran visto abrazados, se habrían pensado que el mercenario estaba catando la mercancía, con lo cual era muy probable que ya no la quisieran. O, peor aún, se darían cuenta de que todo era un montaje.

—Señor Maran, acompáñenos —sonó la voz de uno de ellos, rasposa como si tuviera demasiado tensas las cuerdas vocales, nada más abrirse la puerta de la nave.

Tras echar un rápido vistazo a los rasgos metalizados e inexpresivos de los dos androides, el capitán sujetó a Noelia por el brazo con firmeza. De un pequeño tirón la colocó delante de él e indicó que comenzara a bajar. La joven lo hizo sin tener que tomarse la molestia de fingir aprensión, pues ya la sentía. Pero no por miedo, pues sabía que los robots no desplegarían sus armas mientras ellos no hicieran nada inusual. Y, además, durante sus entrenamientos había luchado contra unos cuantos de esos. No... Aprensión por el disfraz que parecía haberse vuelto a apoderar de su mercenario, a cubrir su atractiva irreverencia con una pátina helada, como si se hubiera expuesto a las gélidas temperaturas de los espacios intergalácticos.

Maran la guio por delante de él, con los dos robots precediéndolos, hasta el edificio de oficinas. Una vez allí entraron a una cámara de presurización a través de una esclusa. En cuanto accedieron a la atmósfera del complejo, se quitaron y guardaron sus trajes espaciales en un armario que había preparado para ello. A continuación se abrió la compuerta interior y se introdujeron en una amplia estancia. Los bots los guiaron a un elevador que los llevó hasta el cuarto piso. Desde allí, se dirigieron por un pasillo blanco de un par de metros de anchura hasta una de las oficinas. Por su tamaño y la austeridad de sus escasos muebles, era una de las pequeñas; se notaba que Etzan no era una visita muy lucrativa para Bulea. Sus escoltas les abrieron la puerta y se retiraron. Un hombre vestido con un traje verde bastante corriente estaba sentado en la única silla de la habitación, colocada detrás de un escritorio. Noelia hizo ademán de girarse para mirar interrogativa a Maran, pero este la disuadió dándole un leve empujón en los omoplatos. Después, la adelantó y tiró de su muñeca para llevarla al centro de la oficina.

El tipo de detrás de la mesa, uno de los asalariados del mafioso, levantó los ojos de sus papeles con una mueca de hastío. No parecía tener muchas ganas de ser interrumpido y, a juzgar por lo obeso de su constitución, tampoco debía de moverse mucho. Su expresión, sin embargo, cambió radicalmente en cuanto vio a la joven

rubia, apenas tapada con un ceñido vestido rojo de fibra inteligente, cuya opacidad fluctuaba a semitransparencia siguiendo el sinuoso aleteo de varios peces que lo recorrían. Y que dejaba claro que la prisionera no llevaba ropa interior...

—Vaya, vaya... —se le iluminó la mirada—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Otra captura fresca para el jefe?

—2000 yuans —le informó con tono seco el mercenario, mientras sus ojos lo miraban de modo desapasionado.

—Un poco caro por una putita... Mejor será que me asegure primero de que cumple los requisitos —comentó con un deje lascivo que consiguió que a Etzan le latiera una vena en el cuello.

Fue una pena que Pengcheng, detrás de él, no pudiera verla. Al menos le habría informado del esfuerzo que le costaba al capitán mantener su fría fachada.

El oficinista se levantó de la mesa y se acercó hacia Noelia, con intenciones demasiado claras para ella. Tanto que no tuvo muchos problemas en fingir un jadeo horrorizado, aunque solo fuera por lo feo y gordo que era aquel tipejo. ¿Es que sus padres no habían tenido dinero para la elección de rasgos? ¿O él para un readaptador metabólico?

—No —Maran paró su mano, apretándola amenazador—. No se manosea la mercancía. Y considerando la suerte que he tenido de toparme en mis incursiones con una como le gustan a Armand, más te vale no estropearla.

—Señor Bulea para usted —tragó saliva, vacilante.

—Puede, pero si no vuelves a tu mesa, te parto la mano. Primero, mi dinero.

Renuente, el asalariado del mafioso asintió. Maran lo soltó y este le pidió que le diera acceso a su cuenta. De manera silenciosa y en menos de un minuto, la transacción fue realizada a través de la red del complejo de Bulea, de espira a red y de red a bancos. Vía comunicaciones hiperlumínicas, con el paraíso fiscal del mafioso en Hades y con el banco de Etzan en Ambrosía. A la Federación, si era posible, todo el mundo prefería mantenerla fuera. Nadie que no fuera ciudadano del Sistema Solar era tan tonto como para permitir que su dinero estuviera controlado por los largos dedos de la Oficina de Impuestos y Tasas de Pekín. Y aún allí, en los planetas más exteriores, había quien desviaba lo que podía a Hades. A los contrabandistas de Plutón y Neptuno no les importaba el hecho de estar en guerra.

Una vez hubo finalizado el papeleo electrónico, el tipo se secó su frente, sudorosa, y se dirigió hacia el mercenario.

—Bien, realizado. Como es habitual, por cortesía del señor Bulea le invitamos a tomar una copa en nuestro local.

—Gracias —le contestó seco—. Y aún más por el dinero.

Maran curvó sus labios en una falsa sonrisa, la cual relajó algo al oficinista, ya que este reconoció la codicia, un comportamiento al que estaba más acostumbrado.

Y en cuanto a lo del «gracias», no era que a Maran le apeteciera dar un paseo por «la discoteca», como llamaban a la zona del burdel donde servían bebidas. Para nada.

Pero no consideraba adecuado negarse. Nadie lo hacía y no era cuestión de llamar la atención con un comportamiento fuera de lo habitual.

—Deje a la chica aquí mismo. Ahora voy a avisar para que vengan a llevársela.

—Muy bien. Pero recuerda: si estropeas lo que no es tuyo y se entera tu jefe... En fin, yo no apostaría por tu trabajo. —Se giró y comenzó a dirigirse hacia la puerta de la pequeña oficina—. Ah, por cierto —se paró unos segundos en el umbral—, no des por hecho que no conozco a Armand.

Y se fue.

Eso último era cierto; aunque el traficante no lo conocía a él, al menos no como algo más que un imbécil cabeza de turco. Pero dudaba mucho que el oficinista lo supiera. De todos modos, le daba igual que se enterara de su farol más adelante. Le bastaba con hacerlo dudar hasta que llegaran a recoger a Noelia, lo justo para que no osase tocarla, pues ella no podría defenderse, no si quería llegar hasta Bulea.

Mientras bajaba por el elevador se reprochó esos «imprevistos» de su plan que estarían dentro del trabajo de cualquier espía, pero que no podían pasarle a Noelia bajo ninguna circunstancia. Cómo se le podía haber ocurrido proponerle la misión... En todo caso, ahora tan solo le quedaba esperar que la fortuna les siguiera acompañando. También a él, pues esperaba no encontrarse a Afrodita en el bar del prostíbulo. Era lo último que deseaba. No tuvo suerte. Debería estar acostumbrado a que con ella era difícil tener buena estrella.

Ante la petición del oficinista, que después de irse Maran la miraba con recelo, como si fuese una serpiente que pudiera morderlo o algo así, llegó otro bot para llevársela. Y mientras la guiaba, táser bien visible en su funda, hacia el pasillo entubado de acceso a un edificio colindante, Noelia no pudo menos que pensar en la otra cara de Maran. «No, otra cara no», se obligó a matizar. «Él no es así. Esto no es más que un disfraz de mercenario que debe ponerse cada vez que lo necesita. Aunque... parece conocer muy bien el modo de entrar en sitios como este...». No lo deseaba, pero no pudo evitar pensar si no habría una parte fría dentro de él que se sentía a gusto siendo un hombre sin escrúpulos al límite de la ley. Sacudió la cabeza, provocando que el robot acercara, amenazante, el táser a su espalda.

—No es nada —le aclaró.

Como si su escolta necesitara algo diferente a que ella dejara de hacer movimientos bruscos...

El arma se escondió y continuaron su camino hacia una especie de minúscula celda que tenía un camastro y una pantalla de imágenes. Aunque no era su nueva «habitación» lo que daba vueltas una y otra vez en la cabeza de la joven, pues no era cierto que no le pasara nada. Ella era una estúpida que en vez de alegrarse de lo buen profesional que era su compañero en esta misión, se martirizaba pensando cuál era la fachada: si el mercenario con honor, pese a estar deshonorado, o el hombre calculador

y desapasionado que ahora le estaba mostrando. No lo deseaba, pero no podía evitar la sensación helada que la recorría al recordar al capitán comportándose como un vulgar cazarrecompensas; como si aquella sensación cálida que le había transmitido en la lancera, su sonrisa vital y burlona propia de un ciudadano de las colonias, el anhelo que veía a veces en sus ojos cuando la miraba, no fueran más que una broma cruel.



La empresa turística Ve España de la megalópolis de Barcelona ha aumentado su red de transportadores directos. Cuarenta urbes más se unen a las que ofrecen un paseo por las ruinas de la península Ibérica sin necesidad de pasar por la estación central de Pekín.



El representante de Hacienda declara que un 20% de la economía de la Federación es sumergida. 3% si las cifras se refieren tan solo a la Tierra. Pide al Gobierno que recrudezca su persecución a los contrabandistas de dinero, sobre todo a los de los planetas exteriores del Sistema Solar.



Se celebra la semana de la moda en Nueva York. Los transportadores se saturan con los cientos de miles de ciudadanos que invaden la megalópolis. Los diseñadores locales son los reyes indiscutibles del evento.



Se inaugura una nueva fábrica de campos de fuerza en Esfinge, el complejo industrial principal de Ambrosía. Esperan que las nuevas tecnologías, desarrolladas a partir de la ciudad carinae, les ayuden a desarrollar mayores defensas contra los ataques de los separatistas.



## SISTEMA NAO, BURDEL DE ARMAND BULEA, TRES DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE

La casa de citas donde el traficante cerraba los tratos comerciales más importantes, o al menos donde iniciaba las ventas, era un local espacioso con una barra en un extremo y una enorme plataforma en el centro, en la que algunas de las chicas realizaban números eróticos. Las demás se limitaban a fluir por la sala, dando conversación o lo que se terciara. Luces de colores rompían la penumbra con sus ocasionales destellos, delineando los cuerpos semidesnudos de las *strippers* de manera intermitente. Hologramas de formas difusas, que se asemejaban a parejas en pleno coito, flotaban cercanos al techo durante breves segundos, para desaparecer y ser sustituidos por otros nuevos. Un par de luces blancas iluminaban apenas la zona de copas, donde una mujer vestida con ropas de corte militar se apoyaba, altanera.

—Teniente Maran... ¿O debería decir exteniente? —Sus carnosos labios se curvaron en una sonrisa fatua e insolente—. Qué sorpresa...

—Afrodita... —cabeceó un saludo el aludido.

Estaba a varios metros de ella, esperando que su ex se diera por satisfecha con su reconocimiento y lo dejara tranquilo; mas con ella no podía tener suerte. La mujer ladeó vanidosa su larga y rizada cabellera rubia, esa en la que tantas veces había enredado sus dedos. Separó sus bien torneados brazos de la barra, los mismos que lo habían rodeado en demasiados raptos de pasión. Bajó sus pestañas, jactanciosa, hacia su esbelto y curvilíneo cuerpo, cubierto por los pantalones y camisa que llevaban todos los hombres de armas del mafioso. Solo que a ella le quedaban mucho mejor. Y sobre sus botas de suela gruesa, pese a la carencia de tacón, se las ingenió para balancear las caderas (las mismas que él había sujetado sudorosas entre sus manos) dirigiéndose hacia el mercenario. Se tomó su tiempo, disfrutando de la inescrutable expresión masculina, que ella estaba segura escondía una admiración hacia su perfecta figura. Sus ojos, grandes y verdes, lo miraron como un gato a punto de volver a zamparse a su ratón favorito.

Y lejos, en una habitación que más bien parecía una celda, donde habían encerrado temporalmente a Noelia, una pantalla le mostraba cómo esa pécora rubia se acercaba a Etzan. Un monitor panorámico que tan solo pretendía informarle de lo que se esperaba de ella cuando fuera llevada allí, con la música de la discoteca como único sonido, pero que estaba resultando demasiado instructivo.

—Cuánto tiempo —ronroneó la antigua soldado.

Se había sentado al lado de Maran y había cogido su copa para, seductora, posar sus labios en ella y humedecerlos con un ligero trago.

—Puedes quedártela. En realidad ya no tengo sed.

—Uuuuuh... ¿Todavía me guardas rencor, amorcito?

—No creo que sea apropiado que sigas llamándome así. A un «amorcito» no se le empluma un marrón que como mínimo le destruya la carrera militar. Ni se le utiliza para ascender.

—Vamos... —su voz melosa y el mohín de sus carnosos labios pretendían ablandarlo—, ¿no crees que nos debemos al menos una reconciliación? Todavía no he encontrado a nadie que haga el amor como tú. —Volvió a beber de su vaso.

—Entonces no deberías haberme dejado. ¿No crees?

—Amorcito..., te juro que pensaba asaltar la cárcel por ti.

En realidad, la única prisión de la Federación estaba en Marte y su uso era casi exclusivo de prisioneros de guerra, traidores o desertores en combate.

Afrodita, hinchando tanto su pecho al respirar que casi soltó un botón de su demasiado abierta camisa, se inclinó hacia él buscando su boca.

Noelia estaba que echaba chispas, tan irracional que había olvidado lo que había llegado a conocer del mercenario. Parecía que solo recordaba ya su fría imagen cuando la había vendido a Bulea. ¿Es que ese estúpido arrogante se dedicaba a cortejar a todo bicho viviente con dos tetas? Furiosa, invadida por una sensación de envidia que no había conocido hasta entonces, ya que a los únicos de Pekín que apreciaba eran sus padres, no veía más que el descarado coqueteo de esa mujer. Sus pensamientos crecían en espiral, curvándose en una línea ascendente que le susurraba colérica que como Maran se fuera con la rubia, esta se iba a enterar de qué le habían enseñado de verdad en Inteligencia. Nadie la excitaba como lo había hecho Etzan, y luego la rechazaba con estúpidas excusas de mostrarle otro modo de practicar el sexo para después tirarse a la primera hembra presumida que se encontrara. ¡Para eso ya estaba ella más que dispuesta! No, nadie; por más que la mujer en cuestión estuviera más buena que ella. En la Tierra, por lo menos, aunque repitieras con una, primero te acostabas con las dos. Antes de que la joven pudiera darse cuenta de que lo que estaba sintiendo eran celos, su puerta se abrió y un hombre uniformado la sacó de la habitación. Y justo entonces cayó en la cuenta de que, a lo mejor, el mercenario la había vendido de verdad y lo que estaba haciendo con la rubia era celebrarlo.

Mientras tanto, Etzan, maravillándose de cómo alguna vez había podido ser tan tonto como para creerse las palabras de Afrodita, la paró a medio camino colocando una mano firme en el hombro de la rubia.

—No. No quiero verte. No quiero hablar contigo. Y, desde luego, no quiero besarte; mucho menos acostarme contigo —la dureza de su voz se llenó de asco con solo pensarlo—. Ya no soy un joven ingenuo de veinte años, ya no me dejo seducir por vacuas promesas de amor, ya no dejo que una mujer complaciente me diga lo que he de hacer. Olvídalo, Afrodita. Y tienes suerte de que me hayan educado para no pegar a una mujer.

Ella se apartó y lo fulminó con la mirada.

—Maldito arrogante. Hice bien en cambiarte por Armand.

—Espero que el contrato fuera lo suficientemente lucrativo, porque fue mucho lo que rechazaste por él.

—¿Me amabas? —su voz se suavizó por unos instantes.

Maran luchó para no dejar salir el dolor, que por viejo no era menos real.

—Agua pasada. Ya no.

—¡Cretino arrogante!

La mano femenina se movió en una bofetada que arrancó sangre de la boca de Etzan. Y se fue. Su imperiosa melena rubia cruzó el aire entre los dos como si la mujer fuera la ofendida. Una vez ya no estuvo a la vista, el barman le tendió una nueva copa a Maran.

—A esta invita la casa. No sé qué le habrás hecho, pero me alegro. Es una zorra afectada y orgullosa, como si por ser la segunda de Bulea fuera más que los demás.

—Rechazarla. Solo eso.

El mercenario sacó un pañuelo, se limpió la sangre y se apretó el labio. Tenía varios dientes sueltos. En cuanto volviera a la nave iría a la unidad médica para arreglarlos. Aunque no le dolía la boca, sino el orgullo. El corazón, ya no. Hacía años que ya no. O por lo menos desde que había encontrado a una mujer capaz de volverlo a despertar, porque lo había guardado receloso después de que Afrodita lo hubiera utilizado y pisoteado para acceder a un buen trabajo en las filas del mafioso. Pensar que él incluso le había pedido matrimonio... En fin, mejor haber recibido su puñalada a tiempo. Lo más increíble era que ella pretendiera pasar una noche con él como si nada, como si no le hubiera tendido una trampa, como si no lo hubiera, además, dejado por otro. Se preguntó si todavía se acostaría con Bulea. Considerando que no era su tipo y que todavía estaba entera, lo dudaba mucho. Desde luego, esa rubia era una mujer increíble: le había dado una torta con sus músculos aumentados como si la ofendida fuera ella.



Noelia fue llevada a una especie de sala común, donde la dejaron con otras chicas. Una de ellas, la única que aparentaba más de cincuenta años, la examinó de arriba abajo, despectiva. La suya sería una sociedad donde la cosmética obraba maravillas sobre las arrugas y la piel, pero todavía se podía adivinar quién tenía la radiante belleza de las primeras décadas de vida. Después, le arrojó unas ropas a la cara y Pengcheng dejó que la golpearan, intencionadamente, pues no era cuestión de mostrar sus buenos reflejos.

—Yo no sé en qué piensan al mandarnos más mierdecillas como tú. En fin, para lo que vas a durar... Vístete y acude con las demás a la discoteca.

Discoteca... Curioso modo de llamarla, porque como no fuera por las luces, no se parecía a una en nada. En la Tierra ese tipo de locales eran ilegales. Pero claro, se obligó a recordar la joven, estaba muy lejos de casa. Además, intentaba que no se notara lo furiosa que se sentía por no ser capaz de decidir si Maran había estado jugando con ella, si ahora mismo no estaría acostándose con la rubia.

Mientras se quitaba su corto y ajustado vestido rojo para ponerse unas ropas aún más humillantes, la mujer no dejaba de mirarla con el ceño fruncido. Le entraban ganas de gritarle que tampoco estaba tan mal. Quizá sus pechos fueran más bien pequeños y sus caderas estrechas, pero lo compensaba con creces con su figura proporcionada y unas bonitas facciones. Claro que, considerando que las esclavas (porque eso era lo que eran, capturadas y vendidas) con un tipo similar al suyo eran las más jóvenes, dedujo que el mafioso no las dejaba en paz mucho tiempo. No le extrañaba que las demás se vanagloriaran de sus generosas curvas; por lo menos les garantizaban que iban a seguir viviendo al día siguiente. Por un momento le entraron ganas de pertenecer a ese grupo de chicas voluptuosas que se dedicaban a los hombres y clientes de Armand, en vez de al de las más delgadas, las destinadas a Bulea. Hasta que recordó que estaba allí para drogarlo.

Una vez se hubo vestido con esas absurdas tiras de cuero que apenas cubrían sus partes más íntimas, descalza, dio la espalda a la *madame* y se dirigió hacia las otras chicas.

—Espero que no seas tan idiota como el que te ha traído. Aunque para lo que tienes que servir... —sonó la voz de la cincuentona a sus espaldas.

No le gustó nada el tono con el que lo dijo. «Para lo que tenía que servir» era estar atada a una cama mientras la violaban y mutilaban. ¿Así era cómo esa mujer cerraba los ojos ante lo que ocurría? ¿Diciéndose que ellas eran unas mierdecillas que no merecían otra cosa? Qué ganas le entraban de partirle la sonrisita de suficiencia de un buen puñetazo y luego rescatar a las chicas. Pero era imposible. Para eso se necesitaría un pequeño ejército, considerando la vigilancia del planetoide, al menos hacia los ataques exteriores. Su plan de escape era factible para ella sola. No podía llevárselas consigo.

La *madame* malinterpretó la tensión de sus hombros y continuó atacándola.

—Sí, ese mercenario estúpido. Ese que era la pareja de la segunda del señor Bulea. Tan idiota como para dejarse cargar con el muerto de haber robado una tecnología bélica. Así que alégrate, desgraciada; por lo menos el que te ha capturado es aún más inútil que tú —esbozó una sonrisa desdeñosa—. ¿De dónde vienes? ¿De Néctar? Pareces demasiado poquita cosa hasta para ser de Ambrosía.

—De Néctar.

No era sabio decir que de la Tierra. Nadie viajaba por placer a las colonias estos días. Y... vaya, vaya..., esa rubia que había visto hablar con Etzan (y anda que no le habría encantado escuchar lo que se decían), ¿era su misteriosa pareja del pasado, la que lo había acusado en el juicio? Sus celos remitieron algo, lo justo para permitirle pensar con claridad. Después de todo, puede que Maran no hubiera llegado a besarla.

—¿Profesión?

—Mecánica de granjas.

—¿En serio? —se burló mientras se acercaba hacia ella—. No pareces tan lista.

—Solo mantenimiento básico. Autorizar reparaciones y esas cosas.

—Ya —la pellizcó en la mejilla con crueldad, hasta que le arrancó un grito ahogado de dolor—. Ya decía yo. Poca cosa. Va a disfrutar contigo.

«Y yo contigo como te pille a solas, zorra», pensó con rabia Noelia, mientras sus rasgos expresaban un miedo que no sentía. «Mi grito era fingido, pero te aseguro que los tuyos no lo serán».

La odiosa mujer, perdido su interés en ella, se dedicó a supervisar a las demás chicas. Después las acompañó a «la discoteca».

En cuanto cruzó la esclusa de salida del edificio del prostíbulo, Maran encaminó sus pasos hacia el deslizador. Su traje de vacío le resultaba reconfortante, ya que en realidad era el de combate. Como dato curioso, era el mismo que había usado cuando era un oficial de la Federación; al igual que la IA de su antigua nave, se lo habían dejado llevar. Él supuso que formaba parte de los «remordimientos» de sus superiores por quitarlo del servicio, siendo que en el juicio no se había probado nada. Por supuesto, le pareció perfecto, ya que los trajes de combate del ejército eran los mejores del mercado.

Un par de guardias le dejaron cruzar el perímetro erizado de armas, los cuales le despidieron con un seco saludo. Siguió avanzando. El horizonte final del planetoide se dibujaba ante él, perdiéndose en la inmensidad del espacio, dándole una vista de las que le gustaba tanto disfrutar. No tenía que andar demasiado, su vehículo se encontraba a unos doscientos metros. Como estaba un poco preocupado por Noelia, se obligó a relajarse. Sabía que lo haría bien, que no tendría ningún problema. Y si lo hubiera, para eso estaba él, para rescatarla. Centró su mirada en las estrellas, deseando volver pronto a ellas con la mujer que amaba entre sus brazos. Sonrió. Y

justo en ese momento su traje le avisó del movimiento.

Se recriminó por haber sido tan descuidado.

El suelo a sus espaldas se levantó. Unas placas metálicas cubiertas de la piedra del suelo se elevaron de manera súbita, impulsadas por un mecanismo de apertura hidráulico, y dejaron salir a los robots de combate que ocultaban. Maran no llevaba más armas que los láseres básicos que incorporaba el traje en sus antebrazos. Con una orden mental se inyectó los nanobots que lo ayudarían en el combate, al tiempo que se giraba para encarar a sus enemigos. No malgastó ni un segundo en preguntarse por qué le habían tendido una emboscada.

Eran cinco bots de tipo tanque, una especie de cubos del tamaño de un perro grande, con seis patas articuladas para desplazarse y un montón de brazos armados. La IA que los movía estaba bien guardada tras todas las capas de blindaje del cuerpo. Maran sabía que tenía que ir a por los sensores, inutilizarlos uno a uno, lo cual no iba a ser fácil porque estaban duplicados en cada apéndice del tanque. Así que hizo lo que le pareció más razonable: esquivar el fuego enemigo que comenzaba a dirigirse a por él desde múltiples direcciones, y ponerse en contacto con su nave.

—Betsy, escucha: me están atacando. Retira el deslizador de vuelta a la lancera y quédate allí, en órbita, mientras no te ataquen. Tus prioridades son ahora recoger a Noelia cuando acabe su misión. Olvídate de mí y ayúdala a ella.

—Capitán, no me parec...

—No —la interrumpió mientras seguía, con su velocidad y sentidos aumentados, esquivando como podía—. Te he dado una orden. Obedécela.

El mercenario cortó la comunicación y se centró únicamente en sus enemigos. Comenzó a dispararles él también. Se preguntó si lo alcanzarían antes o después de que su cerebro no pudiera seguir procesando el tiempo aumentado. Fue antes. Los escudos de su traje se saturaron, dejaron de poder absorber los láseres de los robots, y cayeron. Entonces, los tanques dejaron de disparar y comenzaron a avanzar hacia él, con la innatural rapidez que les daban sus tres pares de patas. Etzan comprobó que Betsy todavía no había retirado el deslizador. Tendría que haber matizado que lo hiciera ya. No pensaba huir. Si lo hacía, irían a por la lancera y él quería que siguiera estando allí para cuando Noelia la necesitara. No creía que sospecharan que ella era una espía. No... Considerando que Afrodita se había tomado la molestia de ir a verlo en persona, tenía la sospecha de que este ataque (que por lo visto no pretendía matarlo, sino capturarlo) era algo más personal. Mientras seguía luchando, deseó que fuera así.

Con todos sus disparos no había conseguido saturar ni el escudo de uno de los tanques, así que, viendo lo inútil de seguir apuntado a sus sensores, cambió de táctica y usó su fuerza aumentada para destrozar los brazos que pretendían agarrarlo, uno a uno, mientras evitaba como podía los demás. Pero sus esfuerzos no le sirvieron de mucho: en breves segundos fue hecho prisionero. A sus pies daban sus últimos coletazos varios apéndices arrancados, con los cables colgando. Los robots le

colocaron un campo de fuerza que lo inmovilizaba por completo y uno de ellos lo agarró y levantó del suelo. A continuación, emprendieron el camino de vuelta hacia el complejo.

Lo primero que notó Pengcheng al entrar fue el tufo a drogas de liar. Un hábito erradicado hacía siglos en la Federación, pero claro, allí tampoco había antros de mala muerte como ese. Lo segundo, el comercio sexual de las jóvenes, que interpretaban su papel de pedazos de carne con demasiado entusiasmo. Por la sonrisa malévola que le dirigió la *madame*, supuso que si no lo hacían eran castigadas. Sin saber muy bien cómo actuar, se acercó a dos chicas que estaban en la barra, apoyadas en poses vulgares y provocativas. Mejor a ellas que a las que se contoneaban desinhibidas e incitantes contra las barras de *striptease*.

—Hola, soy Noelia. ¿Se puede tomar algo aquí? —se presentó fingiéndose insegura.

—No si no te invitan, guapa. ¿Eres nueva, no?

—Sí.

—Yo te recomendaría que intentes alejarte de la visión del señor Bulea cuando venga. Le gustan las de tu tipo, pero te puedo asegurar que es mejor soportar los golpes de Rianna —miró con disimulo hacia la encargada— que las atenciones del jefe.

—Tranquila. Algo he oído.

La chica, una pelirroja escultural, la miró curiosa.

—Entonces te deseo suerte.

—Oye, ¿no sabréis quién es esa mujer rubia que estaba antes aquí? Una con uniforme militar —les preguntó como si la cosa no fuera con ella, mientras se apoyaba de modo descuidado contra la barra.

—¿Afrodita? —intervino la otra, una morena algo bajita que parecía una muñeca.

Llevaba unas ropas similares a las de su compañera: un vestido ceñido y de apenas dos palmos de pecho a nalgas. Uno de sus tirantes estaba caído, abriendo demasiado el ya de por sí bajo escote de su corpiño.

—Supongo. Estaba ligando con el tipo que me trajo.

—¿Al que le dio la torta?

—¿Torta?

—Sí, claro. Debió de romperle la nariz por cómo dicen que sangraba.

Noelia se sintió aliviada al darse cuenta de que M M aran no la había besado; pues nadie golpeaba a un hombre así, con un atractivo tan magnético, después de probar lo que ella estaba segura sería el contacto electrificante de sus labios. Se reprochó el haber sido tan tonta.

—Sí —convino la pelirroja—. Menuda torta. Seguro que le arrancó varios dientes.

—Por lo visto eran antiguos amantes, cuando los dos estaban en el ejército de la Federación, hasta que ella pasó el prototipo de arma que tenían que transportar al señor Bulea. Y amañó las pruebas para que él, el tipo que te trajo, pareciera culpable.

—Imagínate, un juicio militar —contuvo una risita la otra, mientras se recolocaba el tirante de cuero de sus escasas ropas—. Hay que ser idiota para fiarse de una mujer así.

Pengcheng contuvo las ganas de salir en su defensa. Celosa o no, lo consideraba su idiota. Su piloto, quería decir, porque dudaba mucho que Etzan tuviera un pelo de tonto.

—No pongas esa cara, mujer —la malinterpretó la morena—, que espantarás a los clientes. Y puedes creerte que ese puñetazo le ha dado su merecido por venderte.

—Tienes razón. Perdona —se obligó a sonreír a su vez.

Sus dudas sobre Maran habían remitido bastante. Cuando volviera a verlo, él iba a tener que explicarle unas cosillas; si eran como ella pensaba, no iba a tener ningún problema en ayudarlo a curarse las heridas. Las antiguas. Pero si no..., el mercenario no tenía ni idea de la de trucos sucios que le habían enseñado en Inteligencia.

—Anda, mézclate con los clientes. Igual si tienes suerte llamas la atención de uno de los invitados del señor Bulea y puedes seguir viva un día más.

—La sutileza no es muy típica de aquí, por lo que veo.

—Lo siento, chica. Es lo que hay. Y deberías seguir mi consejo. A no ser que te vaya el masoquismo, claro está —miró burlona las correas que le habían puesto por ropa.

—Encantada de haberos conocido.

—Vale, guapa. Otro consejo: si te acercas a alguna otra chica, no vuelvas a presentarte. Aquí no nos gusta demasiado conocer a los muertos.

«Joder», pensó Pengcheng. «Vaya con las chicas de Armand. Nada como vivir en la miseria para insensibilizarse. En Pekín podían ser todos unos superficiales, pero por lo menos no mataban a nadie y se respetaban los derechos de los ciudadanos».

Lo malo de los campos inmovilizadores era que ya no tenías que dejar inconsciente a alguien para que no se retorciera; así que Maran pudo ver cómo se burlaban de él los guardias de la entrada, esos mismos que lo habían despedido al salir. «Nuevo juguete» y «otro guaperas sin cojones», lo llamaron. Considerando que a Bulea le ponían las tías, cada vez tenía menos dudas sobre quién había ordenado su apresamiento. ¿Es que esa zorra no iba a dejarlo nunca en paz? ¿Ni siquiera cuando él por fin superaba todo lo que había sentido por ella?

Porque fueron muchas, muchas noches y muchos días solitarios en los que su corazón le dolía y la melancolía lo llevaba a recordar con anhelo esos momentos de amor y de cuerpos entrelazados, donde él creía que las miradas que compartía con ella eran sinceras.

Pues no... Parecía ser que las mujeres como Afrodita eran más difíciles de erradicar que las cucarachas.

También vio cómo el robot que lo sujetaba lo metía en lo que, según la información que tenía del planetoide, era uno de los almacenes de armas. Curioso sitio. O al menos lo pensó hasta ver que lo llevaban a un habitáculo reducido con un camastro y una puerta que tenía toda la pinta de ser de seguridad. Claro que no lo introdujeron dentro demasiado rápido. Primero lo dejaron en esa zona del almacén, una habitación llena de cajas apiladas donde había un trío de guardias que lo miraban de un modo que no le gustó nada. El tanque lo arrojó al suelo y se retiró fuera de la estancia. Uno de los tipos se inclinó sobre él para anular el campo de fuerza, que fluyó de vuelta al brazalete metálico que el bot le había colocado sobre el brazo derecho. Su silencio era bastante escalofriante. Después le quitó el traje de vacío y comenzó la fiesta: lo sujetaron entre dos mientras el otro lo golpeaba por todo el cuerpo, pero sobre todo en la cara. Encantador. Maran apretó la mandíbula y se obligó a no proferir ni un grito de sufrimiento, al tiempo que le pedía a su espira que anulara todas las conexiones nerviosas que le pudieran informar de lo que estaban haciendo. Era una medida extrema que no se adoptaba en combate, pues el dolor es necesario para sobrevivir, pero, en esos momentos, iban a seguir machacándolo independientemente de si él lo sentía o no. Al cabo de unos minutos, cuando consideró que lo habría hecho de manera natural, perdió el conocimiento. Su último pensamiento fue para Noelia; deseó que no estuviera pasando por nada similar a aquello.

Noelia estuvo un tiempo indefinido que se le antojó eterno paseando por la sala. Intentaba, en contra de lo que le habían aconsejado, que ninguno de los clientes de Armand se le acercara demasiado. Hasta que lo vio entrar: un tipo fatuo medio calvo capaz de vender armas sin remordimientos, de alentar la guerra en su beneficio y, por lo visto, de torturar a jóvenes inocentes para excitar su patética sexualidad. Para que luego Etzan se quejara de la Supersex...

Recordando todas sus clases teórico-prácticas de seducción, contuvo su malestar y se acercó hacia él. Estaba decidida a que la eligiera esa misma noche. En parte por no aguantar ese ambiente ni un día más, pero también porque Maran no iba a poder prolongar demasiado su estancia.

Las luces intermitentes del local la cegaban, el humo irritaba su nariz. Las ganas que tenía de ver a su mercenario y poder hablar con él con tranquilidad casi la hacían llorar, después de las emociones que se habían despertado en ella las últimas horas. Pero tenía que seguir cumpliendo su papel. Desplazó su mirada por la discoteca buscando un gancho del que poder tirar, y lo encontró con facilidad: había un tipo pululando por el local, con las malas pintas que le garantizaban una actuación a la altura de lo que ella buscaba. Comenzó a andar errática hacia él, mirándolo todo con

los ojos muy abiertos, encogiéndose cuando su mirada se «tropezó» con la suya. Haciéndose la inocente y asustada, aceleró el paso para alejarse, pero el hombre, que parecía algún sicario del traficante o de sus clientes importantes, la retuvo sujetándola por el brazo. Noelia ocultó su mirada exasperada con una caída de pestañas. ¿Es que eso del brazo iba a convertirse en una costumbre? Ni que lo llevara tatuado entre las cejas...

—¿Adónde vas, bonita? No tengas tanta prisa —le mostró su inquietante y libidinosa sonrisa.

«Por favor», pensó Noelia, «qué predecible. Ni que estuviera drogado. Ninguno de mis ligues, tras una Supersex, se recrean de tal manera en lo que van a hacer. Lo hacen y punto. Este tipo necesita una buena visita a la Federación; además de cepillarse los dientes».

—Por favor, tengo prisa... —consiguió una vocecita tan acojonada que hasta su terrible instructora la felicitaría si en esos momentos pudiera verla.

—Se te acabaron las prisas, guapa. Por lo menos durante un buen rato —tiró de ella hacia él; apestaba a la droga de liar que se olía por toda la discoteca.

—Me han dicho que el señor Bulea me busca —protestó con un hilo de voz, horrorizada. No dejó claro si era ante la idea de sus atenciones o de las del otro hombre.

—Maldita sea. Siempre se lleva las mejores. Ve.

La soltó y le dio una palmada en el culo, una en la que sus dedos lo agarraron y estrujaron primero. Arrancó un resuello de sorpresa e indignación de la joven que, nada más verse libre, se alejó corriendo. Tres pasos. Los justos para golpearse en el tobillo con una de las mesas y caer al suelo en medio de un grito contenido de dolor. Como Pengcheng suponía, el sádico mayor al que estaba buscando picó el anzuelo. De hecho, ya lo había mordido desde que Noelia había comenzado su teatro con el sicario a pocos metros del mafioso.

—Vaya, vaya... ¿Estás bien, chica?

No sabía si era porque estaba predispuesta contra ese cerdo o qué, pero lo cierto era que su voz le resultó tan desagradable que le produjo escalofríos. Algo así como hacía la de Etzan, pero en el extremo opuesto de la escala. Además, ya no lo hacía por el *sexy* capitán estelar (el cual, tras ver el comportamiento de un hombre sin escrúpulos de verdad, tampoco le parecía tan terrible y frío en su disfraz de mercenario). No. Desde lo de la *madame*, ya era personal.

—Sí... No... Mi tobillo... Me hace daño.

Dejó que una mueca dolorida se extendiera por sus inocentes rasgos, cruzando los dedos para que sus clases de interpretación sirvieran de algo. No obstante, el cebo estaba claro. Si ese tipejo se excitaba provocando dolor a jóvenes civiles, no podría evitar querer llevársela a la cama esa misma noche.

—A ver...

Unos dedos fuertes de un modo grosero y avasallador tocaron el hematoma que se

le estaba formando en el tobillo. Y apretó. Noelia dejó escapar un asombrado jadeo de dolor.

—Por favor —le suplicó—, eso no ayuda.

—Ven conmigo, chica. Yo voy a enseñarte lo que de verdad va a ayudarte a olvidarte de tu pierna.

Una enorme sonrisa lasciva cruzó su cara. «Seguro», pensó Noelia. «¿Quizá cortármela?». Apenas opuso resistencia mientras, aterrada, dejaba que él la arrastrase fuera del local, a través de unos pasillos iluminados en blanco, hasta llegar ante la puerta de su habitación.

—No te muevas.

La soltó y cerró los ojos. ¡Increíble! Seguridad virtual en un cuarto de un burdel. A Noelia le pareció una precaución un poco exagerada. En todo caso, en esos momentos el traficante estaría pasando una serie de pruebas que confirmaran su identidad, más allá de una simple lectura de las ondas cerebrales. Parecía que no le gustaba que lo interrumpieran mientras aplicaba sus jueguecitos. Mejor. Y, por suerte, ella no pensaba largarse por la puerta.

Pengcheng se había quedado acurrucada en el suelo, abrazándose las rodillas con los ojos algo desorbitados, como si intuyera qué le iba a ocurrir. Armand, cuando abrió los suyos y la vio así, sonrió complacido. Parecía que la *madame* se había encargado de informarla. «Bien...», se dijo. «Nada mejor que un poco de miedo incluso antes de empezar».

La agarró de un brazo con una suavidad inusitada y entró con ella en la habitación. Espaciosa. Organizada por alguien con cierto gusto, lo más seguro un decorador, con algo más de elegancia de la que esperaba. Allí había varios armarios, una enorme cama de aire y la esclusa en el techo semiesférico de la que Etzan le había hablado.

—No te preocupes, chica, te va a doler. Pero no como a las otras. Tú pareces más frágil, acabaremos antes.

—¿Qué...? ¿Qué quiere decir? Mi madre me estará buscando, habrá dado parte de mi desaparición...

El muy hijo de puta se complació en pasar sus dedos con delicadeza por su hombro, mientras consideraba si contestarle o no.

—¿Te han arrancado alguna vez un brazo con los dientes?

Ante los ojos desorbitados de la joven, abrió la boca y dejó que las cuchillas que llevaba escondidas se deslizaran fuera de las fundas de su dentadura. Las hizo sonar, metálicas y crispantes como las hojas de una trituradora de basura.

—Tienes suerte, chica, no creo que tengas lo que hay que tener para durarme hasta el amanecer —acabó de informarla con una risotada.

«¿Amanecer?», se extrañó Noelia, sin por ello olvidar quedarse como congelada de terror. «En un planetaoide, un cuerpo celeste tan pequeño como este, la noche no puede durar muchas horas. Genial». Por suerte ella tampoco tenía intención de



quedarse a desayunar.

Armand, de repente, cambió el gesto suave con el que le acariciaba el brazo por una dolorosa presión mientras con la otra mano le quitaba las correas de un tirón y apretaba uno de sus pechos como si se lo fuera a arrancar.

«¿Solo una agujita? ¡Los cojones! Este tío va a pagar por esto».

Bulea continuó su presión, clavándole tanto los dedos en la delicada carne que ella lloró auténticas lágrimas. Después la tiró contra la cama y, con las mismas correas de cuero que le había arrebatado, se dispuso a atarla. Noelia, atontada por el daño que le había hecho en el seno, vio lo que se le venía encima sin poder reaccionar. Esa parte, en sus entrenamientos, nunca era de verdad.



Los carinaes no se extinguieron de manera misteriosa. Se fueron porque los llamaron los ápsores de vuelta a casa. El portavoz del equipo científico gubernamental nos comenta que «por fin entendemos por qué la ciudad de los carinaes estaba llena de objetos cotidianos, como si sus habitantes se hubieran tenido que ir en mitad de la siesta. Nuestros lingüistas están trabajando en la decodificación de una de las transmisiones vía hiperespacio que se han encontrado. Esperamos contar con más datos pronto».





## **SISTEMA NAO, BURDEL DE ARMAND BULEA, TRES DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

—Despierta, bello durmiente...

La voz femenina, musical, pero que mostraba cierto regocijado retintín en cada una de las sílabas, llegó a la consciencia de Maran.

¿Dónde estaba? ¿Quién le hablaba? Esa voz no era de Noelia... ¡Noelia! Recordó todo y abrió los ojos de golpe. La súbita luz lo cegó unos milisegundos, hasta que los implantes de sus ojos reaccionaron. Los rizos rubios de Afrodita caían invadiendo su visión, medio ocultando la cara que lo miraba desde arriba.

«¡Maldita sea!». Por el rabillo del ojo, miró a su alrededor. Estaba tumbado en el catre de la celda que había visto antes y ella estaba sentada en una silla, observándolo satisfecha, con su cortina de cabello casi rozándole la faz y el desnudo pecho. Sí, desnudo; tan solo le habían dejado los pantalones. Tensó los músculos para ver si podía moverse y, como imaginaba, descubrió que tenía el cuerpo inmovilizado. Lo sujetaban varias tiras de fuerza por el abdomen, las piernas, el pecho y los brazos. Y en cuanto a lo que podía ver de su torso..., estaba curado. Considerando que la cara tampoco le molestaba (se apresuró a dar a su espira la orden de dejar pasar el dolor, por si acaso), ella debía de haber ordenado que lo llevaran al tecnomédico. Se preguntó si sería para torturarlo desde cero o para no mancharse de sangre cuando se lo tirara. Porque no tenía ninguna duda de que, si lo deseaba, Afrodita era perfectamente capaz de inyectarle una droga excitante y violarlo.

Se sintió de repente muy, muy furioso y humillado.

—¿Todavía soñando conmigo, soldado Spart? —ironizó.

Por toda respuesta, ella le dio un buen puñetazo. El dolor que sintió en su nariz le indicó que se la había vuelto a partir. Su boca se llenó del sabor metálico de la sangre.

—¿Sabes? Hace mucho que ni soy soldado ni sueño contigo. Aunque... —una de sus largas uñas comenzó a acariciar su pecho, remoloneando con los rizos masculinos — no negaré que me costó olvidarte. Eras taaaan dulce y tierno, amorcito...

La mujer se acercó más a él, acariciándolo con su cabello, bajando su boca hasta que sus labios entraron en contacto con los pezones masculinos, los cuales mordisqueó levemente, y después ascendió hacia su cuello, dejando un húmedo reguero con su lengua, que no se separó de la piel de Etzan hasta que no llegó a su mandíbula y se coloreó del rojo que hasta allí había goteado. A continuación, colocó sus labios a pocos centímetros de los ojos de su presa y se los lamió, despacio, tiñéndolos de sangre. A juzgar por sus pupilas y por cómo respiraba jadeante, Maran no tuvo ninguna duda de que estaba disfrutando del momento, excitada.

—¿Tan tierno como para volverte caníbal? —la miró con desprecio.

—Me encaaaanta esta nueva faceta tuya —ronroneó—. Es tan... dura. Y ya sabes que a mí me gustan las cosas duras.

Dirigió una mirada a la inexpresiva empresaria de Maran y chasqueó la boca con simulada decepción. A continuación recorrió el pantalón con sus uñas, clavándolas en lo que era el contorno del pene flácido de su prisionero durante unos interminables segundos. Después las retiró.

—¿Sabes, amorcito? Voy a hacer que lo desees sin necesidad de drogarte.

Por toda respuesta, Maran la miró estoico. A esa mujer le habían sentado muy mal los años como jefa. A saber la de frustraciones que habría pagado con sus subordinados...

—Oh, Etzan, estás muy silencioso y eso no puede ser. Pero tengo que darte una mala noticia —frunció la boca en un mohín—. En realidad, no estás aquí para que yo pueda comprobar si eso de que has logrado olvidarme es cierto. Reconozco que sería una buena razón, pero... Armand es un hombre por naturaleza desconfiado. Tú no has venido nunca por aquí y de todos es conocido que solo trabajas para el bando de la Federación. Así que... —acarició la comisura de los labios del mercenario, como pesarosa—, no me va a quedar más remedio que interrogarte. Eso sí —sonrió juguetona, como una gata con un ratón entre las zarpas—, cuando acabe contigo tengo permiso para recomponer tu cuerpo, volver a dejarte como nuevo, y hacer tooodo lo que se me ocurra contigo. Durante tanto tiempo como desee. ¡Oh, Maran!, no sabía cuánto te había echado de menos hasta que te he visto otra vez en el bar. ¿No te han dicho nunca que rechazar a una amante no es sano? —rompió a reír a carcajadas.

—O sigues siendo tan buena fingiendo como antes o has perdido la cabeza, Afrodita.

—¡Pero si te ha vuelto la voz! Mejor, amorcito, porque deseo oírte cantar. Y gritar, ya que estamos.

Le guiñó un ojo y se agachó para coger algo que debía estar en el suelo a su lado. Maran no fue capaz de verlo. Se escuchó un clic y un ruido como el de un maletín o similar abriéndose, seguido de un tintineo metálico mientras ella buscaba. Después, la mujer volvió a incorporarse en su asiento, llevando en la mano derecha un bisturí quirúrgico.

—No te preocupes, cariño, esto también me va a doler a mí. ¿No sabes el desperdicio que me va a suponer rajar ese cuerpo tan perfecto que sigues teniendo? Espero que hables antes de que tenga que arrancarte algo.

—Empieza cuando quieras, Afrodita. No he venido aquí con ninguna intención oculta.

Su único alivio en esos momentos era pensar que el traficante no sospechaba de Noelia, que creía de veras que ella era una mujer que él había raptado para entrar allí. Si seguía imaginando que Pengcheng no era más que una excusa, un billete de entrada, ella podría huir. Y no pensaba ser él quien le negara, confesando, esa oportunidad.

Mientras la zorra dirigía el bisturí hacia su pecho, comenzó a pensar en qué razones podrían haberlo llevado allí, con la esperanza de encontrar una lo suficientemente creíble como para dar tiempo a huir a Noelia. Se encontró con una buena sorpresa cuando la cuchilla entró en contacto con su piel.

—¿Duele? —se carcajeó Afrodita al tiempo que detenía su diestra—. Amorcito..., ¿no esperarías de veras que no te hubiéramos inyectado un desconector? Así, tú y tu espirita no vais a poder deciros nada en muuucho tiempo. Que te aproveche —le guiñó un ojo y siguió cortando.

De acuerdo. Lo de su pobre seno le había dolido de verdad. Pero atontada..., fingido en un 70%. Ese estúpido de Bulea debería hacer revisar los implantes de sus presas. O quizá no. Al fin y al cabo, seguro que él llevaba más que nadie y tampoco era que se supusiera que una pobre provinciana raptada fuera a tenerlos.

Armand se dispuso a sujetarla contra los estilosos barrotes físicos que formaban la armadura en la que descansaba el colchón de aire, con unas tiras de termoplástico. Por lo visto, cambiaba el cuero de sus correas por uno de esos polímeros autofusibles al juntar los extremos, que se clavaban dolorosamente en tu carne si intentabas resistirte. Parecía que al tipo sádico le iban métodos más manuales que los típicos campos de fuerza, esos mismos con los que su Maran onírico la había sujetado con una finalidad en mente del todo distinta. El contraste entre la delicadeza de los sentimientos del capitán, implícitos en su ternura, y la ruda, cruel y enfermiza lujuria del mafioso, hizo que deseara aún más volver a los brazos de Etzan. Y en cuanto a esa escoria..., dejó que se acercara, que leyera la confusión en sus ojos, la conmoción en la débil tensión muscular de su cuerpo, el miedo en el sudor frío que le había pedido a su espira que segregara. Aumentos de espía... En esos momentos le daban ganas hasta de besar en la boca a la cabrona de su instructora.

Y cuando Bulea estuvo tan cerca de ella que su respiración, excitada y desagradable, bloqueó su sentido del olfato, tensó de repente su brazo izquierdo y le clavó la aguja en los huevos.

Somnífero de efecto instantáneo. Ahora le tocaba a ella sonreír con deleite ante el

dolor ajeno. Confiaba en que el pinchazo, en semejante zona que le había caído a tiro al inclinarse el energúmeno sobre su brazo, le hubiera hecho daño al menos unas décimas de segundo. Supuso que Maran le echaría la bronca en cuanto se enterara, pues la aguja no era tan larga: debería haber buscado una zona de piel desnuda. Pero el tipo no parecía llevar mucha ropa debajo de esos pantalones y su excitación le había indicado con claridad dónde apuntar.

Se lo quitó de encima gracias a sus implantes de fuerza, fusionados ciberorgánicamente con su musculatura, y lo ató a la cama con el polímero. Muy ajustado, como seguro que el cabrón había pretendido hacer con ella. A continuación le pateó las pelotas. Dos veces. La primera, con rabia; tenía que confesar que con lo de los dientes se había asustado de veras. Y la segunda, con decisión, tan fuerte que seguro que le dolería cuando se despertara, además de necesitar una buena reparación de su tecnomédico. Consideró y desechó las virtudes de rajarle la garganta, pues una herida de esa magnitud despertaría alarmas. Pero por una patadita en sus partes... no pasaba nada. Ya habrían detectado los cambios en su organismo y lo estarían achacando a golpes por sus pervertidos hábitos sexuales. Y en cuanto a la droga..., aunque lo dormía simulaba muy bien sus constantes y ondas cerebrales, como si estuviera despierto. En realidad, el estado en el que se encontraba no podía ser llamado sueño. Toda precaución era poca. Nadie ponía mucha seguridad en un burdel, pero seguro que la red del planeta era capaz de detectar si algo anómalo le ocurría a Armand, y no le apetecía que un par de guardias, temerosos de molestar, llamaran a la puerta.

«En fin, manos a la obra». Buscó en los armarios algo de ropa. No le hacía gracia ponerse una de las camisas de ese tipo, pero era mejor que ir desnuda. Contuvo una mueca de dolor cuando la tela rozó su pobre pecho, e intentó no mirar el color tan horrible que presentaba. No era nada que los nanobots médicos que se había inyectado en la sangre antes de salir de la lancera, como medida de precaución, no pudieran acabar de curar en unos minutos más. De hecho, estaría perfectamente mucho antes de que Bulea despertara de su «siesta».

Por lo poco que había visto del edificio, además de su composición de lugar desde el espacio, el burdel estaba anexo a las demás edificaciones. Y, desde luego, sus zonas principales presentaban el tipo de puertas que eran aislables en módulos con facilidad. Nada de las fluidas y reintegrables en el tejido electrónico de la nave de Maran; más bien parecían antiguas compuertas con cierre manual, como la esclusa que había a un par de metros sobre su cabeza.

Siguió revolviendo los armarios, hasta dar con tres trajes de vacío. Se preguntó para qué querría Armand dos de repuesto. Cogió un par y los dejó en el suelo. Después se dirigió hacia el mafioso, le quitó un par de pistolas de las piernas y observó la cadena que colgaba de su cuello. No tenía cierre y el cristal de memoria estaba estructuralmente soldado a esta. Bien pues, ella tampoco llevaba cuchillos... Volviendo a considerar lo bien que se quedaría si le arrancara la cabeza, dejó que de

su dedo meñique saliera un lector de datos. Este, un prodigio de la picotecnología capaz de atravesar su piel de modo indoloro por los resquicios intercelulares, apenas sobresalió unos micrómetros de su yema. Tocó el cristal. Lo más largo, un par de minutos, fue que su *software* de espionaje, cortesía de Inteligencia, anulara las protecciones. La copia no llevó ni medio segundo. Una vez estuvo almacenada en los implantes de memoria de su espira, Noelia procedió a insertar en el cristal un virus que tornara la información inútil. Si todavía no la habían decodificado (no era tan sencillo leer las explicaciones técnicas de los carinaes), cuando lo hicieran se llevarían una buena sorpresa. Una que le resolvería de golpe todas las dudas del traficante sobre aquella esclava que había osado escapar. Mucho más interesante que ponérselo fácil con un sencillo borrado. Y ya que estaba, le dio la vuelta al sádico de las pelotas machacadas, ajustó la potencia del láser de una de las pistolas y abrió un agujerito socarrado en su espalda, uno que dejaba ver su espira. Sin dañarla, pues la carne se quemaba mejor. A continuación la pirateó para acceder y copiar ciertos datos de su memoria. Esperaba que la intrusión no alertara a nadie. Lo que acababa de hacer no estaba incluido en el plan de Maran y seguro que detectarían la herida. Pero dudaba mucho que pudieran asociarla a un copiado de los datos del cristal. Además, en todo caso, ella ya se iba.

Justo cuando iba a meterse dentro de uno de los dos trajes de vacío que había sacado del armario, la puerta de la habitación comenzó a abrirse. Alertada por el ligero sonido, Noelia ahogó un juramento y se deslizó detrás de lo que tenía más cerca: uno de los laterales del armario. Una vez se hubo cerrado, portando una pistola en cada mano, salió de su precario escondite dispuesta a enfrentarse a lo que fuera. Y solo pudo pensar que era como un regalo inesperado de cumpleaños cuando observó la espalda de la *madame*, rígida, mientras esta contemplaba el cuerpo atado de Bulea.

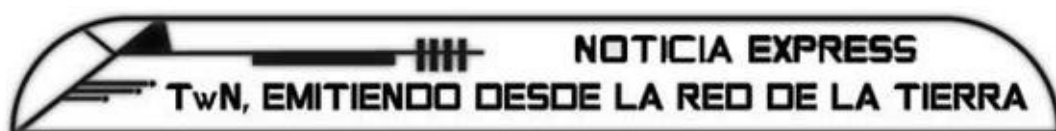
Ladeó la cabeza, regocijada. Y disparó, confiando en que Rianna estuviera todavía bajo los efectos de la sorpresa y no hubiera dado la alarma. La zorra a la que más ganas le tenía se desmadejó sobre el suelo como una marioneta sin hilos. Un maletín, con elementos metálicos en su interior a juzgar por el ruido que hizo, cayó a su lado.

Era una pena. Le hubiera gustado abalanzarse sobre ella, cruzarle la cara a puñetazos. Sobre todo ahora que era evidente que participaba de un modo más activo del que sospechaba en las sádicas juergas de Bulea. Pero estaba educada para no dejarse llevar por los impulsos. Dejarla inconsciente quizá pudiera pasar por uno de los jueguitos que debía llevarse con el mafioso; enfrentarse con ella cuerpo a cuerpo, no. Además de que Rianna probablemente le habría dado la alarma.

Con un sentimiento cada vez mayor de urgencia, se puso el traje de vacío, un modelo bastante bueno (supuso que mucho mejor que los del resto de las zonas compartimentables), y, renuente, activó el otro al lado de Bulea, para que reptara sobre su cuerpo y lo protegiera del vacío. ¡Qué ganas le entraron de dejarlo morir, de que explotara como la sanguijuela hinchada de sangre que era! Se lo merecía por

todas las atrocidades que había cometido, tanto en persona como en su tráfico de armas. Se contuvo. Ella no iba a tomarse la justicia por su mano; esperaba tener suficientes pruebas como para que lo apresaran y condenaran a muerte. Fue al armario y sacó el tercer traje, también sin ninguna gana de usarlo en alguien que no lo merecía. Al cogerlo se dio cuenta de que en realidad solo había uno de repuesto, pues la *madame* debía de ser una habitual de la habitación. Lo tiró al lado de la mujer y, enfadada consigo misma por perder un tiempo precioso, abrió la maleta. No sabía el código, pero su lector lo pirateó rápidamente. Y cuando vio los instrumentos de tortura, le entraron ganas de irse sin protegerla del vacío. Jurando en voz baja, agarró uno de los bisturís con ganas de hacerle probar un poco de su propia medicina; todavía más al recordar cómo la había tratado, algo inconcebible en su civilizada y sonriente Pekín. En vez de ello, garabateó algo con este en el suelo y lo colocó en la mano de Rianna. Después activó el traje de vacío a su lado. Parecía ser que, después de todo, las breves semanas en el espacio la habían vuelto un poco emocional e impulsiva. Esperaba que en los datos que había sacado de la espira de Bulea hubiera bastante para inculpar a la *madame*, pues no tenía tiempo para conectarse a su espira. Si no, quizá cuando se diera cuenta de lo que había pasado, de que no era precisamente una civil de Néctar la que iba detrás de ella, sacara ese bisturí de su maleta y le diera, por una vez, un uso clemente en su propio cuello.

Cada vez más acelerada, con una tira de tela de las sábanas improvisó un par de fundas para sus nuevas pistolas. A continuación apartó la cama del centro de la habitación y movió un armario hasta allí. Abrió su puerta, trepó por los estantes y se subió encima. Sería un mueble caro, pero considerando a quien pertenecía, le encantaba la idea de pisarlo. Se puso de puntillas y alargó sus manos hacia la compuerta. Arrancó la chapa protectora (estaba bien eso de la fuerza aumentada), volvió a sacar el lector de su meñique y pirateó las claves protectoras. Después se limitó a hacer girar la rueda que abría la esclusa. Y ya estaba. El aire que se escapaba de la habitación la arrastró fuera del edificio, en medio de un repentino sonido de sirenas que salía a su lado para morir en el vacío. El mismo que parecía querer succionar a Noelia en un abrazo mortal. Por encima de las palabras «poquita cosa» deletreadas en el suelo.



Los lingüistas han completado la traducción.

Los ápsores solicitaron la vuelta de los carinaes para que los ayudaran en una guerra contra una raza alienígena hostil. De esto hace algo más de cuatrocientos años. El Ministerio de Seguridad Planetaria asegura que no hay motivos para alarmarse. «Tenemos buenas defensas», afirma su portavoz.







## **SISTEMA NAO, EXTERIORES DEL COMPLEJO DE ARMAND BULEA, TRES DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAUE A ETA CARINAE**

No era tonta. Se lo esperaba. Y por eso se aferró al borde de la abertura, para no salir volando y poder bajar al nivel del suelo, a ese pasillo por donde circulaban las patrullas. Nadie ponía una gran seguridad en un prostíbulo, pero sí en los almacenes de armas que ocupaban los edificios colindantes. Por el momento no se veía nada más que paredes blanquecinas, armas azuladas y roca desnuda; con las naves en órbita y el lejano sol en el horizonte. Noelia supuso que, entre las alarmas inmediatas de despresurización y la llegada de alguien con la suficiente iniciativa como para forzar la apertura de la puerta, pasarían unos valiosos minutos. Bueno, iniciativa... o falta de imaginación por lo que Bulea podría hacerle si el explotar a su víctima mediante el vacío era parte de su orgasmo final. Además, para abrir una cámara despresurizada que se había aislado del resto de los compartimentos estancos del edificio, tendrían que pasar controles de seguridad inherentes a la IA del complejo, por lo que dudaba mucho que el peligro viniera de la esclusa mediante la que ella había salido. Era más problemático que los soldados que estuvieran de vigilancia en el cordón perimetral se acercasen a mirar, así que Noelia se dirigió rauda al sensor más cercano, plagado de misiles y láseres que apuntaban hacia arriba y afuera. Era una suerte que solo detectaran el movimiento procedente del exterior. Claro que en eso se había basado Maran al elaborar su plan... Nadie esperaba que una puta estuviera tan loca como para intentar largarse. Y ni siquiera les importaba.

Unos cuantos disparos para sobrecargar el campo de fuerza que protegía el arma. Un par más para abrir un boquete en su armadura. Y rápido. La patrulla no podía tardar mucho en llegar. Otro más para fundir los filamentos de control. Eso bastaría para abrir un estrecho cono, con la punta hacia el espacio, por donde una nave podría colarse. Y más valía que Etzan se diera prisa. Porque ya podía ver a los soldados de la patrulla dirigirse hacia ella a grandes saltos, propiciados por la baja gravedad.

Parapetada detrás del arma inutilizada, comenzó a disparar. Los trajes de los soldados absorbían sin problemas todos sus impactos; su superficie transparente apenas se ondulaba, como el agua de un lago al caer una piedra, y no daban ni la más mínima muestra de estar recalentándose. «Mierda», pensó Noelia. Agotadas sus opciones, echó a correr, perpendicular al pedazo de metal cerámico en el que se había resguardado. Y notó cómo su traje sí se iba sobrecargando por los múltiples impactos de láser con los que los guardias pretendían decorar su espalda.

Ella también sabía saltar; en concreto, varios metros en horizontal, con cuidado de no subir demasiado y entonces no avanzar apenas. Pero no tan bien como sus perseguidores, los cuales poco a poco la iban alcanzando. Por suerte, cuando comenzaba a pensar que debía haber escuchado a su madre y haber pasado de la misión, un brazo fuerte la recogió y rodeó su cintura en medio de uno de sus brincos.

Su corazón palpitó. ¡Maran había acudido a rescatarla! Justo como habían quedado. Apenas fue consciente de la presencia de la rampa de un deslizador desplegada bajo sus pies, lo único que deseó fue que el capitán la metiera dentro, donde estaba él, para así poder abrazarlo. Pero... Un momento, ese bíceps que la sujetaba no era el de su Etzan. Los disparos se iban quedando detrás, pero eso a Noelia era lo que menos le importaba en aquellos momentos. En cuanto ese brazo metalizado la hubo metido dentro del vehículo, su mente registró que pertenecía a Betsy, pero ignoró el dato y escudriñó el resto de la cabina, como si así pudiera hacer salir al mercenario de donde quiera que se escondiera.

—Betsy, ¿y Etzan?

—El capitán está preso. Sus órdenes son que te saque de aquí. Vamos a la nave y a Eta Carinae.

—No.

—Señorita Pengcheng, voy a cumplir mis órdenes aunque tenga que reducirla para ello.

—Betsy..., mírame.

Los ojos demasiado expresivos para no ser orgánicos de la androide se clavaron en los de la joven espía.

—Betsy, tú y yo sabemos que no eres más que una manifestación de la IA y que debes obedecer a tu capitán. Pero te juro que si me llevas a la lancera a la fuerza, me mataré en el mismo momento en el que te descuides y pueda hacerlo. Él me quiere viva. Así que no creo que sea desobedecer sus órdenes que me ayudes a rescatarlo.

La robot leyó la sinceridad en su mirada, pero no en sus ondas cerebrales. Noelia deseaba con todas sus fuerzas rescatar a Maran, pero de ahí a suicidarse... En todo caso, buen farol; le daba la excusa perfecta para ayudarla. Ella tenía también sus motivos, sus lógicos y a la vez retorcidos motivos.

—Tiene usted razón, señorita. Visto así, su razonamiento es impecable. —El deslizador viró bruscamente su rumbo, continuando en la misma dirección, pero acercándose hacia la superficie de la roca—. Si queremos tener alguna oportunidad

de rescatarlo, es ahora, mientras todavía no se estén dando cuenta de lo que ocurre. Imagino que Bulea está inconsciente, ¿no?

Noelia asintió.

—Pues muy bien, yo sigo teniendo acceso al capitán. No le dejan interactuar con su espiro, luego no puede decirme nada. Pero yo todavía estoy sintonizada con ella, por lo que sé que está en uno de los almacenes. Es un área protegida electrónicamente, no recibo nada de allí, aunque pirateando un poquito el acceso a la IA del complejo, he visto por las cámaras exteriores que la segunda de Bulea está allí con él. Así que los dos que dan las órdenes aquí están o inutilizados u ocupados. Debemos aprovecharnos de eso, de que les cueste ir a por nosotras, descubrir qué ha pasado, para rescatarlo.

Noelia miró apreciativa a Betsy. Considerando el nivel de seguridad que debía de tener la inteligencia artificial del planetoide, ella era muy buena si había podido acceder a los registros de esas cámaras. Por algo Maran se había tomado la molestia de cargarla en su nueva nave.

Hacía minutos que habían dejado de recibir los disparos de los guardias. Si volvían en el deslizador, tendrían que esquivar o absorber otra vez el fuego enemigo y los escudos del vehículo estaban prácticamente saturados. Por lo que no hicieron falta palabras entre la androide y la humana, tan solo un leve asentir de la cabeza de Noelia, cuando Betsy la agarró del brazo y preguntó con sus enormes ojos de muñeca. La puerta se abrió y las dos cayeron al vacío. La ligera gravedad del planetoide, cuyo suelo estaba a unos cincuenta metros bajo sus pies, las atrajo con la suficiente suavidad como para que Pengcheng no se hiciera más que un par de moraduras. El vehículo siguió su camino, ganando altitud, hacia la lancera.

—Muy bien, IA, enséñame cómo puedes ayudarme a anular una sección de la barrera defensiva para que podamos colarnos por ella. Porque me niego a entrar por la que yo he desactivado manualmente: ahora mismo estarán concentrados allí todos los guardias.

—Bueno —se encogió de hombros Betsy, siguiendo su excéntrica programación como si el capitán estuviera allí para poder apreciarla—, tus implantes de espía son buenos, proceden de Pekín, pero para piratear a una máquina no hay nada mejor que otra.

Comenzaron a andar con cuidado para no elevarse por los aires a cada paso y ser así fáciles de detectar. Noelia confiaba en que la IA podría ocultarlas a los equipos electrónicos y las dos estaban decididas a entrar allí y rescatar a Maran. Fue una pena que la joven no hubiera sabido leer bien la determinación y la preocupación en los ojos de la androide, pues se habría dado cuenta mucho antes de quién era Betsy en realidad.

—Vamos, amorcito, solo un poquito más.

La mujer curvaba libidinosa sus labios mientras susurraba al hombre que, atado en el camastro, contraía sus músculos para no gritar. Afrodita estaba de pie, con su ajustado uniforme manchado de una sangre que no era suya, erguida en todo su voluptuoso esplendor. Porque sus pechos estaban llenos y sus pezones erectos se marcaban a través de la camisa. Debía de ser a causa de trabajar demasiado con Armand, pero lo cierto era que estaba disfrutando de la tortura como nunca había imaginado. Y eso que lo mejor vendría después, una vez que él hubiera hablado, cuando sería todo suyo y los gritos que Etzan contendría desesperado serían los de placer. Se estremeció. Como siguiera con esos pensamientos iba a acabar por tener un orgasmo y ni siquiera le había bajado los pantalones... Todo un fallo que pensaba corregir en el acto.

—¿Nada? ¿Sigues sin decirme nada? Bueno..., tendré que ser más creativa.

Deslizó su bisturí desde el pecho masculino, que había quedado reducido a una maraña sanguinolenta con trozos de piel colgando, hasta la cintura de Maran, donde comenzaba su pantalón de cuero. Lo desgarró de un tajo, cortando también un buen centímetro de venas y carne.

—Lo sé..., voy demasiado rápida. Míralo por el lado bueno, cariño: si te desangras hasta el desmayo, tendré que esperar a curarte antes de amputar tu masculinidad. Porque... —prosiguió risueña ante el rictus de dolor que se le escapó a los rasgos del capitán— un chico duro como tú no esperará que centre mi atención en otro sitio, ¿no?

—Espera —la voz de Maran salió áspera a través de su garganta reseca.

—¿Sí?

La cuchilla siguió seccionando el pantalón, hasta dejar su paquete al descubierto.

—Hablaré.

No tenía claro si la rubia lo decía en serio o no, pero no sentía ni el más mínimo deseo de comprobarlo. Si quería oír su confesión, con semejante amenaza acababa de lograrlo. Ahora sería creíble que él le diera la mentira que había ideado.

—¿Tan pronto? —el bisturí remoloneó por sus huevos, apenas rozándolos—. ¿Es que quieres privarme de lo más divertido?

—Hablaré, pero aleja eso de mí.

—¿Esto? —lo clavó en su muslo, apuñalándolo—. ¡Uy, qué torpe estoy! El cansancio. Llevamos tanto rato jugando que ya no sé ni lo que hace mi mano.

Desclavó su arma y la dejó sobre el camastro, al lado de las piernas inmovilizadas del mercenario. Después acercó sus labios a la boca de Maran y le pegó un buen morreo.

—Esto es un anticipo de lo que vendrá luego —sonrió—. Pero por lo menos no te caparé. Así que habla.

—¿Podrías darme un poco de agua? —intentó ganar tiempo.

—No.

Se apoyó en el respaldo de su asiento y cruzó las piernas. Jamás imaginó que

podiera disfrutar tanto de volver a tener al ingenuo de Etzan a sus pies, sobre todo ahora que él había madurado.

—No —le repitió, malévolamente—. Verás, amorcito, eres perfectamente capaz de vocalizar. Y, además, me gusta oír tu voz rasposa. Qué quieres que te diga, puede que hace años no todo fuera fingido y en el fondo de mi corazoncito sintiera algo por ti, solo un poquito, pero lo suficiente como para haberte recordado de vez en cuando. Y no me ha sentado nada bien que me hayas rechazado antes. Puedo tener a cualquier tío que desee y hacerlo gritar de éxtasis, y te aseguro que tú no vas a ser menos. Podrías haberme recomendado, podríamos haber ascendido juntos y me habría casado contigo. Pero no, tuviste que ser un estúpido moralista. Así que ahora más te vale decirme la verdad, qué te ha traído aquí, o volveré a coger el bisturí y pensaré en cómo arruinaste nuestra vida juntos mientras te dejo sin huevos. Tú mismo, amorcito.

La mujer se encogió de hombros, sin dejar de mirar a Etzan con algo que se parecía sospechosamente al rencor. Rencor, deseo, excitación, despecho... Qué más daba las emociones mientras le sirvieran para hacer bien su trabajo. Se echó a reír y sus carcajadas le pusieron al mercenario la piel de gallina.

—He venido para infiltrarme, para buscar trabajo entre los hombres de Bulea.

—Mala respuesta, no veo que lo hayas ni intentado.

Se inclinó a por el bisturí.

—Eso es porque te vi a ti.

Afrodita congeló su movimiento; sus verdes ojos de hechicera lo observaron como si esa frase tuviera algún sentido para ella.

—No esperaba que me trajeras tantos recuerdos, creía que ya te había superado.

—¿Y? —ella parecía estar bebiendo de sus palabras.

—Y me fui, decidí que ningún dinero merecía la pena si tenía que volver a pasar por la agonía de verte y recordar que me traicionaste, que ya no puedo tenerte.

La mujer se echó a reír, arqueándose contra él, empapando los mechones de su cabello en el rojo que fluía por el pecho del capitán.

—Casi —le contestó una vez fue capaz de contener sus carcajadas—. Casi, Etzan. Si hubieras explorado ese camino de otra forma, te habría creído. Pero, por favor... La agonía de que no puedes tenerme... Permíteme que me ría.

—Es cierto —le contestó todo lo serio que pudo.

—¡Es mentira! —lo abofeteó—. No veo anhelo cuando me miras, ni siquiera deseo. Decías la verdad en el bar con lo de que me habías superado. Si no hubieras sido tan exagerado ahora, podría haberte creído, deseaba creerte. Pero así... Qué puedo decirte, amorcito... Te acabas de ganar un pase solo de ida al infierno.

Esta vez su mano sí cogió la cuchilla, agarrándola con fuerza. Después se dirigió directa hacia el pubis de Maran. No iba a ser muy agradable agarrar sus huevos con una mano mientras con otra los seccionaba, como quien separa una fruta de un árbol; pero tampoco serían los primeros que cortara. ¡Qué cojones! Por supuesto que iba a ser agradable. Después de lo que tenía que soportar cada vez que Armand la llamaba

a su cama (por suerte, ahora mucho menos que antes), después del infierno que había pasado porque Etzan no quiso apostar por ella, tener su masculinidad arrancada entre sus dedos iba a ser muy satisfactorio. Sobre todo considerando que podía hacérselos recolocar luego. Cogió el derecho y lo apretó con saña a la vez que ya veía mentalmente el tajo seco que estaba a punto de darle.

Cortó.

—¿Y ahora, qué?

Habían pasado por una sección de la barrera perimetral que estaba cercana al almacén donde tenían preso a Etzan. Gracias a Betsy, había sido escalofriantemente fácil: las armas ni las habían detectado. Sus cañones, como bocas ciegas, apuntaban hacia ellas sin moverse; no podían verlas. A Pengcheng casi le entraron ganas de coger una piedra y arrojarla lejos, para ver si seguían su trayectoria y la freían, como deberían haber hecho con ambas. Después, se dirigieron a la entrada del edificio, esquivando las patrullas. Algo bastante sencillo, ya que por lo visto estaban peinando la zona del burdel. En todo caso, a la entrada del almacén había cuatro hombres armados y el edificio no tenía ningún otro acceso al exterior. Noelia se quedó mirando a su compañera y le preguntó «y ahora qué».

—¿Qué tal lo tradicional? ¿Dos para cada una?

—¿No podrías hablarles a través de sus espiras como si fueras la IA del complejo y hacer que se vayan?

—Eso me llevaría demasiado tiempo. ¿Dos para cada una?

—De acuerdo. ¿Puedo ordenarte que mates si es necesario? Quiero decir, las órdenes te las da Maran..., pero no me gustaría que te dejaras reducir por no dañarles.

—No te preocupes por eso, no hará falta hacerles daño. Lo que sí acabo de hacer es inutilizar sus escudos, colándome en sus espiras. ¡Vamos!

Noelia se encogió de hombros mientras intentaba no pensar en lo peligrosa que podía ser una IA. Empuñó su pistola, reguló la potencia a «aturdir» y siguió a la androide. Si lo hacían bien, los pillarían por sorpresa y no habría heridos.

Se acercaron sigilosas y dispararon. Los hombres no supieron ni qué los alcanzó, pues perdieron el conocimiento en el acto. Betsy se acercó a levantar sus cuerpos derrumbados del suelo y colocarlos como si estuvieran sentados, con las espaldas contra la pared del almacén.

—Vamos, entra tú. Yo me quedo cubriéndooos la salida.

—De acuerdo.

—Noelia... —La robot hizo algo demasiado excéntrico hasta para ella: la agarró de la muñeca—. Tráeme a Maran.

—Claro. A eso voy. ¿Me abres la puerta o lo hago yo?

Betsy se concentró unos instantes y esta se deslizó, dando paso a Noelia, la cual se despidió con un cabeceo y entró a por Etzan.

Tuvo suerte; excepto por la pequeña celda, el almacén estaba vacío.

Cortó; pero no a Maran, sino al aire. Noelia entró como una bala en la celda, tan estrecha que apenas cabían ellos tres, y empujó a Afrodita para tirarla al suelo. La rubia, que no se lo esperaba y estaba sumamente concentrada en el hombre inmovilizado, no se dio cuenta de que la puerta se abría de repente y una figura penetraba en el habitáculo a toda velocidad, directa a chocar con ella. Colisionaron. Pengcheng golpeó a *Sport* en el costado, haciéndole perder el equilibrio y caer sobre Etzan. El bisturí rasgó el aire, a pocos centímetros de las ingles del mercenario. Y la joven, en vez de aprovechar su ventaja para reducir a la mujer, se quedó mirando los aturdidos ojos de Maran.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja y emocionada.

Gracias a su entrenamiento en Inteligencia, podía ver que casi todas las heridas del hombre eran superficiales. Quizá hubiera alguna demasiado profunda en el pecho, pero... nada que no se pudiera solucionar con un par de horas de tecnomédico. Sobre todo para alguien como él, cuyos implantes de soldado podían inyectarle nanobots que le ayudarían a curar antes.

—¿Eres real?

Etzan, en las horas de tortura que había sufrido, la había invocado tantas veces en silencio, deseando que ella pudiera salir ilesa del planetoide, que ahora no sabía si había perdido la consciencia y la estaba soñando, o ella estaba allí, ante él, de verdad.

—Claro que lo soy —le sonrió.

—Claro que soy gilipollas —matizó la frase por ella Afrodita, que se había incorporado y en esos momentos estaba ordenándole a sus implantes que le inyectaran de todo—. ¿Me sorprendes y te olvidas de mí? ¡Chica! No me gusta que me ignoren. Además, ¿es que este te importa? —señaló a Maran con una mezcla de posesividad y desprecio.

—Sí.

—Pues no debería —se carcajeó—. Tú pareces una chica normalita y sensata, y él es como yo: escoria mercenaria.

—Afrodita —intervino Etzan, frustrado por no poder hacer nada, por tener que quedarse esperando mientras Noelia intentaba rescatarlo—, déjala.

—Tranquiiiilo, guapo. No me he olvidado de que voy a hacerme un collar con tus huevos.

Noelia abrió mucho los ojos ante la aseveración de la rubia. Esta no se lo pensó dos veces y aprovechó su desconcierto para lanzarle un buen puñetazo a la boca del estómago. Acertó de lleno, con toda su fuerza aumentada. La joven, que estaba de espaldas ante el hueco de la puerta, salió despedida al almacén. Chocó contra unas cajas, cuyas aristas de plástico se le clavaron en la columna. Si no fuera por sus propias mejoras físicas, el golpe la habría dejado parálitica. Pese a todo, estaba

magullada y aturdida. Pidió a sus sistemas más droga. ¡Necesitaba la consciencia! Esa mujer era muy peligrosa y a la hora de luchar estaba mejor preparada, tanto en implantes (pues por algo era soldado) como en experiencia.

Pero ella tenía que salvar a Etzan.

Mientras las caderas de Afrodita se balanceaban hacia ella con seguridad y poder, como si fuera una puta diosa femenina y guerrera, ella le pidió todo a su organismo. No sabía si sería capaz de soportar semejante saturación de químicos y nanobots, pero no podía hacer otra cosa. Pengcheng era fuerte, siempre lo había sido, y no pensaba serlo menos ahora que tenía a alguien por quien luchar. En cuanto a las implicaciones de eso, ya las asumiría más tarde.

—Despídete del mundo, niña. Porque de él no vas a tener tiempo.

Afrodita le lanzó una patada nada más acabar su frase. Noelia la esquivó saltando sobre las cajas contra las que había caído antes, que se apilaban hacia la pared formando una especie de escalera. Mientras su oponente reevaluaba la situación, se daba cuenta de que no estaba frente a alguien sin aumentos; la joven subió por la estructura de plástico apilado hasta llegar a los estantes metálicos de la pared. Spart ya había reaccionado y la estaba siguiendo. Pengcheng arrancó una barra de acero y se giró. Su brazo impulsó la improvisada arma contra el rostro de la rubia, que paró el golpe con su antebrazo y se la arrebató con la otra mano.

La barra cayó contra el suelo, resonando metálica, donde la acababa de tirar la segunda de Bulea.

—¿Cuánto tiempo puedes mantener este estado? —su voz musical se unió al tintineo.

—El suficiente —le contestó desafiante.

—Lo dudo —replicó y saltó sobre ella, igual que un felino sobre su presa, sorteando las cajas que las separaban.

Noelia consideró rápidamente todas sus opciones, con lo cual tardó un milisegundo más de la cuenta en esquivarla. Afrodita la tiró contra las tapas de plástico sobre las que estaban y la inmovilizó con su cuerpo. Su brazo derecho presionaba la garganta de Noelia, cortándole la respiración.

—¿Sabes? Dicen que la asfixia no es mal modo de morir. En todo caso, que sepas que tu mercenario debe de estar mirándote por la puerta abierta, viendo impotente cómo mueres. Cuando acabe contigo iré a por él y, créeme, niña, voy a hacer que lo disfrute.

Por toda respuesta, Noelia deseó con todas sus fuerzas que la aguja que todavía se ocultaba bajo la porcelana de su uña siguiera cargada. Concentró toda su fuerza restante en su muñeca y logró girarla lo suficiente como para pinchar a Afrodita en la cadera. Esta la miró sorprendida. No debía quedar mucha droga, ya que no fue tan rápido como con Bulea, pero sí la necesaria, porque lo siguiente que sintió fue el peso muerto de la rubia sobre su cuerpo. Se la quitó de encima. Pidió a su cuerpo que se reabsorbieran todos los nanobots. El mareo y la debilidad la golpearon; le había



pedido demasiado a su organismo. Después, se inclinó sobre la rubia y sacó el táser que llevaba en sus caderas. Lo puso en potencia de aturdimiento y le disparó. Por fin pudo correr hacia Maran.

—¡Etzan! —gritó, pues si la pelea no había llamado la atención de los hombres del mafioso, no lo haría el que ella elevara la voz.

—Noelia, menos mal que estás bien.

La joven, sin ganas de perder el tiempo pirateando, disparó al generador de campo del camastro hasta que las tiras dejaron de inmovilizar al mercenario.

—Señor... ¿Qué te ha hecho esa zorra?

—No te preocupes —se incorporó sentado en medio de una mueca de dolor al sentir el movimiento en su torso destrozado.

—He visto una unidad médica portátil antes, al entrar al almacén. Te la traigo.

—No, espera. —Ella lo miró interrogante—. Debe de ser la que usaron antes para curarme. Vamos juntos.

—De acuerdo. Apóyate en mí.

—Noelia —bajó con cuidado del camastro—, no soy un lisiado. Además, tendría que haberte rescatado yo a ti.

—¿Qué?

La joven frunció el ceño. ¿De qué iba?

—Soy un guerrero. Mi responsabilidad era salvarte, no meterte en una misión peligrosa y dejarte tirada.

—Dejarme tirada... He de reconocer que casi lo pensé cuando te vi en la discoteca con Afrodita..., pero no fue así. Y yo estoy entrenada como espía, así que déjate de tonterías.

—No. Te he fallado.

Ella colocó sus brazos en jarras y lo encaró enfadada. ¿Pero qué cojones le estaba contando? ¿Es que era idiota? ¿O tanto le jodía que le hubiera salvado una mujer?

—Mira, hay que irse o nos van a pillar. Si no quieres mi ayuda, anda solo. Pero larguémonos. Hablamos en tu nave.

Noelia se giró y echó a andar hacia la salida. Cuando pasaron por la zona del almacén donde estaba el tecnomédico portátil, una especie de chaleco, lo golpeó con el pie para que él lo viera. Y salió afuera. Betsy los estaba esperando. Había tres tipos más apoyados contra las paredes, uno de ellos con una fea herida de láser en el cuello.

—¿Y esto? —enarcó una ceja.

—Vinieron —la androide se encogió de hombros.

Pengcheng no estaba para pensamientos complicados. Se giró para comprobar que el mercenario idiota, arrogante, anticuado y cabezota se había puesto la unidad portátil y la seguía. Después pidió a Betsy, que tenía acceso a las cámaras de la zona, que encabezara la huida.

Llegaron a la zona de la muralla inutilizada sin problemas. Salieron del complejo

(la androide llevaba un traje de vacío para Maran) y continuaron avanzando por el planetóide. La IA de la lancera no podía mandarles un deslizador, pues todos los sistemas de defensa de Bulea estaban en alerta. Por suerte, al faltar sus dos cabecillas no habían ido a por la nave de Maran, ya que nadie la había asociado con lo ocurrido.

—Agarraos a mí —les explicó Betsy—. Vamos a salir de esta gravedad y mandaré un vehículo a buscarnos en cuanto estemos lo suficientemente lejos.

No era que la joven estuviera muy conforme con eso de estar tan cerca de Maran después de su comportamiento de gallito, pero no le quedaba más remedio. Así que ancló su traje a la androide, igual que acababa de hacer el capitán. Después, la robot se impulsó hacia arriba y los tres salieron despedidos al espacio.

Tras unos veinte minutos de flotar a la deriva, un deslizador los recogió.



## **SISTEMA NAO, EXTERIORES DEL COMPLEJO DE ARMAND BULEA, DOS DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

—¿Sigues enfadada? —le preguntó Etzan a Noelia.

Estaban en la enfermería, a donde habían ido los dos nada más llegar a la lancera para revisar sus heridas. No avisaron a María de su llegada; ella estaba con su marido y prefirieron no molestarla hasta no estar a salvo, bien lejos del planeta. Habían pasado más de cuatro horas desde su huida, por lo que esperaban que, en cualquier momento, Afrodita o Bulea dieran órdenes de capturar su nave.

El seno de Pengcheng estaba perfectamente curado gracias a los nanobots médicos de su sangre, y en cuanto a Maran, la unidad portátil hizo maravillas en el tiempo que estuvieron flotando por el espacio. Así que ninguno de los dos tuvo que quedarse en la enfermería, tan solo realizar un rápido chequeo. El tecnomédico le inyectó a Noelia una solución nutriente para que se acabara de recuperar del abusivo gasto de energía que había necesitado para vencer a Spart.

—No me contestas... —continuó hablándole Etzan mientras se levantaba de la camilla donde acababan de reconocerle—. ¿Tan enfadada estás?

—Un poco.

La joven se estaba vistiendo. Al igual que a Maran, un bot le había traído ropas limpias y enteras, algo importante dado el estado de la del capitán.

—¿Por qué? ¿Porque te he comentado que tenía que ser yo el que te salvara?

Comenzó a ponerse sus pantalones de cuero.

—¿Comentado? —se enojó ella—. Bonito modo de decirlo. Más bien afirmado con toda tu soberbia seguridad. ¿Qué pasa? ¿Es que no puedo salvarme solita? ¿Me consideras acaso una inútil?

Por cómo se estaba anudando las sandalias, parecía que fuera a romperlas en vez de a ceñir su tobillo con las tiras de agua.

—Noelia, noooo. No es eso —le enseñó las palmas, exasperado—. Es que el plan

original era que tú hacías el trabajo y yo te rescataba. Además, se supone que yo soy el guerrero.

—Ah..., y tú me rescatabas. Por favor, mi instructora es más dura que tú y no necesita ni tus niveles de testosterona ni comportarse como un gallito imbécil. Es increíble que todavía haya hombres tan anticuados y machistas como tú; en Pekín, por suerte, apenas queda alguno. Adiós.

La espía se giró, con su pelo ondeando como un látigo detrás de su cabeza, y se dirigió hacia la puerta de salida.

—¿A dónde vas?

—A mi camarote.

—Ah, no.

El mercenario, descalzo y con la camisa desabrochada, se precipitó detrás de ella avanzando a largas zancadas. La alcanzó en el pasillo y la agarró por el codo derecho.

—Maran, suéltame.

—No.

Tiró de la joven haciendo que se diera la vuelta y que, con la inercia del giro, cayera justo contra su pecho. Con el otro brazo le ciñó la cintura para a continuación buscar sus labios.

Ella lo esquivó.

—He dicho no.

Él seguía presionado contra ella, con su cuerpo comenzando a reaccionar ante la cercanía de la mujer.

—Mi preciosa Noelia..., ¿sabes qué? Ya me he cansado de esquivarte, de cortejarte a mi modo, de quedarme dolorido por el deseo de tomarte, de que aparezcas en todos mis sueños y ni siquiera allí pueda darme el placer de tocarte. Se acabó, me da igual que me llames machista. Eres mía —le acabó susurrando en la oreja, ya que ella había esquivado su boca.

—¿Que soy qué? —le gritó horrorizada al tiempo que alejaba su cabeza de la boca del mercenario.

—Mía —su voz sonó posesiva y muy decidida; sus brazos la ciñeron con más fuerza.

—Yo no soy de nadie, y menos tuya, ¡oh, gran guerrero salvado por una mujer! —ironizó—. ¿Tanto te jode?

Lo fulminó con la mirada. Él aflojó su presa y la miró apesadumbrado.

—No, no me jode eso, sino haberte fallado.

Las palabras cayeron sobre Noelia como gotas de agua helada, congelando su furia, haciéndola sentirse como una tonta.

—¿Fallado? —murmuró.

—Sí, fallado —confesó él tragándose su orgullo. Le daba miedo, pero no era el momento de ser un cobarde—. Fallado por haberte mandado sola allí abajo, sin cobertura; dejándote asumir todo el peligro mientras yo esperaba tan ricamente en mi

nave; y lo único que tenía que hacer, sacarte de allí, voy y no lo hago. En vez de eso te vuelves a jugar la vida tan solo para rescatarme. ¿Acaso no es eso haberte fallado? Y me duele aún más porque eres la única mujer a la que no querría decepcionar jamás. Noelia, me importas.

Sus ojos se clavaron vulnerables en los de ella, expresándole un sentimiento que se había jurado no volver a sentir nunca. Y Pengcheng, que no sabía cómo reaccionar ante algo así, se quedó quieta, sintiendo un extraño calor en su pecho.

—¿No me contestas? —le preguntó el capitán.

Ella se tomó su tiempo, exhalando despacio el aire antes de hablar:

—Etzan, yo... Discúlpame, no lo había visto así. Aunque hay algo que me tiene preocupado...

El mercenario no la dejó acabar. Pegó sus labios contra los de ella, aprovechando que su boca estaba abierta, para saborear su lengua con la suya propia, deleitándose con el sabor de su paladar y de su aliento de un modo doloroso por la intensidad tanto de su espera como de sus sentimientos.

Noelia cerró sus ojos y se perdió en el momento. Llevaba demasiado tiempo fantaseando con uno de esos besos de Etzan; incluso había logrado olvidar el rechazo inculcado por su sociedad que la idea le provocaba en un principio. Y, ¡oh, sí!, la sensación era extraña, pero muy enriquecedora; ¿cómo definirla? Como suave, pero a la vez apasionada, íntima de un modo que solo podía calificar de perverso y erótico. Ese empujar de lenguas, ese entrar y salir, esa fricción húmeda... Era un símil tan retorcido de lo que pronto iban a hacer con otras partes de sus cuerpos que le resultaba difícil entender que estuviera poco menos que prohibido.

Jadeó.

Sus cuerpos se ciñeron más, sus brazos se rodearon, los labios se abismaron y presionaron con pasión; la creciente erección de Maran recordó a Noelia que estaba junto a un hombre que deseaba sexo con ella, enviando descargas de excitación por todo su cuerpo.

—De acuerdo —le susurró sin dejar de besarlo, sin saber si él la oiría—, llévame a tu camarote.

Mas así debió ser, porque él la levantó en volandas y la llevó a su habitación, con las piernas de la joven enganchadas en su cintura y su pecho frotándose contra su torso en una sensualidad abandonada que no hacía más que dificultarle el camino.

Y entonces, justo cuando la puerta se cerró detrás de ellos y el capitán acababa de pegar la espalda femenina contra la pared, empezaron los disparos.

—¿Maran? —se sobresaltó ella, irritada por lo inoportuno de la interrupción y asustada al mismo tiempo por lo que creía que significaba—. ¿Vienen a por nosotros?

—Dame un segundo —le contestó al tiempo que pegaba su frente contra la femenina y cerraba los ojos.

Ella sintió cómo el cuerpo del capitán se tensaba, pero no precisamente por el deseo que todavía lo recorría.

—Parece ser que sí, que han debido de despertar a Bulea o a Spart —su voz sonó extraña al pronunciar el apellido de la rubia— y vienen a por nosotros. Si es que nos ha llevado demasiado tiempo a la deriva por el vacío hasta que nos recogió la lancera...; una pena, me hubiera gustado estar bien lejos para entonces.

Lo cierto era que apenas habían comenzado a acelerar. Ya no se hallaban dentro del alcance de las defensas del planetoide, pero todavía estaban lo bastante cerca de este como para que sus naves pudieran ser una amenaza. Como efectivamente lo eran, varios destructores con sus cazas desplegados les estaban disparando.

—Bueno, entonces te dejo para que te encargues de esto.

Noelia intentó separarse del abrazo del capitán, pero no pudo. Sus manos seguían sujetándola, su pene apretado contra su vagina a través de sus ropas y la espalda de ella voluntariamente arrinconada contra la pared, con sus piernas elevadas en alto.

—¿Maran? —se extrañó.

—Tranquila, mi nave puede adoptar maniobras evasivas sin mi ayuda. Y con el nuevo motor, los dejaremos atrás en seguida. Hasta ahora, estábamos en una progresión normal de aceleración, nada excesivo para no llamar la atención; pero como vienen a por nosotros, nada nos impide aprovechar todo el potencial de vuestro motor.

Acercó sus labios a los de ella, con algo de rudeza, como excitado ante la posibilidad de hacerle el amor mientras se jugaban la vida en una persecución espacial.

Ella le correspondió con un fuego renovado, enardecida al sentir la pasión que lo recorría a él. O al menos lo hizo durante unos segundos, hasta que el sentido común volvió a llamar a su mente.

—Pero... ¿no va tu nave a acelerar mucho para escapar?

—Noelia..., ¡piensas demasiado! —la sostuvo con uno solo de sus brazos y dirigió la mano hacia sus pechos, acariciándolos—. Esa aceleración no nos va a afectar, no con las medidas de tu motor. Ya estamos en ello y ni te has percatado. Por ahora no vamos a aumentar drásticamente nuestra velocidad, pues con un poco más será suficiente y yo podré seguir haciéndote esto —con sus dedos anular y corazón capturó el pezón a través de la tela que lo cubría y comenzó a frotarlo; ella respondió con un jadeo ahogado—. No te preocupes, no va a recubrirnos ningún sistema de sujeción sin que yo lo autorice; no tengo ni la más mínima intención de cubrir tu cuerpo con algo que no sean mis manos —acabó bajando la voz, enronquecida y provocativa; tirando con fuerza del pezón mientras buscaba otra vez su boca y apretaba aún más su cuerpo contra el de ella.

—Eres un insensato —consiguió decirle pese a estar besándolo.

—Solo cuando estás demasiado cerca.

Ella ya no protestó más. En vez de eso, arqueó como pudo la espalda, pegándose más a él, sintiendo cómo ardía su pecho, cómo se clavaba la otra mano de él en sus caderas y se tensaban sus músculos por el esfuerzo de sujetarla. Le encantó. Había un

componente de confianza inexistente en sus experiencias sexuales anteriores: el saber que él controlaba la huida a la vez que el juego entre ambos. Bueno..., eso quizá no tanto: le mordió el labio hasta hacerle un poco de sangre. Jadeó ante el asombrado gruñido de él. No pensaba dejarle tener la iniciativa sin luchar. Pero no pudo. Maran la sorprendió soltando su pecho para cogerla mejor de las caderas y llevarla a su cama, sobre la que se derrumbó con ella debajo. Era muy posible que a los dos les faltara algo de sentido común, por no estar poniendo toda su atención en la huida; pero, todavía con gran parte del subidón de pelear por seguir vivos en el planetaide, Noelia no tenía nada que objetar a lo que el mercenario tenía en mente para relajarla. Aunque no iba a ponérselo tan fácil... Se inyectó bots y lo empujó, tirándolo de la cama al suelo y cayendo ella justo encima. Después, se carcajeó mientras lo recorría con la vista muy despacio y muy interesada en lo que veía: un hombre en perfecto estado físico, con una camisa desabrochada y unos pantalones de cuero que parecían a punto de reventar por su palpitante erección. Poder..., justo lo que a ella le gustaba.

El problema fue que justo cuando iba a comenzar a usarlo, a aprovecharse de tener a semejante hombre inmovilizado bajo sus muslos, él la sorprendió hablando de lo último que pasaba por su mente:

—¿Estás convencida de hacerlo a mi modo, preciosa? —su voz sonó ronca y curiosamente las palabras, pese a lo inesperadas, le provocaron un delicioso estremecimiento de anticipación.

«Hummm», pensó la joven, «a su modo... Entonces, hay algo que yo quiero aclarar primero. Tú lo has querido, guapo. Podrías haberte limitado a tenerme».

—Sí, pero antes... —sonrió ladina al tiempo que movía sus caderas y dejaba que la dureza masculina se le clavara un poquito más— hay una cosilla.

—Dime.

—Afrodita.

El nombre fue tan efectivo para Maran como el puñetazo que esta le había dado en la mandíbula. Soltando un juramento en voz baja, intentó relajarse bajo el peso del cuerpo de Noelia, que seguía sentada a horcajadas sobre sus caderas, con sus brazos sujetando los suyos.

—Tienes el don de la oportunidad, ¿lo sabes, verdad, cariño?

Hasta frustrado sonaba *sexy*. Pero Pengcheng no quería cabos sueltos antes de permitirse entregar su corazón a alguien, porque comenzaba a sospechar que era eso lo que estaba en juego. Podía parecer una locura, tras conocerlo desde hacía tan poco tiempo, pero ese hombre había logrado enseñarle un mundo nuevo.

—Lo siento, es necesario. Os vi en el burdel por una pantalla. Ella estaba a punto de besarte.

—¿Es eso? Entonces, descuida; le supo tan mal mi rechazo que lo que me dio no fue precisamente un beso —le aclaró irónico—. Fue tal golpe que me dejó bailando varios dientes.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Me lo dijeron unas de las chicas del mafioso y, en fin, tras ver lo que estaba haciendo contigo en esa camilla, no me resulta difícil creerlo. Mi problema es que, al principio, cuando os vi allí a través de la pantalla, me cuestioné si no me habrías vendido de verdad a Armand como un regalo para volver a acercarte a ella.

Pengcheng se había quedado inmóvil, con toda sensualidad desaparecida de su cuerpo. En esos momentos no era más que una mujer que se atrevía a confesar sus pensamientos a aquel que tenía el poder de herirla con un rechazo.

—Maldita sea, preciosa, ¿en tal mal concepto me tienes? ¿Es porque no pude probar mi inocencia en el juicio y me crees de veras un mercenario sin escrúpulos?

La miraba dolido.

—Maran, te conozco desde hace muy poco. Lo que intento saber es si en algún momento te sentiste tentado. Al fin y al cabo, ella es muy guapa, con esos pechos tan enormes y esa amplitud de caderas.

—¿Qué? —la miró anonadado—. ¿De veras crees que todavía significa algo para mí? ¿O que me resulta más hermosa que tú?

Ella soltó sus brazos e irguió su espalda, sin separar sus ojos de los de él.

—¿Y acaso no es así?

—¡No! ¡Claro que no! Ella es agua pasada, todo dolor que me pudiera quedar lo superé al conocerte. Eres una chica increíble, tanto como para hacerme desear acercarme a ti. Has derrumbado las barreras que me quedaban, y tú... Tú eres mucho más hermosa que ella.

Noelia no tenía muy claro si creerle, pero se sintió feliz y complacida.

—De acuerdo. Entiende que sospecho lo que significó para ti y por eso dudaba... ¿Puedes darme tu versión de los hechos?

De repente, una sacudida recorrió la nave.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó sobresaltada la joven.

—Hemos virado de modo muy brusco para intentar despistar a las naves que nos siguen.

—Pero...

—No te preocupes, no pasa nada —alargó sus brazos para sujetarla por la cintura y atraerla hacia sí.

Pengcheng, demostrando más confianza en el capitán de la que hablaban sus palabras, cambió el tono de voz, pasando de uno algo alarmado a otro mucho más calmado y suave:

—Maran, me pareces un hombre increíblemente sexy e interesante. Un poco arrogante..., pero es parte de tu atractivo. Te aprovechaste de mis supuestos sueños para mostrarme algo de lo que por mi cultura me estoy perdiendo. Quizá hasta me estés abriendo los ojos a facetas de mis progenitores que desconocía. Pero no puedo dar un nombre a lo que siento sin saber qué me ocultas, aunque sepa por dónde van los tiros.



El corazón de Etzan se aceleró. ¿Dar nombre a lo que ella sentía por él? Hacía horas que había eliminado toda renuencia a abandonarse por completo a sus sentimientos por ella, en concreto en esas largas horas en las que no había sabido si algo no habría salido mal y la habría perdido. La miró con dulzura y decidió que no tenía mucho sentido seguir haciendo como si nada hubiera pasado con Afrodita hacía años, en aquel aciago día.

—Ya sabes que yo era un joven idealista alistado en el ejército de la Federación. Mis acciones valerosas, temerarias según quién las juzgara, me sirvieron para ganarme el grado de teniente. Pero a ella la conocí antes, cuando yo era sargento. Era una joven soldado que estaba bajo mi mando, dulce y hermosa. O así lo aparentaba —un deje de amargura tiñó su voz—. Cuando pasé a ser teniente se atrevió a confesarme su amor, envalentonada por lo que había hecho para salvar a una mujer y sus hijos. Me susurraba exactamente el tipo de palabras y promesas de amor eterno que yo quería oír. Entre mis colegas hubo quien me advirtió de que no era más que una oportunista, y ella se las ingenió para que yo cambiara de amigos. Fui un necio, lo sé; pero no me di cuenta hasta que no me apresaron por traición. Rob me demostró que valía más que yo: no solo no me guardó rencor por haber desoído sus consejos y haber dejado de frecuentar su compañía, sino que además ayudó a mis hermanas en el juicio. Él se encargó de buscar a los detectives que refutaron las pruebas falsas que Afrodita dejó apuntando hacia mí. Sí, mi supuesta enamorada me había traicionado, vendido, por un postor mejor.

La voz de Etzan le hablaba a Noelia de tristeza y remordimientos. Aliviada, se dio cuenta de que había juzgado bien al capitán, que no era frío y calculador, que no la había engañado. Apretó sus manos entre las suyas. Podía parecer ridículo, pero hasta ese momento no desechó el resquemor de que la hubiera utilizado para volver a acercarse a Afrodita, aunque el tiro le hubiera salido por la culata cuando ella lo apresó. Esas horas sola en el burdel habían sido muy duras y, tenía que reconocerlo, había pensado demasiado. Sonrió. Parecía que Etzan de verdad quería algo especial de ella. Su sonrisa se tornó algo triste cuando escuchó todo lo que él había pasado. Deseó poder ayudarle a aceptar toda esa culpabilidad reprimida, ese arrepentimiento que estaba claro que le había hecho recluirse en una nave y aceptar misiones suicidas. Se inclinó hacia él, lo soltó, alargó la mano y rozó su rostro, la curva de sus pestañas, las sienes, los orgullosos pómulos. Bajó hacia la base de su nariz para subir despacio por ella y luego sumergirse hacia la curvatura demasiado seria de esos labios tan sugerentes y masculinos. Él cerró los ojos ante su contacto, profundizando aún más en sus recuerdos. Y para la joven, el tacto algo áspero de sus rasgos le recordó al contacto magnético de sus dedos, como si una vez que se hubiera pegado a su piel no pudiera separarse.

—Afrodita, al ver que yo me negaba a recomendarla para un ascenso que no creía que mereciera (entiéndeme, era buena conmigo, pero no tenía lo que hay que tener para ser un oficial), decidió cambiar sus apuestas. Y por lo visto le ofreció al

traficante de armas Bulea un jugoso trato: un prototipo de la nueva arma de mano de la Federación a cambio de un puesto en sus tropas asalariadas. Ella sí que tiene alma de mercenaria. Y ya viste el resultado: Afrodita de segunda al mando y yo juzgado. Me libré de la cárcel porque no pudieron verificarse las pruebas, pero mi expediente quedó manchado. Rob me ofreció dejar el ejército y que montáramos juntos una compañía de guardaespaldas; no acepté, no podía hacerle eso, ser soldado es su vida; así que me pasé al bando de los que luchan por dinero. —Noelia sintió empatía con cada una de sus palabras, acercó sus labios a su cuello y comenzó a darle besos; él continuó abriéndose—. Por lo menos, así podría seguir protegiendo a los míos y además cobrar por ello. Y en cuanto a Afrodita... Te puedo asegurar que lo último que deseaba era volver a encontrármela, para nada. Rechacé su proposición de pasar un buen rato y me golpeó. No hay mucho más que contar, la siguiente vez que la vi fue en la celda y estando yo inmovilizado.

—Shhh... Relájate. Ya pasó.

Los besos de la joven pasaron a su rostro, mientras acariciaba sus sienes con suavidad, hipnotizada tanto por sus palabras, reveladoras de todo lo que había estado reprochándose tantos años, como por el tacto de la piel masculina.

—¿Shhh, ya pasó? —por unos instantes, su masculina vitalidad volvió a sonar arrogante en su voz—. No soy un niño. Ni una mascota.

—Pero es verdad, ya pasó...

—Noelia...

Ella acercó los labios a su oreja para contestarle:

—Tengo un regalo para ti. Algo que puede hacer que tu nombre quede limpio, tu honor restablecido. Pero primero...

Su mano, provocadora, se deslizó hacia la garganta masculina, jugando con el cuello de su camisa, bajando los dedos hacia su pecho y enredándolos, tentadora, en los cortos rizos que lo cubrían, mientras se humedecía los labios al considerar la enorme cantidad de ropa que le sobraba en esos momentos al mercenario.

—¿Un regalo? —preguntó este; su mente estaba todavía demasiado aturdida por los recuerdos como para asimilarlo.

—Luego. He tomado unos datos de la memoria de Bulea que creo que pueden ayudarte a limpiar tu nombre. Pero ya los veremos más tarde.

El cuerpo de Maran pareció revivir bajo esas palabras. Toda su energía, que se había ido al nombrar a la zorra de Afrodita, volvió de golpe. Y una risa, ronca, poderosa, fuerte, como las sólidas piedras bajo una cascada al ser golpeadas por el rugir del agua, emanó de su garganta:

—Noelia..., eres única. ¿Me permites que te lo demuestre sin palabras?

Aprovechó que ella estaba distraída para agarrarla por la cintura; después se incorporó y se quedó sentado, con ella a horcajadas sobre sus caderas, sus largas y esbeltas piernas a ambos lados del cuerpo del capitán. Sus carcajadas se transformaron en un gruñido extasiado cuando ella sonrió y comenzó a moverse,

provocadora; sus pechos contra su torso y su pubis contra el de él, que se endureció aún más.

—¡Ops!, ¿no deberías estar vigilando a tu IA? —recordó de repente.

—Debería... Aún no hemos salido del alcance de los misiles. Pero mi nave puede acelerar y lanzar contramedidas sin mi ayuda. Además, si vamos a morir, quiero que sea en tus brazos.

Un latigazo olvidado de adrenalina recorrió el cuerpo de Noelia. No tenía remedio. Quizá, después de todo, estuviera hecha para vivir al límite entre las estrellas.

La joven silenció esos apetitosos y maleables labios tan varoniles con un beso. A juzgar por el jadeo que le arrancó a Maran, estaba aprendiendo rápido cómo profundizar en su boca, explorar su paladar y mordisquear sus labios. «Hmmm, ¿cómo puede algo tan delicioso estar tachado de inútil y arcaico?», se dijo. Al mismo tiempo, aprovechó que él ya no tenía la espalda contra el suelo para deslizar la camisa por sus hombros. Después, separó sus caderas la distancia justa para llegar con sus dedos al cierre del pantalón de cuero y continuó con su tarea de desnudar al mercenario. Este, en respuesta, comenzó a deslizar el vestido de Noelia, arrugado a la altura de sus muslos, hacia arriba. Con sus fuertes manos recorrió sus piernas, sus glúteos y sus pechos. Lo hizo despacio, deleitándose en la suave sensación que le transmitía la piel de la mujer en contraste con la tela del vestido. Cerró los ojos para imaginarse mejor la que estaba quedando al descubierto. A continuación, dejó un segundo de besarla para quitárselo por la cabeza y mientras volvía a sus labios, la observó con descaro. Tan solo llevaba una fina prenda negra que insinuaba justo la parte más interesante de su anatomía; por lo demás, estaba desnuda en toda la belleza de su cuerpo, de su vientre plano y sus pechos pequeños pero llenos, igual que la recordaba de aquella noche. La observó con deleite mientras ella se giraba para quitarle los pantalones; era una maravilla cómo el tanga resaltaba su trasero en pompa. Era preciosa, con ese cuerpo tan proporcionado y excitante cuyas nalgas le tentaban mientras intentaba levantarle un pie para sacar una pernera de cuero.

—Ya lo hago yo —reverberó la risa de Maran en su pecho.

—Esto no es tan complicado en Pekín. Allí con soltar la bragueta basta —le contestó con una sonrisa socarrona que él no pudo ver.

Debajo del pantalón, el mercenario no llevaba nada. No había nada que ocultara su pene, que se erguía hacia ella haciendo que a la joven le entraran unas ganas terribles de sujetarlo, sentir su dureza y suavidad, humedecerse los labios y apretarlo justo en la punta, sentir cómo Etzan reaccionaba ante su contacto... Era enorme, más de lo que imaginaba, y con o sin Supersex decidió que cualquier exploración detallada podía esperar: ahora lo único que deseaba era poseerlo, tenerlo muy dentro de ella y ya. Dirigió sus manos a su propia lencería negra, la rasgó de un tirón con su fuerza aumentada, agarró a Maran por las caderas y lo puso contra la pared de un empujón. Después, clavó las uñas en sus fuertes hombros y se levantó hasta que sus

rodillas se ciñeron a ambos lados del cuerpo masculino y su vello púbico quedó en contacto contra la prominente masculinidad del guerrero. Arqueó la cabeza hacia atrás, rozándose sus pezones contra el suave vello del pecho masculino, y jadeó con deleite. Lo sentía, fuerte y vibrante, contra ella, y estaba a punto de saber cómo era tenerlo en su interior. Lo miró a los ojos, poderosa, sensual y desafiante. Dejó escapar tan solo una palabra que fue más bien una orden:

—Ahora.

—No.

La respuesta la hizo sonreír con anticipación. ¿Es que ese hombre quería ponérselo difícil? No le importaría nada echarle un pulso físico a un guerrero tan increíblemente *sexy* como su mercenario. Apretó con más fuerza sus rodillas y comenzó a moverse, frotándose contra él, que profirió un juramento.

—No tan rápido, cariño. He esperado demasiado tiempo para poseerte y no pienso perder el control ahora.

—Sí... —acercó su boca a la oreja masculina, echándole el aliento. Le dio un pequeño mordisco.

—No.

Con sus brazos la agarró por la cintura y se separó de la pared. No interrumpió el excitante roce de sus cuerpos, su glande contra el clítoris, que lo torturaba y tentaba como si fuera la entrada a su vagina. Se dirigió a la cama, donde la dejó caer. En ese instante, el vacío se hizo doloroso entre sus cuerpos. La mirada que ella le dirigió, clamando venganza, hizo que su pene se hinchara aún más. Iba a disfrutar con cada grito y jadeo que le arrancara. A su modo.

El mercenario se inclinó sobre Noelia, con una mirada peligrosa en sus ojos, que hizo que se estremeciera como si la estuviera penetrando, pero sin siquiera tocarla. ¿Qué era lo que Etzan pretendía?

Al instante, sus manos se posaron en su vientre, mientras sus labios comenzaron a depositar sobre su cuello una serie de besos rápidos e impactantes, como si fueran meteoros que se consumieran ardientes en la atmósfera de su piel. Sus palmas, algo ásperas, ascendieron hacia sus pechos, cruzándolos, sobrepasándolos, haciéndole sentir escalofríos que se repartieron por todo su cuerpo, para seguir subiendo hasta sus hombros y enredarse en su cabello. Ella, sorprendida por sentir tanto de un mero roce, de que su mente reaccionara ante la mirada oscura del mercenario, que parecía prometerle tantas cosas, se arqueó, libre y deleitada, mientras su boca se abría exhalando un excitado jadeo.

Maran estaba disfrutando del suave tacto de la piel femenina, de poder verla desnuda en todo su esplendor, de haber observado cómo sus pezones se arrugaban y erguían ante sus dedos, de escuchar cómo se aceleraba sin drogas.

Y entonces, justo mientras las pupilas masculinas parecían brillar divertidas, comenzó el frío. Una corriente helada invadió a Noelia, la sujetó, la inmovilizó. Intentó moverse con toda la fuerza de sus aumentos, mas fue en vano; estaba

totalmente indefensa de cuello para abajo. Miró a su oponente con desafío. Él, por toda respuesta, la besó en los labios con una lentitud deliberada, dándole su sabor, presionando con su lengua. Pengcheng le respondió capturando su labio inferior y mordiéndoselo hasta hacerle sangre. Si se creía que iba a jugar así con ella y que se iba a quedar quietecita, lo tenía claro. En cuanto el muy capullo liberara el campo de fuerza, se iba a enterar, y, mientras tanto, más le valía mantener cualquier parte de su anatomía que preciara lejos de sus labios.

Por toda respuesta, él se separó y debió de dar una orden mental, porque esa corriente helada la elevó sobre la cama un par de palmos. Maran volvió a alejarse, dejándole ver claramente, a través de su postura relajada y arrogante, así como de la peligrosa mirada de sus ojos, cómo estaba disfrutando por tenerla a su completa merced.

—Eres un desgraciado. Suéltame.

—No.

—Cuando acabes conmigo vas a enterarte de cómo las devolvemos en Pekín.

—Cuando acabe contigo veremos si te quedan fuerzas.

—Veremos.

Etzan no hizo demasiado caso a las amenazas de la mujer. Se la veía enfadada, sí, pero sobre todo excitada. En la Federación el sexo era común, pero muy aburrido; estaba seguro de que las siguientes horas iban a darle a Noelia suficiente material como para que no deseara volver a dejar a su mente fuera del juego, pues eso era la Supersex: una pastilla de orgasmos múltiples, inmediatos y devastadores que no dejaba cabida a la imaginación.

Y allí la tenía: desnuda, con los pezones tiesos por el frío y sujeta por un campo que tan solo controlaba él. Acercó sus dedos y sintió la temperatura en su mano, mientras agarraba ambos tobillos de la joven para doblarle las rodillas y abrirla las piernas.

Noelia no solo sintió sus manos en sus muslos, sino que todo el campo onduló ante la intrusión del mercenario, mandándole olas de energía por todo su cuerpo, como pequeñas descargas eléctricas. En cierto modo, le recordaba a ese roce electrificante y fantasmal que tan bien le había provocado otras veces el guerrero con sus yemas. Pero no ahora, pues Maran, tras haberla dejado totalmente expuesta ante su mirada, con las rodillas dobladas y las piernas separadas y elevadas en una postura que si no fuera por el campo sería incómoda de mantener, se estaba dedicando a acariciar su estómago de un modo firme y profundo. Sus ojos no abandonaban los hinchados labios de su sexo, y su pene, completamente erecto, parecía desafiarla al estar fuera de su alcance por completo.

—¿Te gusta lo que ves, mercenario? ¡Adelante, no te cortes! —lo retó.

Por toda respuesta, él le dirigió una mirada burlona y acercó su boca a sus pechos, sobre los que sopló, provocando que esa zona del campo aumentase su temperatura. La mujer jadeó y comenzó a respirar entrecortadamente. No se esperaba eso. No

estaba acostumbrada a la expectación ni a estar inmovilizada. Y, desde luego, nunca antes había durado tanto el sexo como para que por su mente pasaran tantas posibilidades, a cada cual más excitante y deliciosa.

—¿Hace calor, cariño?

—Suéltame.

—Imagino que sí... Enseguida lo remedio.

Su boca entró en contacto con la cima de sus pechos y al instante volvió el frío. Agujas de placentero dolor se le clavaron mientras él succionaba y tiraba de sus pezones. Iba a matarlo. En cuanto se soltara, iba a matarlo. Comenzó a gemir, de manera involuntaria, cuando él se arrodilló en la cama y elevó el campo, para colocar su pubis justo en contacto con sus caderas. Sentir su pene presionando contra ella mientras su boca succionaba y variaba la temperatura de sus pechos fue demasiado. Quería soltarse. Pero el muy desgraciado no le dejaba y estaba comenzando a frotarse contra ella mientras sus ojos, esos ojos que brillaban como nunca, la miraban fijamente y le transmitían todo su placer y deseo.

En esos instantes sintió que lo odiaba. La red sináptica en la que parecía haberse transformado todo su cuerpo, excitado más allá del delirio de las drogas, atormentándola con mil y una conexiones explosivamente eróticas, le provocaba pulsaciones de deseo tan dolorosas que se sentía al borde del orgasmo, y el muy puñetero, en vez de follársela, no hacía más que mirarla como si la estuviera retando a algo.

—¿A qué esperas, Etzan? —masculló entre jadeos.

La dureza de su miembro, cuya punta se frotaba contra el clítoris mientras el resto no dejaba de presionar la entrada de la vagina, la estaba volviendo loca. Y su maldita espira no hacía más que amplificarlo todo.

—Dímelo.

—¿El qué?

—Que me desees a mí, a mi mente y a mi cuerpo, no solo a un hombre más con el que practicar sexo.

—¿Eso es a tu modo? ¿Hacerme decir cosas raras?

—Dímelo.

Sus manos se cerraron sobre los pechos de Noelia mientras su boca se colocaba tan cerca de la suya que podían compartir el aliento.

—Estás loco.

Él cerró su boca sobre la de ella, besándola de un modo provocador y breve, para comenzar a deslizar sus labios y su lengua en línea recta hacia el pubis de Noelia. Y cuando llegó allí, siguió su camino, deteniéndose unos segundos para lamer y succionar su clítoris, hacia la vagina. Maran no sabía cuánto tiempo más podría aguantar así, tocándola y jugando con ella. Su cuerpo estaba demasiado tenso, los testículos le dolían, sentía que tenía que tomarla de una vez por todas, liberar la tensión que lo estaba volviendo loco; pero ver cómo le respondía ella hacía que su

espera mereciera aún más la pena. La joven luchaba con todas sus fuerzas para liberarse, pero era inútil. Estaba bien inmovilizada y el calor y el frío que recorrían su cuerpo, parejos con la boca del mercenario, estaban destruyendo toda su cordura, demostrándole que Etzan tenía razón, que no quería cualquier orgasmo potenciado por las drogas, sino el que él pudiera darle. A su modo. Haciéndole el amor no solo con su cuerpo, sino también con la mente.

—¡Te odio! —le gritó entre jadeos.

—¿Qué has dicho? —le preguntó mientras volvía a acercar su cabeza a la suya y, al mismo tiempo, presionaba la entrada de su vagina con su pene.

—Que-te-o-dio —silabeó.

—Yo te amo.

No le dio tiempo a procesar sus palabras: la penetró en el instante siguiente. La plenitud de sentirse total y completamente llena, de tener erotizados todos los puntos de su cuerpo, de sentirlo contra su vagina como si fuera un táser en el punto justo de la prohibida corriente eléctrica del éxtasis, hizo que se corriera. Lo sentía demasiado, lo había deseado demasiado. Pero no se fue sola; Etzan la embistió mientras ella se contraía, acompañándola en su orgasmo con el mayor que él hubiera tenido nunca, dejando de luchar por no correrse al ver el total abandono al placer del rostro de Noelia. El mercenario llevaba demasiados días fantaseando con ella, imaginándose cómo sería poseerla, y en esos momentos, al sentir sus músculos apretados contra su pene, contrayéndose y encerrándolo con fuerza, se olvidó de todo y se dejó llevar, total y absolutamente, derramándose en ella mientras sus manos se clavaban en el trasero femenino con fuerza. Y gritó. Gritaron los dos.

El campo desapareció. Él la sujetó por las caderas de tal modo que los hombros y la cabeza de ella fueron lo único que cayó sobre las sábanas. Mas ella ni siquiera acusó el golpe, pues su mundo ya no tenía sentido fuera del calor de Maran, de ese hombre que le había dado el mejor polvo de su vida y sin siquiera media pastilla.

Él se derrumbó contra ella, con sus labios apoyados en los suyos, y susurró contra estos:

—Te quiero.

Noelia no pensó. Se dejó llevar por los sentimientos, por ese anhelo que parecía elevar a su pecho junto las estrellas, como si lo que más desease en el mundo fuera poder tocar el alma de Etzan.

—Te quiero —le contestó.

Él la besó emocionado, con ternura. Llevaba demasiado tiempo esperando esas palabras. Y también su cuerpo. Su miembro comenzó a despertar otra vez, todavía dentro de la joven. Mordisqueó sus labios. Recibir el aliento de Etzan hizo que Noelia volviera a sumergirse en esa vorágine de posibilidades y deseo de la que acababa de salir. Entonces, se dio cuenta de que estaba libre y de que el muy desgraciado se la había jugado bien.

De acuerdo. Se había dado cuenta de que el sexo podía ser más que la mera unión

de dos cuerpos buscando un fácil desahogo. Que podía ser una caricia a su corazón que la hiciera sentirse especial y única; o un anhelo por fundirse con él hasta habitar su cuerpo. Había admitido que lo amaba, algo que iba en contra de su sociedad, pero que ahora veía claro estaba en la relación de sus propios padres y en la educación soterrada que había recibido de niña. Y sí, ese sentimiento era algo maravilloso y sobrecogedor, que le abría un mundo inmenso más allá de la ceguera individual con la que había nacido. Era como el canto de las estrellas. Era AMOR. Con mayúsculas. Esa palabra olvidada capaz de hacerla sentirse tan viva. Pero, pese a todo eso, no olvidaba que el muy bribón se la había jugado. Y ahora le tocaba a ella. Podría no contar con la ayuda de la IA, pero no la necesitaba. Aprovechó el elemento sorpresa para rodar sobre el colchón e inmovilizar a Etzan bajo su peso. A continuación, lo sujetó de tal manera que no pudiera moverse y alargó el brazo derecho para rozar con el brazalete que era su PTI el pecho del mercenario. Al instante, una firme correa de polímero comenzó a fluir, sujetando al hombre contra la cama. Sin perder su presa, hizo lo mismo con sus brazos y piernas. Maran, algo lento en sus reacciones al estar todavía sonriente porque ella lo amaba, intentó impedirselo. Mas fue en vano, pues la PTI especial que ella llevaba al ser estudiante de Inteligencia estaba provista de un polímero muy resistente que se había fijado al colchón.

—Preciosa..., esto es jugar sucio, ¿no crees? —enarcó una ceja, divertido.

—¿Sucio? Prométeme que vas a mantener a la IA fuera, nada de ayuda externa. Hazlo.

Se acercó a él, desnuda y tentadora, con los pezones erguidos y los labios curvados en una sonrisa que prometía venganza tanto si lo hacía como si no. Etzan se excitó aún más tan solo de verla así.

—De acuerdo.

—Genial.

Le dio una palmada en las caderas y se dirigió fuera de la habitación, sin molestarse en vestirse primero. Y él la observó irse anonadado, empalmado y anonadado, admirando al mismo tiempo la fuerza, la sensualidad y el descaro con los que ella se movía mientras le daba la espalda y salía de su camarote.

Pero su espera no duró demasiado, tan solo el tiempo que le llevó a la joven ir a su cuarto a por su sintetizador de ropa y alguna cosilla más. A los pocos minutos la voz femenina se oyó desde el otro lado de su puerta.

—Mercenario, pide que se atenúen las luces.

—Has vuelto...

—Pídelo o me voy —su voz sonó dura y decidida.

Maran así lo hizo.

Y entonces ella abrió la puerta y entró dentro, vestida con una serie de tiras de cuero que apenas cubrían sus partes más íntimas, algo así como su propia versión de la ropa del prostíbulo. Pero mucho más provocadora, mucho más sensual y, sobre todo, mucho más suya. Porque en el contraste del negro de las correas que la cubrían



y el blanco de su piel, junto con su modo de moverse, residía una parte de la joven muy peligrosa, el de aquella que está descubriendo el poder que da ser mujer. Se acercó a él mientras sacaba la daga del tahalí que llevaba en el muslo derecho.

—¿Quién está indefenso ahora?

Se humedeció los labios, provocativa, mientras pasaba el filo de la daga por el pecho masculino, creando un minúsculo hilillo de sangre que ella sabía sus nanobots médicos curarían en el acto. Maran la miró con deseo, devorándola con sus ojos.

—¿Te gusta, guapo? ¡Pues aún no has visto nada!

Seguidamente, la joven se dio la vuelta y paseó por la habitación, provocadora, mostrándole cada ángulo de su piel, prometiéndole el éxtasis con cada movimiento. Después, estableció contacto visual y curvó su boca con desafío, dejando que de ella saliera una carcajada de deleite. Se estaba divirtiendo como nunca. Y acercó la boca al cuello masculino, que besó saboreando su calidez salada. Ascendió a sus labios y allí se quedó capturada por la vehemente y pasional respuesta del mercenario, cuya boca succionó la suya, le tomó la lengua, mordisqueó la piel... y, sobre todo, sus jadeos penetraron en su cuerpo y en su cerebro, haciendo que se le olvidara todo menos ese guerrero que estaba atado en la cama y deseando tirársela. Se separó de su boca para llevar la suya propia hacia el suave y palpitante pene, que de repente reclamaba toda su atención. Lo tomó con la boca, lo lamió, presionó su entrada para recoger las gotas de deseo que se le escapaban, sintió el sabor picante explotar en sus papilas gustativas, en su mente, en la espiro, en todo su cuerpo tenso y anhelante. Se estremeció. Lo sintió moverse contra sus labios mientras él jadeaba. Ella era poderosa, era la hembra que lo tenía justo donde deseaba mientras lo retaba a abandonarse a las sensaciones, a perder el contacto visual. Pero él seguía allí, mientras su boca jadeaba y sus músculos se tensaban de deseo. El mercenario le sostenía la mirada, sin apartarla de sus ojos, sintiendo el terciopelo de sus labios, así como la mano femenina que estaba recorriendo toda la longitud de su miembro. Nunca había estado con una mujer que fuese a la vez tan dulce, sexy y desinhibida. Y eso... ¡Cómo le ponía eso!

—Ahora toca a mi modo.

Noelia agarró más fuerte la daga y cortó todas las ligaduras que lo sujetaban, menos la del pecho. A continuación dirigió el filo contra su cuello, conminándolo a no intentar nada, y metió la mano en una de las correas de sus pechos, pero no para acariciarse, sino para sacar una pequeña pastilla blanca, que le enseñó y colocó en su boca. Acercó la daga más a su cuello mientras le decía: «Traga».

Maran, excitado por la iniciativa y la oscura seducción de la joven, dejó atrás sus prejuicios sobre las drogas y se tomó la Supersex. Al instante se sintió inundado por un inmenso deseo y acercó sus brazos y piernas a la joven, sin importarle la daga. En esos momentos, su sexo hinchado y la joven que estaba a su lado eran todo lo que existía. Noelia, tras tomarse otra, tiró el arma al suelo y de un movimiento brusco permitió que él la penetrara. Una electrizante red de placer los hizo jadear al unísono.

Para Noelia fue como si las estrellas titilaran como alfileres ardientes dentro de ella. Fue mucho más que cualquier otra vez que la hubiera tomado, pues ahora era su mente y no la droga quien tenía el control. Siguió sosteniéndole la mirada, negándose a irse pese a las embestidas brutales con las que el mercenario la estaba obsequiando. Notaba que él luchaba del mismo modo, así que dejó que su espalda se arqueara más, que sus labios se entreabrieran y dejaran escapar los gemidos que la recorrían, que su boca susurrara su nombre... Y, entonces, él no pudo más; cerró los ojos y se abandonó al orgasmo. Ella gritó e hizo lo mismo, sintiéndose poderosa, sintiéndolo dentro, inmenso, ardiente, rugoso y electrizante. Después buscó su boca, se perdió en su aliento, respiró el mismo oxígeno que él desechaba y notó cómo su pecho se expandía glorioso. Lo amaba, sí; pero no pensaba repetírselo. En vez de eso, siguió moviendo sus caderas, buscando que él continuara embistiéndola, algo sencillo gracias a la Supersex. Las manos de Maran sujetaron sus glúteos, la elevaron y la bajaron con brusquedad. Sus ojos volvieron a perderse en los suyos, velados por la pasión y el deseo.

Se fundieron una y otra vez más. Sus cuerpos ardiendo en la espiral de los orgasmos sostenidos. Nada importaba más que ellos; incluso para Noelia, la posibilidad de que una de las naves enemigas pudiera acertarles y hacerles estallar en mil pedazos no habría sido más que un modo glorioso de morir. De repente solo estaban ellos, como dos partes de la misma unidad, compartiendo sus sensaciones, sus sentimientos, sus jadeos de placer. Porque en algún momento indefinido los impulsos de sus espiras se habían mezclado, sus ondas cerebrales llegaron a la parte cibernética del otro. Jamás les había ocurrido algo igual, pero ambos lo aceptaron como un regalo más. Vieron sus propios cuerpos desde dentro y desde los ojos de su pareja, sintieron la carne que penetraba y la que ceñía, se volvieron medio locos en un mundo donde las sensaciones físicas eran tan arrebatadoras que les impedía pensar. Se aferraron mutuamente, se devoraron, gritaron consumidos por el éxtasis una y otra vez. Explotaron, gritaron sus nombres y los oyeron sin saber si era en su cerebro o en sus oídos. Estallaron, como podría hacer algún día esa supernova doble a la que se dirigían, como dos cuerpos celestes de gloriosa vida efímera, una y otra vez.

Y cuando volvieron a la realidad, una vez la química de la droga se hubo disipado consumida por sus metabolismos acelerados, sus cuerpos sudorosos se hubieron abandonado al cansancio de la plenitud y sus espiras dejaron de estar conectadas, Noelia escuchó su voz en el vacío que se creó entre ellos. Y fue lo más dulce que jamás le hubieran dicho:

—Te quiero. Gracias por existir a mi lado.

Sus labios se habían cerrado sobre los de ella, pronunciando las palabras de un modo casi inaudible, condensando la sobrecogedora realidad del momento.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de la joven, mientras su pecho temblaba, sentada encima de su guerrero, sus senos apretados contra su torso, resbaladizos y húmedos sus cuerpos. En esos momentos, lo aceptaba todo; lo

aceptaba a él y a su cultura.

—Eres un sueño imposible, preciosa. Lo sabes, ¿verdad? —le preguntó mientras sus dedos acariciaban sus mejillas, siguiendo el riachuelo de las gotas que parecían querer celebrar el motivo de la vida.

—Tú sí que lo eres. Gracias por enseñarme lo que no conocía, lo que mi mundo ha desdeñado.

—Shhh, no es el momento de hablar de política. Tú solo abrázame. Y gracias a ti, mi dulce Noelia, por recordarme que hay mujeres que sí merecen la pena.

—Oye... —comenzó a protestar.

Él la silenció con un beso tan tierno que le arrancó aún más lágrimas.

—Solo tú. Siempre has sido tú. Solo que yo aún no te conocía.

Ella se estremeció.

—No llores, preciosa.

—Es que soy feliz.

—Te quiero.

¿Cómo podía ese hombre ser a la vez tan fuerte y tan profundo? ¿Tan duro y provocador, pero tan capaz de amar con toda la vulnerabilidad que su ser ocultaba al resto del mundo?

—Te quiero.

La llamada a la puerta los sorprendió allí, abrazados. Con un juramento nada erótico, Etzan contestó a la llamada:

—¿Sí?

—Capitán, soy Betsy. Déjeme pasar.

Antes de que pudiera decirle a dónde podía largarse, Noelia le lanzó una mirada conminatoria y se incorporó, sintiendo el aire entre los dos; pero todavía con sus cuerpos y almas recordando las sensaciones de estar unidos, de ser parte de un todo mucho más pleno y profundo.

—Un segundo.

Se vistieron con rapidez, mientras la cama se reintegraba en el suelo de la cámara.

—Pasa.

Con los cabellos revueltos y las mejillas femeninas demasiado encendidas, de pie en medio de la habitación, observaron cómo se deslizaba la puerta para dejar pasar a Betsy.

La androide entró con su habitual paso desmañado, como si estuviera a punto de tropezar o deshacerse en pedazos, y se quedó mirándolos.

—¿Qué ocurre?

Betsy intentó encogerse de hombros, consiguiendo tan solo una exagerada aproximación a un gesto tan humano.

—¡Uy...! ¿He interrumpido algo?

—Ya —contestó mordaz Maran. Como si la IA no tuviera ojos en todas partes—. ¿Qué ocurre? —repitió.

—He pensado que querrían saber que ya estamos fuera de peligro. De hecho, desde hace más de media hora.

—¿Y tenías que venir en persona a decírnoslo?

—Pero capitán —abrió mucho sus metalizados ojos—, como si usted no hubiera dejado de atender a la IA...

Noelia se echó a reír. No pudo evitarlo. Era eso, o comenzar a sentirse muy incómoda. Su risa, fresca y femenina, como agua ante los todavía sedientos oídos de Etzan, barrió el sobrecargado ambiente. El ser humano podía elevarse a las estrellas, pero siempre había de volver a la tierra, a un lugar más acorde con su tamaño, por más que su mente fuera capaz de, si era afortunada, paladear lo divino.

—Betsy..., creo que empiezo a atar cabos contigo. Llevo tiempo dándole vueltas —comentó Noelia como si nada cuando acabó de reír. Quizá el haber compartido los pensamientos de Etzan le había dado acceso a más de lo que sospechaba—. No creo que seas una mala copia defectuosa de la IA. Maran volcó en ti la IA de su antigua nave del ejército..., algo que nadie hace. Hum... Eres la IA, ¿verdad? Y me estoy refiriendo a una Inteligencia Artificial de verdad, una que evolucionó y encontró esa chispa vital al lado de Etzan. Había oído hablar de casos similares, pero los había considerado meras leyendas, pensaba que la evolución necesitaba unos cuantos cientos de años más.

Ante la sorprendida expresión del mercenario, por un momento los ojos de la androide brillaron, agudos, mientras su cuerpo se erguía y se parecía más a la maquinaria de precisión que sin duda, como todo robot, era.

—He de decir que eres un poco metomentodo y puñetera. Pero me caes bien —concluyó Noelia.

Etzan seguía contemplando a la joven con desconcierto. Había atado muy bien los cabos. De ahí a que se preguntara si su IA podría haberse saltado las leyes de la robótica para salvarlo..., solo un paso. Tendría que contárselo, podía confiar en ella aunque fuera de Inteligencia, pero mejor otro día.

La androide Betsy, ajena a sus reflexiones, seguía hablando con Noelia:

—Si fuera lo que dices, te diría que eres demasiado lenta seduciendo al capitán. Que no estaba de más alguna ayudita. Pero claro —el brillo se apagó del todo en sus ojos y volvió a ser la misma androide desmadejada de siempre—, qué va a saber la pobre Betsy de eso. ¿Quieren una bebida relajante? ¿O no creen que, ahora que ya ha pasado el peligro, no va siendo hora de sacar a la señora Torres de la red para informarle de que todo ha salido bien? ¿O qué tal contestar a la llamada del señor Escartín, que, por cierto, los ha ayudado a acabar con una de las naves que no había manera de despistar?

—Ehhh... —balbuceó Noelia.

«Joder», pensó la joven. «¿Rob? ¿Ayuda? ¿Y mi madre? Me había olvidado de ese pequeño detalle. Aunque, claro, dudo mucho que ella pueda reprocharme un pequeño retraso».

—Dale un toque a la señora Torres. Dile que la veremos en quince minutos. Y a Rob dale las gracias y pídele que se pase a vernos.

—¿Desean algo más?

—Betsy...

La androide miró burlona al capitán:

—¿Sí?

—Vete. Ya.

Con su paso vacilante, donde cada pie parecía ser capaz de pisar al otro, salió de la habitación.

—¿Quince minutos? —se extrañó Noelia—. No nos cuesta tanto llegar. Ni a la sala de mandos ni a la de esparcimiento. ¿A cuál de las dos va a ir María? —lo miró interrogante y siguió elucubrando sin darle tiempo a contestar—. A no ser, claro, que vayas a usar esos minutos en hacer una llamada. ¿Es eso? ¿Primero quieres hablar con tu amigo, antes de que venga a la lancera?

—Olvídate —le dedicó su sexy, lenta y demoleadora sonrisa—, no es nada de eso lo que estoy pensando.

La miró tan seductor que aceleró su corazón al instante, haciendo que su mente recordara todos y cada uno de los roces y fricciones que acababan de compartir.

—¿Maran?

—Creo que tenemos tiempo para uno de esos rapiditos de tu Tierra. Te dejo a ti elegir si tomamos pastillas.

Le sonrió y la levantó entre sus brazos antes de que ella pudiera contestarle, decirle lo encantada que estaba de que se hubiera dado cuenta de que la Supersex tampoco estaba tan mal, que se podía introducir en el juego. Aunque, como pronto comprobó por la rapidez de las manos y la boca masculina, para nada desconocía Maran eso de ir al grano.

Sonrió.



La Universidad de Londres publica un estudio que demuestra que las fobias ciudadanas iniciales al control gubernamental no están tan erradicadas como se cree. El estudio relaciona la pérdida de intimidad asociada a la conexión a las redes planetarias y la implantación del dinero electrónico, vía pantalla, con el nacimiento del mercado negro de dinero. «Por más que parezca increíble», nos comenta el rector de la Universidad, «hay a quien no le gusta la otra cara de la comodidad de acceder a la red desde un PTI con número de serie. Ni de la publicidad inteligente y orientada a los hábitos de consumo de cada individuo. Estos ciudadanos desarrollan una leve sociopatía y no están de acuerdo con que la pérdida de intimidad no fue más que un

paso en la evolución social». El informe está en manos de la Universidad de Medicina de Pekín, donde se están estudiando nuevos indicadores bioquímicos para poder detectar y tratar a dichos ciudadanos, a través de los análisis sanguíneos diarios realizados por los tecnomédicos. Se trata de suministrar nuevas recetas a sus tecnomédicos antes de que puedan hacerse daño a sí mismos o interferir con el derecho al ocio y a la red de otros ciudadanos.



Se recrudecen las presiones populares contra el gasto de dinero en la Guerra de los Artefactos. Los nuevos avances tecnológicos que el Gobierno asegura estarán pronto disponibles no pueden contra el miedo «a llamar demasiado la atención», ya sea de los ápsores o de esa misteriosa raza alienígena que les supuso una amenaza.



El equipo científico del Templo se niega a volver. «El aumento de las emisiones de viento solar por unidad de tiempo es cada vez mayor. Todo indica que esta vez Eta Carinae se va a convertir en una hipernova», comenta su portavoz. «Puede que sea una oportunidad única de entender mejor la generación de estrellas y otros fenómenos como la radiación gravitacional, pero nosotros no vamos a volver».



Una diseñadora de jardines urbanos arrasa en Mares, el casino principal de Venus. Se lleva más de ochenta mil millones de yuans.



## SISTEMA NAO, DOS DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAUE A ETA CARINAE

—Hola, madre. ¿Qué tal estás?

Noelia intentó sonar lo más normal posible, como si su madre pudiera adivinar las palabras «enamorada» y «sexo significativo» con tan solo mirarla.

—Mejor que nunca.

La señora Torres los esperaba sentada en la sala de esparcimiento, con una sonrisa beatífica y soñadora en su rostro que no cambió al verlos aparecer. No se había enterado de nada y ni siquiera se sorprendió ante el pelo teñido de su hija, pues ya lo había visto cuando esta se estaba preparando para su misión como «camarera». Lo cierto era que, quitando el golpe de haber salido en las TwN, esa aura de tristeza que acompañaba a María al principio del viaje había sido sustituida por una esperanzada.

«Mi Etzan...», pensó Noelia al verla así de feliz. «Es mucho más caballeroso y atento de lo que se cree».

—Me alegro mucho, madre.

—Todo ha ido bien. Se la devuelvo sana y salva —intervino Maran con tal actitud respetuosa y despreocupada que nadie diría que había estado seduciendo a su hija después de que esta se jugara la vida.

—Gracias, capitán. Aunque ya me lo había comunicado Betsy mientras me acompañaba a esta sala.

—En realidad se lo debo todo a Noelia, pues su papel ha sido vital para obtener tecnología bélica de manos enemigas y es muy probable que sirva como prueba para llevar al traficante ante la justicia. Hace mucho que la Federación sospechaba que trabajaba con información ilegal alienígena en el bando de Hades.

María asintió con la cabeza.

—Cuéntame, madre —quiso saber Pengcheng—, ¿le has dado saludos a mi padre de mi parte?

—Claro. Se ha enfadado un poco cuando le he dicho que lo llevábamos al

Templo. Pero, en fin, no he podido seguir engañándolo con lo de que íbamos a dormirlo por si en los próximos años se descubría una cura a su enfermedad.

Esperar a una cura... Eso era lo que le habían dicho en casa como motivo para congelarlo. La joven no se contuvo más y abrazó a su madre. Esta miró primero muy sorprendida al capitán, como si estuviera atando cabos sobre qué podía ser lo que la había cambiado tanto, pero enseguida respondió a su abrazo y sintió que volvía a tener otra vez contra ella a su pequeñina de tres años. Cuanto más conocía de Ambrosía, más deseaba que Wei y ella hubieran tenido el valor de abandonar la Tierra e ir allí a criar a su hija. Fue muy duro tener que fingir que no les importaba, que era más bien una molestia, para no convertirla en una paria social.

Mientras duraba la emotiva escena, Maran se sentó en una butaca cercana. Una vez las dos mujeres se hubieron separado y Noelia sentado en el sofá de María, el hombre decidió cambiar de tema. Otra posibilidad era irse y dejarlas hablar a solas, pero suponía que la joven desearía saber qué contenían esos datos por los que se había arriesgado tanto. En cuanto viniera Rob y le diera las gracias, se pondría a ello.

—Nave, en voz alta, por favor. ¿Ha dicho el capitán Escartín cuándo va a venir?

—En breves momentos. Ha estado dando instrucciones a su fragata para que nos pase gran parte de su combustible.

—¿El capitán Escartín? —preguntó la señora Torres—. Ese nombre me suena...

—Sí, madre. Es el que nos echó una mano tras lo de Cerbero. El amigo del hijo del capitán Wuy.

—Y mío —sonrió Maran, entre orgulloso y apesadumbrado.

—No te preocupes —lo miró Noelia y apoyó con brevedad su mano en el brazo del mercenario—. Está claro que para él eres un gran amigo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó María, ladeando la cabeza de manera casi imperceptible.

—Nada relevante —le contestó Etzan, divertido al verla hacer uno de los gestos de su hija.

—Está entrando —les informó la IA.

—Gracias, nave. ¿Podría traernos Betsy unas bebidas? Infusiones para las damas y Ortz para mí y para Roberto.

—Genial, que sean de menta —pidió Pengcheng, que conocía los gustos de su progenitora.

—No me gusta parecer una cotilla —comentó la señora Torres—, pero lo cierto es que vi un noticiero sobre un juicio en Marte.

Maran se tensó, crispando sus rasgos.

—Discúlpeme, Maran —continuó diciendo—. Solo quería decirle que siento mucho lo que le ocurrió y que imagino que estamos hablando del mismo capitán Escartín, antes teniente.

—Así es —le contestó con la mirada perdida.

—Yo... tan solo quería que supiera que me parece un gran hombre; muchos se



habrían derrumbado. También he investigado un poco las costumbres de las colonias y he visto que el alcohol y las drogas no están limitados. Lo repito: su manera de superarlo, sin dejar de luchar por sus ideales, me parece admirable. Su madre debe de estar orgullosa, cualquier mujer lo estaría.

Los rasgos de Etzan se suavizaron al darse cuenta de que quizá fuera verdad. Y aunque su progenitora hubiera preferido que se quedara en casa, por lo menos él siguió manteniendo el honor a su modo. Después tuvo que contener una carcajada al darse cuenta de la insinuación implícita en las últimas palabras de María.

Noelia, de repente azorada, le dio un codazo a la señora Torres.

—¡Madre! Cualquiera diría que le estás dando carta blanca para cortejarme.

—¿Ah, sí? —le sonrió ambigua.

En esos momentos entró Betsy con las bebidas, tan oportuna como siempre. María pensó que esa robot debía de tener un radar para romper la tensión de los momentos delicados, porque siempre lo hacía, con su andar torpe y sus rasgos dibujados.

Las colocó en la mesa con una sonrisa vacilante. El capitán y sus invitadas le dieron las gracias. Justo cuando se iba, entraba Roberto.

La androide lo miró al cruzárselo, con unos ojos que para nada parecían vacíos y que lo reconocieron. Se fue sin que él sospechara con quién se había topado, y eso que era el único que había estado allí cuando la antigua IA de Maran se había saltado las leyes de la robótica para salvarle la vida.

—Hola, hermano —lo saludó—. Y señoras.

Etzan se levantó, para agarrar del brazo a su viejo amigo en el saludo típico del grupo nova.

—Gracias por todo, Rob.

—De nada, hermano.

—Noelia... —se acercó a ella sonriente, tendiéndole la mano—. Un placer volver a ver a una mujer tan hermosa.

Ella se levantó y se la fue a estrechar, pero Escartín fue más rápido y tomó sus dedos para poder besarlos.

—Por cierto, ¿te han dicho que me gustan las rubias? —la obsequió con una sonrisa entre jactanciosa y admirada, elevando los ojos para mirarla, con sus labios a pocos milímetros del dorso de la mano femenina.

—Lo siento, Roberto, pero no tenía ni idea.

Lo cierto era que el capitán de la Federación era muy atractivo y tenía el mismo aire de bribón que Maran. Quizá si lo hubiera conocido antes... Porque ella, desde el rescate en el carguero, solo tenía ojos para su mercenario.

María se levantó, mirando intrigada al apuesto capitán que estaba inclinándose ante su hija.

—Gracias, capitán. Esta es mi madre, María Torres —le indicó con un ademán en cuanto Roberto soltó su mano.

Rob repitió el gesto de cortesía, si bien sus labios, esta vez, no se demoraron en la mano de la mujer.

—Roberto Escartín. Un placer, señora.

—Igualmente —le contestó con agrado, como si estuviera evaluándolo y le gustara lo que veía.

—Madre... —la sacó de sus pensamientos Noelia—. Te recuerdo que poco menos que hace unos instantes intentabas emparejarme con Maran.

—¿Cómo? —se burló Rob—. ¿Con este guerrero suicida? Mejor conmigo, cariño. Yo tengo un trabajo fijo —le guiñó un ojo a su amigo.

—Y una corte de admiradoras, a no ser que tu encanto empiece a fallar —le contestó medio en broma Etzan.

—Tranquilo, sigo teniéndolas. Además, cuando intenté contactar contigo antes, tu nave me informó de que estabas *muuy* ocupado —comentó Rob, socarrón.

Se miraron unos instantes, en los cuales Roberto pareció felicitarlo por la joven.

—Ejem... Que mi madre está delante. Y yo también —protestó Noelia.

Estos hombres de las colonias sí que sabían cómo incomodar a una chica de Pekín. Algo que, hasta conocerlos, había creído inconcebible.

—Escapando, Rob, escapando —puntualizó Etzan, mirándolo burlón y arrogante.

Se echaron a reír. La señora Torres dejó de prestarles atención para observar a su hija, cada vez más convencida de que pronto iba a cumplir su deseo de verla con alguien que supiera lo que era el cariño.

—Me parece, capitán Escartín, que va a tener que buscarse a otra entre esa corte de admiradoras que tiene —le comentó María, burlona, sin dejar de mirar a Noelia.

«¿Mi madre bromeando con Etzan?», se asombró esta. «Me parece que no soy la única a la que estos aires coloniales le están sentando muy bien».

—Bueno, bueno... ¿Qué tal si tomamos estas bebidas antes de que se calienten? —sugirió Roberto, despreocupado—. Porque está claro que voy a tener que irme a Pekín si quiero encontrar mujeres con auténtico carácter —comentó galante.

Noelia y su madre se miraron y contuvieron las ganas de reírse. A continuación se sentaron y, tras ellas, los dos capitanes.

—Bueno, hermano, te veo radiante. ¿He de entender que la misión fue un éxito? ¿O sonrías tanto por otro... motivo?

Maran, acomodado a su lado, le propinó un codazo que no fue precisamente leve.

—Sí. Gracias.

«Eres un cabronazo», colocó sus palabras en la mente de Rob a través de la red la nave.

«Más bien me alegro de lo tuyo con la joven. Esta chica me da buenas vibraciones. Y ya sabes que con las mujeres suelo tener buen ojo».

«¿Para no encontrarlas?».

«Hermano... Tómatelo como quieras, pero sigue mi consejo: una buena chica es lo que necesitas».

«En eso tienes razón».

«¿Tan buena es en la cama?», se rio en su cabeza.

«No pienso decírtelo. A ver si vas a intentar quedártela», contestó a sus risas.

«Eso nunca, hermano, eso nunca».

—¿Ocurre algo? Estáis muy callados... —preguntó Noelia algo mosqueada, oliéndose su conversación silenciosa.

—Nada, preciosa —le contestó el capitán Escartín—. Tan solo estoy esperando a que el mercenario me dé las gracias por ayudarlo.

—Gracias por lo de la nave enemiga y por el combustible. ¿Te parece bien así?

—Un «y por haber tenido fe en mí» no estaría mal —bromeó.

Etzan lo miró muy serio.

—Gracias. Por todo. Todos estos años.

—No hay de qué, hermano. Idos a Eta Carinae, que no os sobra precisamente el tiempo. Y cuando volváis, venid a verme. Echo de menos nuestras charlas en el Dafnes.

—Cuenta con ello —le contestó Maran—. Además, yo también las echo de menos.

El aire se había vuelto denso, cargado de todo lo que esos dos soldados no habían acabado de decirse en el pasado. La señora Torres miró sus zapatos de agua, cómodos y femeninos; todo un logro para unas sandalias de tacón de ocho centímetros.

—Bueno, os dejo. Con esa binaria loca a punto de caramelo lo mejor es que salgáis en cuanto mi fragata acabe de pasaros el combustible.

—¿Y usted? —le preguntó María preocupada.

—No hay problema —se encogió de hombros—. Ahora que hemos dado esquinazo a las naves de Bulea, dudo mucho que me encuentren. Pasaré unos días repostando hidrógeno del espacio y volveré a Ambrosía. A mi «corte de admiradoras» —le guiñó un ojo a Noelia.

—Nos vemos, Rob —comenzó a despedirse Maran—. Pero hazme un favor: dale a mi nave acceso a la tuya. Me gustaría pasarte una copia de seguridad de lo que hemos encontrado, por si acaso. Y permíteme que agradezca al Gobierno tu iniciativa y tu ayuda.

—Claro, hermano —le sonrió—. Esa misión que estabais haciendo en el planetoide, ¿es la que imagino?

—Supongo. No había otra con recompensa.

—Genial, hermano. Sin problemas.

—Que te vaya bien —esta vez sí se despidió.

—Y también a vosotros. Vais a necesitar más suerte que yo. Señoras... —les dirigió un cabeceo—, hasta la próxima ocasión.

—Gracias por todo, capitán —contestó María.

—Un placer conocerte —se despidió Noelia.

La joven sonrió ante la mirada intranquila que le dirigió Etzan. Como si ella no

fuera suya...

El oficial de la Federación se levantó y salió por la puerta, la cual se abrió para él y volvió a cerrarse a su paso, ocultando a los ojos divertidos de Noelia la gallarda figura del capitán.

Maran, para dejar de sentirse celoso, recordó las horas que había pasado explorando el delicioso cuerpo de su espía particular. Eso era algo que jamás le había ocurrido con Afrodita. Sería que no la había amado ni la mitad de lo que ahora lo hacía a la señorita Pengcheng, aunque se hubiera teñido de rubia.

—Creo que ya va siendo hora de mirar esos datos robados al señor Bulea y de mandárselos a la Federación, junto con una nota de agradecimiento por la ayuda del capitán Escartín —les comentó con voz de negocios—. Noelia, María, ¿me acompañan o prefieren quedarse aquí mientras yo me encargo del trabajo aburrido?

—¿Aburrido? Ni de broma vas a husmear esos datos sin mí —afirmó ella.

La voz de la joven volvía a sonar con su habitual energía, como si estuviera deseosa de dejar atrás las que, sin duda, habían sido suficientes emociones para varios días. O meses, si la apuraban. Aunque si Etzan volvía a tocarla...

—Señora Torres, ¿nos acompaña?

—Bueno, lo cierto es que Wei me está esperando. Vamos a irnos a cenar a uno de nuestros restaurantes favoritos de Pekín. Así que si me disculpan... —se incorporó.

—Claro madre, pero no te entusiasmes demasiado, que enseguida llegaremos al Templo y podréis iros a cenar de verdad, en persona.

—Los Otros te oigan, hija mía.

—¿Te has vuelto creyente?

—Si pensar que esos *aliens* son ángeles del Señor puede aumentar mis posibilidades de recuperarlo, ya lo creo yo que sí —elevó los ojos al cielo, como en una parodia de plegaria.

El mercenario contuvo sus ganas de reír. Noelia estaba adorable, con esa expresión de incredulidad pintada en su bello rostro. Iba a tener que hacer que la pusiera más a menudo, sobre todo en otros contextos más... adecuados.

—¡¿Qué?!

—Hija, los de las naves peregrinas eran todos creyentes. Y a ellos bien que les funcionaba.

—Vale. Nos vemos luego.

—Hasta entonces. Capitán —se despidió con una leve inclinación de cabeza.

—Señora Pengcheng...

María salió de la sala. Esta vez no hizo falta que la acompañara Betsy, pues conocía el camino hasta la nueva habitación a la que habían llevado la cámara criogénica para proceder a la descongelación parcial y localizada. Aunque su hija no lo supiera, ella siempre había sido religiosa. Quizá no de la Iglesia de los Otros, pero tampoco había tanta diferencia entre sus viejas convicciones y estas. Tan solo que, los que iban a lograr el milagro de salvar a su esposo, lo harían tocados por la mano de

Dios. Entendía que su hija se escudara en la tecnología, pero a ella, aunque simulara tomarse sus creencias con cierta ligereza, no le servía solo la ciencia.

Una vez la puerta se hubo cerrado a sus espaldas Noelia se acercó más a Etzan, el cual se había puesto cómodo en su asiento, alargando las piernas y apoyando su cabeza, irreverente, sobre el puño de la mano derecha.

—Con mi madre has arrasado. Si ya pensaba que eras un buen partido, no quiero ni imaginármela después de esto.

—¿Buen partido? ¿Es que quieres casarte conmigo? —comentó con una burla del todo fingida mientras enarcaba una ceja.

La rodeó con sus brazos en un alarde de insufrible prepotencia, que escondía su emocionado desconcierto ante lo que la joven había sugerido.

—Maran, suelta —se quejó, sentada a su lado, fingiendo horrorizarse—. ¿Tan rico eres como para que me pueda interesar un matrimonio comercial contigo?

—¿Comercial? ¿No se supone que me amas?

—Vale, tú ganas. Deja de meterte conmigo, que ya no estoy de humor para contestarte como tu arrogancia se merece.

—¿Y de qué humor estás?

La estrechó aún más y acercó sus labios a los femeninos.

—En el de volverte a llevar a tu cuarto, no en el de enfadarme y contestarte con alguna pulla aún mayor. Pero, ¿sabes una cosa?

Acercó su boca a la de Etzan y cogió su labio inferior, dándole un pequeño mordisco.

—¡Ey!, eso casi ha dolido.

—Pues suéltame. Es hora de saber por qué he ido a ese planetaide, sin contar la jugosa recompensa, claro. A ese tío y a su *madame* se las tengo jurada y estoy deseando ver si con lo que tenemos van a prisión.

—¿Y lo de nuestra boda? —protestó simulando una curva de tristeza en sus labios.

—Otro día, guapo. Y sin hacer el payaso.

Maran aflojó su presa y ella se deslizó, burlona, por debajo. Se volvió a sentar, pero esta vez más separada del capitán.

—Ah. Y no te preocupes por que mi madre pueda ponerse un poco pesadita conmigo con lo del «buen partido». No pienso hacerle caso —le sonrió maliciosa.

Etzan optó por no contestarle. Las ideas que la joven todavía pudiera arrastrar de su sociedad no eran nada comparadas con los argumentos o el juego sucio que él podría desplegar a su favor; pero si en algo tenía razón Noelia, era en que no era el momento. Por eso él se había sorprendido cuando ella sacó el tema. En el momento en el que le pidiera su mano, pensaba hacerlo de tal manera que su amada solo pudiera contestar que sí. Aunque tuviera que ir a por flores al mismo infierno.

—Pasemos pues a ver qué había dentro de ese cristal de memoria —le contestó sorprendiendo a Pengcheng con la total indiferencia de sus palabras.

—Una cosa... No acabo de entender cómo se las ha apañado Roberto para disponer de su fragata y sus recursos para ayudarnos. No es algo que un oficial del ejército pueda hacer, al menos no con el rango de capitán.

—Guárdanos el secreto: es de Inteligencia Militar, por eso tiene libertad de acción y de presupuesto.

—Claro... Tendría que haberlo sospechado. En fin, veamos pues qué había en ese cristal.

Etzan asintió y pidió a la IA que accediera a los datos que tenía Noelia en la espira, hiciera una copia y se los mostrara a ambos, en forma de imagen tridimensional en su pantalla.



Manifestaciones, al grito de «por la seguridad de la Tierra y el Sistema Solar», reclaman el abandono total de los dos sistemas Olimpo y Hades.

---

«Cuando los alienígenas vuelvan, sean los carinaes, los constructores, los ápsores o esa raza misteriosa y hostil, no queremos que haya ninguna pista que los pueda traer a nuestro Sol».

---

Detenidos dos traficantes de oro. El Ministro de Hacienda pide a los ciudadanos que no comercien en mercados negros de dinero. Los traficantes aseguran que mientras el Gobierno pretenda controlarnos con su dinero electrónico, saber qué ganamos y dónde lo gastamos, habrá un mercado negro.

---

Las gráficas que registran la emisión de viento solar de Eta Carinae siguen subiendo. El general Walker manifiesta su disgusto por la poca movilidad de los rangos de medida al no haber ya nadie en la estación científica.

---

La Universidad Central de psiquiatría comunica que los talleres de terapia manual pueden seguir funcionando como hasta ahora. «Si alguien está tan loco como para querer suicidarse, va a lograrlo aunque no le demos tijeras».

---

Se establece un nuevo récord de espejos. La casa de la actriz de sensoriales Lara

Lhinn tiene ochocientos catorce, de los cuales más de la mitad reflejan, junto a su imagen tridimensional actual, una de cómo era en diferentes épocas de su vida desde que salió de la incubadora.



## SISTEMA NAO, DOS DÍAS ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAUE A ETA CARINAE

Desde la PTI desplegada de Maran, que en su forma original simulaba ser un brazalete de cuero, se proyectaron una serie de imágenes caóticas, llenas de matrices de datos.

—¿Qué es esto? —preguntó Noelia sin entender nada, mirando las figuras tridimensionales que se formaban en el espacio que estaba justo sobre la pantalla.

—La información extraída de la ciudad carinae. Yo tampoco sé interpretarla. Nave, escucha, ¿podrías buscar en los datos cualquier intento de aclaración que hayan hecho los científicos de Armand?

Ante sus ojos se delineó una estructura de forma toroidal, la cual resultaba amenazadora en un modo vago, alienígena, y provocaba escalofríos. Al acercar Etzan la mano al 3D para girarla, comenzaron a aparecer cadenas de datos, pero esta vez en un lenguaje que el mercenario podía comprender.

—Es un arma. Y de las gordas. Por lo que veo, hemos llegado a tiempo: todavía no han descifrado su funcionamiento. Aunque, básicamente, es una especie de generador de plasma solar capaz de ser dirigido para achicharrar un planeta cercano; o grupo de naves; o lo que esas mentes tan retorcidas y creativas de Hades deseen imaginar —apretó los puños—. No quiero ni pensar lo que habría hecho esto en sus manos. Ambrosía, Néctar..., borrados de la Vía Láctea como si nunca hubieran existido.

—O la Tierra —se estremeció Pengcheng.

—Exacto. Hay que mandar esto a la Federación ahora mismo. Si hubieran sospechado lo que era, créeme, no habrían ofrecido una recompensa: habrían mandado a una puta flota para quitárselo.

Considerando que era una de las pocas veces que Maran no cuidaba su lenguaje, al menos delante de ella, Noelia se dio cuenta de que la información le había impactado bastante. Supuso que estaba pensando en su familia eliminada de la galaxia junto con el planeta entero.



—¿El traficante no habrá hecho copias? —le preguntó con voz neutra.

—Lo dudo, es demasiado paranoico. Ven, acompáñame al centro de mando. Hay que enviar esto vía hiperespacio ahora mismo.

Cerró la pantalla de su PTI, la cual volvió a su forma de brazalete.

—¿Y los otros datos? Podrían limpiar tu nombre...

—Luego. Vamos.

Se levantó, la cogió de la mano y tiró de ella para ayudarla a incorporarse. Después comenzó a caminar con energía hacia la sala de control. Las puertas se desplazaron a su paso.

—Teniendo semejante tecnología, ¿tú crees que los ápsores ganarían su guerra?

—No lo sé, Noelia. Ni siquiera sé si no estarán todavía luchando. Quizá algún día se descubra cómo fueron capaces de hacer un salto largo en el hiperespacio sin portal, porque el único a menos de diez mil años luz a la nebulosa NGC 3372 es el nuestro, el que pasa por el Sistema Solar de la Tierra.

La joven asintió con la cabeza. Los puntos de salto eran sencillos de detectar con la tecnología adecuada, pero por motivos que los científicos explicaban con ecuaciones demasiado complejas para ella, las zonas jóvenes como la nebulosa Eta Carinae parecían repelerlos. Así que no le extrañaba que no hubiera ninguno más en miles de años luz a la redonda.

—Y yo supongo que los habríamos detectado si hubieran cruzado por allí —continuó divagando Maran—. Los humanos siempre hemos mirado hacia las estrellas. Y, desde luego, con sus avances científicos, no me los imagino haciendo saltos locales, un montón, uno tras otro, como un niño jugando. No sé, o quizá algún día esta guerra estúpida se quedé atrás y el dinero se gaste en seguirlos a su sistema natal. No me importaría ser uno de los exploradores que encabezara una expedición allí —por unos momentos, su voz se volvió soñadora—. Perdona. No sé qué tonterías te estoy contando. Venga, pasa —ya habían llegado a la sala—, que cuanto antes entreguemos esto, mejor.

Noelia se sentó en una butaca que la IA formó para ella mientras Etzan se conectaba a la red y transfería los datos a la Tierra. No es que no hubiera podido hacerlo desde la sala de esparcimiento, pero por motivos de seguridad había ciertas contraseñas que tenía que dar si pretendía tanto ordenar ataques como mandar comunicación hiperluz desde otra zona de la nave. Cuando acabó, abrió los ojos y miró sonriente a Noelia.

—Ya está. Y me han informado tanto de la transferencia automática de nuestro dinero como de que van a procesar a Armand. Ocultar unos datos de este nivel es más que suficiente.

—Genial. Ese cerdo se lo había buscado; así no podrá tocar a ninguna chica más —le contestó satisfecha.

—¿Te llegó a hacer algo?

Se había acercado a ella y la miraba muy serio de repente. En la euforia de

abrazarla sana y salva, ni se lo había preguntado. Se reprochó semejante lapsus. Una cosa era haber estado dando vueltas por la nave como un león encerrado, deseando poder hacer algo por ella, lo que fuera, y otra que sus sentimientos hubieran nublado su mente hasta el punto de no haber verificado ni lo más obvio.

—Shhh, tranquilo, yo fui más rápida. Solo unos rasguños que se curaron enseguida.

A Noelia le costó no fruncir el ceño, pues lo cierto era que el cabrón le había hecho bastante daño. Por suerte, sus nanobots, esos que ya estaban expulsados con la orina, le repararon las venas y tejidos dañados de un modo eficiente y rápido.

—Eres única. Lo sabes, ¿verdad?

Etzan, en aquellos momentos, solo podía sentir orgullo y ternura hacia la valiente estudiante de Inteligencia. Se inclinó hacia ella y la besó con suavidad.

—Espera, guapo, todavía no hemos visto lo mejor. —Separó sus electrizantes y sabrosos labios con dos dedos. Maran volvió a su posición original, de pie frente a ella.

—¿Guapo? —le guiñó un ojo con su habitual insolencia.

—Tienes razón, creído te pega mejor. Por cierto, quiero que mandes también mis recuerdos con la *madame* del prostíbulo. Y lo que haya de ella en lo que he sacado de la espira de Bulea, a ver si así la pueden detener también. Espero que la metan en un psiquiátrico o algo así, pues es lo mínimo que se merece —acabó vehemente y se dio unos ligeros toques con el índice en el puente de su nariz, entre pensativa y enojada.

Etzan volvió a mirarla, preocupado.

—Tranquilo —se rio ella—. No me hizo nada. —«Porque no pudo...», pensó—. Pero apoyaba la crueldad de su jefe. Y ya que me quedé con las ganas de darle un puñetazo..., qué mejor que dejar que los médicos se encarguen de su trastorno mental; ya que imagino que es así como la verán.

—De acuerdo, dale acceso a la nave a esos recuerdos. ¿Te importa si los veo ahora?

—Mejor no, los otros que he cogido son mucho más interesantes que esos míos de la *madame*. Hazlo en otro momento. Anda, estoy deseando enseñarte lo que tengo —le contestó un poco zalamera.

El mercenario decidió plegarse a sus deseos, aunque para nada se le habían ido las ganas de ver en persona por lo que había pasado Noelia.

—¿Lo que tienes? —repitió sus palabras, enarcando una ceja, gesto que ella confundió con un flirteo.

—Como si no hubieras visto ya «eso»...

La joven jugó a amagar un puñetazo a su estómago, que era lo que tenía más a mano considerando que ella era la única de los dos que no estaba levantada. Etzan, al escuchar su insinuación, se sentó junto a su lado, muy cerca.

—Puede, preciosa, pero creo que no te he memorizado lo suficiente —le contestó seductor.

—Maran...

Intentó volver al tema que le interesaba con una mirada que no fue ni la mitad de seria de lo que pretendía. Parecía que con su capitán las clases de interpretación no le servían demasiado...

—De acuerdo, tú ganas. Por ahora. Vamos a ver los datos.

La obsequió con una de sus poderosas sonrisas, en concreto la ambigua y burlona, esa que todavía le ponía los pelos de punta al tiempo que la hacía desear cerrarle la boca con un buen beso. Era un gesto tan... Etzan.

—Un segundo. Espera —añadió él.

Se sentó a su lado, con esa cazadora *sexy* de cuero que por lo visto solo se quitaba en la cama, y la arremangó lo justo para poder desplegar su PTI otra vez. A continuación, tocó una serie de iconos y le sonrió satisfecho.

—Ya tienes tu dinero, preciosa. Un placer haber hecho... —la miró insinuante de arriba abajo— negocios contigo.

—¿Mi espiro te ha dado acceso a mi cuenta?

—Como se trataba de ingresar, tu banco no ha puesto problemas.

—¿Tienes ese tipo de *software*?

—Soy un mercenario que navega en la línea de lo legal, ¿recuerdas? Un tipo duro y peligroso.

—Un caradura, más bien.

Intentó ofenderse, pero no podía. El condenado sabía cómo estar atractivo, con esa mirada arrogante y esos labios curvados en una sonrisa irónica.

Noelia, obligándose a apartar la mirada, extendió su PTI y accedió a la cuenta bancaria de su madre. Como ella todavía no había trabajado más que en el astillero y solo en calidad de aprendiz, aún no tenía acceso a los bancos en el modo de una dirección monetaria propia. Y sus ojos se desorbitaron.

—Madre mía, ¡es el triple de lo que me habías comentado! Con esto podemos empezar muy, muy bien.

—Bueno, estaban muy contentos con mis servicios. Espero que no te importe que no haya dado detalles de la misión. Es el tipo de información que suelo guardarme para mí. Además, tú eres de la Tierra y, encima, estudiante; en el último año, pero estudiante. Si les hubiera dicho que, en vez de colaborar para aprender mejor el oficio, te he pagado y encima dado la mitad..., habrían retenido la mayor parte de ese dinero. Pero en cambio yo trabajo en tierra de nadie. Olimpo no cobra a los que se juegan la vida por luchar en su bando. Necesitan incentivar todo lo posible la vocación por las armas.

La miró interrogante, intentando descubrir si había hecho lo correcto al sugerir que, como espía, Noelia lo había ayudado para «endurecerse» con una misión real. Ella, sin embargo, estaba como atontada desde que había visto la cifra.

—He dicho que has colaborado conmigo para así facilitarte la vuelta al campus de Inteligencia. He supuesto que habrías dado cualquier excusa, posiblemente no muy

adecuada, para haberte ido con tu madre —intentó explicarse mejor, ante el silencio de la joven.

—Sí... No. En realidad, se supone que me fui para hacer algo así y graduarme por todo lo alto. —Maran la miró sorprendido, mientras ella se iba dando cuenta de que no iba a tener ningún problema para reintegrarse en su antigua vida si así lo deseaba—. Así que ya ves, me acabas de allanar el camino para volver; porque en realidad no pensaba meterme en nada parecido; tan solo había planeado que si encontraba algún tipo de información por el camino, la usaría para que me permitieran acabar mis estudios. ¡Muchas gracias, Etzan! —le sonrió radiante—. Y también por el dinero... Madre mía, madre mía —repitió azorada—. Esto es muchísimo. Me parece perfecto todo lo que me dices. Muchas gracias, de verdad.

—Anda, mira —se dulcificó su voz.

Le mostró su pantalla, donde había una cantidad el doble de grande, de la que se había extraído la mitad, de un modo exacto.

—Esto no hacía falta.

—Para mí, sí. No quiero que pienses que soy un bribón aprovechado y que mi parte es mayor que la tuya.

—Bribón sí, pero no aprovechado —apoyó una mano en su brazo—. En fin, ¿pasamos a los datos?

Le sonrió tras darle un fugaz beso en la mejilla, el cual hizo que Maran se tocara la cara mientras la miraba feliz.

—Veo que aprendes rápido eso de los pequeños gestos...

La joven optó por mirar al frente e ignorarlo; tenía demasiadas ganas de ver si podía darle a Etzan un gran regalo. Uno que lo ayudara a dejar atrás su pasado.

—Nave, lee mis datos, los que extraje de la espiro del mafioso en relación con tu capitán. Y muéstranoslos, por favor.

Maran hizo un gesto imperceptible, el cual indicaba que acababa de dar un permiso mental a la IA.

—¿Sensorial o simulación 3D? —contestó la voz femenina e impersonal de la nave.

—3D —pidió el capitán.

Se apagaron las luces y ante ellos se desplegó una escena del pasado. Una sacada directamente de la memoria de Armand Bulea y que, por lo tanto, contenía todas sus emociones y pensamientos.

El hombre miraba curioso a la soldado rubia. La muy estúpida había intentado seducirlo. Quizá valiera para un polvo o dos, pero poco más, no era su tipo; por más que dijera que no le importaba un poco de dolor.

—Vamos, Armand, puedo conseguirte el prototipo de la nueva arma de mano que está desarrollando la Federación. Con él podrías fabricar y distribuir las armas a tus

clientes mucho antes de que en Ambrosía fueran capaces de duplicar su «desaparecido» prototipo.

Ella había ido a verlo a su oficina, en el planetoide. Y mientras Bulea la observaba desde detrás de su cara mesa de diseño, la soldado permanecía de pie. Apoyaba ambas manos sobre su mesa, mostrándole los encantos de sus pechos que, en la postura, parecían querer salirse del ajustado corpiño rojo que llevaba. Algo absurdo a ojos del traficante, pues le gustaban más pequeños. Y menos complacientes.

—Precisamente por eso, porque es el único ejemplar que por motivos de seguridad han desarrollado los pocos científicos que hay en Olimpo, va a estar muy vigilado.

—No. Irá en una nave que viajará fuera de las rutas convencionales, que saldrá del salto local prácticamente en el mismo portal a la Tierra, donde la esperarán destructores fuertemente armados. Hasta entonces, será presa fácil. En Ambrosía no hay muchas naves para escoltarla y como se supone que es un secreto irá en una lancera que suele hacer esa ruta de vez en cuando, para que nadie sospeche nada. Sí, un secreto —continuó ante la mirada extrañada de Bulea—. Al fin y al cabo, fue pura suerte que sus científicos consiguieran descifrar ese fragmento de información alienígena. Por eso solo han fabricado un prototipo y tiene el nivel de seguridad más alto, uno en el que han encriptado los datos del laboratorio de tal modo que a ellos mismos les costaría días recuperarlos.

—¿Y tú me lo puedes dar? —preguntó cada vez más escéptico.

La rubia se echó a reír, meneando su melena y acercándose más hacia él, con una insinuación que rozaba el descaro. Justo el tipo de mujer que no le iba demasiado. A él le gustaban más asustadizas e inexpertas, el tipo de mujeres que solo podías encontrar en las provincias de las colonias. Pero como lo provocara mucho, le iba a enseñar que con él no se jugaba.

—Por supuesto —ronroneó—. Adivina quién es el amorcito del teniente, a quien han confiado la misión. Del héroe de guerra, con un expediente impecable, que va a ser tan ingenuo como para llevarla en su nave.

De repente la rubia ya no le parecía tan ridícula; quizá pudieran llegar a un acuerdo.

—¿Y a cambio?

—Un buen sueldo como tu segunda al mando.

La miró enarcando una ceja.

—Apuestas alto, rubia.

—No merece la pena jugar por menos —le contestó.

Y amplió su sonrisa. Si la quiso hacer pasar por lasciva, no tuvo mucho éxito; se quedó en ambiciosa y fácil de leer, sin acompañar a la cantidad extra de piel que de repente le mostraba su escote, retirada la fibra inteligente a una orden de la mujer. Era una hija de perra codiciosa, justo como a él le gustaban sus subalternos; sobre todo en

lo predecible de sus objetivos.

—Entonces tenemos un trato. Consíguelo, no me impliques y el puesto es tuyo. Aunque, eso sí: como a mi actual segundo no creo que le guste que le quiten el puesto..., tú te las verás con él.

—Sin problemas.

El hombre observó cómo una sonrisa de placer recorría sus labios; parecía que la rubia y él no eran tan distintos, después de todo.

Y antes de que pudieran comentar lo que acababan de ver, la IA los obsequió con otra escena. Por lo visto estaba extraída de los recuerdos de Afrodita y almacenada en las memorias de Armand, lo más probable que como arma de chantaje por si ella se volvía demasiado avariciosa.

La mujer era fuerte, casi una ciborg bajo sus curvas neumáticas. Estaba aferrada a la carcasa de la nave, desdeñando el vacío que nada podía hacerle gracias a su traje espacial. Trepó hasta los cañones que provocaban la ruptura del espacio-tiempo, permitiéndoles un pequeño salto al hiperespacio: algo así como agarrarse a la anilla vecina del muelle y dejarse arrastrar, en vez de andar despacio por la espiral. Lo otro, atravesar el muelle a lo largo por el centro, solo era posible con los portales. En todo caso, ella no quería sabotear un viaje a través de un pórtico, tan solo el salto local que se suponía los iba a llevar al espacio de la Federación.

La soldado anuló los escudos protectores bajo el nombre del teniente Etzan Maran, algo nada difícil considerando que había pirateado su acceso a la red aprovechando que estaba dormido a su lado. Primero lo había sedado, luego realizado una incisión hasta su espira y después conectado su propio *hardware*. Sencillo, eficaz y sin dejar huellas. Hasta la mínima incisión se curaría en pocos minutos por los nanobots que, como soldado en servicio activo, su amante llevaba en el cuerpo de manera permanente. Los pensamientos evocados provocaron una sonrisa de suficiencia en sus generosos labios. Aplacando su ego, levantó la barra de metal que llevaba y golpeó con ella, una y otra vez, los cañones. Hasta que de los delicados estartores no quedaron más que dos bocas cegadas. Y volvió a colocar el campo.

Como un poderoso orangután, se aferró a las argollas de sujeción de la nave para volver a la escotilla; aunque, en realidad, no necesitaba unos músculos tan aumentados para algo tan sencillo. Una vez hubo llegado, entró y la cerró. Ni siquiera tenía que borrar su identidad de la memoria de la puerta, o de los escudos, ya que la IA estaba ciega ante todo lo que hacía. Pero, por si acaso, su acceso al interior de la nave fue desde la identidad de Etzan. Después limpió su traje en el descontaminador, que sublimaba y echaba al espacio toda partícula que no fuera del material superficial de este, aislante y resistente tanto a calores como a fríos extremos. Bueno, la mujer

tenía entendido que había unas microcapas para mantener el cuerpo cálido pese a las temperaturas exteriores y otras para las diferencias de presión; pero le daba igual, lo importante era que funcionaba. No quedaría ni rastro de ella. Así que a continuación, para devolver el traje, lo hizo con sus manos envueltas en guantes impregnados con partículas de la piel del teniente. Nada como tirárselo para tener acceso a sus muestras biológicas. Si el muy idiota la hubiera propuesto para ascensos, ahora no tendría que hacer estas cosas.

A continuación revocó la orden de que la nave no recordara nada sobre su propio estado, consigna que en teoría había sido dada por el señor teniente. Y lo hizo para que así ocurriera, exactamente, dentro de tres minutos, los justos para ir a su propio camarote a dormir. Cuando se descubriera que no podían saltar, el muy idiota de Maran avisaría al coronel. Este acudiría con sus hombres, desde el portal donde los estaban esperando. Pero sería tarde... En medio de la confusión, ella ya habría lanzado una cápsula con el arma al espacio. De hecho, ya lo había programado, en una orden secreta que la IA tenía prohibido recordar y que debía ejecutar de modo automático. Dada por Etzan, claro. Solo el oficial al mando de una nave podía hacer esas cosas. Señor, cómo iba a disfrutar hundiéndolo.

Los desagradables sentimientos de Afrodita se desvanecieron. Aun habiendo visto sus recuerdos en modo tridimensional, la IA de la lancera les había comunicado dichas emociones, al considerarlas una parte importante de los datos.

Se esfumaron. Dándoles apenas un respiro antes de que apareciera ante ellos el espacio profundo. Visto en la lejanía desde lo que parecía la sala de control de una fragata.

El oscuro vacío. Un pequeño caza salió de la fragata y capturó la cápsula que se acercaba, emitiendo en la longitud de onda que ellos le habían pasado a la traidora. El hombre, desde el puesto de mando de su nave, observaba muy interesado. Sus pensamientos eran algo así como los de un gato frotándose los bigotes. Muy pronto iba a tener algo pequeño con lo que ganar mucho dinero, aunque tuviera que dejar que la rubia matara a su segundo para ello.

—Ya basta, nave —ordenó Maran en voz alta, asqueado.

Las imágenes luminosas se congelaron y desaparecieron en un leve temblor; así como la información adicional, directa a las mentes de Maran y Noelia vía red, sobre los sentimientos y pensamientos de quienes habían grabado cada escena. Las luces volvieron. Noelia pudo ver que Maran, sentado a su lado, estaba inusualmente tenso. Se le notaban las ganas de partirle la cara al tal Bulea. O a la rubia. Aún más que las

suyas propias, y eso que la joven se la tenía jurada a los dos.

Con determinación, la mujer de Pekín ignoró su educación y abrazó a Etzan, pasando sus manos por su firme espalda. Primero tentativa, luego confortándolo.

—Ya sabías que fue ella, ¿no? Es decir, tras el juicio... —le preguntó una vez que él pareció relajarse un poco.

—Sí. Justo tras ese juicio —exhaló el aire con fuerza—. Rob me comunicó sus sospechas y esa vez le creí. Pero no es lo mismo que ver cómo fue en realidad. En fin, preciosa —la separó lo justo para mirarla a la cara—, no pasa nada. Lo importante es que con esto mi nombre quedará limpio, yo...

Sus labios se colocaron sobre los de ella, inhalando como si pudieran memorizar su esencia, dudosos como si quisiera poner palabras a lo que su gesto significaba para él, imperiosos cuando se unieron a los suyos en un asalto que la dejó sin aliento. Como si ese fuera el mejor modo que tuviera de decirle gracias.

Noelia se dejó atrapar por la vorágine de su deseo, por la euforia de poder restablecer su honor, por la ferocidad de recordar que había sido engañado, por la reverencia de que hubiera sido esa joven universitaria la que le hubiera dado la llave para aceptar su pasado. Para curarlo, tanto de cara al ejército y al resto de hombres de armas como en su renacida confianza por el género femenino. Por todo eso, no conocía otro modo mejor de darle las gracias que cuidar de ella y hacerla feliz el resto de sus vidas. Aunque claro, eso no era algo que Noelia supiera... todavía.

—¿De qué te ríes? —se extrañó Pengcheng al notar la sonrisa en esos labios que la estaban desintegrando con su furor, gritándole «mía» y «ahora» a todas sus terminaciones nerviosas a través de la espira.

Por toda respuesta, el mercenario la sentó sobre él y dio la orden a la IA de bloquear el acceso a la cámara. Solía fantasear con el sexo en plena sala de mandos, sobre todo cuando era un cadete y viajaba en naves llenas de soldados. Con cómo sería en el centro de control, quizá cuando todos los demás estuvieran durmiendo. Y ya que no había podido hacerlo nunca dado que los ojos de la IA no descansaban jamás..., no estaría nada mal probarlo ahora. Considerando que no tenía ningún superior al que su lancera pudiera contárselo.



La Iglesia del Juicio Final, que nació hace unas semanas como una rama de la Iglesia de los Otros, se separa. Sus motivos son que, pese a que también define a los constructores como ángeles del Señor, se centra en los ejecutores como la encarnación de la cólera divina, del brazo ejecutor de Dios. Sus creyentes defienden que el fin de la humanidad vendrá por estos alienígenas, que según ellos acabaron con los carinaes y los ápsores. Reclaman la vuelta de las naves peregrinas, de los grandes viajes al Templo, para poder pedir a los ángeles que rueguen misericordia por



nosotros pecadores ante el Señor. Y que así este, misericordioso, no mande a sus ejecutores sobre nosotros.



El Ministro de Defensa declara que «si los ejecutores piensan peinar el espacio por el cual se expandieron los ápsos, lo harán explote Eta Carinae o no; nos gastemos el dinero de los contribuyentes en mejorar nuestra tecnología o no. La pregunta es con qué tipo de armamento estamos dispuestos a correr el riesgo de esperarlos».



Aumenta el consumo de fármacos contra la ansiedad. Las acciones de las empresas Luret y Liching suben un 20%.



El comerciante de tecnología bélica Armand Bulea viaja a la Tierra. Nada más entrar en Pekín, Seguridad Planetaria lo detiene, junto con su segunda al mando, Afrodita Spart, bajo los cargos de tráfico de armas de nivel A de manera exclusiva con el sistema Hades.



El presidente de la Federación Solar y el gabinete de ministros se reunirán mañana con los representantes de Olimpo y Hades, en la residencia privada del Generalísimo en Marte. Ante la posibilidad de una especie alienígena hostil que conoce el paradero de Eta Carinae, se abre la posibilidad de un alto el fuego.



## SISTEMA NAO, UN DÍA ANTES DE LA LLEGADA DE LA NAUE A ETA CARINAE

—Hola, madre.

La mujer lo miraba desde el jardín de su casa en Vellocino. Sus ojos, cuya piel adyacente mostraba las primeras arrugas, lo observaban húmedos. Hacía mucho que Etzan no la llamaba. Era su hijo pequeño, su único vástago varón, y lo echaba demasiado de menos.

—Etzan... Qué alegría verte. ¿Vas a venir pronto a casa?

—Para eso te llamaba. Pero oye, ni que no pudieras llamarme tú cuando quisieras —protestó desde su camarote, donde se había recluido para hablar con su madre.

Una silla y una mesa, aparte de los cuadros, era todo el mobiliario que mostraba su habitación. Las imágenes cambiantes de las paredes pintaban a la misma mujer que estaba frente a él en un holograma. La diferencia estaba en las arrugas y el tono de la piel. Su madre ya pasaba de los sesenta y ni toda la cosmética podía borrar los primeros signos de que la juventud se estaba yendo de su lado.

—No me gusta molestarte. Odiaría pillarte en medio de una misión a vida o muerte y que te pasara algo por mi distracción. Lo sabes, ya lo hemos hablado.

—Madre..., y yo te he dicho mil veces que la IA me lo comunica y yo le digo que no te pase. Y ya está.

—Te lo comunica, te distrae —le apuntó con un dedo, triunfal.

—Vale, tú ganas, como siempre. ¿Qué tal mis hermanas? ¿Y los peques de Lianny?

—Muy bien, ellas y tus sobrinitos están muy bien. Cuando las veo, *a menudo* —remarcó—, siempre estás presente en nuestras conversaciones. Tu ausencia se deja notar, te echamos de menos, hijo.

Maran se llevó una mano a la frente y la dejó allí breves segundos. ¿Es que su madre siempre sabía cómo hacerle sentir culpable?

—Y yo a vosotros. Dales recuerdos de mi parte, ¿quieres?

La mujer se desplazó por su jardín para cortar unas rosas. Era curioso, pero esas flores se habían adaptado muy bien al planeta e incluso crecían más exuberantes que en la Tierra.

—Bueno, hijo, se te ve..., no sé... como radiante. ¿Tienes alguna buena noticia que darme? —comentó sin mirar el holograma del capitán, como si lo que dijera no le importara, mientras cortaba dos flores de aterciopelados pétalos rubí.

—La verdad es que sí —le sonrió—. He conocido a una chica... Y me gustaría pedirle que fuera mi esposa.

Las rosas cayeron al mullido y verde suelo, a los pies de la mujer, la cual alzó los ojos y lo miró sorprendida.

—¡Señor! Ya estaba perdiendo la esperanza de oírte decir algún día esas palabras —exclamó.

Maran la miró con un brillo soñador en sus pupilas.

—¿Quién es? ¿Cómo es? ¡Cuéntame! —rogó ella.

—Bueno..., la verás pronto. Es lo que quería decirte: estoy haciendo la última misión, esta y lo dejo. Se acabó lo de ser cazarrecompensas. Y ella es... morena, veintipocos, hermosa, femenina, fuerte, inteligente, vulnerable, deliciosa...

—Creo que ya lo he captado. Os estaremos esperando. En cuanto acabes la misión, llámame; ninguna de tus hermanas se perdería el momento en el que llegues por nada del mundo.

Su sonrisa, abierta y franca, se parecía a la de su hijo. Igual que sus ojos marrones.

—Madre, yo... —su voz se tornó seria. ¿Cómo decirle que la llamaba porque era posible que, cuando dieran el salto, los recibiera la explosión de una estrella? Que quizá nunca llegaría a Ambrosía—. Yo... Yo también estoy deseando volver a casa.

Estaban en la sala de control. Los tres. María todavía con esa sonrisa beatífica que alegraba sus rasgos después de conectarse con su esposo. Se habían reunido para dar el salto que los llevaría a pocos minutos luz del Templo.

—¿Y si ya ha explotado? —preguntó Noelia mirando a Etzan, algo preocupada. Ella siempre tan directa al grano...

—Ahora mismo no. Todavía recibimos los datos de la estación científica. Pero si lo hace justo cuando saltamos o poco después..., se nos llevará por delante. Mi nave necesita un tiempo entre salto y salto. Un par de horas al menos.

—¿Y esas gráficas? ¿Son seguras? —intervino la señora Torres, tan convencida de que pronto iba a abrazar de verdad a su marido que minucias como unas supernovas no le importaban en absoluto.

Pengcheng la miró, deseando poder compartir su fe. No en lo de su padre, sino en la estabilidad de Eta Carinae.

—Lo cierto es que no, cada vez son más verticales. No es que la binaria esté a

punto de caramelo; más bien está gritando furiosa, aumentando su viento estelar, cantando sus últimas palabras.

—Maran..., no es momento de ponerse poeta. Sé que te fascina el espacio, pero... por muy hermosa que sea esa estrella, y más aún su muerte, yo preferiría que se quedara donde está —protestó la joven.

—¿Preparadas? —enarcó interrogante una ceja—. No sirve de nada esperar. Más bien al contrario.

Etzan observó a su chica, que estaba tragando saliva y después elevaba la barbilla en un gesto decidido. Valiente, hermosa... y al mismo tiempo delicada. Deseó con todas sus fuerzas que lo que ella estaba a punto de decir no fueran también sus últimas palabras.

—Preparada. Llévanos allí, capitán.

Su madre asintió al oírla. Todo estaba listo.

Saltaron.



El portavoz científico de Pekín les pregunta, tanto a la Iglesia de los Otros como a la del Juicio Final, si no se han dado cuenta de que su precioso Templo, con ángeles incluidos, va a estallar en pedazos.



Se alarga la reunión de los altos cargos para discutir un posible alto al fuego. Los ciudadanos de las megalópolis de la Tierra toman las calles, esperanzados, con pancartas de «No más muertes», «No más dinero malgastado en una guerra inútil».



Desmantelada una red de prostitución en el sistema Nao. Rianna Monad, la mujer que se encargaba de las chicas, está bajo evaluación psiquiátrica. Se la acusa de comercio ilegal con mujeres, desviación sexual y de obtener su placer a través de la mutilación de las prisioneras, tanto por el traidor a la Federación Armand Bulea como por ella misma. El mismo Bulea lo ha confesado de manera voluntaria, ya que, según sus palabras, «ya estoy en la cárcel, no me podéis hacer nada peor. Y no sería justo que mi gran amiga Rianna no recibiera una adecuada recompensa por sus esfuerzos». Se sospecha que el traidor se refería a que la señora Monad intentaba escapar con parte de su fortuna, la cual ha sido confiscada por la Federación.



## PROXIMIDADES DE ETA CARINAE, AÑO 2558

La peregrina avanzaba despacio, sin más ofrenda que el cuerpo congelado de su esposo.

El inmenso espacio no estaba vacío: nubes rojas, cuajadas de estrellas que estaban naciendo, se agrupaban en formaciones granas dentro de la nebulosa. Sus contornos, imprecisos y amenazadores, parecían no poder evitar alejarse, desgarrados por la tormenta que asolaba a la estrella binaria Eta Carinae.

Las dos esferas de fuego azul que monopolizaban el cielo, una más luminosa y grande que su compañera, brillaban millones de veces más que el Sol; giraban en la danza mortífera, y apenas perceptible, que impedía que sus inmensos cuerpos, a menos de diez minutos luz de distancia, se fundieran en uno solo. Cada Wolf-Rayet emitía parte de su masa en forma de fuertes vientos solares que chocaban, interactuaban furiosos, convirtiendo el cielo diurno en uno de los espectáculos más sobrecogedores y aterradores de la galaxia. No era de extrañar que alguien se hubiera tomado las molestias de llevar un pedazo de roca a su órbita y tallar allí algo. Un tributo, un observatorio. Para los humanos que lo encontraron, lo que ese alguien creó fue un templo.

El Templo era un asteroide artificial. Una enorme estructura rocosa que orbitaba a seis años luz de Eta Carinae. En la sombra que creaba, una nave se protegía de los fuertes vientos estelares. Su silueta alargada se perdía entre tinieblas, absorbida la poca claridad que emitía por los gases y partículas que azotaban el área. Era la única estructura construida por el hombre en la agrupación de materia cósmica de cientos de años luz que la rodeaba. De ella había salido la peregrina.

Bajo los soles, en el asteroide artificial, extrañas formaciones de diamante, estrechas y rectilíneas, refulgían en color azul zafiro sobre una inmensa plataforma oscura, llamando a la mujer que andaba entre ellas en una muda invitación ardiente. Pese a la distancia, pese a los gases y partículas que enturbiaban la vista de las dos gigantes Wolf-Rayet, el Templo no era un lugar frío. Y entre las delgadas columnas

estaban las tumbas: cientos de bloques negros macizos de todos los tamaños, tan oscuros que parecían retar a la vista, terroríficos, alienígenas. Unos pocos estaban cerrados; la mayoría, vacíos. Hacia estos se dirigía la figura femenina con lentitud. La fina y transparente membrana de su traje espacial hacía que pareciera que caminaba vestida tan solo con un vestido blanco de luto, una minúscula e indefensa ofrenda a dioses implacables, portando entre sus brazos la ligera y preciosa carga de su amado.

Se acercó con pasos reverentes a uno de los sarcófagos de tamaño humano, haciendo que el polvo estelar depositado en la tenue gravedad se elevara, iridiscente. Su traje, que soportaba las radiaciones y los impactos de las partículas, permitía a la mujer avanzar serena sin que nada empañara su vista. El sepulcro, un rectángulo elevado y oscuro, la asustaba y llenaba de esperanza al mismo tiempo, y al igual que el vacío del espacio tras el templo, parecía absorber sediento toda traza de luz. Las pequeñas exhalaciones de aire que soltaba su traje, las cuales se dispersaban, cónicas, a su espalda, era lo único que conseguía dar un toque humano a la irreal solemnidad del paisaje.

Dejó a su marido en la abisal oscuridad de la tumba, envuelto en una unidad criogénica portátil que no duraría muchas horas y que aparentaba no ser más que una manta blanca. Antes de que las tinieblas lo engulleran, ella pudo ver cómo una sustancia reptaba sobre él, pegándose a su piel, cerrando el sarcófago en lo que parecía una máscara de cera negra.

La mujer lloró durante interminables minutos, hasta que su traje, incapaz de seguir procesando el llanto, cegó sus lagrimales. Y continuó esperando, minúscula como una mota de polvo más, rindiendo culto en un templo donde hasta las estrellas se consumían, furiosas, en un canto a la muerte. Depositó un beso en los labios de su amor, ya cubiertos, por el que comprobó la dura consistencia de la sustancia. Y siguió esperando, en la cara diurna del asteroide hueco, azotada por los fuertes vientos de Eta Carinae.

Cerca de ella, en la nave, una joven apretaba la mano de otro hombre. Y sus lágrimas se sumaban a las ya derramadas, bajo el polvo rojo de la nebulosa NGC 3372, en una plegaria silenciosa por la vida de su padre.

«Madre», pensó Noelia, «lo que has hecho por él es increíble. Ojalá no haya sido en vano. Me habría gustado bajar, estar allí contigo; pero es tu momento. Mereces darle la bienvenida a solas, sin interrupciones. Y si no se cura, si no se cura..., entonces... respetaré lo que desees hacer con tu vida; aunque no estaré de acuerdo si decides rendirte. Pero quizá ahora puedo empezar a entenderlo, pues si le pasara algo a Etzan yo me sentiría morir. En todo caso, sé que serás fuerte. Alguien capaz de dejarlo todo para peregrinar a un templo que no ha sido construido por manos

humanas, al lado de una binaria a punto de explotar y cuyo único camino conocido es un portal en medio de una zona en guerra... Alguien capaz de amar así, se mueve con una fuerza especial, una que jamás se derrumba. Empiezo a preguntarme si será contagiosa».

Etzan apretó un poco más su mano, conmovido por las lágrimas silenciosas de la joven, sin mirarla para no perturbar su intimidad.

Y entonces, bajo la luz rabiosamente azulada de Eta Carinae, el sarcófago se abrió y una mano humana apartó el pesado tejido de la unidad portátil criogénica. Wei se puso en pie. Dentro de su traje espacial se movía un hombre en su cincuentava década, debilitado por la enfermedad y el sueño forzado, pero todavía vital y atractivo. Por un instante, pareció que su mirada se fundía con la de su esposa, ajenos a la gloriosa inmensidad y belleza del espacio en ese entorno privilegiado hasta para las estrellas. Estaba todavía tocado por un sueño sobrecogedor donde había pisado la antesala de la muerte, donde su cuerpo había sido minuciosamente estudiado y reconstruido, donde la mujer que siempre había sido un ángel para él había obrado el milagro de salvarlo. Pengcheng Wei se sentía como si solo pudiera seguir soñando que con sus dedos era capaz de tocar el cielo. Sonrió a María y acarició la fina película que cubría su adorado rostro femenino; a continuación, la abrazó. Fue como si las dos binarias que monopolizaban el horizonte se unieran por fin, se fundieran sus núcleos, su materia se compartiera... Tal fue la emoción del beso que fusionó sus recubiertos labios.

Noelia miró a su mercenario. Él, al notar sus ojos, le devolvió el contacto; soltó su mano para acariciarle la barbilla con delicadeza y dulzura. Después bajó sus manos hasta la cintura femenina y se besaron. Entrelazados. En medio de la cúpula transparente de la sala de mandos, como una réplica perfecta de lo que sucedía a su lado, sobre la oscura y alienígena piedra del asteroide. La joven sintió el toque humano de la cálida boca de su amante. Si alzaba la mirada podía ver la roca que protegía a la nave de lo peor de los vientos estelares, los cuales eran cada vez más fuertes. No era cuestión de recargar los escudos de manera innecesaria.

—¿Sabes, Etzan? —suspiró Noelia entre sus brazos—. He estado muy ciega. Tanto tiempo conviviendo con el cariño en casa y yo sin verlo, creyendo lo que me habían inculcado en Pekín, que el amor es algo anticuado, enfermizo y decadente.

Su cabeza se apoyó en el firme pecho masculino.

—¿Y aún lo piensas? —preguntó Maran.

—No.

Ella elevó su barbilla para sonreír a esos ojos marrones que la observaban conmovidos.

—Noelia... —la miró serio—, lo del otro día, en mi camarote, ¿lo decías de verdad o solo impulsada por la euforia del momento?

—¿Lo de que te quería?

Asintió solemne.

—Sí. Es extraño sin haber pasado ni dos semanas a tu lado, pero es lo que siento. Supongo que soy una chica con un mundo nuevo, uno donde tener a alguien especial es importante, y he caído ante las redes del primer bribón del espacio que me lo ha mostrado.

El mercenario se echó a reír, con una risa franca y sencillamente feliz; al mismo tiempo acariciaba su cintura con las fuertes manos con las que la rodeaba.

—Bueno, bueno, no pensarás que este descarado sinvergüenza va a ser tan fácil de cazar...

—¿Descarado sinvergüenza? Debes serlo, porque creía que eras tú quien me perseguía a mí —enarcó una ceja, divertida.

—Es posible... Y no olvides lo de *muy atractivo*. ¿O no lo piensas? —le lanzó una de sus engreídas y devastadoras sonrisas lentas, aún más peligrosa a tal corta distancia.

Y la besó antes de que pudiera contestarle.

Los labios del capitán, de una textura electrizante que no por conocida perdía su demoledora intensidad sobre la joven, se apartaron de ella antes de que pudiera devolverle la caricia. Se deslizaron incitadores hacia su oreja, cuyo lóbulo mordisquearon mientras le susurraban unas palabras que la hicieron temblar de un modo muy profundo:

—Quédate conmigo, Noelia. Formamos una buena pareja, como ese templo y el sol binario que orbita. Yo siempre me he sentido agradecido por poder pilotar entre las estrellas, por observar tan de cerca su sobrecogedora belleza y moverme por sus vastos espacios infinitos. Pero tú, mi joven espía, consigues hacerme ser parte de ello. Desde que estás en mi vida sonrío más, disfruto más de cada momento, cada instante es especial, pueda compartirlo contigo o simplemente contártelo. Somos humanos, sí, pero el amor es capaz de redimirnos ante las estrellas, de hacernos trascender, nos vuelve inmortales a través de la mirada de nuestros seres queridos. Dime, preciosa, ¿te quedarás conmigo? ¿Permitirás que yo te haga eterna a través de mis ojos?

La joven no podía creerse cómo le afectaba lo que estaba oyendo. Sentía como si esas palabras hubieran agrupado la esencia de las caricias fantasmales de Etzan y las hubieran convertido en espectros que pasaban de su aliento a su oído, atravesándolo, que se deslizaban por su columna, erizaban su piel, navegaban por su pecho y, sobre todo, se quedaban a vivir en su alma, encantándola como si de una mansión etérea se tratara.

—Sí —tembló su voz al contestarle.

—¿Como mi mujer, mi compañera, mi esposa? —siguió susurrándole, emocionado ante la posibilidad de pasar toda la vida a su lado.

—Sí —tembló ante sus palabras, ante las emociones que movían en ella, capaces de hacerla sentir muy fuerte incluso en medio del inmenso y aterrador paisaje que habitaba, inhumano, el espacio más allá de la minúscula nave.

El tenue soplo de aire con el que ella pronunció la sílaba resonó amplificado en



los oídos de Maran, fuerte y vibrante. Lo amaba; no era tan solo algo que le había arrancado en el calor de su encuentro. No lo entendía, pero no era hombre que cuestionara los dones que se le otorgaban, así que la abrazó con fuerza, hundiendo su cara en su cuello, en la deliciosa fragancia femenina. Y entonces, se dio cuenta de que el fin había llegado.

—Alerta de radiación, capitán. Repito, alerta de radiación.

—Nave, ¿qué ocurre? —preguntó Etzan en voz alta, separándose de golpe de su amada y cerrando los ojos para entrar en la red.

—Los niveles de una de las dos estrellas están aumentando a gran velocidad —le contestó solo para sus oídos—, todo indica que va a estallar. Su compañera se está comenzando también a desestabilizar.

—Nave, modo voz. —Maran no podía ver a Noelia, pero no dudaba de que debía estar mirándolo preocupada, sin saber qué ocurría—. ¿Puedes decirme si podría ser otra falsa alarma de Eta Carinae?

—98% de probabilidades a que no, capitán. Le proyecto también a la señorita la gráfica que le estoy mostrando; pueden ver que la línea está casi vertical.

—Recoge a los señores Pengcheng y vámonos ya.

—Eso nos limitará las posibilidades de evasión.

—Recógelos.

Su voz sonaba desapasionada y fría; la joven lo miró con admiración. Era una decisión difícil; le alegró que no pusiera sus propias vidas por delante de las de sus progenitores y se preguntó si esto era el final. El cielo sobre sus cabezas era aterrador. Lo que podía ver a través de las emisiones de materia que ahora chocaban furiosas contra el casco de la nave era una luminosidad cada vez mayor, tanto que se iba volviendo cegadora por momentos, y eso que el asteroide les tapaba la vista directa de los dos soles.

En el Templo, el asteroide hueco alienígena, iconos rojos parpadearon de repente en la visión de Wei y María. Al principio creyeron que eran producto de sus besos, como fuegos artificiales que celebraran su reencuentro. Enseguida se dieron cuenta de que los trajes protestaban, mucho antes de lo que deberían, por la inmensa radiación que estaban soportando. Despacio, para no salir despedidos fuera de la débil gravedad de la roca, se desplazaron hacia la nave. Esta se movió para acogerlos, en el débil vientre materno que había de proteger a sus criaturas de la furia de dos futuros agujeros negros.

Maran, conectado a la red, era una figura febril que supervisaba a la IA, diciéndole

qué cálculos debía realizar primero y qué decisiones tomar. El gel protector los envolvió a los cuatro en la sala de mandos, mientras la lancera aceleraba para alcanzar velocidad de salto local como si la persiguiera un dios colérico. Y no era para menos, porque los sensores de la nave gritaban que Eta Carinae estaba entrando en fase de hipernova.

—Treinta segundos para el salto.

La voz de la nave llegó clara a sus cuatro pasajeros. Ya casi estaban a salvo. Si no fuera porque estaba inmovilizada en su asiento y con los ojos cerrados, Noelia le habría dado las gracias a Maran con un buen beso. Por todo. Por llevarlos, por sacarlos de allí, por creer en ella, por amarla, por existir. Pero como no podía, se limitó a pensar lo cerca que estaban de empezar una nueva vida juntos.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Salto. ALERTA. Capitán, los cañones de salto han fallado; la radiación ha estropeado uno de los cuatro estartores.

—Nave, ¿puedes mandar un bot a repararlo? —La IA recibió sus pensamientos y los colocó en la cabeza de los demás, para que pudieran seguir la conversación.

—Lo siento, capitán, fuera de la protección del casco su red neural electromagnética se colapsaría.

Noelia pidió en silencio a la nave datos sobre lo que estaba ocurriendo allí afuera. El viento solar era brutal, por decirlo suavemente, e iba aumentando. Podían quedarles tan solo segundos hasta que Eta Carinae explotara y el maldito estartor se había roto. Era la parte más cara y delicada de la nave y se necesitaban los cuatro para poder abrir el portal. Si no fuera porque la nave seguía acelerando, como si a su velocidad relativista pudieran ir más rápido que la energía que pronto los mataría, le pediría a la IA que le quitara el gel para poder compartir su último aliento con Etzan.

—Nave, libérame y deja de acelerar. Voy a salir.

Noelia escuchó las palabras del mercenario y le pidió a la nave que le transmitiera las suyas: «No, amor, morirás». Pero la lancera ignoró a la joven; debía de tener órdenes de hacerlo.

El mercenario se levantó de su asiento nada más se hubo retirado el revestimiento protector que lo cubría y echó a correr hacia la sala de descompresión. Una vez allí, se colocó un traje especial, uno que estaba reservado para los entornos más hostiles. Este no era como los otros trajes, uno que fluía tomando su forma, sino uno sólido y recubierto de capas de diferentes metales, y tan engorroso que debía meterse manualmente dentro de él.

—¿Cómo va la estrella, nave? —masculló mientras lo hacía.

—Los sensores que he colocado más allá del Templo han dejado de transmitir. Los de mi casco están a punto de salirse de rango.

—Mierda, ¡ábreme!

—Capitán..., no lo conseguirá.

—Betsy, o lo consigo o morimos todos. Abre ya.

La esclusa de la cámara de descompresión se abrió y el capitán se ancló al casco y

avanzó con toda la rapidez que le daba su musculatura aumentada hacia el cañón de salto. Debido al fuerte viento solar, que intentaba arrancarlo de la nave y le arrojaba tantas partículas que Maran no sabía si su traje podría aguantarlas, le costó llegar. Una vez allí, localizó el estartor averiado e intentó arreglarlo. Los segundos comenzaron a pasar lentos y pesados. Por más que había acelerado la química de su cerebro, Maran era incapaz de arreglarlo. Ojalá los estartores no fueran tan caros y las naves llevaran uno de repuesto, porque, por más que le pesara, sus conocimientos técnicos no bastaban para repararlo. Iban a morir todos. Incapaz de aceptarlo, siguió intentando arreglarlo. Y justo entonces, como si fuera una sirena cuya voz acicateara sus peores presagios, Eta Carinae explotó.

Un destello blanco, como un disco de crecimiento instantáneo, salió de la mayor de las dos estrellas. Puede que estuvieran a seis años luz de ella, pero esto también significaba que lo que les llegaba ya había viajado seis años. Y la explosión, con dos semiesferas expandiéndose a ambos lados del disco, avanzaba hacia la lancera demasiado rápido. Maran cerró los ojos por un instante. Le hubiera gustado morir entre los brazos de Noelia. Cuando abrió los párpados, una figura en su traje especial de repuesto le indicaba que se apartara. Sonrió mientras su corazón latía emocionado. Las comunicaciones no funcionaban allí, pero no las necesitaba para saber que Noelia había conseguido camelar a Betsy para que la dejara salir a ayudarlo. Se imaginó el modo: esgrimiendo que ella era la ingeniera.

La segunda estrella, de menor tamaño pero también supermasiva, se unió a la explosión, desestabilizada por su compañera, como si no quisiera seguir sin ella. La luz que incidía sobre la cúpula transparente de la sala de mandos, incluso oscurecida por la IA, fue demasiada para los ojos humanos. La nave tornó el techo opaco, para evitar cegar a sus dos pasajeros. Y en cuanto a Etzan y Noelia..., sus trajes los protegían, pero no por mucho tiempo. Una brutal onda expansiva avanzaba hacia ellos, dispuesta a nebulizarlos junto a los restos de una de las mayores tumbas del brazo de Sagitario.



Eta Carinae, tras haber echado en setecientos años gran parte de su masa en erupciones y viento solar, tras haber entrado hace más de cuatrocientos en la fase de Wolf-Rayet, estalla en dos espectaculares hipernovas.



## VELLOCINO, AMBROSÍA. CINCO DÍAS DESPUÉS

—¿Por qué será, Roberto, que me temo que esta visita no es de cortesía?

Vanera, la madre de Etzan, estaba atando cabos desde que lo había visto vestido de uniforme y con una cara demasiado seria para lo que era habitual en él. Hacía muchos meses que no iba a visitarla y, desde luego, ella no creía en las coincidencias. Sintió cómo el miedo le atenazaba el pecho.

Lo había recibido en su porche y, tras saludarlo, le indicó que la siguiera adentro. Después de cruzar un amplio pasillo de techo vegetal, entraron al salón principal: una espaciosa estancia de más de ochenta metros cuadrados, circular y con las mismas enredaderas genéticamente modificadas para que dejaran pasar más o menos luz en función de la empatía de la dueña de la mansión.

—Siéntate y cuéntame, por favor.

Intentando mantener la calma, señaló hacia uno de los lados de la sala, donde varias sillas de madera con almohadones blancos estaban dispuestas alrededor de una fuente interior. A un deseo suyo, los gruesos tallos verdes y llenos de hojas del techo se abrieron sobre esta, resaltando la paz del rincón con rayos de luz diurna que comenzaron a colarse en la estancia.

Por toda respuesta, el capitán, que se había mantenido callado hasta entonces, esperó a que la mujer estuviera acomodada en una silla cercana a la suya para cogerle y apretarle la mano.

—Lo que tengo que contar no es sencillo. Etzan estaba llevando a unas pasajeras a Eta Carinae...

Los dedos femeninos se quedaron sin fuerza entre los suyos; su peor miedo, confirmado. Su rostro perdió el color, resaltándose más las pequeñas arrugas de expresión que había bajo sus ojos.

—¿La hipernova? ¿Es que mi hijo no tenía esta vez otro sitio más peligroso al que ir?

Rob la miró algo asombrado. Sabía que ella no aprobaba la manera en la que

Maran se jugaba la vida, pero nunca antes la había visto estallar así, de un modo tan amargo.

—Sí. Lo siento. Quería que te enteraras por mí y que supieras que yo no pienso darlo por perdido: *tiene* que estar vivo. Mi nave sigue buscándolo. Han pasado cuatro días y no responde a mis llamadas; de hecho, lo último que sé de él es que iba al Templo.

Vanera guardó silencio unos minutos, durante los cuales todo su enfado contra la imprudencia y el sentido del honor de su hijo se desinfló, dejándola vacía.

—Me dijo que iba a hacer una misión más y volvería a casa... —la voz de la mujer sonaba lejana, como si no pudiera o quisiera aceptar la pérdida.

—Si sigue vivo, en algún lugar, lo encontraré. Tienes mi palabra.

Sin soltar su mano se levantó y se inclinó para abrazarla. La mujer había sido siempre como una segunda madre para él. Si Maran no estaba muerto, si de algún modo hubieran conseguido saltar y estuvieran perdidos en medio de ninguna parte, como que era su hermano en todo menos en sangre que pensaba sacar su culo de en medio del espacio y llevarlo ante su progenitora.

## **EN ALGÚN LUGAR A 456 AÑOS LUZ DE ETA CARINAE, SIETE DÍAS DESPUÉS**

—Creo que ya está.

María se irguió, satisfecha. Acababa de supervisar los últimos ajustes de los bots mecánicos sobre el motor, inclinándose ella misma sobre el agujero que habían abierto en su carcasa. Se guardó el multisensor en su cinturón y sonrió a Noelia y a Wei, que habían estado ayudándola en todo momento.

Cuando la estrella estalló, habían tenido el tiempo justo para que la joven arreglara el estartor, entrar en la nave y saltar. Ni siquiera calcularon un punto de destino. Fue una apertura de portal al azar, la primera que la IA encontró. Por suerte, no aparecieron dentro de un cuerpo sólido ni cerca de un cuásar u otra singularidad peligrosa. En todo caso, debido a las emisiones de Eta Carinae, la radio de comunicaciones de la lancera se había estropeado. Y en cuanto al cañón de salto, el arreglo que hizo Pengcheng había sido apresurado y el estartor se quemó sin arreglo posible. Una vez se vieron vivos y lejos de los agujeros negros que debían haberse formado de la binaria, lo primero que hicieron fue celebrarlo. El problema llegó cuando se dieron cuenta de que no tenían modo de volver. Por suerte, Wei sugirió modificar el motor para suprimir parte de la masa de la nave y así poder saltar con un estartor de menos. En el astillero él había sido siempre el que tenía las ideas brillantes sobre posibles mejoras y su mujer la que las llevaba a cabo. Era arriesgado, pues

tenían que jugar con fuerzas peligrosas, pero el motor de supresión de inercia ya trabajaba modificando la masa de la nave, tan solo tenían que lograr que lo hiciera en un porcentaje mayor. Y por fin, a la mañana del quinto día, la ingeniera se dio por satisfecha y, tras pedirle a los dos Pengcheng que revisaran los últimos ajustes, se dirigió junto con ellos a la sala de mandos.

—¡Etzan! —Noelia fue la primera en acercársele—. Conseguido. Ahora da la orden y veamos si esto funciona.

—Capitán —intervino la IA solo para él—, el motor puede generar una discontinuidad dimensional que se nos trague. Y eso si no le da simplemente por estallar. No es seguro al 36%.

—Betsy —pensó para ella—, tranquila. No podemos vivir en una nave para siempre.

—IA, procede a abrir el portal de salto —ordenó Maran en voz alta.

A continuación, se acercó a su amada y la abrazó. Podrían morir o quizá no, pero no pensaba hacerlo lejos de ella. María y su marido hicieron lo mismo. Las cartas estaban echadas.



## **ÓRBITA DE AMBROSÍA, SIETE DÍAS DESPUÉS DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

Vanera estaba sentada en la sala de control de la destructora mirando hacia arriba. A través de la cúpula transparente podía ver la estela de rosas de hielo que lanzaba la nave, a la vez que sus láseres las iluminaban en una frecuencia que, en vez de dañarlas, las hacía refulgir en hermosos y coloridos tonos. Las lágrimas se escapaban de sus ojos. Había sido duro, pero al final consiguió ignorar a su corazón para hacer caso al sentido común: su hijo, su único hijo varón, estaba muerto. Nadie podía sobrevivir a una explosión así y ella, como mínimo, le debía una despedida adecuada. Así que allí estaba, rodeada por su familia y por los altos cargos políticos y militares de Ambrosía, en la misma nave del coronel de Olimpo. Tenía que reconocer que se sentía emocionada. Cuando tras la visita de Roberto realizó unas llamadas para informar de la situación a sus hijas y amigos íntimos, lo último que imaginaba era que iba a encontrarse con todo el apoyo del planeta. La mala noticia se esparció con rapidez y llegó a la prima del presidente, la cual había salvado la vida gracias a su hijo, cuando este todavía estaba en el ejército. Por lo visto, con eso fue suficiente: en pocas horas se organizó un homenaje en forma de funeral. En esos momentos, el evento se estaba retransmitiendo al planeta y Vanera acababa de escuchar unas palabras preciosas sobre todo lo que Etzan había hecho, de manera desinteresada, por los ciudadanos de la colonia. Su niño..., siempre pensando en defender a los demás. El día en que su esposo murió, luchando por protegerlos, fue decisivo para el carácter de Maran. La mujer suspiró mientras escuchaba el himno militar y veía a las flores flotar en órbita alrededor de Ambrosía, donde permanecerían muchos años. Su corazón estaba lleno de pérdida, pero había un sentimiento cálido y suave entre el dolor, gracias a todos los que allí habían acudido, pues la vida de su hijo había salvado otras. Sonrió levemente; las lágrimas seguían fluyendo por su rostro como dos arroyuelos, quedando absorbidas por el tejido de su vestido de luto al llegar al cuello.

La ceremonia duró más de una hora. Vanera, sus hijas, nueros y nietos dejaron marchar a Etzan, quedando su recuerdo impreso en sus almas mientras vivieran. Roberto era el único que no quería estar allí; había subido a la nave más por compromiso que por deseo, pues seguía creyendo que el mercenario estaba vivo. El hombre aguantó la travesía con cara estoica, intentando que no se notase su deseo de reanudar la búsqueda que había interrumpido para acudir al funeral. No tenía muy claro cómo iba a hacerlo, porque sus órdenes eran presentarse con su fragata para que le asignaran una nueva misión, pero no pensaba rendirse.

Y entonces, una vez hubo acabado la ceremonia y la destructora estaba comenzando a salir de la órbita, llegó un mensaje: una lancera, identificada como la del mercenario Etzan Maran, acababa de entrar en el espacio del planeta y se dirigía hacia allí. Llegaría en menos de treinta horas. El coronel pidió confirmación antes de anunciarlo a sus pasajeros. La nave no respondía a las comunicaciones, pero no había duda de que era la Betsy II. Ordenó a sus ayudantes que la escanearan para ver si había vida dentro y a la IA que se mantuviera en órbita. Pasados unos minutos, se dirigió a las veintiocho personas que llenaban su sala de control:

—Me alegra comunicarles que la nave del ciudadano Etzan Maran acaba de entrar en el espacio de Ambrosía. No podemos comunicarnos con ellos, pero hay cuatro vidas orgánicas a bordo. Si lo desea, señora —continuó tras una larga pausa que se llenó con los gritos contenidos de Vanera y sus hijas—, puede ir en un caza a encontrarse con él. Estoy seguro de que el capitán Escartín la llevará gustoso. En cuanto a los demás, podrán recibirlo en el planeta, a donde nosotros nos vamos a dirigir en breve.

Vanera se sintió feliz; su corazón latía tan fuerte que dolía. ¡Su niño estaba vivo! Tendría que haberlo escuchado más y mantenido la fe, como sin duda hizo Roberto. Lo miró por encima de los hombros de sus hijas, que se habían acercado a abrazarla. El capitán Escartín estaba satisfecho y sonriente, tenía la mirada perdida y una expresión que parecía sugerir que estaba planeando la bronca que le iba a echar a Etzan por perderse, sin avisar, con su chica entre las estrellas.

## **LANCERA BETSY II, SIETE DÍAS DESPUÉS DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

—¡¡¡Hijo!!!

El borrón que se abalanzó sobre Etzan, y le abrazó para cubrirle la frente de besos nada más entrar en la sala de recreo, era Valera. Por detrás, Roberto se acercó a Noelia y cuando esta le tendió la mano se la sujetó, tiró de ella y le dio un abrazo.

—Me alegro de que sigas viva, Noelia.



Escartín, por un momento, sintió tentaciones de bromear y flirtear con ella, pero las desechó de inmediato. No era momento de picar a su hermano, no después de casi perderlo.

—Pues puedo asegurarte, Roberto, que soy una de las primeras sorprendidas por ello.

Al escucharla de refilón, la madre de Etzan se sobresaltó y dio un respingo:

—¿Cómo? —Vanera se separó reticente de su hijo para mirar a la mujer que había sido capaz de abrirse camino en su corazón. Tenía muchas ganas de conocerla—. ¿Es que pensabais que ibais a morir?

—Madre, lo importante es que no ha sido así.

—De acuerdo —se tranquilizó ella y apoyó su mano en el brazo de Etzan, como para seguir asegurándose de que era real—. Entonces, preséntame.

Roberto miró a Etzan, divertido. Para nada desearía estar en su pellejo.

—Madre, esta es Noelia Pengcheng, mi prometida. Y su madre María y su padre Wei. Noelia, María, Wei..., esta es Valera Ytria, mi madre.

Valera solo tenía ojos para Noelia, a la cual se acercó despacio, intentando descifrarla con solo mirarla. Al final, le sonrió y dio un cordial abrazo.

—Encantada, hija. Tienes que contarme cómo lo has hecho para conseguir que se abriera.

Mientras tanto, Escartín, con el ánimo de aliviar la tensión y también porque estaba deseándolo desde que había entrado a la lancera, se acercó a Etzan y agarró su brazo para saludarlo a su modo.

—Sabía que estabas bien, hermano. Bienvenido de vuelta.

—Gracias.

—Ahora que estás aquí y tu honor está limpio, quiero que trabajes conmigo.

—¿Limpio?

—Sí. Fue oficial hace un par de días, enhorabuena —le sonrió.

Etzan sintió cómo el último fragmento amargo que quedaba en su alma se deshacía, dejando tan solo la felicidad de un nuevo comienzo, de una nueva vida.

—Gracias, Rob. La verdad es que tu oferta suena muy bien. Me lo pensaré, dame un tiempo, ¿de acuerdo? Además..., quiero consultarlo con Noelia.

—Claro, el que necesites.

Se miraron a los ojos. Roberto por fin sentía que Etzan, el soldado que se había convertido, más que en un amigo, en un hermano, había vuelto; si bien los años y las malas experiencias le habían tornado un poco más reflexivo.

—¿Es que no va a ofrecerles nada, capitán? —preguntó Betsy, que entraba por la puerta en esos momentos.

La androide portaba una enorme bandeja llena de bebidas y aperitivos calientes. Su voz despreocupada y sus andares cómicos interrumpieron las presentaciones y las bienvenidas. Se alzaron una mesa y seis butacas del suelo, a la vez que comenzaba a sonar una suave música ambiental.

María sonrió a Wei y tomó asiento al lado de Valera. Estaba deseando conocerla y ese era un momento tan bueno como cualquier otro. En cuanto a Etzan, depositó un beso en los labios de Noelia y se sentó entre ella y su madre. Roberto se encogió de hombros y, tras colocarse al lado de Wei, tomó la botella de Ortiz y llenó todos los vasos.

—Señoras —sonó animada su voz—, lo siento, pero este brindis necesita alcohol —le guiñó un ojo a Valera, pues sabía que a ella le gustaba sentir de vez en cuando la quemazón de una bebida fuerte tanto como a él—. ¡Por Etzan y Noelia!

—¡Por Etzan y Noelia! —le contestaron los tres progenitores al unísono.

Los mencionados, algo cohibidos, alzaron sus copas y bebieron, mientras sus manos se tocaban y sus ojos se juraban amor eterno.

## **VELLOCINO, AMBROSÍA. OCHO DÍAS DESPUÉS DE LA LLEGADA DE LA NAUE A ETA CARINAE**

—Perdonad que me ausentara.

El capitán volvió a la rampa de salida, extendida, de su lancera posada en el espaciopuerto principal de Ambrosía.

—¿Algo importante? —le preguntó Noelia.

Lo cierto era que la llamada de la IA, por la que esta le indicaba a Maran que tenía una comunicación de la Federación, había sido bastante inoportuna. Roberto y Valera se habían ido hacía unas horas, ella a preparar el banquete que pensaba dar en su casa con toda la familia para celebrar la vuelta de Etzan, y él se había ofrecido a llevarla, por lo que solo quedaban los padres de la joven, de los cuales justo se estaban despidiendo hasta la noche, cuando se encontrarían todos en el acogedor hogar de la madre de Maran. María y Wei, bajo la excusa de dar un paseo turístico, pretendían dejar a los enamorados un rato a solas. Y si bien la vista más allá de los edificios de la capital que los rodeaba, con los bosques de árboles gigantes que cubrían la mayor parte del planeta, era impactante para una ciudadana de la Tierra, Noelia estaba deseando inaugurar su nueva vida. Por ejemplo, festejándolo en el camarote de Maran.

—Sí. Era el secretario del general del ejército. Me ha confirmado lo que me dijo ayer Rob: estoy libre de toda sospecha.

La joven se contagió de su sonrisa radiante e, impulsiva, lo abrazó.

—¡Eso es genial!

—Nos alegramos por usted, capitán.

Ante la suave voz de María, se separaron; el brazo de Maran se quedó rodeando la cintura de su prometida.

—Gracias. Espero que les guste la ciudad. Verán que hay terrenos a la venta que son perfectos para edificar una casa. Seguro que mañana mi madre estará encantada de acompañarlos a una inmobiliaria.

Los padres de Noelia, con la parte del dinero de la recompensa que les había dado su hija, podrían haber vuelto a comprar su astillero. Pero preferían establecerse en las colonias, un lugar donde no tendrían que ocultar sus sentimientos y donde, además, podrían tener más hijos, ya que el Gobierno de Olimpo no los limitaba. Un hogar donde el viaje de María a un templo alienígena para salvar a su esposo no era una lacra, sino un motivo de orgullo.

—Gracias a usted. Nunca creí que mi hija fuera a casarse —le comentó Wei a Maran y le estrechó la mano.

Quitando la diferencia de edad, no parecían muy distintos. Noelia sonrió al observarlos. Su padre le había dado las gracias a ella hacía unos días, muy emocionado, porque no dejó sola a su madre en la peregrinación como habría hecho cualquier otra ciudadana de Pekín.

—De nada, disfruten del paseo —sonrió Etzan a los padres de Noelia.

Se miraron los cuatro una última vez y la pareja de mayor edad comenzó a bajar la rampa cuando, de repente, una voz artificial llegó a ellos justo antes que el cuerpo de Betsy rodando.

—Esperen, yo no me he despedido...

—¡Betsy!, ¿estás bien? —corrió a ayudarla Maran.

—Disculpe, capitán, solo es que yo quería despedirme. Si no he entendido mal, los señores Pengcheng se van a quedar en la casa de la señora Ytria hasta que se instalen en la suya propia —su voz sonó lastimera de un modo cómico, mientras se incorporaba agarrada del brazo de Etzan.

El rostro de la androide estaba clavando los gestos expresivos propios de tal ocasión, como si, aunque tecnológicamente incapaz de llorar, fuera un ser con sentimientos.

—Eso es cierto. Qué desconsiderada he sido... Discúlpame, Betsy. —María se despidió de la androide muy extrañada ante su inusual comportamiento.

Lanzó una mirada pensativa al capitán, como preguntándole algo. Este se limitó a guiñarle un ojo, confirmando sus sospechas. Y, aprovechando que nadie más lo miraba, se llevó un dedo a los labios en señal de secreto. No había muchas más IAs como Betsy en el espacio humano. Etzan se preguntó si los carinaes también lo eran o quizás lo fueron.

Pegado a su prometida, observó a los dos nuevos ciudadanos de Ambrosía perderse en la capital. Una ciudad de pequeños edificios de no más de veinte plantas, de jardines inmensos, de parques llenos de niños jugando al lado de sus padres. Un sitio especial, el lugar donde él se había criado. Una urbe perfecta para descansar de cuando en cuando, entre largos viajes por el espacio, al lado de una mujer cuya alma parecía compartir su mismo anhelo por lo hermoso. Cada vez tenía más claro que iba

a llevársela de luna de miel entre las estrellas; si ella aceptaba, podrían dirigirse al lugar que más lo llamaba en esos momentos: el planeta natal de los carinaes. Mentira. El lugar que más lo llamaba era uno discreto; en realidad, cualquiera, mientras pudiera quitarle la ropa a su amada en la intimidad que tanto les gustaba a los de las colonias. La miró provocador, acercó sus labios a su oreja y comenzó a detallarle todo lo que pensaba hacer con ella en cuanto estuvieran dentro de la nave. Por toda respuesta, Noelia, nada más hubieron entrado a la lancera, se giró veloz y sujetó las muñecas del mercenario y las ató entre sí con el polímero de su PTI.

—Lo siento, guapo —le susurró excitada—. Podrás hacer todo eso, pero primero tendrás que soltarte.



La guerra se ha acabado. El presidente de la Federación Solar, el gabinete de ministros y los representantes de Olimpo y Hades han acordado el cese total de las hostilidades. Y declarado la ciudad de los carinaes como patrimonio de la humanidad.



## PEKÍN, LA TIERRA, VEINTITRÉS DÍAS DESPUÉS DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE

Noelia siguió a la instructora Anne Lao hasta su austero despacho, que continuaba siendo poco más que un archivador, una mesa y un par de sillas. Una vez allí, esperó a que su superior tomara asiento e hizo lo mismo en el único que quedaba libre, en frente de su escritorio. La situación le produjo cierto *déjà vu* con respecto a la vivida hacía menos de dos meses, tiempo que para ella parecía siglos. Y, al igual que la otra vez, iba a marcharse, si bien esta vez no pensaba pedir permiso.

—Gracias por venir, Pengcheng. Como sabrás por el comunicado oficial que te he enviado, en Inteligencia están satisfechos con la información que nos has suministrado —hizo una pequeña pausa para desconectar el despacho de la red del edificio—. En realidad, señorita, me ha sido bastante difícil justificar tu repentina partida de la Tierra hacia una misión que ni siquiera podía decirles cuál era. Así que me alegro de que no me hayas fallado; porque si mi fe en ti hubiera sido errónea, no sería tu carrera la única que ahora correría peligro.

La instructora, pese a que por el hecho de ser menuda sobresalía de la mesa mucho menos que Noelia, imponía su presencia de tal manera que, en esos momentos, la joven sentía que faltaba aire en la habitación. «¿Tanto se ha arriesgado Lao por mí?», pensó entre sorprendida y culpable.

—Gracias —le contestó sincera.

—Bueno, no me las des —su voz continuó recubierta de su dureza habitual—. Además, te has ganado tu premio. Enhorabuena —se levantó y acercó a ella—. Ahora eres un miembro oficial del Servicio de Inteligencia. Te acabas de saltar la fase de prácticas y no vamos a esperar al final del curso para que te gradúes con tus compañeros de entrenamiento.

Anne sacó algo de su bolsillo y se lo prendió a Noelia en la solapa de su chaqueta. Era una insignia de cabo. A continuación le tendió la mano. La joven se levantó, controlando sus emociones para que no se notaran, y se la estrechó.

—Enhorabuena, Pengcheng. Estoy orgullosa de ti —la voz de la instructora tembló durante unos segundos, haciendo que a Noelia le costara más no abrazarla.

—¿Qué pasa, cabo? ¿Es que la vida en las colonias te ha vuelto blanda? —bromeó Anne al darse cuenta—. Ve a celebrar tu nombramiento esta noche, que mañana te quieren a primera hora en activo.

—En realidad, instructora Lao, de eso quería hablarle.

La mujer se separó un paso de ella y la miró enarcando sus finas cejas. Fuera lo que fuese, no le sonaba nada bien.

—Continúa.

—Le seré sincera, instructora Lao. En realidad he venido a la Tierra para recoger mis cosas de la residencia. Me voy a ir al territorio de los ápsores junto con el explorador Etzan Maran.

Anne la miró exasperada.

—Vamos a ver, Pengcheng... ¿Te vas a meter de cabeza en la zona más peligrosa de la galaxia?

—Sí.

Anne se echó a reír, rompiendo con su risa franca toda la tensión que se había acumulado en el despacho.

—No podía esperar otra cosa de ti... Imagino que si me lo cuentas es porque esperas que consiga que se te designe como una misión suicida. Algo así como la valiente oficial que va al territorio alienígena a informarnos de qué se cuece por allí.

—Ehhh... En realidad me conformaba con cobrar si encontraba algo útil, como una externa.

—Señorita, con lo que me ha costado que no te echen, y pretendes irte tú ahora... ¡De eso nada! Te conseguiré la misión. Aprovecharé tu tirón con los medios para convencerlos de que es una buena maniobra mandarte allí. Además, nos interesan datos de esa zona y, como comprenderás, no abundan los voluntarios. Solo hay un pequeño detalle...

—Gracias, instructora.

—Lao. En primer lugar, ya no soy tu instructora. Y en segundo, voy a ir con vosotros. Acompañaré a la lancera del explorador Maran con la nave mejor armada que pueda conseguir. Son demasiados años fuera del servicio activo y comienzo a sentir que me estoy oxidando.

Noelia la miró incrédula. ¿Lao oxidándose?, ¿con lo putas que se lo hacía pasar a los cadetes? ¡Para nada! Siguió observándola, sin acabar de creérselo; aunque como si Anne fuera capaz de bromear... ¿Lao acompañándolos? Bueno, mientras fuera en otra nave no tenía ningún problema.

—Por supuesto, Lao —le sonrió cordial una vez se hubo recuperado de la noticia—. Será un auténtico placer.

Y no mentía. No se le ocurría nadie mejor que su antigua instructora para cubrirles las espaldas.



Los Ministros de Comunicaciones de Olimpo y Hades, debido a la reciente explosión de Eta Carinae, informan a sus respectivos Gobiernos sobre la necesidad futura de planificar la retirada de todos los satélites y la protección de las estaciones espaciales frente a los rayos cósmicos, que llegarán en poco más de 2000 años.

---

El general Walker reconoce que los científicos tenían razón y los felicita por los valiosos datos que sus equipos consiguieron recoger y enviar antes de ser destruidos por las hipernovas.

---

La Iglesia de los Otros llora por la pérdida del Templo y ruega un milagro del Señor para que sus Ángeles, pese a todo, encuentren un camino para llegar a nosotros.

---

Mao Luan, el joven estudiante de Física retenido para su evaluación psiquiátrica por obsesión sexual, es liberado tras ser sometido a varios tratamientos. Los médicos afirman que le han dado suficientes fármacos estabilizadores como para que su conducta no vuelva a repetirse.



## **OCHO MESES DESPUÉS DE LA LLEGADA DE LA NAVE A ETA CARINAE**

La joven espía acababa de entrar en el despacho. Sigilosa, mirando con su visión nocturna por la oscuridad de la habitación, esquivó una mesa de reuniones y varias sillas mal colocadas para llegar al armario. Una vez allí, buscó y pirateó su control. El mueble se deslizó hacia la derecha dejando ver una caja fuerte empotrada en la pared. Noelia sonrió y se dispuso a averiguar su código de apertura. Justo entonces, algo se clavó en su espalda.

—No se mueva, la estoy apuntando con un táser en potencia letal. Separe muy

lentamente las manos de la caja y colóquelas en la pared sobre su cabeza, una sobre la otra —le ordenó una voz masculina.

Pengcheng se maldijo por no haberlo visto. Juraría que en la sala no había nadie cuando entró. Tendría que averiguar cómo lo había hecho para pillarla así. Reticente, hizo lo que se le decía.

—Ahora abra las piernas. Al más mínimo movimiento, dispararé.

La joven supuso que iba a cachearla por si llevaba (como en efecto era) algún arma oculta. Si él apartaba el táser para usar las dos manos, sería el momento que pensaba aprovechar para contraatacar.

Pero el muy cabrito debía de saber lo que estaba haciendo, porque en ningún momento se aflojó la presión contra su espalda.

Lo primero que sintió fue la bota masculina contra la cara interna de sus tobillos, empujándolos para separarle más las piernas. El movimiento se las echó también hacia detrás, haciendo que a Noelia le costara mantener el equilibrio. Ella maldijo en voz baja, pues, por su entrenamiento, sabía que si intentaba girarse él la tiraría al suelo con ayuda de su pie. A continuación, el guardia usó su mano libre para comenzar el cacheo, deslizándola con cuidado desde su muñeca hacia su axila derecha. Ella notaba el aliento del hombre contra su cuello y el roce de su miembro excitado contra su trasero. A la altura del tríceps, encontró y quitó el látigo molecular que allí estaba escondido. Después, como si reconsiderara la apariencia inofensiva de sus anillos, volvió hacia su mano, esta vez con una presión mayor, y le se los quitó todos, uno a uno, mientras su respiración se aceleraba como si ello le deleitara de algún modo. Poco a poco, esa palma avasalladora se deslizó por su otro brazo y se dirigió a sus pechos, los cuales acarició primero con suavidad por los bordes, buscando cuchillas o cualquier otro juguete que ella pudiera haber ocultado bajo sus senos; después le agarró uno de ellos con fuerza mientras su antebrazo apretaba el otro. La respiración masculina era húmeda y fuerte, contra su nuca; unos pectorales que parecían fuertes se comprimían contra la parte superior de su espalda y esa maldita erección se rozaba de un modo cada vez más provocador y descarado contra su culo. Además, él no dejó en ningún momento de presionar el cañón del arma contra su espalda o de mantener su bota preparada para hacerla caer.

Ella jadeó.

Por toda respuesta, su captor deslizó la mano por el vientre de la joven, recreándose en su tacto suave y cálido. Después, presionó su rodilla contra la cara interna del muslo de Noelia y comenzó a descender su registro por el costado y la cadera. En la pierna encontró un táser y lo tiró al suelo. Pasó a la zona interior de esta y apretó con fuerza al llegar a sus ingles. Y le mordió en el cuello. La espía, pese a su rabia por haber sido pillada con tanta facilidad, estaba más que comenzando a excitarse al sentir la respiración entrecortada del guardia contra su cuello, el tacto urgente e inquisitivo de su palma contra sus muslos y..., ¡sí!, ya la seguridad de lo que estaba a punto de pasar en cuanto le subió la falda ajustada que llevaba y dos de



sus dedos se introdujeron de golpe en su vagina.

Jadeó.

—Maran..., maldito seas. No te vas a salir con la tuya tan fácilmente.

—Para usted, *señor*.

Ni le contestó. Y ya sabía exactamente cómo distraerle para lograr su objetivo.

Comenzó a emitir gemidos suaves y a estremecerse ante la invasión de su mano, cuyo pulgar comenzaba a trazar círculos sobre el clítoris. Notó cómo su esposo se pegaba más a ella, su pene encerrado en sus pantalones presionando contra su trasero. Y siguió jugando sucio.

Maran, notando cómo reaccionaba Noelia ante sus caricias, se excitó cada vez más. La tentación de acabar el juego y penetrarla comenzaba a ser demasiado fuerte, así que, a regañadientes, apartó su mano de la humedad femenina para desenganchar unas esposas de su cinturón, todo ello sin dejar de apuntarla con el táser.

—Cruce las manos muy despacio por la espalda, preciosa, con cuidado de ni rozar mi arma.

Noelia así lo hizo y él cerró las esposas sobre sus muñecas. Inmediatamente después puso el seguro en el arma, se la guardó en la funda y dirigió sus manos hacia su ropa, la cual le arrancó sin miramientos.

—Y ahora vamos a ver quién gana este juego —se regodeó mientras le daba la vuelta, ordenaba que se aumentara la luminosidad del despacho y la contemplaba de arriba abajo.

Noelia, con las muñecas unidas, se dejó hacer. En realidad, le parecía terriblemente *sexy* que él estuviera tan metido en su papel, como si de verdad ella fuera una espía o una ladrona y él un encargado de seguridad sin demasiada conciencia. Notó cómo sus pechos se llenaban y sus pezones se endurecían ante su mirada. Entonces dirigió sus ojos a los labios semiabiertos de Etzan, que dejaban pasar su respiración acelerada, y fingió; simuló que su propia excitación no era deseada y cerró las piernas. Él, por toda respuesta, la empujó hasta la mesa sobre la cual la tumbó bruscamente de espaldas. Y si el hombre no tenía miramientos (al fin y al cabo, ambos tenían aumentos y nanomédicos en la sangre), ella tampoco. En cuanto sintió la fría superficie de la mesa contra su estómago y el cuerpo masculino contra su trasero, alzó las piernas e hizo una pinza con ellas para agarrar las de su oponente. A continuación usó su fuerza abdominal para alzarlas y levantarlo a él unos centímetros del suelo, los justos para poder girarse y tirarlo contra el mueble. Después, aprovechando su sorpresa, se incorporó y corrió hacia el lugar donde la había cacheado. Si era capaz de coger su cuchillo, podría activarlo mediante voz para que solo cortara metal. Y así se desharía de las esposas sin riesgo para sus muñecas.

Maran, que había pasado de estar considerando lo que le iba a hacer a su mujer inmovilizada a encontrarse con la mejilla derecha contra una dura superficie de madera, se echó a reír y reaccionó con rapidez: se incorporó de un salto, ignoró el dolor sordo de su rostro y corrió hacia Noelia. Ella lo vio venir y se agachó, dejando

una pierna en la posición perfecta para realizar un barrido y tirarlo al suelo. No lo consiguió. Etzan seguía teniendo mejores implantes en la lucha cuerpo a cuerpo y mucha más experiencia: la agarró por esas manos que estaban inmovilizadas en su espalda y tiró de ella. La joven se vio impulsada hacia este, sus omoplatos contra el pecho masculino. Esta vez sí alzó un talón para golpearle en los huevos, pero él lo sujetó con la otra mano.

—Me parece, preciosa, que tu misión acaba aquí —le susurró mientras le mordisqueaba la oreja.

Abrió la bragueta de sus pantalones de cuero. No llevaba ropa interior. Cogió a Noelia por los hombros y la giró para poder mirarla a los ojos. Se deleitó con el desafío que estos le lanzaban y masculló un juramento al sentir cómo la deseaba todavía más, su pene erguido para ella. A continuación, la alzó y colocó su espalda contra la cercana pared. Después, bajó la cabeza y comenzó a dejar un reguero de besos y suaves mordiscos hacia sus pechos. Noelia, al sentir el contacto de sus labios y sus dientes, se rindió y rodeó su cadera con sus piernas, incitándole con su respiración agitada. Él susurró su nombre y la penetró, de golpe, conectándose los dos en el acto a través de las espiras, colapsadas ambas por la súbita descarga de placer que experimentaron ambos.

—Bésame —exigió ella, apenas capaz de pensar por el fuego que encendía Maran en cada uno de sus fuertes movimientos hasta el fondo.

Con un gruñido él la complació, mientras sus cuerpos se movían a la vez, ardiendo el contacto de la piel contra la piel. Los brazos de Maran se tensaban ante el peso de Noelia, sujetándola con fuerza mientras la embestía. Ella no dejaba de besarlo, perdiéndose en la marea de sensaciones hasta que gritó su nombre dentro de su boca al llegar al orgasmo. Él, sintiéndola a ella y a las contracciones de su vagina, se fue instantes después. Y cuando iba a besarla con delicadeza, decirle todo lo que la amaba y dejarla con cuidado en el suelo, notó que su cuerpo no le respondía.

La espía, sonriente, se soltó de su abrazo. Desnuda como vino al mundo se acercó a su cuchillo, activó la orden de modo metal y forcejeó con él hasta que atinó a cortar las esposas. A continuación, se acercó a la caja de seguridad, averiguó la clave, la abrió y sacó los documentos que había dentro. Después, se contoneó hacia Maran, aunque este no podía verla estando de espaldas.

—Lo siento, *señor*, pero gano yo. Tienes que dejarme pilotar mañana. Nave, fin de la simulación.

Al instante, los muebles del despacho se absorbieron en el suelo y paredes de la sala de esparcimiento. Noelia se giró hacia su esposo.

—Nave, una cama, por favor. Y un antídoto para el *viuda negra*.

Del suelo se elevó una, justo detrás del capitán, al cual ella empujó hasta que quedó tumbado boca arriba. No pudo evitar una sonrisa maliciosa al observar que todavía estaba empalmado. Eran los efectos secundarios del veneno, llamado *viuda negra* por el uso que se le dio cuando se descubrió hacía unos siglos. En cuanto al

efecto principal, estaba claro: inmovilizar. Y lo mejor de todo era que para el metabolismo femenino era totalmente inocuo, de ahí que ella se hubiera pintado una buena capa sobre la lengua.

Al poco apareció un robot no-humanoide con un parche que contenía el antídoto. Pengcheng lo colocó sobre el cuello de Maran y poco a poco este pudo comenzar a moverse.

—Noelia..., tú sabes que la incursión de mañana es peligrosa, ¿verdad?

Habían llegado, tras varios meses de saltos locales, ante lo que parecía un portal de salto que los llevaría de lleno al territorio de los ápsores. La idea era abrirlo y cruzarlo, estando preparados para encontrarse con cualquier cosa. Por supuesto, Maran quería supervisar a la IA, pilotar en esos momentos; pero Noelia, que había estado aprendiendo el oficio y se había revelado con tanto potencial como Maran lo tuvo un día, deseaba hacerlo. Y como no se ponían de acuerdo, habían decidido resolverlo mediante un juego. El problema, como Maran había descubierto demasiado tarde, era que Noelia había sido entrenada para jugar sucio. Y le encantaba.

—Vamos, amor, lo haré muy bien. Además, ya sabes que Anne se ha empeñado en entrar al portal la primera, por aquello de que su nave es la que tiene más armas y escudos de las dos. Y a lo malo malo, siempre podemos cambiarnos en el momento y pilotar tú... Además, ¿no estás deseando ver qué hay en esas estrellas donde los ápsores nacieron y se desarrollaron?

—Noelia... —le sonrió Etzan, incorporándose para cogerla por la cintura y atraerla hacia él—. Por supuesto que sí, mi vida. Pero... ¿sabes una cosa?

—¿Hmmmm?

Estaba demasiado centrada en cómo su aliento movía sus cabellos y le provocaba escalofríos por el cuello como para contestarle de un modo coherente.

—Todavía no he acabado contigo. ¡Para nada!

Y, entre las risas de ella, la colocó contra la cama y volvió a besarla. Esta vez con el antídoto navegando por sus venas.

Todavía tenían por delante la noche, y en cuanto al mañana..., les esperaba todo un mundo nuevo y alienígena, uno listo para ser explorado.

La vida, para Etzan y Noelia, acababa de empezar.



Tras tres meses de negociaciones, las colonias acaban de ser aceptadas dentro de la Federación Solar, que pasa a llamarse Federación Intersolar. La cuarentena y el control de inmigración hacia el Sistema Solar de la Tierra quedan eliminados.

El presidente de Pekín declara este día como festivo universal y anuncia que dará un discurso a las 22:00 horas para celebrar la unión de los tres sistemas solares en una única federación.



Los ciudadanos toman las calles en una euforia general. Las ventas de Supersex alcanzan su máximo histórico. Hologramas celebrando el fin de la guerra y la nueva unión de la humanidad saturan el espacio aéreo de todas las ciudades de Marte y la Tierra.



**FIN**





## **GLOSARIO DE TÉRMINOS MENCIONADOS EN HIPERNOVA (POR ORDEN ALFABÉTICO)**

Este documento es un glosario ampliado de los términos astrofísicos mencionados en *Hipernova*, de Amaya Felices. Aquí encontrarás explicaciones redactadas por la autora, acompañadas de una serie de imágenes ilustrativas que te ayudarán a sumergirte en esta fascinante y *sexy* historia de amor más allá de las estrellas.

NOTA: Todas las imágenes han sido tomadas del banco de imágenes de la NASA. NASA no tiene ninguna relación con esta publicación.

**BOT:** robot.

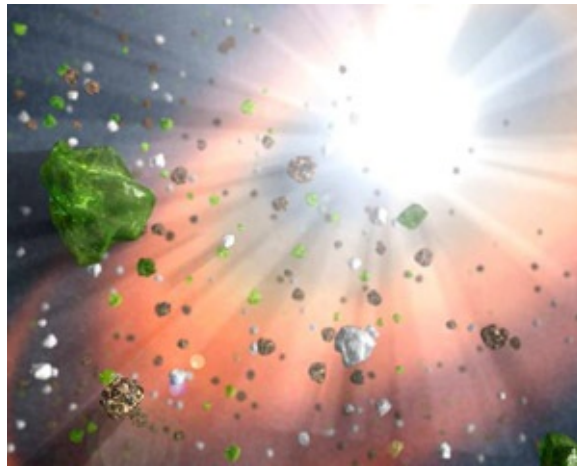
**CLUSTER:** condensaciones locales de estrellas unidas por fuerzas gravitacionales. Aparecen en el cielo como concentraciones de puntos luminosos o como tenues luminosidades.



**COMUNICACIONES HIPERLUZ:** aquellos mensajes que se envían a través del espacio a velocidades superiores a la de la luz.

**CUASAR:** cuerpo lejano que emite grandes cantidades de energía electromagnética, incluyendo la luz visible y la radiofrecuencia. Es extremadamente luminoso y muy compacto. Los cuásares, que desde un telescopio se ven como estrellas débiles, deben ser tan brillantes como cientos de galaxias juntas para que puedan apreciarse, puesto que se encuentran a varios miles de millones de años luz. Y toda esa enorme energía proviene de una región cuyo tamaño no excede un año luz (menos de una cienmilésima parte del tamaño de una galaxia normal). Se cree que los cuásares son agujeros negros que emiten una intensa radiación cuando capturan estrellas o gas interestelar. También se piensa que pueden ser núcleos activos de galaxias jóvenes en formación.

La palabra Cuasar es un acrónimo de *quasi stellar radio source* (fuente de radio casi estelar).



**ENANA AMARILLA:** estrella amarilla con una masa entre 1 y 1,4 soles, que se encuentra en proceso de convertir el hidrógeno de su núcleo en helio mediante una fusión nuclear. Su vida se estima en unos 10 000 millones de años. Tras consumir el hidrógeno se expande y pasa a ser una gigante roja, cuyo núcleo acabará en una enana blanca y el resto de su masa como una nebulosa planetaria.

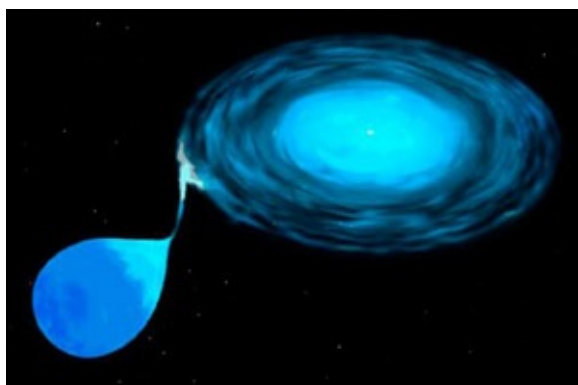


**ENANA BLANCA:** lo que queda de una estrella de masa menor a 9-10 masas solares cuando ha agotado su combustible nuclear. La enana blanca es el resultado del colapso de estas estrellas, quedando una de tamaño similar al de la Tierra y una masa como la del Sol. Junto con las enanas rojas, son las estrellas más abundantes del universo.



**ESTARTORES:** según la novela, parte fija de los cañones de salto donde se induce la creación de un campo capaz de abrir un portal al hiperespacio. Es una creación de la autora de la obra.

**ESTRELLA BINARIA O DOBLE:** pareja de estrellas que se mantienen unidas por la fuerza de gravedad y que giran en torno a su centro de masas común. Los periodos orbitales, que van desde minutos en el caso de dobles muy cercanas hasta miles de años en el caso de parejas distantes, dependen de la separación entre los astros y de sus respectivas masas. Forman un sistema estelar estable cuando sus órbitas se mantienen de forma indefinida.



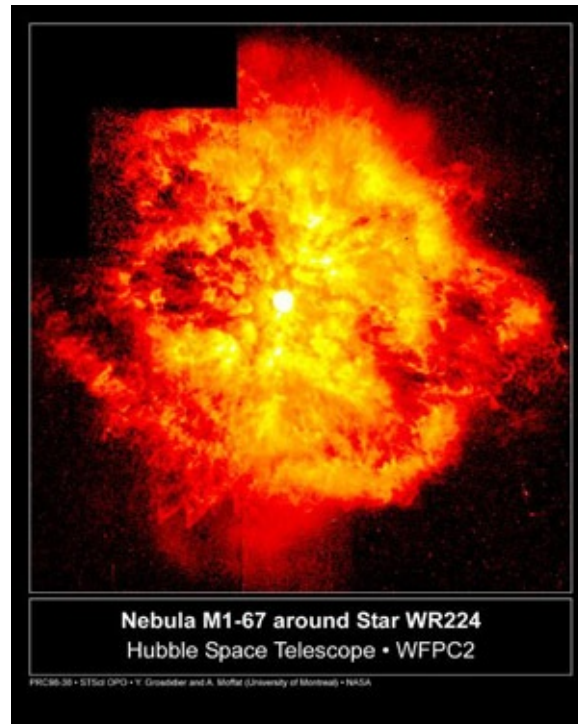
**ESTRELLA VARIABLE:** estrella que experimenta una variación en su brillo en

el transcurso del tiempo. En referencia a Eta Carinae, debido a la variación de su brillo desde finales de 1830 hasta 1858, esta es más que una estrella variable. Pero tampoco una supernova, al no convertirse en un agujero negro o una estrella de neutrones: según el astrofísico Kris Davidson, está loca.



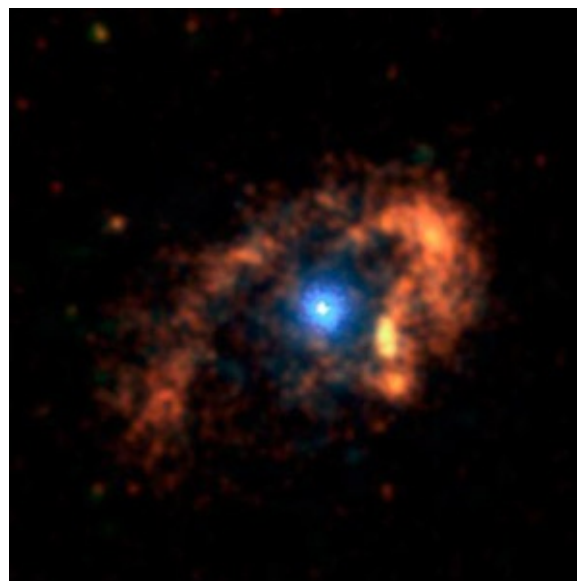
**ESTRELLA WOLF-RAYET:** estrella masiva (al menos veinte veces más que el Sol), caliente y evolucionada que sufre grandes pérdidas de masa debido a intensos vientos estelares. Este tipo de estrellas tienen temperaturas superficiales de entre 25 000 y 50 000 K (en algunos casos, incluso más), elevadas luminosidades y son muy azules, con su pico de emisión situado en el ultravioleta. A menudo suelen formar parte de sistemas binarios en los cuales la otra estrella suele ser también una estrella masiva. Está cerca del final de su vida. Los expertos creen que las estrellas muy masivas se convierten en Wolf-Rayet justo antes de explotar como una supernova.



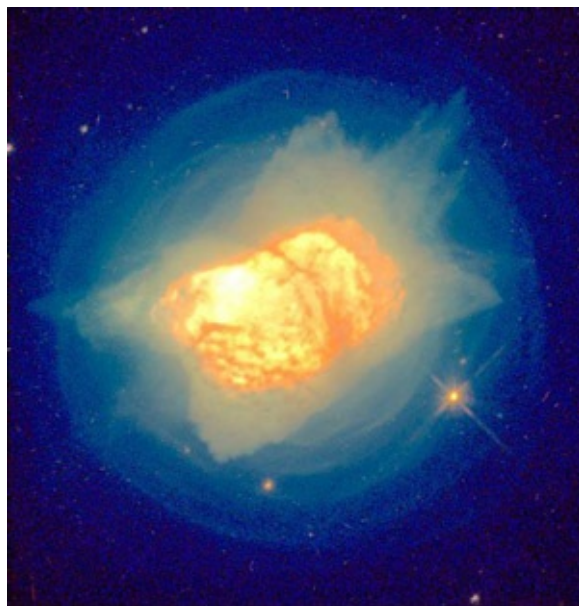


**ETA CARINAE:** situada en la nebulosa NGC 3372, es una estrella binaria supermasiva, con unas cien veces la masa del Sol y unos cinco millones de veces su brillo. Cada cinco años y medio sus dos estrellas se acercan a una distancia similar a la existente entre la Tierra y el Sol. Se encuentran en el centro de dos globos de polvo y gas en expansión desde su erupción de 1848.

Debido a sus variaciones súbitas de luminosidad y aspectos, algunos astrónomos la llaman «la estrella más peligrosa del cielo», debido a que pese a la enorme distancia que nos separa de ella, podría dañar los satélites que tenemos en órbita al explotar. Se espera que la hipernova radie una onda de choque gravitacional que nos permita confirmar directamente que existen dichas ondulaciones del espaciotiempo producidas por un cuerpo masivo acelerado.



**GIGANTE ROJA:** estrella de masa menor a 9-10 masas solares que ha agotado el hidrógeno de su núcleo y comienza a consumir una capa de hidrógeno alrededor del que es ya un núcleo inerte de helio. Esto provoca un aumento de su volumen y un enfriamiento de su temperatura superficial, que le da su color rojo característico. La estrella expande sus capas externas (aumenta su tamaño) durante este proceso.

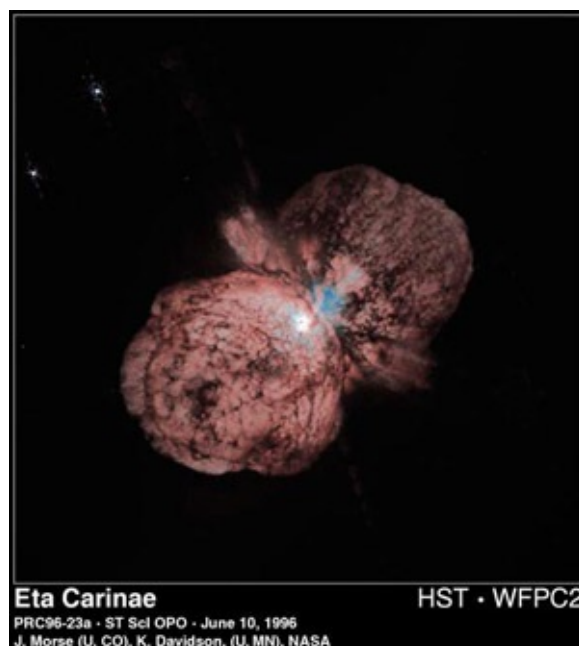


**GRAFENO:** carbono dispuesto en celdas hexagonales, como en forma de panal de abejas. Es muy ligero, elástico y presenta interesantes propiedades electrónicas.

**HÁBITAT:** ambiente que ocupa una especie, que reúne las condiciones adecuadas para que pueda residir y reproducirse. En esta novela nos referimos a hábitats orbitales de Plutón, es decir, construidos por el hombre para poder vivir en el espacio cerca de dicho planeta.



**HIPERNOVA:** tipo teórico de supernova que se produciría cuando estrellas muy masivas (masas superiores a las cien masas solares) colapsaran al final de sus vidas. Después de explotar como supernova, el núcleo de la hipernova colapsaría directamente en un agujero negro, emitiendo dos chorros de plasma extremadamente energéticos desde sus polos a velocidades cercanas a la de la luz. Estrellas tan masivas son muy raras. Se estima que un evento de esta naturaleza puede ocurrir en nuestra galaxia cada doscientos millones de años. La estrella Eta Carinae, en nuestra galaxia, puede ser una candidata a hipernova.



**IA:** Inteligencia artificial.

**LEYES DE LA ROBÓTICA:** las tres leyes de la robótica son un conjunto de normas escritas por el novelista Isaac Asimov, las cuales han de cumplir la mayoría de los robots de sus novelas y cuentos. Son las siguientes:

1. Un robot no puede hacer daño a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.

2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entrasen en conflicto con la Primera Ley.

3. Un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley.

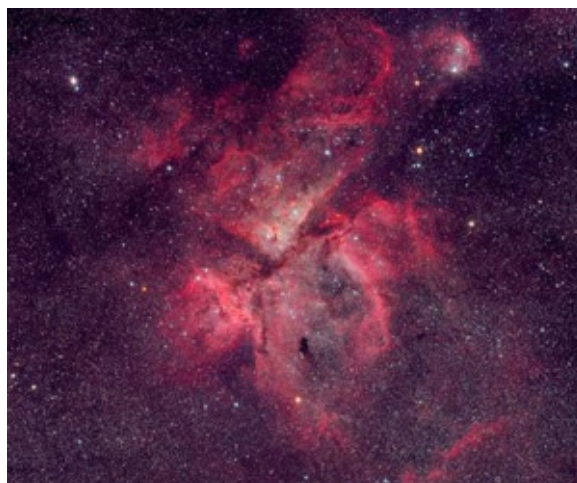
En *Hipernova* los robots han de cumplir estas leyes con una salvedad: las IAs de las naves estelares y los bots de combate deben obedecer al humano bajo cuyo mando están; de tal modo que, estando este presente para darles una orden directa, puede hacerles abrir fuego contra seres humanos.

**MINUTO LUZ:** unidad de longitud equivalente a la distancia recorrida por la luz en el vacío en un minuto. Es decir, 17 987 547 480 metros.

**NANOBOT:** robot de dimensiones nanométricas; es decir, del orden de  $10^{-9}$  m.

**NEBULOSA PLANETARIA:** nube formada por las estrellas de masa menor a 9-10 masas solares en su paso de gigante roja a enana blanca; es una envoltura brillante en expansión de plasma y gas ionizado procedentes de las capas externas de la estrella.

**NGC 3372:** nebulosa gigante de emisión ubicada a 8800 años luz de nosotros, en el brazo de Sagitario. Pese a la gran distancia, puede ser apreciada (en el hemisferio Sur) a simple vista debido a su brillo. Con un diámetro de unos 460 años luz, cubre tres grados en el cielo. Entre otros, comprende al clúster Trumpler 16, a 8700 años luz de la Tierra y de unos 6 millones de años de edad (muy poco), que es donde está Eta Carinae.



**PICOBOT:** bot cuyo tamaño es de picómetros, es decir, del orden de 10-12 metros.

**POLVO ESTELAR:** polvo del espacio cuya densidad varía según la zona que ocupa, desde la más pequeña en el caso de espacios entre galaxias hasta otras más densas como en el caso de los cometas. Se cree que se forma en las supernovas.



**PUNTOS DE SALTO AL HIPERESPACIO:** zonas desde las que se puede acceder al hiperespacio; es decir, a un espacio con más de tres dimensiones. En estos puntos se saldría del espacio tal y como lo conocemos para viajar por el espacio-tiempo, recorriendo así grandes distancias. Esta forma de viaje, a velocidad mayor que la luz, ha sido teorizada de diferentes modos (otra dimensión, espacio paralelo, cambio de condiciones de la materia), pero no probada.

**RAYOS GAMMA:** radiación electromagnética que suele producirse por elementos radiactivos. También puede originarse, entre otros, por fenómenos astrofísicos de gran potencia, como la explosión de una supernova. Cuando muere así una estrella masiva, se originan estallidos de rayos gamma, provocados por la masa de la estrella que se resiste a entrar en el agujero negro que origina la supernova. Si uno de estos estallidos, estas es de alta energía unidireccionales, impactara sobre un planeta con vida, la extinguiría.



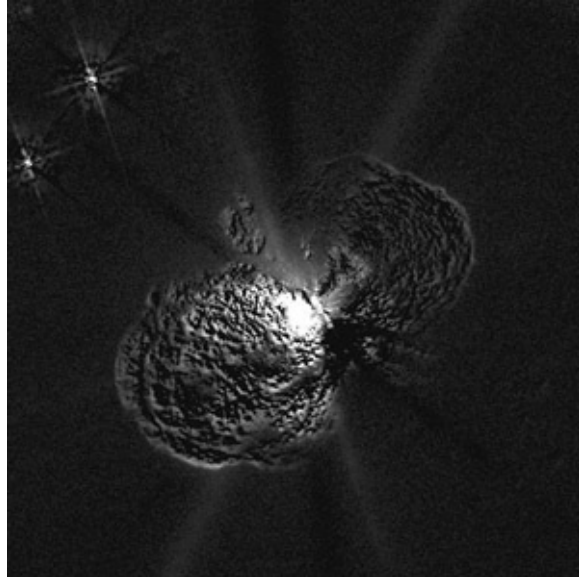


**SUPERNOVA:** nova, o explosión de una estrella, muy luminosa. Produce intensos destellos de luz que pueden durar hasta varios meses. Enriquecen el medio interestelar con metales. La estrella lanza a su alrededor la mayor parte de su masa a altísimas velocidades. Puede ocurrir que tras la explosión permanezca el núcleo central, el cual colapsaría en una estrella de neutrones (en un terrón de azúcar unas  $10^8$  toneladas de materia) o un agujero negro (la materia se concentra tanto en sí misma que acaba por desaparecer de nuestro universo).



**SUPERNOVA IMPOSTORA:** supernova que presenta una centésima parte del brillo de una supernova normal pero cuyas erupciones pueden durar décadas. Y, sobre todo, una supernova impostora sobrevive a sus erupciones. El término se refiere a la primera impostora detectada: Eta Carinae. El astrónomo Fritz Zwicky creó el tipo V de supernovas para dicha estrella debido a que, en 1843, su repentino aumento de brillo hizo que se creyera que estábamos ante una supernova (pasó a ser una de las estrellas más brillantes en el cielo del Sur) pero la estrella sobrevivió a sus erupciones.

Una de las teorías explica que son perturbaciones en los núcleos de estas estrellas masivas, al final de su corta vida (unos dos-tres millones de años), las que desencadenan erupciones esporádicas de supernova impostora. Eta Carinae, en unos veinte años, perdió el 10% de su masa. Un 50% del exterior de la estrella fue expulsado.



**TÁSER:** en sus orígenes, pistola de electrochoque diseñada para incapacitar a una persona o animal mediante descargas eléctricas que imitan las señales nerviosas e inmovilizan al objetivo temporalmente. En el libro, esta arma ha evolucionado hasta ser capaz de generar una corriente eléctrica mortal para quien la recibe, pudiendo regularse la intensidad de la descarga.

**VIENTO ESTELAR:** flujo de partículas provenientes de una estrella. Provocan una pérdida de masa que en el caso de las Wolf-Rayet es gran parte de la total. Diferentes tipos de estrellas tienen diferentes tipos de viento estelar.





AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con *Aspirante a guerrero* y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato



*Despierta, dragón esqueleto*, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.